

A woman in a dark dress is walking away from the camera down a long, empty hallway. The hallway has a high ceiling with a series of lights that create a rhythmic pattern of light and shadow on the floor. The entire scene is tinted with a deep red color. In the background, a car is parked on the right side.

La Serie
de Amor y
Guerra

CANCIÓN *de* TRISTEZA

— R.P.G. COLLEY —



Canción de Tristeza

Un violín. Una maldición. Cien años

La Serie de Amor y Guerra

R.P.G. Colley

rupertcolley.com

Versión en inglés con derechos de autor Rupert Colley 2020

Versión en español con derechos de autor Rupert Colley 2024

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, incluyendo la fotocopia, la grabación u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin la autorización previa y por escrito del autor, excepto en el caso de citas breves utilizadas en una reseña de libro.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes e incidentes descritos en esta producción son ficticios. Cualquier semejanza con personas reales (vivas o fallecidas) o con eventos reales es pura coincidencia.

«Cuando tocas una pieza de violín, eres un narrador, y estás contando una historia».

Joshua Bell.

«El violín es el más humano de todos los instrumentos».

Louisa May Alcott

Primer Movimiento: Hacedor de Violines

A veces creo que puedo verlo, una silueta en la distancia. Me inclino hacia adelante, entrecerrando los ojos, tratando de ver a través de la neblina de calor que se eleva desde el camino. Quiero gritar su nombre, quiero que me vea. Pero no, no es él; nunca lo es.

Me crié en el campo, a unos cien kilómetros al sur de Leipzig. El sendero al final de nuestra pequeña casa se dividía en dos. En el punto donde los dos senderos se cruzaban había un pequeño montículo de hierba, y sobre esa hierba había una pequeña cruz de granito. Siempre que el clima y el tiempo lo permitían, solía sentarme en la hierba y apoyarme contra la cruz para mirar a lo lejos, arrancando mechones de hierba y deshojando las margaritas. Y todo el tiempo, mirando fijamente el sendero, esperando. Esperando eternamente.

Veintiún años después, una parte de mí sigue esperando.

1.

Un pequeño pueblo en Alemania, octubre de 1871

Leopold regresa temprano de su taller, abriendo la puerta principal de par en par. Estoy cortando una cebolla, tratando de parpadear para alejar el escozor mientras tarareo los primeros compases de "Zadok the Priest". Está allí parado con su pequeño sombrero de pico con una pluma, jadeando, trayendo consigo el frío del exterior. Algo en el inusual brillo de sus ojos me inquieta. Dice mi nombre en un tono al que no estoy acostumbrada. Mi cuchillo se cierne sobre la tabla de cortar. Sé que mi esposo tiene algo que decir; espero que sea algo bueno, pero una pequeña punzada de ansiedad me atraviesa. —Sí, ¿qué pasa, Leo? Dilo, sea lo que sea.

—Oh, mi amor.

Y ahora estoy realmente preocupada. Leo no emplea nombres cariñosos a menos que haya algo que realmente le aflija.

Coloco cuidadosamente el cuchillo sobre la mesa mientras él se acerca a mí con los brazos extendidos. —Oh, mi amor, mi amor.

—Basta de tonterías y dime qué pasa.

—Oh, tú de poca fe. Nada está mal. Al contrario, por una vez en nuestras vidas, Dios nos sonríe y nos llena con Su resplandor. —Habla rápidamente, las palabras se atropellan—. Después de todo este tiempo, ha sucedido. Por qué, siento Su abundante...

—Leo. —Casi estoy gritando—. ¿Es sobre el violín? En el nombre del cielo, solo dímelo.

Ahora se detiene como si recordara que aún no sé qué maravilloso evento lo ha cautivado. Su agarre en mis manos se aprieta. —Sí, el violín. Katharina, mi querida, lo he logrado. Es la perfección. Lo sé.

Intento sonreír, intento parecer complacida. El delicioso momento de expectativa se pincha porque hemos estado aquí muchas veces antes. Cada vez que mi querido y engañado esposo termina un violín, piensa que es perfecto, que es el mejor que ha hecho.

—Oh, Kath, es perfecto; es el mejor que he hecho jamás.

—Sí, Leo.

—Este se venderá, mi amor, y hará nuestra fortuna. Puedo sentirlo aquí —añade, golpeándose el pecho—. Cambiará nuestras vidas. Vamos, Kath, detente un momento.

No me había dado cuenta de que había reanudado mi tarea de picar la cebolla y, de hecho, la estaba cortando con mucho ímpetu. Mi pobre marido vive de sueños. Es la viva imagen del optimismo. Olvida el catálogo de decepciones y falsas esperanzas que han marcado su vida laboral hasta ahora. Apenas sobrevivimos con los ingresos de su oficio; el alquiler está atrasado y la sombra de las deudas nos acecha constantemente. La fabricación de violines es una ocupación precaria. Un violín solo se vende a padres con aspiraciones, y aun así, la mayoría se conforma con comprar cualquier trasto para sus hijos. Todos los fabricantes de violines buscan el Santo Grial: un violín del que se enamore un violinista de primera de una gran orquesta y esté dispuesto a pagar una fortuna por él.

—Perdona, Leo. ¿Qué decías?

Él se da la vuelta, luchando por contener su emoción, revoloteando a mi alrededor como una polilla. Este violín, declara, agitando los brazos, es el que estaba destinado a producir, el que pondrá su nombre en el mapa, el que lo convertirá en el fabricante de violines más cotizado de toda Alemania. Tengo zanahorias que cortar, patatas que pelar, un niño de seis años hambriento que alimentar; tengo poco tiempo para estos sueños, pero no digo nada, no me atrevería a interrumpir. Se sienta a la mesa, tamborilea con los dedos sobre la superficie, se pone de pie otra vez, aún hablando de nuestro glorioso futuro, la casa en la que viviremos, las vistas al lago desde la terraza, el canto de los pájaros en los árboles, lejos de esta ciudad sucia y sus calles inmundas y niños salvajes. A menudo se refiere a esta casa que solo existe en su imaginación. Tiene cada habitación planeada, desde la gran mesa del comedor hasta las camas con dosel, desde el reloj de pie hasta el suelo de baldosas en el vestíbulo. ¿Serán todos los hombres como niños?

Dudo en recordarle a Leo que el señor Hauff, nuestro casero, vendrá a fin de semana, esperando cobrar el alquiler. Llevamos casi tres meses de retraso, y todo lo que tengo es para pagar dos semanas. Las preocupaciones me corroen, dejándome exhausta. Corremos el riesgo de ser desalojados, pero no deseo pinchar el globo de felicidad de Leo, así que de nuevo me muerdo la lengua. También dudo en preguntar, pero debo hacerlo, si Hans, su agente, ha visto esta última obra de arte y, si es así, qué opina de ella.

—No, no, aún no. Vendrá mañana por la mañana. Debemos asegurarnos de que la casa esté limpia para su visita.

Por supuesto, cuando Leo dice *debemos asegurarnos*, lo que realmente quiere decir es *debo asegurarme*. Sonríe y niego con la cabeza. No me importa.

Leo lo nota. —¿Qué? —dice, con un deje de irritación en su voz—. ¿Qué es tan gracioso?

—Estoy segura de que a Hans le encantará, Leo. No te preocupes.

2.

Me encuentro junto a la estufa esperando que hierva el agua para prepararle el café a Hans Lüpertz. Leo camina de un lado a otro, incapaz de contener su agitación, mientras Hans se pone las gafas e inspecciona el violín.

—¿Y bien? —dice Leo—. ¿Qué te parece?

Hans levanta la mano como diciendo: «Paciencia». Leo camina hasta la ventana y se queda allí, enfurruñado, mirando a la calle, con las manos tras la espalda, sus dedos inquietos. El sol de la mañana dibuja su silueta. Puedo ver el peso de las expectativas oprimiéndolo. Nuestro futuro puede depender de esto. Todos lo sabemos, pero Hans no puede decir más que la verdad. Si el violín no es perfecto, lo dirá, como de hecho ha hecho muchas veces antes. Entonces se irá, y como siempre, me tocará a mí consolar a mi marido, compartir su decepción y, poco a poco, con suavidad, restaurar sus fuerzas para que pueda intentarlo de nuevo. Es, por desgracia, un escenario familiar.

Ciertamente parece un instrumento impresionante; el cuerpo es de un color rojo oscuro; su barniz brilla y resplandece. Hans desliza suavemente el arco sobre la cuerda de Re, luego sobre las otras, una por una. Toca una breve sonata de Bach, una que siempre utiliza como parte de su evaluación. Busco en su rostro alguna pista. Coloca el arco sobre la mesa y pulsa las cuerdas con sus dedos. Inspecciona las barras, lo afina ligeramente. El agua hierve. Reduzco el calor bajo la olla. No me muevo, demasiado consciente de no romper el hechizo. Hans coloca suavemente el instrumento sobre la mesa de la cocina y se frota la nuca. Un ligero movimiento de cabeza.

Contengo la respiración. No soporto ver la angustia de mi marido; en su lugar, observo el agua hirviendo, el vapor elevándose mientras espero el veredicto.

—Dios mío, Leo —dice.

—¿Sí? ¿Qué? ¿Qué pasa?

—Leopold, mi querido amigo, declaro que esta vez tienes razón: esto es lo más cercano a la perfección que un hombre terrenal puede alcanzar.

Me doy la vuelta. Leo está inmóvil como una estatua, mudo como si fuera incapaz de comprender. Me mira desde el otro lado de la habitación, sus ojos se llenan de lágrimas, y mi amor por él se filtra por cada una de mis fibras. Parece más pequeño de alguna manera, como si el veredicto de Hans lo hubiera asustado. Se vuelve hacia su amigo. —¿Estás... estás seguro?

Hans se quita las gafas, y noto la marca en el puente de su nariz. Abre la boca para hablar, pero entonces él también ve la emoción que recorre a mi marido. Nuestra emoción es contagiosa; comprende lo que esto significa para él, para nosotros. Se acerca a Leo y pone su mano en su hombro. —Sí, amigo mío. Has producido un instrumento que un ángel tocaría con gusto.

Por un momento, temo que mi marido pueda desmayarse. Agarra una silla y se sienta a la mesa. Se seca las lágrimas con el dorso de la mano. Yo también me siento, con las piernas débiles. Leo y yo estamos tan acostumbrados a la decepción, a ser siempre los segundos, que esto no parece real. Tomo sus manos entre las mías. —Nunca he dudado de ti, mi amor.

—Lo sé.

—Sabía que este día llegaría. —Miro a Hans—. Gracias —digo. Ya no tengo que temer la visita del señor Hauff. Tendrá su alquiler, todo, si no esta semana, o la próxima, ciertamente pronto.

Hans se une a nosotros en la mesa. Los tres contemplamos el violín que yace allí, la madera pulida reflejando la luz. Para mis ojos y oídos inexpertos, es solo otro violín que se siente y suena igual que todos los demás que Leo ha hecho a lo largo de los años. Pero Leo y Hans saben que es diferente.

—Es verdaderamente una obra de arte, Leo —dice Hans—. No recuerdo haber visto tanta perfección en un violín.

Leo se ha recuperado. Ríe y sonríe; se da una palmada en la rodilla. Los dos hombres hablan con entusiasmo; especulan sobre lo que podría pasarle al violín, sobre el viaje que podría emprender. Todos sabemos que un buen violín viajará más lejos y verá más del mundo y vivirá más que cualquiera de nosotros, simples mortales. Hans formulará un plan, dice: se asegurará de poner el instrumento frente a algunos de los mejores violinistas del país. —¿Lo has fechado?

Leo niega con la cabeza. —Te estaba esperando —dice.

—Entonces hazlo ahora; marquemos esta ocasión auspiciosa.

Leo encuentra su pluma estilográfica. Toma una etiqueta y sumerge la punta de su pluma en el tintero. Escribe su nombre con floritura: Leopold Schilling. Hace una pausa. —¿Qué fecha es hoy?

—Doce de octubre.

Leo asiente y escribe 12.10.1871. Le pasa la etiqueta al agente.

—Doce de octubre de 1871 —dice Hans moviendo la cabeza—. Imagina dónde estará dentro de cien años.

—Mil novecientos setenta y uno —digo.

—No parece posible, ¿verdad? Parece tan lejano.

Leo se frota las manos. —Entonces, ¿tienes a alguien en mente?

Todavía estoy contemplando el año 1971 cuando detecto un ligero cambio en el aire. Hans se aclara la garganta. Pone su mano sobre la manga de Leo. —Ha surgido algo, Leo —echa un vistazo incómodo a ambos—. Verán, tengo que salir de la ciudad por un tiempo. No sé por cuánto —añade, anticipando nuestra primera pregunta—. He recibido noticias de mi hermana. No está bien —hace una pausa, se tira de la perilla—. Debo ser franco aquí. Creo que se está muriendo. Tiene tuberculosis. Los médicos dicen que es solo cuestión de tiempo. Su inútil marido ha huido. No tiene a nadie más.

—Lamento oír eso —digo.

Leo murmura algo similar. Cruzamos una mirada. Ambos apartamos la vista rápidamente, pues somos conscientes de la corriente egoísta en nuestras condolencias. Escuchamos con expresiones fingidas de preocupación mientras Hans describe la miseria de su hermana. —Tengo que pedirles que sean pacientes, Leo. Puede que no regrese en semanas, tal vez meses. Está en manos de Dios.

—Por supuesto, por supuesto. Lo entendemos.

Sí, lo entendemos, pero todo en lo que puedo pensar es en la llegada en unos días del Herr Hauff exigiendo su renta, sonrisas presuntuosas y palabras educadas enmascarando su irritación.

La puerta se abre de golpe, y una ráfaga de vida y vitalidad irrumpe: nuestro hijo de seis años, Eduard. Se sube a mi regazo. —Mamá, mamá, encontré algo...

Aspiro su maravilloso aroma. Puede que lleve ropa heredada, pero es ropa heredada limpia.

Puede que no pueda vestir a mi hijo con nada más elegante, pero no dejaré que eso excuse la falta de limpieza. Todos tenemos estándares. Eduard se retuerce en mi regazo; dice que tiene algo emocionante que contarme. —¿Qué es, cariño? —pregunto.

—Encontré un pájaro muerto. Un mirlo, mamá, afuera.

—¿Muerto, dices? —dice Hans, tirando de su solapa.

—Oh, sí —dice el pequeño Eduard—. Totalmente muerto.

Leo se ríe. —¿En contraposición a qué? ¿Parcialmente muerto?

—No seas tonto, papá.

Hans se va. Me besa en la mejilla y abraza a Leo, felicitándolo de nuevo por el violín. —El año que viene por estas fechas —dice en voz alta—, estarás bebiendo champán en esa terraza tuya.

Leo se ríe. Me doy cuenta de que nunca le prepararé a Hans su café.

Cinco minutos después, estamos de pie fuera en la calle, formando un círculo alrededor del pájaro muerto. No es un mirlo, sino un cuervo. Eduard nos había llevado afuera, casi saltando de emoción, pero ahora, mientras estamos sobre la lamentable criatura y la miramos, guardamos silencio. Leo sacude la cabeza. Eduard está conteniendo la respiración. Sus plumas se mueven con la brisa, un toque de sangre coagulada en su pico. El día se ha nublado. Tiemblo. Hoy habíamos llegado a una línea, y ahora estábamos en esa línea, anticipando la vida mejor que nos esperaba allí. El violín de Leo nos había traído hasta aquí. Debería estar feliz. Debería estar agradecida. Busco la mano de mi marido, buscando su contacto, su tranquilidad. Miro hacia abajo al cuervo, y a pesar de todo, una sombra pasa sobre mí, una sombra tan negra como las plumas del cuervo muerto.

3.

Mis padres eran pobres. Nosotros también lo somos. Pero mientras Leo y yo tenemos solo una boca que alimentar, ellos tenían seis. Simplemente no había dinero. Mi padre trabajaba ocasionalmente como herrero, pero había ganado una reputación de chapucero y descuidado. Después de un tiempo, nadie lo empleaba. Mi madre trabajó durante muchos años como partera, pero un día, sin explicación, lo dejó. El dinero, o la falta de él, separó a mis padres. Las discusiones eran insoportables. Luego, un día cuando yo tenía seis años, la edad que Eduard tiene ahora, mi padre simplemente nos abandonó. Nunca más lo volvimos a ver. Mi madre lloró y nunca dejó de llorar. Es mi recuerdo perdurable de ella: una mujer destruida. *Creí que me amaba*

, decía una y otra vez. Yo tenía quince años cuando ella murió, y aún lo seguía diciendo. *Creí que me amaba*.

Leo me ama; no me abandonaría, sin importar cuán mal se pongan las cosas, sin importar cuán poco dinero tengamos. Me ama demasiado como para dejarme. Sin embargo, la punzada de duda se abre paso en mi interior: mi madre había pensado lo mismo. Mi padre al marcharse destruyó a mi madre y nos marcó a nosotros, sus hijos. Durante las primeras semanas y meses, esperamos su regreso. Un golpe en la puerta, el sonido de un caballo deteniéndose afuera. Me sentaba en ese montículo de hierba, apoyada en esa cruz de granito, esperando que mi padre volviera. Lo echaba tanto de menos, ese olor a tabaco y heno, la aspereza de su barba, el tacto de sus manos callosas cuando me levantaba y me lanzaba al aire. Y después de un tiempo, ya no podía imaginarlo. Sus rasgos se habían desdibujado, se habían vuelto borrosos. Incluso ahora, tantos años después, cuando pienso en mi padre e intento evocar un recuerdo de su rostro, la imagen que me viene a la mente es la del Jesús que adorna la vidriera de nuestra iglesia. Su rostro es alargado, sus ojos de un verde brillante, amables, suplicantes. Es la imagen equivocada, pues mi padre era cualquier cosa menos amable. Un hombre amable no abandona a su esposa y a sus hijos; un hombre compasivo no rompe los corazones de su propia sangre. Mi Leo nunca me dejaría, por muy desesperada que fuera nuestra situación. Es demasiado leal; ama demasiado a su hijo; me ama demasiado a mí.

Y sin embargo, discutimos, con demasiada frecuencia. Y el dinero está en la raíz de nuestras peleas. Me acuesto por la noche, y veo cómo la historia se repite. Leo aún no me ha perdonado por perder mi trabajo. Me lo reprocha a menudo. Nunca debí perder ese trabajo, dice. No pagaba mucho. ¿Qué trabajo de limpieza lo hace? Pero marcaba la diferencia. No quise romper ese precioso jarrón, le digo una y otra vez. ¿Cómo iba a saber que era una reliquia familiar, que valía más de lo que podía imaginar? Yo también lo lamento, le digo. Por supuesto que sí, pero no lamento haberme librado de mi empleador. El barón von Finck es un hombre más grande que la vida misma. Todos se inclinan ante su mandato. No hay un solo hombre en este pueblo que no tiemble al encontrarse con el barón. Nadie le dice nunca que no al barón, nadie. Pero yo sí. Dije que no. Trabajaba como una de sus limpiadoras. Pero él tenía otros planes para mí. Dije NO. Mi trabajo dependía de someterme a sus exigencias; el bienestar de mi familia dependía de mi trabajo. A pesar de ello, me negué a su demanda. Hay cosas en la vida más importantes que el dinero. No me arrepiento. Y así, fui despedida. No podía decirle a Leo por qué, así que inventé una tonta historia sobre romper un jarrón precioso, una reliquia familiar.

4.

Leo está en su taller, ya trabajando en un nuevo violín. Nada especial esta vez, me dijo, solo un instrumento común y corriente. El problema es, y uno que él nunca reconoce, que ahora hay muy poca demanda. La gente tiene necesidades mayores, preocupaciones más apremiantes que ocuparse de un violín. Pero como siempre, me muerdo la lengua. En su lugar, una vez que se ha

ido, con un paso alegre, medito sobre nuestro nuevo problema mientras despido a Eduard para que vaya a la escuela. Tenemos un violín que "un ángel tocaría con gusto" y ningún medio para venderlo. Leo no puede venderlo; no conoce a las personas adecuadas, no sabría cómo hablarles aunque las conociera. Por eso tenemos un agente, un hombre que viaja a Berlín, que conoce y se encuentra con los hombres que importan, los directores, los compositores, los violinistas, sus mecenas. Hans revolotea entre los dos mundos: el mundo de etiqueta de la capital y nuestra lejana ciudad. Poco después de que Eduard se ha ido a la escuela, Hans aparece en la puerta. Está de camino a casa de su hermana, me dice. Solo quería despedirse. Pregunta si puede ver el violín de Leo otra vez.

Se para junto a la ventana, permitiendo que la luz juegue sobre la superficie esmaltada del cuerpo del instrumento. Lo manipula y lo arrulla como si fuera un bebé.

—¿Es realmente tan especial? —pregunto.

Me mira horrorizado como si acabara de pronunciar la blasfemia más terrible.

—Oh, sí —dice—. Es muy especial. —Lo coloca cuidadosamente sobre la mesa de la cocina—. Confesaré que nunca pensé que Leo fuera capaz de algo así.

—Ha trabajado lo suficiente.

—El trabajo hace a un buen artesano, un productor de trabajo adecuado, pero no hace a un artista.

—Entonces, ¿por qué? ¿Por qué, si sus otros violines han sido adecuados, cómo ha sido capaz de producir algo tan...?

—¿Perfecto? ¿Hermoso? Eso, Katharina, no lo sé. Soy un hombre de negocios, no un artista.

—¿Puedes venderlo por él?

—Oh, sí. Y por un precio alto, créeme. ¡Escandalosamente alto! Pero... —Toma asiento en la mesa.

No quiero oír el «pero». —¿Puedo prepararle un café? —pregunto, solo para ganar tiempo.

—No, gracias. No puedo quedarme mucho tiempo. Katharina, por favor, siéntate.

Lo hago. Tiene algo que decirme.

—Querida, lo que voy a decir va en contra de lo que hago como agente de Leo, como hombre de negocios. Pero nos conocemos desde hace mucho tiempo, ¿no es así, los tres? Me veo más como un amigo que como un agente, para ambos. Y sé que las cosas no son fáciles para ustedes. —

Hace un gesto despectivo hacia nuestro entorno, y mi cara se enrojece de vergüenza. La imagen de nuestro casero cruza por mi mente.

Hans se tira de la perilla. —No sé cuánto tiempo sobrevivirá mi hermana, si Dios quiere, mucho tiempo, pero puede que esté ausente por un tiempo. No creo que puedan esperar tanto. Así que, aunque me duela decir esto, tengo una sugerencia. Sé que Leo no haría esto; tiene demasiado orgullo. —Extiende la mano para tomar las mías y las aprieta—. Hay otro hombre en esta ciudad que tiene los contactos que yo tengo, que viaja regularmente a Berlín, un hombre que puede encontrar un comprador y vender este violín.

—¿De verdad? —Tan pronto como las palabras salen de mis labios, sé a quién se refiere—. No, no, no puedo. —Aparto mis manos de las suyas—. No puedo.

—Mi dulce niña, ¿qué otra opción tienes?

—No, esperaremos a que vuelvas, no importa cuánto tiempo tome.

—Pero te dije que podrían ser meses. Quizás un año o más, ¿quién sabe? Los médicos no lo saben.

—No. Haremos lo que sea necesario para sobrevivir, pero no voy a tomar la mejor obra de Leo y confiársela a ese hombre vil.

—Katharina, sé razonable; tienes que ser realista; el barón es... —Se detiene en seco, sorprendido por la mirada de shock en mi rostro—. Oh, vaya —dice. Ahora es su turno de que sus mejillas se pongan rojas.

—¿Qué pasa, Hans? ¿Qué has hecho?

—Bueno, verás, vi... —Toma aire.

—¿Se lo has dicho? ¿Sobre el violín?

Asiente. —Sí, me temo que sí. Pero, por favor, ¿por qué te preocupas tanto? ¿No lo ves? Él podría ayudarte. Yo no puedo. No ahora. Vale, puede que cobre una comisión mayor que yo, pero... —Mira alrededor de la lúgubre cocina—. A caballo regalado no se le mira el diente.

—¿Ahora nos llamas mendigos, Hans?

—No, no, por supuesto que no. —Tropieza con sus palabras, quizás maldiciendo internamente su elección poco acertada de frase—. Vendrá a verlos, esta misma tarde.

Mi corazón me golpea desde dentro. —¿Aquí? ¿El barón? ¿En esta casa? —Me estremezco ante la idea.

—Quiere ver el violín por sí mismo. Sé que perdiste tu trabajo allí. Sé que hay... ¿cómo decirlo? mala sangre entre ustedes, pero él los ayudará.

Niego con la cabeza fervientemente, sin palabras.

Hans se inclina hacia adelante, pone su pesada mano sobre mi rodilla. —Confía en mí, Katharina; todo estará bien. Ya verás.

Su voz era tan tranquilizadora, tan sincera, que por un momento, el más breve de los momentos, casi lo vi.

5.

El barón von Finck es sin duda un hombre apuesto: siempre lo he pensado. Su cabello ha conservado su negrura, su bigote cuidadosamente recortado, la mirada penetrante de sus ojos. Sus ojos son de un extraño color verde amarillento, con una intensidad como la de un tigre acechando a su presa. Su traje es impecable, negro brillante, con pliegues perfectos. Es muy respetado en el pueblo y, hay que decirlo, muy querido. Dona a la iglesia, ha patrocinado a muchos aprendices. ¿Soy solo yo quien puede ver a través de esta fachada y su corazón ennegrecido? Está de pie en mi cocina, viéndose claramente incómodo; no está acostumbrado a tales entornos. Rechaza mi ofrecimiento de asiento. Se para cerca de la ventana, con las manos detrás de la espalda, su sombrero y bastón en mi perchero. —¿Puedo verlo entonces? Hans Lüpertz prácticamente se deshizo en elogios sobre sus virtudes.

Coloco el estuche del violín sobre la mesa, consciente del ligero temblor en mis manos, y doy un paso atrás mientras él, cauteloso como un gato, se acerca. Desabrocha los cierres. Sus ojos se ensanchan al ver el instrumento. —¿Puedo? —pregunta sin apartar la vista de él.

—Por supuesto.

Levanta el instrumento del estuche y lo sostiene frente a él con el brazo extendido. Pasa un rato simplemente mirándolo. Su expresión no revela nada. Lo gira boca abajo; incluso lo huele. Una parte de mí quiere que se enamore de él porque solo yo sé cuánto significa el violín para mi marido. Y, por supuesto, el patrocinio del barón podría cambiar nuestra fortuna. Pero otra parte de mí quiere que lo rechace. La idea de que nuestra supervivencia dependa de este hombre es demasiado.

El barón toma el arco del estuche, pasa su dedo por las crines. Noto el anillo de bodas en su dedo. Sabía que una vez estuvo casado pero que su esposa había muerto hace muchos años. Coloca cuidadosamente el violín bajo su barbilla y sostiene el arco sobre las cuerdas. Cierra los ojos, luego pasa suavemente el arco sobre las cuerdas. Reconozco la melodía, una sonata de

Beethoven. No toca particularmente bien, aunque probablemente mejor que Leo, y, si es consciente de ello, se detiene abruptamente a mitad de pasaje. Contiene la respiración, el violín suspendido entre su hombro y cuello. Luego, tan abruptamente, comienza otra pieza, algo de Schubert. Esto es mejor y, a pesar de mí misma, me encuentro cerrando los ojos y absorbiendo la música. Mi padre viene a mi mente, esta figura indistinta de hace tantos años. Recuerdo más el toque áspero de sus manos que su rostro, la voz ronca, la risa cordial. Solía llamarme Katty. ¿Qué le hizo irse? Un día estaba allí; al siguiente no. ¿Por qué nunca volvió? Todavía puedo, después de todo este tiempo, sentir esa sensación de anhelo, el vacío dentro de mí. ¿Nunca tuvo curiosidad por ver a sus hijos, verlos crecer? ¿No nos echaba de menos? El abrupto silencio pone fin a mi ensoñación.

El barón sostiene el violín inmóvil, sintiendo su vibración, el zumbido de las notas que se desvanecen en las cuerdas. Lo observo respirar profundamente, sus ojos entrecerrados. Él también está atrapado en un lugar lejano, en una ensoñación propia. El silencio se espesa. Sacude la cabeza. Está de vuelta en el presente.

Coloca el violín de vuelta en su estuche, cierra el estuche y se queda de pie, sus dedos tamborileando en el borde. Apenas me atrevo a moverme. Las últimas notas aún resuenan en el aire a nuestro alrededor. El barón es un hombre diferente fuera de su casa. Aquí, en mi cocina, parece menos seguro de sí mismo. Es casi como si el instrumento lo hubiera humillado. —El señor Lüpertz tenía razón —dice finalmente—. No es que alguna vez dudara de él. Este es de hecho un instrumento fino. Muy fino.

—Lo sé.

Me lanza una mirada que dice *¿cómo podrías tú, de entre todas las personas, saberlo?* Me ruborizo.

Se endereza, se pasa los dedos por el cabello. El momento ha pasado; el hechizo lanzado por el violín de Leo se ha roto.

—Viajo a Berlín este fin de semana —dice con voz resonante—. Sé que podría encontrarle un comprador para esto. Alguien dispuesto a pagar generosamente por él.

—¿Qué es generoso, barón?

—Tal vez mil. Posiblemente más.

Mi pulso se acelera. ¿Mil? Eso le ganaría a mi marido más que todos sus violines anteriores juntos. El número sigue resonando en mi cabeza. Mil. La gente mataría por eso, estoy segura. Espera a que se lo cuente a Leo. Ya podía imaginar el deleite en su rostro.

El barón se aclara la garganta. —Y por eso, pediría un tercio.

—¿Un tercio? —Mi pequeña ensoñación se desvanece al instante—. ¿Un tercio? Seguramente,

no puede...

—¿Sí?

—Pero... pero eso es demasiado. Hans solo cobra un diez por ciento.

—Sí, ¿y dónde está su querido Hans? ¿Hmm? No está aquí, ¿verdad? Yo sí. El sesenta y seis por ciento de mil es mucho más que el cien por ciento de nada, Frau Schilling.

—Soy consciente de eso, pero...

—Piénselo. Me llevo su violín ahora; usted tendrá un recibo. Vuelvo de Berlín y tendrá más de seiscientos de ganancia. Así de simple —dice, chasqueando los dedos.

No necesito pensarlo. —No. No, no es así de simple. A Leo le llevó semanas hacer y perfeccionar ese instrumento. Lo sé, he vivido con él. —Oh, vaya que sí. Las esperanzas y los momentos de duda. Vivo con el desgaste emocional que supone para un hombre como mi marido. Y antes de eso, los años y años que le llevó aprender su oficio. Y he estado aquí. He estado a su lado en cada paso del camino. Y ahora, porque el barón puede venderlo, cree que puede exigir un tercio de su valor, así sin más, con un chasquido de dedos.

Me considera por unos momentos. —Puede que viva para arrepentirse de esto, Frau Schilling.

En eso, probablemente tenga razón. —Lo dudo —digo.

—Siempre ha sido muy terca.

El fragmento de memoria aparece en mi mente: sus ojos entrecerrados, su brazo alrededor de mi cintura, sus labios hinchados acercándose a los míos. —Sé lo que es correcto.

—Tener razón no pone comida en su mesa ni mantiene un techo sobre su cabeza.

Sus palabras me apuñalan en el pecho. Me agarro el corazón, decidida a no dejarme influenciar por la lógica, el sentido común en lo que dice.

—Me despediré. —Vuelve a sacudir la cabeza, como lo haría un padre con un niño rebelde. Alcanza su sombrero y bastón. Se detiene, se vuelve hacia mí y, golpeando la punta de su bastón, dice—: Mi oferta sigue en pie. Le diré lo que haré. No debo ir a Berlín hasta dentro de tres días. Eso le dará tiempo para pensar las cosas, para discutir las con su marido. Venga a verme si cambia de opinión, y sinceramente espero que lo haga. Pero, si para entonces aún rechaza mi oferta, que así sea. No la molestaré más.

Abre la puerta principal justo en el momento en que Eduard entra corriendo de la escuela. Su repentina aparición toma al barón por sorpresa. Mira a Eduard, Eduard lo mira a él, expresiones

desconcertadas por todas partes. Un silencio antinatural flota en el aire. Me mira, inclina la cabeza. Es como si quisiera que yo confirmara que este niño es realmente mío. No digo nada.

—Disculpe —murmura, empujando a Eduard al pasar.

—¿Quién era *ese* ? —pregunta Eduard—. Era espeluznante.

—No digas esas cosas. Es de mala educación.

Eduard retrocede, sorprendido, y me doy cuenta de que estoy gritando. —Además, no sabes nada sobre ese hombre. No está bien hacer suposiciones.

—Lo siento, mamá. Lo siento.

6.

El señor Hauff merodea por mi cocina, oliendo a talco, cogiendo cosas, inspeccionándolas, volviéndolas a dejar: el salero, un tarro de encurtidos, el mortero y la mano. —Entonces, ¿ve?, ¿qué opción tengo?

—Pero ¿por qué tanto, *mein* Herr?

Se detiene y me mira, con las fosas nasales dilatadas. —Ya se lo he dicho. La diócesis ha subido el alquiler del terreno. No tengo control sobre eso. Todos mis costos están aumentando. Tengo que subirle el alquiler, señora Schilling. De lo contrario... —Deja la palabra en el aire—. Entonces, ¿confío en que tiene algo para mí este mes?

Trago saliva y ajusto la correa de mi delantal.

—¿Y bien?

—No, señor Hauff —digo lo más bajo posible.

Parpadea rápidamente. —Lo siento, no entendí eso. Mi oído, no es... ¿Qué dijo?

Contengo la respiración. Luego, al soltarla, las palabras salen en un torrente. —Lo siento, solo tengo suficiente para dos semanas. Verá, Leo no ha podido... —Saco el sobre del bolsillo de mi delantal y se lo paso discretamente. Doy un paso atrás tan pronto como lo toma.

—¿Dos semanas?

—Pero, *mein* herr, por favor escuche...

—No quiero oírlo. —Corta el aire con la mano—. ¿Cuántas veces hemos tenido esta conversación? No hago caridad, ese no es mi negocio. Si quiere caridad, vaya a la iglesia.

—Lo hice.

—¿Qué?

—Dije que lo hice, señor Hauff.

—¿Y?

Me tiro del lóbulo de la oreja. —Dijeron que no éramos lo suficientemente merecedores.

Se ríe. —No lo suficientemente pobres, más bien. Bueno, ahí lo tiene. ¿Ve? Todo ese "Somos tan pobres, señor Hauff". No es cierto, ¿verdad?

—Leo ha hecho un violín.

—¿Qué?

Levanto la voz. —Dije, *mein* herr, que Leo ha hecho un nuevo violín.

—Lo sé, ese es su trabajo. —Levanta una ceja—. Tal como es —añade en voz baja.

—No, este, el que acaba de terminar, es especial. El señor Lüpertz dice que podría venderlo por mucho dinero. Pero...

Veo el tic en su mandíbula. —¿Sí? Continúe —dice con cansancio—. ¿Pero qué?

—Tiene que salir de la ciudad por un tiempo, quizás un mes o... o dos. Pero tan pronto como regrese, tan pronto.

—¿Un mes o dos? —dice, sacudiendo la cabeza enérgicamente—. No. No, no, no. Ya he tenido suficiente. Usted y su marido, siempre es la misma historia. Mañana, mañana, mañana. Pero mañana nunca llega, ¿verdad, señora Schilling? No, ya es suficiente. Quiero mi alquiler, los tres meses completos, más un mes por adelantado, como, si recuerda, lo estipula el contrato que usted y su marido firmaron. Para el final de la próxima semana.

—¿El final de...?

—Sí, sí, sí, el final de la próxima semana. Recibo consultas de nuevos inquilinos casi todos los días ahora. La demanda está ahí. Si no puede pagar, hay muchos que lo harán. Buenos días,

meine Frau .

—Pero, señor Hauff, espere, por favor, Hans dijo... Hans, él dijo... Pero demasiado tarde. Demasiado tarde. El señor Hauff se ha ido, cerrando firmemente la puerta principal detrás de él. El sonido reverbera por toda la casa.

Me siento, con las piernas temblorosas. Retuerzo un pañuelo entre mis dedos, tratando de pensar, tratando de pensar. Tenemos diez días para encontrar tres, no, casi cuatro meses de alquiler. Y no tenemos nada en la hucha, ni dos centavos para frotar. No queda nada en esta casa que podamos empeñar; ya lo he hecho todo. Incluso mi anillo de bodas está empeñado. No es que haya valido mucho, ni que Leo se haya dado cuenta. ¿Por qué, oh por qué tenía que enfermar la hermana de Hans justo ahora? Me llevo las manos a la cabeza. —Oh, muérete ya, estúpida mujer, muérete ya. Oh. Una brusca inhalación. Mis dedos se apresuran a mis labios. Miro alrededor, asegurándome de que sigo sola. Miro hacia el cielo. No quise decir eso, mi Señor, no quise decir eso. Que me fulmine un rayo si no digo la verdad. Contengo la respiración, esperando a medias que la muerte me alcance donde estoy sentada.

7.

Así que ahora estoy desesperada. Sigo sin estar más cerca de decidir qué es lo mejor. Le grité a Eduard antes de que se fuera a la escuela sin razón alguna. Leo no dejaba de preguntarme si estaba enfermando. Le digo que no sea tan ridículo. Parece herido por la brusquedad de mi respuesta. Golpeo las sillas; rompo una taza mientras lavo los platos. Debería contarle lo que está pasando, pero no lo hago. Estoy segura de que puedo encontrar una solución por mi cuenta, así que no le cuento sobre la visita del barón ni la de Herr Hauff. Quiero hacerlo; necesito librarme de esta responsabilidad que de alguna manera he asumido, pero ahora que he empezado, debo seguir adelante y terminarla. Y así no le digo nada. En su lugar, le preparo el almuerzo y, cuando es hora de que se vaya, lo abrazo. Puedo notar que está un poco desconcertado por esta inusual muestra de afecto, especialmente después de mi estado de ánimo anterior, y no sabe muy bien qué pensar. Si supieras, pienso para mí misma; si supieras. —¿Nunca me dejarías, verdad, Leo?

No responde de inmediato, aturdido, creo, por la pregunta inesperada.

—¿Leo?

—No, no, claro que no. Pero... pero ¿qué...?

—Nada. No es nada. Ignórame.

Me quedo en la puerta y lo despido con la mano. Se aleja calle abajo con su pequeño sombrero de pico con una pluma, saludando a un conocido, feliz de esconderse en su taller, dando forma a

la madera para otro violín más.

Pasan dos días y aún no puedo descifrar qué es lo mejor que debo hacer. Es viernes. Mañana, el Barón von Finck viaja a la capital, sin el violín de Leo. Regresará el lunes sin los 666 marcos en su bolsillo para nosotros. Suficiente dinero para pagar a Herr Hauß y todas nuestras otras deudas, suficiente dinero para mantenernos en un lujo relativo durante mucho tiempo, suficiente dinero para disminuir la presión sobre nosotros. Y no es solo el dinero en sí; el violín hará el nombre de Leo, su reputación se elevará; estará en demanda. Paso toda la mañana dándole vueltas a las cosas en mi cabeza, tratando de averiguar qué es lo mejor. Tengo que hacer esto bien; el futuro de la seguridad de mi familia depende de ello.

Sé que debería hablar con Leo sobre esto, compartir la carga. Pero Leo es como un niño en la mañana de Navidad, su mente está llena de sueños, llena de esa casa que solo existe en su imaginación. Él no tiene que lidiar con Herr Hauß; no se preocupa por comprar comida, por Eduard y su educación y sus enfermedades. Cuando, en ocasiones, ofrece una opinión, se basa en su percepción onírica de la realidad; no tiene fundamento en el mundo real. El violín puede ser suyo, pero nuestra futura seguridad es mi responsabilidad. Todo depende de mí. Y, finalmente, sé qué hacer.

8.

Me detengo en la entrada de la propiedad del barón, junto a la cerca y la puerta pintadas de blanco, recuperando el aliento. Los sauces llorones se mecen con la brisa, un joven roble se yergue orgulloso, su corteza aún lisa. En mi mano llevo un estuche de violín. He caminado hasta aquí, todos los dos kilómetros. Esperaba que la caminata expulsara el dolor que se acumulaba en mi pecho. No ha funcionado, pues aún sigue ahí. La caminata me ha cansado, un hilo de sudor corre por mi espalda; mis manos están húmedas. Me quito el sombrero y lo uso para abanicarme. La casa se alza frente a mí, casi brillando bajo el sol otoñal del mediodía. Había olvidado lo grandiosa que es esta casa; la había desterrado de mi mente. Podría llorar. Sé que es el modo en que funciona el mundo, y todos tenemos que aceptarlo por lo que es y nuestro lugar en él, pero ¿cómo puede un solo hombre poseer tanto y tenerlo todo para sí mismo? El edificio de piedra caliza tiene tres pisos de altura, tres grandes ventanales franceses a cada lado de la entrada principal, hiedra trepando por la fachada, un techo de pizarra con pendiente pronunciada. Es un edificio hermoso, siempre lo he pensado; no se puede negar. Además, el barón tiene un gran lago detrás de la casa todo para él solo.

Me acerco, consciente del crujido de mis zapatos sobre el camino de grava. Rodeo una fuente, con agua brotando de la boca de un delfín de aspecto alegre. Con pasos pesados, subo los escalones de piedra y aquí estoy. Han pasado seis meses desde que me fui, seis meses desde que dejé mi llave sobre la mesa de la cocina y me marché. Fue una extraña mezcla de emociones la que me embargó ese día. Sentía que me había ido con mi dignidad intacta, con la satisfacción de

haber tenido la última palabra, pero aun así me fui con la sensación de haber fracasado. Nadie me ha empleado desde entonces; la influencia del barón llega lejos. Hasta ahora, el orgullo me había impedido volver. Pero ahora, he regresado.

El orgullo es la primera víctima de la necesidad.

La puerta principal luce un aldabón con forma de león. Ignorándolo, tiro del timbre y escucho el sonido de la campana resonando en lo profundo de la casa. Espero, deseando poder darme la vuelta y correr escaleras abajo, lejos de aquí. La puerta se abre. Es el señor Habermann, el ayuda de cámara del barón, con su habitual traje negro.

—Katharina, vaya, hola, qué agradable verla después de tanto tiempo.

—Hola, señor Habermann.

Nos quedamos de pie en el enorme vestíbulo e intercambiamos cortesías junto al reloj de pie con cara de luna. El señor Habermann y yo siempre nos llevamos bien, camaradas aliados contra las exigencias y los arranques del barón. Habermann me guía hasta la sala de estar, una habitación que solía conocer demasiado bien. Llama y entra. El barón se levanta al verme. Fuerza una sonrisa.

—Señora Schilling, qué agradable... —Ve el estuche del violín en mi mano. La sonrisa desaparece—. Será mejor que pase —se gira hacia su ayuda de cámara—. Gracias, Habermann. Le llamaré si necesito algo.

El ayuda de cámara hace una reverencia y, guiñándome un ojo, sale.

Miro alrededor de la habitación. Había barrido la alfombra roja y las relucientes baldosas del suelo mil veces, quitado el polvo de las estanterías llenas de filas de libros sin leer, desempolvado los grandes retratos enmarcados de hombres de aspecto terrible con expresiones austeras, subido a una escalera y quitado el polvo de los tapices colgados en las paredes, pulido la platería y los vasos, el escritorio con sus patas como garras de león, limpiado la chimenea. Oh sí, conocía bien esta habitación; una rosa de yeso en el centro del techo, el reloj con cúpula de cristal que suena en punto sobre la mesa hexagonal. El sol se cuele por las ventanas. El barón cierra las cortinas. Es en esta habitación donde al barón le gusta sentarse en su sillón de orejas y beber su asqueroso líquido ámbar que hace que su aliento queme y su bravuconería sea insoportable. Bebía y me observaba mientras trabajaba, comentando frecuentemente sobre mi apariencia. Me esforzaba al máximo por parecer lo más desaliñada posible, pero la bebida, he llegado a darme cuenta, juega malas pasadas con la visión de un hombre, puede hacer una princesa incluso de la más sencilla de las Cenicientas.

—¿Necesito preguntar qué la trae por aquí, señora Schilling?

—No.

—Veo que tiene el violín de su marido. —Se esfuerza por contener su emoción, pero sus ojos lo delatan.

Coloco el estuche sobre la mesa de mármol con incrustaciones de marfil y doy un paso atrás.

—¿Quiere que lo venda después de todo?

Asiento.

—¿Acepta mis condiciones?

Vuelvo a asentir.

Repito las condiciones, por si las hubiera olvidado. Puedo visualizar a Hans levantando las manos al aire, reprochándome mi estupidez. Pero Hans no está bajo las mismas presiones que nosotros.

El barón se acaricia la barbilla, con los ojos fijos en el estuche.

—¿Puedo recuperar mi antiguo trabajo? —No estoy segura de dónde salieron esas palabras; ciertamente no las había preparado. Mi cara se pone roja como la remolacha; estoy segura de ello.

Niega con la cabeza.

—Ojalá pudiera decir que sí, pero no. No puedo justificar despedir a su reemplazo cuando hace un trabajo tan bueno y minucioso.

Un trabajo tan bueno y minucioso . ¿Me lo estoy imaginando, o está insinuando que ella hace un mejor trabajo que yo? Y si es así, ¿cómo? Me da miedo pensarlo.

—Por supuesto, no puedo prometer que encontraré un comprador, pero haré mi mejor esfuerzo, por el bien de ambos, el suyo y el mío.

—Y el de Leopold.

—Por supuesto. Ahora, ¿le gustaría quedarse a tomar algo refrescante? Hace un calor inusual hoy y...

—Gracias, no. Me gustaría un recibo, por favor.

Inclina la cabeza. —Naturalmente.

Dos minutos después, estoy caminando a grandes zancadas por el camino de grava, pasando el delfín, pasando el roble, atravesando la puerta y saliendo a la carretera abierta que lleva de vuelta

al pueblo. No me detengo, no me doy la vuelta hasta que doblo una esquina. La luz del sol moteada cae sobre mí a través de los árboles temblorosos. Los pájaros cantan. Mi respiración sale en breves ráfagas. He hecho lo correcto, me repito una y otra vez, entonces ¿por qué esta furia en mi pecho, este impulso de gritar?

9.

La semana pasa lentamente. No recibo noticias del barón, y cada día que pasa, cada día que nos acercamos al día del alquiler, mi ansiedad aumenta un nivel. Le contesto bruscamente a Eduard. Le contesto bruscamente a Leo, quemo la cena y cuando estoy sola, me encuentro constantemente al borde de las lágrimas. No puedo concentrarme, no puedo dedicarme a nada excepto a hacer mermelada. Es algo que hago todos los años en esta época, mucha mermelada de grosella para nosotros y nuestros vecinos.

Leo pidió su violín. Le dije que lo había llevado al banco para guardarlo. Esto le confunde ya que no tenemos una cuenta. Pero, le digo, Berenbergs aceptará objetos de valor. No tengo idea si esto es cierto, pero Leo lo acepta sin cuestionarlo. Se va a su taller cada día, con una melodía alegre en la cabeza, y casi lo resiento. ¿Por qué debo enfrentar esta carga yo sola? Es el destino de una mujer sufrir por sus maridos. Esto, sé que es cierto. Recuerdo muy bien las luchas de mi madre, una mujer que vivió su vida a la sombra de la pobreza.

Madre trabajó durante muchos años como partera. Apenas había un niño en el pueblo, solía decir mi padre con orgullo, que no hubiera sido traído al mundo por las buenas manos de mi madre. Luego, un día, de repente, lo dejó. Los padres jóvenes venían a llamar a nuestra puerta y ella los rechazaba, decidida a no ejercer nunca más su oficio. Padre estaba furioso, no podía entenderlo. Fue similar al día en que dejé de trabajar para el barón, diciéndole a Leo que había roto el precioso jarrón del barón. Un día, muchos años después de que padre nos abandonara, madre me contó la razón. Temía por su vida. Había traído al mundo a muchas docenas de bebés sanos en manos de madres agradecidas y felices. Algunos partos eran más difíciles que otros, pero aun así, tenía éxito. La gente empezó a llamarla hacedora de milagros. Y así comenzaron los primeros rumores. Solo los hombres de fe pueden ser vistos realizando milagros. Está fuera del alcance de las mujeres. A menos que. A menos que esa mujer sea más que simplemente una mujer. A menos que esa mujer tenga *poderes especiales*, a menos que sea una *bruja*. El rumor se alimentaba del rumor. Luego, un día, uno de sus bebés murió. En lugar de disipar el chisme, simplemente lo reforzó. La gente la evitaba en las calles, le daba la espalda, los niños la llamaban bruja. Habían pasado más de ochenta años desde que Alemania colgó por última vez a una mujer por brujería, pero el miedo permanecía. Nunca más asistió otro parto.

Hoy en el pueblo, escuché de un conocido que el barón todavía está en casa, no ha ido a Berlín como estaba planeado. El señor Hauff llegará demasiado pronto. Mi pulso se acelera al escuchar esto. Regreso a casa, con la mano en el pecho y me desplomo en el sillón. Me animo. Todavía

tengo tareas que hacer. Eduard volverá pronto de la escuela, Leo del taller, ambos queriendo su cena.

Esa noche, terminada la cena, Leo y Eduard están trabajando en un rompecabezas. —Es un cambio de jugar con muñecas, ¿eh, Ed? —dice Leo.

Eduard se concentra en el juego que tiene entre manos, demasiado avergonzado, creo, para levantar la vista. Nuestro hijo nunca ha sido un niño que juegue a juegos de niños. Me digo a mí misma que no importa, que es solo una fase. Pero la fase está resultando ser duradera.

Hay un golpe en nuestra puerta. Leo responde. Es Hans, sonriendo de oreja a oreja. Leo le da la bienvenida. Eduard se pone de pie.

—¿Cómo va todo, amigo mío? Pensé que-

Hans niega con la cabeza. —Lo sé, lo sé. Lo que pasa es que mi querida hermana empeoró y lamentablemente...

—Oh, Hans. Lo sentimos mucho.

—Gracias, gracias. —La verdad es que Hans no parece terriblemente triste. Eduard podría fingir mejor la simpatía que Hans.

Le digo a Eduard que vaya a su habitación a jugar.

Hans continúa. —De hecho, falleció la noche que llegué. Apenas logré llegar a tiempo. Algo terrible. En fin.

—¿Le gustaría un vaso de cerveza? —pregunto.

—En un momento. Primero tengo algo que contarles.

Todos nos sentamos alrededor de la mesa. Hans toma distraídamente una pieza del rompecabezas y la coloca en su lugar. La imagen que se está formando es la de una anciana con un vestido suelto, una sonrisa alegre y desdentada, una indigente, una bruja, creo.

—¿Qué es lo que tienes que contarnos, Hans? —pregunta Leo.

—Bueno, pasé unos días en casa de mi hermana, haciendo los arreglos, ya saben. Tuvimos su funeral hace apenas dos días. Todavía tengo cosas que hacer, pero por ahora pensé en volver a casa. Pero antes de regresar, hice un desvío por Berlín. Y mientras estaba allí, yo... Oh, no necesitan saber los detalles. El hecho es que he prácticamente vendido tu violín, Leo.

—¿Lo... lo has hecho?

—Oh, sí. Por supuesto, no ha visto el instrumento, pero él y yo nos conocemos de hace tiempo. Cuando le digo que le encantará y que será perfecto para él, me cree. Está ansioso por verlo, Leo.

—Oh, gracias, Hans. Gracias.

—Y espera a oír el precio. —Hans se vuelve hacia mí—. ¿Estás bien, Katharina? Te ves algo-

—Estoy bien, gracias.

Mi brusquedad lo hiere, puedo notarlo.

—¿Cuánto, Hans? —pregunta Leo.

Hans hace una pausa, con una sonrisa en los labios. Como un mago, está disfrutando el momento de la revelación, retrasándolo un instante para lograr el máximo efecto. Y entonces lo dice. — Dos mil.

A Leo se le cae la mandíbula. Mi corazón se detiene. Se me hiela la sangre.

—¿Cuánto? —dice Leo en un susurro.

—Quita mi comisión, aún te quedan mil ochocientos.

Leo se levanta de un salto de su silla, con los brazos en alto y grita. Hans se ríe. Yo fuerzo una sonrisa.

—Mil ochocientos —grita Leo—. Oh, Dios mío, oh mi... —Traga saliva. Hans se pone de pie y los dos hombres se abrazan. Hans le da palmadas en la espalda a Leo. Cuando se separan, veo que Leo está llorando.

Eduard irrumpe en la habitación. —¿Qué está pasando?

—¡Somos ricos! —dice Leo—. Más ricos de lo que jamás imaginé.

—¿De verdad? —pregunta Eduard, con los ojos como platos.

Leo abre los brazos. —Ven, hijo mío, ven. —Padre e hijo se abrazan—. Todos nuestros problemas han quedado atrás ahora. Podemos comprar una casa en Berlín.

—¿Qué pasó con la casa con vistas al lago desde la veranda? —pregunto en un tono que suena como si tuviera un limón en la boca.

Leo está demasiado emocionado para darse cuenta.—No, he cambiado de opinión. Deberíamos vivir en Berlín e ir a conciertos cada mes, incluso cada semana. Sí, Berlín es el lugar adecuado. Vaya, nunca pensé que sería posible y es gracias a este maravilloso hombre de aquí.

Hans se sonroja.—No digas tonterías. Yo solo lo vendí. Tú eres el hombre que creó algo tan hermoso. Por cierto, ¿dónde está? A salvo, espero.

Le digo que está en el banco. Él asiente con aprobación.—Pero, Hans —digo, tratando de contener el temblor en mi voz—. ¿Y si a este comprador tuyo no le gusta lo que ve? Puede que no le guste.

Leo resopla.—Típico de mi esposa —dice.

—No, no —dice Hans—. Es una pregunta justa. —Toma mi mano—. Tienes razón en preguntar, pero Katharina, querida, confía en mí. Le encantará. Te lo prometo.

Asiento con la cabeza.—Bien —digo—. Eso es... eso es bueno.

10.

Ya es tarde. Eduard está en la cama. Leo me pregunta:—¿A dónde diablos vas a estas horas de la noche? ¿Y qué llevas en esa cesta?

—Mermelada de grosella —le digo—. Tengo que entregarla.

—¿Ahora? Está lloviendo afuera.

—Lo prometí. Puede que tarde un rato.

La confusión arruga su rostro.—¿Por qué llevas ese perfume?

—Es solo un toque de lavanda, Leo. Sin motivo.

—Iré contigo.

—No, no. Quédate con Eduard.

Acepta esto, pero no está contento.

Y así me escapo, con el asa de la cesta en el hueco de mi brazo. Mi esposo me observa mientras me voy. Sabe que algo no está bien. Doblo la esquina al final de la calle y me relajo un poco, ahora que sé que ya no puede verme.

La noche es cálida para ser octubre, pero Leo tiene razón, cae una fina llovizna. Me ajusto la cofia. La cesta es pesada, demasiado pesada para cargarla durante dos kilómetros. La dejo en el pórtico de la iglesia. Solo saco un tarro, el marcado con una pequeña cruz en la esquina inferior derecha de la etiqueta. Nadie me ve. Al menos eso creo. Todo está en silencio. Camino rápidamente fuera del pueblo y por los caminos rurales, a través del bosque. El sonido de mis zapatos en el sendero campestre parece muy fuerte. Un búho ulula. Algo se agita bajo las hojas. Cada sonido está amplificado. El aire huele fresco con la lluvia; el viento tira de mi abrigo. Mi respiración retumba en mis oídos. Empiezo a cansarme cuando la casa señorial aparece a la vista, silueteada contra el cielo nocturno, su techo de plomo brillando. Me acerco a la entrada y es como si toda mi vida me hubiera llevado a este momento. Sé lo que voy a preguntar, pero no tengo idea de cómo responder cuando no escuche la respuesta que quiero oír. Me paro frente a la puerta y cada fibra de mi ser quiere darse la vuelta, volver a casa, a la seguridad del hogar y de mi marido, mi adorado Leopold. Pero no puedo, debo llevar esto hasta el final. Y entonces lo oigo. Sí, oigo el sonido de un violín tocando. Es el violín de Leopold; esto lo sé con certeza. Tiro de la campanilla y espero. Y espero. Finalmente, oigo movimientos dentro de la casa. Oigo al barón gritando. La puerta se abre. Sus ojos se fijan en los míos por un momento, entrecerrándose. Apesta a bebida, el olor lo rodea.

—¿Va a invitarme a entrar?

—Oh. Sí. Perdone mis modales. —Se hace a un lado, haciendo un gesto con la mano, invitándome a pasar.

—Es tarde. Me disculpo.

—No importa. Siempre me acuesto tarde. Pase.

Y aquí estamos de nuevo, en su sala de estar, ahora bañada en un resplandor anaranjado, con las sombras de varios mecheros de gas revoloteando contra las estanterías. El reloj de cúpula sobre la mesa hexagonal marca las nueve y media. Él toma una copa y bebe de un trago el líquido ambarino. Sus ojos se cierran momentáneamente cuando la bebida golpea el fondo de su garganta.

—Tome asiento —dice, con la voz ronca por la bebida.

Me mantengo de pie. —Iré directo al grano. Necesito recuperar el violín de mi esposo.

Mantiene su silencio, sus ojos penetrantes clavados en mí. Luego ríe estrepitosamente. Mis entrañas se tensan; ¿cómo se atreve a reírse en mi cara?

—El violín dorado —dice en voz baja.

—¿El qué?

—Como una gallina de los huevos de oro, vale una fortuna. Y mantendrá su valor, por los siglos de los siglos. ¿Le apetece una copa?

Niego con la cabeza.

—Tenemos un acuerdo, Frau Schilling. Usted lo sabe. Tiene el recibo.

Saco el trozo de papel de mis faldas y se lo tiendo. —Aquí tiene, tómelo.

—No. No lo quiero.

—Necesito recuperar el violín y lo necesito ahora.

—¿Está segura de que no quiere esa copa?

—Sí, de acuerdo, tomaré una copa si eso le hace feliz.

Me sirve una copa y, mientras lo hace, comienza a silbar. Considera este asunto tan trivial que encuentra tiempo para silbar. Me entrega la bebida en una pesada copa de cristal. Lucho contra el impulso de arrojársela a la cara. Doy un sorbo. Me quema la lengua. Es una bebida repugnante, pero me siento obligada a beberla toda.

—Ahí tiene —dice—. Ahora, por favor, siéntese y discutamos esto.

Nos sentamos uno frente al otro, ambos inclinados hacia adelante, con las copas de cristal en nuestras manos. Hurgo de nuevo en mis bolsillos y encuentro el tarro de mermelada. Lo coloco sobre la mesa.

—¿Es para mí?

—Por favor, Barón, se lo suplico, si es lo que quiere que haga. Le ruego que me devuelva el violín de mi esposo.

—Sabe, *meine* Frau, usted es tan parecida a su madre.

—¿Mi madre? —Esto me toma por sorpresa—. Nunca supe...

—¿Nunca se lo mencioné? Oh, sí, recuerdo bien a su madre. Ustedes dos son muy parecidas. Saben lo que quieren y que Dios se apiade del hombre que se interponga en su camino. —Se ríe—. Usted lleva el mismo perfume que su madre. ¿Es lavanda? Qué extraña coincidencia, su madre estuvo en esta casa hace exactamente treinta años esta misma noche.

—¿De verdad? ¿Cómo recuerda la fecha tan bien?

—Oh, lo recuerdo perfectamente. Treinta años. —Se toca la sien—. Está grabado aquí.

Me estremezco. No sé por qué.

—Ahora escuche, *meine* Frau. Escúcheme bien. —Su voz adopta un tono más severo; veo el pulso en su cuello—. Mañana por la mañana parto hacia Berlín. Ya he hecho algunas averiguaciones. Tengo varios caballeros interesados en el instrumento. Puedo hacerlos competir entre ellos. Espero conseguir más de mil. Soy un hombre honesto, Frau Schilling; usted recibirá su sesenta y seis por ciento, sea cual sea el precio de venta. Pero, sabe, quizás haya algo que podamos hacer para superar este punto muerto...

Él sigue hablando, pero ya no puedo oír sus palabras. Miro alrededor de la habitación. Las sombras se ciernen sobre mí. Intento parpadear para alejarlas. Tiemblo; la noche se está volviendo fría. Su voz monótona se desvanece y luego vuelve a enfocarse. Fragmentos de sus palabras resaltan. *Una mujer muy atractiva, Frau Schilling. Siempre lo he pensado*. Intento hablar. —El violín —digo—. El... el violín. *Llamémoslo un arreglo*. El vaso se me escapa de la mano. Escucho el golpe sordo cuando cae sobre la alfombra. *Llámelo una transacción, si lo prefiere*. Intento alcanzar el vaso, pero me duele demasiado la cabeza. Su voz es tranquilizadora, agradable. Su rostro me mira como si estuviera sumergido en agua. Coloco mi mano sobre mi pecho. La náusea me invade. Quiero vomitar. ¿Por qué hace tanto frío aquí? Intento enfocarme en el barón. Se inclina hacia mí, con una sonrisa en los labios y saliva en el bigote. Sus rasgos se difuminan, se vuelven dos, se fusionan de nuevo. *Sabes lo que siento por ti, Katty*. Así me llamaba mi padre. No me gusta que él me llame así. Eructo y mi mano se dispara hacia mi boca por vergüenza. Lo escucho reír fuertemente, ¿por qué tan fuerte? ¿Por qué no se detiene? ¿Qué me está pasando? *Terca, igual que tu madre*. Quiero ir a casa, pero el hogar parece tan lejano, como un recuerdo distante. *De tal palo, tal astilla*. He perdido toda noción del tiempo. Quiero dormir, que todo esto desaparezca. *No es sorpresa que la llamaran bruja*. Cierro los ojos y es entonces cuando soy consciente de su peso sobre mí. Estoy inmovilizada en la silla. El frío de sus manos está en el interior de mis muslos, en mi carne. Estoy tan débil, tan lejos. Abro la boca, intento gritar, intento despertar de esto, pero no puedo. Simplemente no puedo.

11.

Escucho el tic-tac, tic-tac del reloj dentro de su cúpula de cristal. Me palpita la cabeza; tengo la boca seca. Abro los ojos. La figura borrosa del barón está de pie sobre mí. Lo oigo decir bienvenida de vuelta. Me froto los ojos. El reloj marca las diez y media. Oh, Dios. Necesito llegar a casa. Leo estará preocupado por mí. Mi pie golpea algo. Miro hacia abajo. Es la copa de cristal en la alfombra. Mis manos levantan los pliegues de mi falda y me toco entre las piernas. Ahora respiro pesadamente, mi corazón late con fuerza contra mi pecho. Intento ponerme de pie, pero mis piernas flaquean. Agarrándome del reposabrazos, me obligo a levantarme. —¿Qué me ha hecho? —grito.

—Tu maldita madre me lo quitó todo —dice, golpeándose el pecho, con las venas de la sien palpitando—. Considéralo un reembolso.

—¿Mi madre?

—Pregúntale a ella.

—Está muerta. Usted lo sabe.

—Encontrarás la manera. Eres una bruja como ella, ¿no?

Lo miro fijamente, tratando de entender. Me mira desde su gran altura. Veo mi odio por él reflejado en sus ojos. Algo arde dentro de mí, subiendo por mi pecho. No lo entiendo, pero me está dando fuerza, un deseo de lastimar a este hombre. Las palabras salen de mis labios, palabras que no tenía planeado decir, pero las estoy diciendo, y en voz alta. Me escucho como si escuchara a una persona diferente, a una yo diferente... —Tal vez tenga razón, Barón. Tal vez soy como mi madre, una bruja, como usted dice. —La fuerza palpitante dentro de mí crece y crece—. Si ese es el caso, entonces escúcheme ahora... —Lo señalo, entrecerrando los ojos—. Escúcheme ahora. Le lanzo una maldición...

Se toca el anillo de bodas y se ríe de nuevo.

—Una maldición que hará que todos los que toquen este violín durante los próximos cien años a partir de la fecha inscrita en su interior estén condenados a morir prematuramente. Y usted, Barón, fue el primero en tocarlo. Usted será el primero en sufrir la maldición.

Palidece. Ya no se ríe. Sus ojos arden de confusión y me doy cuenta de que él, el barón, me teme. Avanza tambaleándose hacia la puerta, murmurando, y sale de la habitación. La puerta se cierra de golpe tras él. Me quedo aturdida. Mil pensamientos cruzan mi mente. ¿Qué quiso decir? ¿Cómo conocía a mi madre? ¿Por qué parecía tan asustado? Era como si supiera algo que yo no. Sacudo esos pensamientos de mi mente. Tengo que volver a casa, pero antes debo encontrar el violín.

Todavía está en algún lugar de esta casa. Conozco bien esta casa. Recuerdo dónde guarda sus cosas el barón. Reúno fuerzas. Tengo que hacerlo. Tomo una vela y me dirijo por el pasillo hacia el estudio. Abro la puerta y la cierro suavemente tras de mí. Vislumbro el lago detrás de la casa, resplandeciente bajo el cielo nocturno. Busco en los cajones del escritorio, en los del armario, tiro cosas sin importarme. Incluso miro debajo del otomán. No está aquí. Intento pensar, intento recordar. Hay tantas habitaciones en esta casa. Me desplomo. Esto podría llevar horas. Me dispongo a salir. Hay una figura oscura de pie en la puerta. Retrocedo, con el corazón acelerado. Pero no es él. —Herr Habermann.

Habermann asiente.

—Me ha dado un susto.

—Me disculpo. —Extiende algo—. ¿Es esto lo que busca, Katharina?

Es un estuche de violín. Lo tomo de sus manos. Por su peso, puedo sentir que el violín está dentro. —Gracias.

Casi sonrío. Una primera vez, pienso.

—¿Dónde está él? —pregunto.

—El barón se ha retirado por la noche. No se encuentra bien. Quiere algo ligero para comer. Pan y mermelada, creo. Voy de camino. —Retrocede y abre la puerta—. Váyase ahora, rápido.

Paso junto a él, luego me detengo. —Gracias —digo de nuevo—. Herr Habermann, ¿mi madre vino aquí? ¿Hace treinta años esta misma noche?

Cierra la puerta de nuevo. —Sí. Fue la noche en que el barón perdió a su esposa en el parto. Las perdió a ambas, madre e hija.

Mis manos se secan. —¿Mi madre? ¿Ella era la partera?

Duda un momento. —Sí —dice—. Sí, lo era. —Pone su mano en mi manga—. Él la culpó, Katharina. La acusó de ser una bruja. Volvió a todos contra ella, incluso a su padre.

—¿Mi padre? ¿Es por eso que...? Pero...

—Lo sé. Ella no era una bruja; todos lo sabemos. Pero la gente le creyó. Los que son lo suficientemente mayores para recordar aún lo creen. Váyase ahora. Váyase y no vuelva nunca.

Corro, aferrándome al estuche del violín. Corro de vuelta por el pasillo, paso por la sala de estar y salgo de la casa. Pierdo mi cofia pero no me detengo. La lluvia ha comenzado de nuevo, mucho más fuerte ahora. Corro por el camino de grava, paso la fuente del delfín, hacia la puerta, mis zapatos salpicando a través de tantos charcos. Y ya estoy sin aliento. Las lágrimas corren por mis mejillas, lágrimas mezcladas con lluvia. Me detengo y miro hacia atrás a la casa. Cómo la odio. Herr Habermann tiene razón; nunca la volveré a ver. Mis piernas están tan débiles. Apenas puedo caminar. ¿Cómo llegaré a casa con toda esta lluvia? El hogar está tan lejos. Me limpio las lágrimas. Estoy tan sola. Necesito descansar, solo por un momento.

Oigo que alguien llama mi nombre. Agudizo el oído, lista para correr, lista para saltar. Hay una figura en la oscuridad, emergiendo del camino rural, saliendo de entre los árboles. Cada uno de mis músculos se tensa. La voz se vuelve más clara. Es una voz que conozco, una voz que amo. Es la voz de mi esposo.

Me sostiene mientras me derrumbo en sus brazos. Lloro en su pecho. Me abraza, tranquilizándose, sus dedos acarician mi cabello empapado. Me hace cien preguntas. ¿Qué he estado haciendo? ¿Por qué estoy aquí, y a esta hora de la noche? —Me preocupé por ti, mi amor. Salí a buscarte. Alguien te vio dirigiéndote hacia aquí hace horas. Kath, ¿ese es mi violín? Pero ¿por qué?

—Lo hice por ti, Leo. Por ti. —Apenas puedo hablar. Mi voz sale como un susurro, apenas audible sobre la lluvia torrencial—. Porque quería lo mejor para ti; siempre lo he querido. Porque te amo.

—Y yo te amo, pero...

—No me dejes, Leo, por favor, te lo suplico, no me dejes.

—¿Qué es todo esto, Kath?

—No me dejes, no me dejes.

—¿Qué te ha pasado? No entiendo. ¿Qué hicis...? —Se detiene a mitad de la frase y me abraza con más fuerza, sus brazos rodeándome—. No importa. No tienes que contarme nada. Lo único que importa es que ahora estás a salvo. Vamos a llevarte a casa.

—Sí. Sí, por favor, llévame a casa.

—Vamos, entonces. —Toma el estuche del violín y, con el otro brazo alrededor de mí, me guía hacia adelante—. Oh, pero una cosa.

—¿Sí? —susurro—. ¿Qué es, Leo?

Me besa la frente. —Por supuesto que no te dejaría, tontita; te amo demasiado.

12.

El barón von Finck está en la cama, su mente flotando en esa tierra de nadie entre la vigilia y el sueño. Recuerda a su esposa, su querida esposa, aquella última noche fatídica. Se rasca el muslo bajo las sábanas. Un plato con migas reposa sobre su mesita de noche. Habermann le había traído pan y mermelada, la mermelada de grosellas de la señora Schilling. Recuerda demasiado bien los gritos de su esposa, su mano apretando la suya con tanta fuerza. La expresión de miedo en su rostro. Ve a la madre de la señora Schilling animándola, diciéndole que empuje. Algo iba mal. Sus palabras de aliento no podían disimular el temblor de miedo en su voz. El bebé no se movía. Revive el recuerdo cada noche al acostarse, pero esta noche, por alguna razón, es mucho más

nítido. Recuerda haber ahuyentado a un gato. Puede oír a la madre de la señora Schilling susurrando para sí misma, suplicando al bebé que se mueva, que respire. El recuerdo es demasiado fuerte, demasiado vívido. Se sienta erguido en la cama, el sudor pegado a él. Se rasca el pecho. ¿Por qué se siente tan picazón? Ve a la señora Schilling frente a él, señalándolo con el dedo, su rostro contorsionado de rabia. *Escúchame bien*. Se frota violentamente los dedos por el cuero cabelludo. *Todos los que toquen este violín durante los próximos cien años estarán malditos a morir prematuramente*. Olfatea ese aroma en el aire. Lavanda. ¿Por qué huele su habitación a lavanda? Es el aroma de aquella mujer, el mismo que usaba su madre. Pero ¿por qué ahora? ¿Por qué aquí? ¿Y por qué este abominable picor? No puede soportarlo más. Se arranca el camisón, sus uñas arañando la piel de sus hombros, la parte posterior de su cuello. Es como si cientos de plumas estuvieran rozando muy suavemente su piel. Ya no puede aguantarlo más. Salta de la cama, retorciéndose, rascándose, rascándose, rascándose. Las palabras de ella resuenan en sus oídos. *Malditos a morir prematuramente*. Cae de rodillas y grita. —Señor, detén este picor; por favor, haz que pare —Pero no se detiene; se intensifica. Mil arañas reptando por todo su cuerpo, sus patas peludas bailando sobre su piel. Sus manos se agitan contra sí mismo; su piel está vívida con tantas marcas rojas. Ahora está empapado en sudor; le chorrea, empeorando el picor. El olor a lavanda parece estar haciéndose más fuerte. Un baño. Eso lo detendría. Corre por el pasillo, levantándose el camisón, y se dirige al baño. Abre el grifo y se salpica con agua fría. No hace ninguna diferencia; su piel aún se siente como si estuviera en llamas. Espera a que la bañera se llene. Pero es tan lento y el picor empeora. Es insoportable, insufrible. Empieza a llorar. —Por favor, para —grita. Cae de rodillas. La bañera es tan lenta. Está desesperado por sumergirse en agua fría, para aplacar el ardor en su piel. Se pone de pie tambaleándose. —Por favor, Dios, ayúdame —gime—. Ayúdame. —Una idea golpea su cerebro, cualquier cosa para librarse de este dolor. Baja corriendo las escaleras, atraviesa los pasillos y sale por una de las puertas traseras al fresco aire exterior. Se quita el camisón y se queda desnudo, permitiendo que el aire frío pase sobre él, que la lluvia lo empape. Pero no es suficiente, ni de lejos. Se rasca bruscamente entre las piernas, se hurga el ombligo. Ve el lago frente a él. No duda. Corre hacia él, desnudo, cada vez más rápido con cada paso. El agua parece estar llamándolo, lista para abrazarlo y librarlo de su tormento. Sus pies descalzos golpean la hierba empapada. Chapotea en el lago, con pasos grandes y gigantes. El agua fría le quita el aliento. Pero no le importa, porque por fin, por fin, el picor alrededor de sus tobillos, sus pantorrillas, comienza a desvanecerse. Oh, qué alivio. Se hunde más profundo, hasta la cintura, el estómago. Se sumerge y grita cuando el agua helada lo atraviesa. Ahora cae hacia adelante en el agua, un gran chapoteo, sumerge la cabeza. Emerge de nuevo y escupe un bocado de agua. No puede evitar que su cuerpo tiemble, pero el frío es mejor que el picor. Cualquier cosa es mejor que eso. Divisa su casa, la gran mansión. La había odiado desde el día en que aquella bruja le había arrebatado a su esposa y a su niña. Pero nunca pudo irse. La casa es lo último que ve antes de entregarse a las gélidas aguas del lago.

Me despierto en mi cama. Mi propia cama. El sol se cuele por la ventana entreabierta. Las cortinas ondean con la brisa. Mis extremidades están pesadas. El aire huele fresco. Mejor aún, puedo oler pan recién hecho que sube desde abajo. Es tarde, puedo saberlo. Leo me ha dejado dormir. Vuelvo a quedarme dormida.

Tengo el sueño más maravilloso. Estoy sentada en ese trozo de hierba elevado de mi pueblo natal, apoyada contra la cruz de granito, mirando a lo lejos. Una figura se acerca, borrosa por el calor del día. A medida que se acerca, se quita el sombrero y se abanica con él. Mi corazón salta de alegría. Me pongo de pie tambaleándome. Me sonrío, extiende sus brazos y corro hacia él. Acaricia mi pelo. Respiro su olor a tabaco y heno, siento la aspereza de su barba. Levanto la mirada hacia su rostro. Ya no es la cara de Jesús que adorna la vidriera de nuestra iglesia, sino la de mi padre. —Oh, Katty, Katty, cuánto te he echado de menos.

—¿Has vuelto? —pregunto.

—Sí, mi pequeña dulzura. Y esta vez no te dejaré. ¿Sabes qué? Vamos a desayunar.

—¿Desayunar?

—Sí, desayunar. —Leopold está al pie de la cama, con una bandeja en la mano, pan y mermelada, una taza de café. Huele divinamente. Me sonrío—. Debes tener hambre.

—¿Eduard está en la escuela? —Me incorporo.

—Sí, no te preocupes. —Coloca la bandeja en mi regazo y reacomoda mis almohadas—. Me estoy tomando el día libre. Ahora puedo permitírmelo, ahora que Hans se ha ido a Berlín con el violín. Y mientras esté allí, dijo que buscaría un buen lugar donde podríamos mudarnos. ¿Te gustaría eso, Kath? ¿La vida en Berlín? ¿Katharina? ¿Cómo te sientes, mi amor?

—Bien. Eso creo.

—Bien. Te he traído el periódico.

—¿Dónde conseguiste la mermelada?

—Ah, es curioso. Fui a comprar el periódico y me encontré con el pastor. Dijo que cuando llegó a la iglesia esta mañana, encontró una cesta llena de mermelada en el pórtico. ¿No es extraño?

—Mmm.

—Así que me dio un tarro.

Leo me besa en la cabeza. —Te dejaré con tu desayuno. Baja cuando estés lista.

Se dispone a irse. —Leo.

—¿Sí, mi amor?

—Gracias.

Sonríe y luego se va.

La mermelada de grosella sabe rica y afrutada. Deliciosa. Alcanzo el periódico, abriéndolo con mi mano libre. Contengo la respiración. Allí, en la primera página, hay una fotografía del barón. El titular me grita. «*Barón Von Finck encontrado muerto*».

El señor Habermann, el mayordomo del barón, encontró a su amo en el lago del barón cerca de la medianoche. El barón se había ahogado. Su cuerpo desnudo estaba cubierto de pies a cabeza con decenas de líneas rojas, como si se hubiera rascado despiadadamente. El señor Habermann no podía explicar lo que podría haber sucedido. Era solo una noche normal, dijo. El barón había pasado la noche solo en su sala de estar, poniéndose al día con su papeleo, disfrutando de su bebida nocturna. El señor Habermann no podía pensar en nada fuera de lo común, solo una noche rutinaria. El barón no había salido ni había recibido visitas. Por supuesto, nunca se había recuperado realmente de la trágica muerte de su esposa e hija, pero eso fue hace muchos años.

Dejo el periódico a un lado. No puedo leer más.

Una sombra se cierne en mi mente; dedos fríos estrujan mi corazón. Yo había causado eso; había matado al barón tan seguramente como si hubiera sostenido su cabeza bajo el agua. El barón tenía razón; yo era una bruja, mi madre también. La maldición, la maldita maldición. ¿Qué había hecho? El violín. Tenía que encontrar el violín. Tenía que destruirlo antes de que la maldición pudiera causar más daño. Intento moverme, pero mis miembros están demasiado pesados, mi cuerpo demasiado cansado. El violín estaría ya a medio camino de Berlín. Hans estaría preparándose para venderlo. Era demasiado tarde. Demasiado tarde. Nada podía detenerlo. Estaba ahí fuera, desatado, y permanecería así durante otros cien años.

Segundo Movimiento: Chico en el Puente

1.

Junio 1890

¡Eduard ha vuelto! Nunca pensé que me alegraría tanto; mi alegría al escucharlo, la perspectiva de verlo de nuevo me toma por sorpresa. ¡Quizás estoy enamorada!

Estoy en mi habitación, tumbada en la cama, leyendo *El retrato de Dorian Gray*, cuando oigo que se abre la puerta principal. Agudizo el oído. Escucho a Eduard saludando a mi madre en el pasillo, intercambiando cortesías. Mi corazón se acelera. Sus pasos resuenan subiendo las escaleras. Lo veo en mi mente abriendo la puerta de su habitación y dejándose caer en su cama, cansado, sin duda, por el viaje. Quiero ir a verlo de inmediato. La idea de ver a Eduard me hace doler; lo he echado tanto de menos. Pero no, me quedo quieta. No quiero parecer indecorosa. En su lugar, recomponiéndome, me siento frente a mi espejo y me aplico un toque de pintalabios. No demasiado, ojo, pero más vale estar preparada. Voy a la sala de estar. Madre está en la mesa haciendo sus cuentas, como hace con frecuencia. Se ha vuelto toda una casera desde que murió Padre. —Eduard ha vuelto —dice. Luego, evaluándome, añade—: Pero supongo que por cómo te has arreglado, ya lo sabías.

—Yo, eh... —No sé qué decir. Odio cuando me habla así, como si me hubiera pillado otra vez. Nada se le escapa a mi madre.

Eduard es músico. Yo también. Tocamos en la Filarmónica Alemana en Berlín. Él toca el violín, yo la viola. La gente asume que es un trabajo glamuroso y sí, puede serlo, en ocasiones. Pero la mayoría del tiempo es un trabajo duro, practicando las mismas piezas una y otra vez. La gente también asume que está bien pagado. No lo está. Por las tardes, antes de los ensayos, trabajo en una panadería. De hecho, tengo que irme al trabajo en breve, pero simplemente tengo que ir a ver a Eduard primero. Me muero por verlo. Subo las escaleras sigilosamente y, de pie frente a su puerta, me coloco un mechón suelto de cabello. Llamo suavemente. Él responde y me quedo ahí como una tonta, sonriendo. —Claire. Pasa, cariño.

Vaya, está aún más guapo de lo que recordaba. —¿Te... te estoy molestando?

—No, no.

—¿Contento de estar de vuelta? —Lo que realmente quiero preguntar es si ha visto a su novia mientras estaba fuera, no es que sepa que tiene novia.

—Dios, sí. Juro que podría pasar toda mi vida buscando un lugar más aburrido que la casa de mis padres y no lo encontraría. Siéntate. —El único asiento es su cama—. Mira, tengo algo que mostrarte.

—¿Qué es? —Un pequeño escalofrío de anticipación me recorre. ¿Es algo para mí? ¿Pensó en mí mientras estaba fuera? Coloca un estuche de violín en la cama entre nosotros. Se aparta el flequillo, sus ojos brillan. Abre los cierres y dentro, por supuesto, hay un violín. Intento no mostrar mi decepción. Al mirarlo por segunda vez, puedo ver por qué Eduard está tan emocionado. Es realmente un objeto hermoso, su barniz de un rojo profundo y brillante, sin una sola mancha en su superficie. Me encantan las delicadas curvas de su cuerpo, su forma y contornos; me encantan las exquisitas marcas de su madera. Mi segundo pensamiento es cómo demonios Eduard podría permitirse algo así. A diferencia de mí, él no tiene ingresos secundarios. Que yo sepa. Me explica con bastante detalle, con los ojos fijos en el violín, hablando con su entusiasmo infantil. Podría escucharlo hablar así todo el día. Su padre, dice, lo hizo hace diecinueve años. Nunca logró venderlo, a pesar de sus mejores esfuerzos, y ahora es suyo.

—¿Por qué no pudo venderlo? Es precioso. Yo lo habría comprado si tuviera el dinero.

Él levanta las manos al aire. —No lo sé. La gente es tan filisteas. Incluso los violinistas.

—Especialmente los violinistas.

—Oye. —Me empuja el hombro. Nos reímos. Eduard tiene una risa bastante aguda. No es su mejor cualidad—. En fin, mi viejo lo fechó. Mira.

Miro dentro del cuerpo del instrumento, más allá de las cuerdas. 12 de octubre de 1871. —Es casi tan viejo como yo.

—Sí, pero esta belleza nunca envejecerá.

Suspiro. —Gracias, Eduard.

Me mira, consternado, dándose cuenta de su metedura de pata. —Oh, mi dulce florcita. Yo y mi gran bocota. Lo siento mucho. —Vuelve a reír y, a pesar de mí misma, yo también río. —Ven —dice—. Déjame tocarte un poco. Suena tan hermosa como se ve.

—Tengo que ir a trabajar, Eduard. —Me levanto y aliso los pliegues de mi falda—. La escucharé esta noche en el ensayo.

—Claro. ¿Cómo está el viejo Münchinger? —El Herr Münchinger, nuestro director, es tan viejo que puede recordar a los dinosaurios.

—Oh, contó un chiste el otro día.

—¿De verdad?

—No, por supuesto que no.

—Oh, Claire, qué bromista. ¿Y Hugo? ¿Me echó de menos?

No sé por qué, pero algo dentro de mí se eriza al escuchar el nombre de Hugo Ruthenbeck, nuestro segundo violinista. —No sabría decirte, Eduard.

—No. —¿Es mi imaginación o Eduard parece turbado? —No —repite—. Por supuesto. Lo siento.

Me voy al trabajo, ajustándome el sombrero en esta tarde lluviosa de junio. Estoy molesta conmigo misma, molesta por haber dejado que ese nombre empañara nuestro reencuentro. Lo maldigo.

2.

Eduard llegó a Berlín hace tres meses. Había conseguido un puesto como violinista en la Filarmónica Alemana pero, nuevo en la capital, no tenía dónde quedarse. Después de pasar algunas noches durmiendo en el suelo en casa de un amigo de un amigo, vio el anuncio de mi madre en la ventana de la estanquería local: *Se alquila habitación individual*. Le dije a mi madre sobre el error ortográfico en "alquila".

Nunca olvidaré cuando le abrí la puerta por primera vez. Este chico guapo, este joven imberbe, aferrando una maleta de cartón sujeta con un cinturón, vistiendo un abrigo dos tallas más grande, su cabello despeinado, sus pómulos altos, y sus hermosos ojos azul grisáceo del color de cielos tormentosos. —Vengo por la habitación. Mi nombre es Schilling. Eduard Schilling. —Habló con una voz sorprendentemente refinada. No lo oí al principio, demasiado atónita por esta visión de belleza desamparada y delicada que tenía ante mí. Mi madre le dejó tomar la habitación, la habitación justo encima de la mía, pero ella no está tan encantada como yo con nuestro nuevo inquilino. Ella espera que los hombres sean anchos de hombros, con barbas espesas y voces graves. En otras palabras, mi padre. "No me imagino a este muchacho cargando sacos de carbón o cortando leña" fue su condenadora evaluación. Sin duda tiene razón, pero sin duda Eduard no se convertiría en el tipo de hombre que se burlaba de su hija o la sofocaba con desdén. "¿Por qué quieres tocar el violín de todos modos?" era su frecuente pregunta retórica. "¿Qué clase de profesión es esa?" "Viola, papá. No violín."

Me froto los ojos y, como tantas veces cuando quiero olvidar la voz de mi padre, miro fijamente la lámina que tengo en la pared, una pintura en la que puedo perderme. *El caminante sobre el mar de nubes* de Caspar David Friedrich. Un hombre con un abrigo oscuro hasta las rodillas está

de pie, de espaldas a nosotros, sobre una roca escarpada, su cabello atrapado por el viento. Mira hacia la niebla, el mar de niebla que se desliza sobre las rocas.

Esta noche daremos un concierto, un recital de Beethoven y Schubert, en el ayuntamiento local. Paso gran parte de la tarde frente al espejo, acicalándome. No es la ocasión más importante, pero eso se debe a que nuestra pequeña orquesta ha perdido su reputación. Todos sabemos por qué, pero nadie puede mencionarlo. Es porque Herr Münchinger es tan viejo y anticuado. Siempre tocamos lo seguro: Beethoven, Schubert, Mozart, Bach. ¿Por qué no podemos tocar algo nuevo y emocionante? ¿Un poco de Grieg o Tchaikovsky? Pero no me importa. Tocaré felizmente cualquier cosa mientras Eduard esté allí. Pensar que está arriba, justo en este momento, poniéndose su chaqueta de gala, ajustando su pajarita. El pensamiento hace que mi estómago dé un vuelco, me siento tan cautivada por su encanto. He planchado mis tres vestidos, incapaz de decidir cuál usar. La plancha, aún caliente de la estufa, descansa sobre la tabla de planchar. Me aplico el lápiz labial, me peino mientras silbo una melodía alegre. Estoy feliz.

Hay alguien en la puerta. Madre responde. Escucho una voz familiar, pero quiero verlo por mí misma. Efectivamente, es Hugo Ruthenbeck parado en nuestro pasillo, con su mechón rebelde en su cabello rubio. —Hola, Claire. Te ves... —Mira a mi madre y es incapaz de terminar la frase. Nunca sabré lo que Hugo piensa de mí, el halago que bailó y luego murió en la punta de su lengua, pero no importa.

Mi madre se aclara la garganta, rompiendo el silencio incómodo. —Encontrarás a Eduard en el primer piso —dice—. Primera puerta a la izquierda.

—Gracias —dice él con una ligera reverencia.

Ya está en las escaleras cuando pregunto: —¿Qué te trae por aquí, Hugo?

Hugo mide unos buenos cinco o siete centímetros más de un metro ochenta y es tan delgado como un grupo de bambúes y ahora, parado en el tercer escalón, se cierne sobre mí. —Una tontería, la verdad. Derramé cerveza sobre la única camisa decente que tengo. Espero que Ed tenga una de repuesto.

No quiero que vea a Eduard, no aquí, no en su habitación. —Podríamos prestarte una de las camisas viejas de padre —digo.

—No digas tonterías —dice madre—. Míralo. Sería como ponerle una tienda de campaña encima.

Hugo fuerza una risa avergonzada. Tiene razón, por supuesto. Hugo asiente y continúa subiendo las escaleras.

Madre me mira.

—Bueno, ¿qué te parece? —pregunto, dando una vuelta. Ella sacude la cabeza y regresa a la sala

sin decir una palabra y me encuentro sola en el pasillo sintiéndome ligeramente tonta.

Regreso a mi habitación, a mi espejo, y me siento contemplando mi reflejo. Tal vez madre tiene razón; tal vez me veo ridícula. Quiero verme bien para Eduard, pero todo lo que escucho en mi cabeza es la voz de mi padre. "Tienes ideas que están por encima de tu posición, jovencita. ¿No es hora de que empieces a vivir en el mundo real?" Tengo diecinueve años, papá. ¿Cómo puedo saber qué es el mundo real? Imagino a Hugo arriba ahora, en la habitación de Eduard, riéndose de mí. "Deberías ver lo que lleva puesto, Ed. Parece toda una diva". Están allá arriba ahora, apretujados en la diminuta habitación de Eduard, los mejores amigos, chicos juntos, mientras yo me siento aquí abajo incapaz de sacar la voz de mi padre de mi mente.

Escucho los familiares pasos de Eduard bajando las escaleras, un golpe en nuestra puerta. Le está pidiendo una plancha a madre. Considero la tabla de planchar. Es demasiado grande para la habitación de Eduard. Me toco el cabello, hago un puchero con los labios y asomo la cabeza por la esquina. —Dile a Hugo que me traiga la camisa —digo—. Se la plancharé.

Un minuto después, tanto Eduard como Hugo están en mi dormitorio. —Gracias por esto —dice Hugo, entregándome la camisa de Eduard. Noto un elegante monograma azul con una 'E' sobre cada puño.

De repente, la habitación parece terriblemente pequeña con los dos ocupando tanto espacio. Me siento un poco expuesta, con mis vestidos colgando fuera de la puerta del armario, con varias blusas y medias esparcidas sobre la cama, con mi tocador cargado de todas sus lociones y perfumes. Puedo verlos a ambos evaluando mi guarida, esta feminidad desconocida.

—Nunca había estado aquí antes —dice Eduard—. Qué habitación tan acogedora tienes, cariño.

Las cejas de Hugo se levantan. —¿Cariño?

Me sonrojo mientras me concentro. No estaría bien quemar la camisa de Eduard.

— *El caminante sobre el mar de nubes* —dice Hugo—. Veo que tienes buen gusto, dulzura.

Eduard le da un golpe juguetón. —No puedes llamarla así; solo yo puedo.

—Y estás leyendo *El retrato de Dorian Gray*. Qué dama tan culta eres.

—Sí, Hugo.

—¿Qué es ese agradable aroma? —pregunta—. Lo reconozco.

—Oh, probablemente sea ese perfume que compré la semana pasada. —Señalo el frasco azul sobre el tocador. Él destapa el frasco y lo huele—. Es palo de rosa —digo. Lo que no digo, por supuesto, es que esperaba que le gustara a Eduard.

—Agradable.

—Aquí tienes, terminada. —Le entrego la camisa aún caliente y me siento en mi taburete frente al tocador.

Sin decir palabra, Hugo le pasa la camisa a Eduard, luego desabotona hábilmente la camisa de cuadros que lleva puesta y se la quita sin vergüenza. Se queda allí, sin camisa, como si fuera lo más natural del mundo. Contengo la respiración y me giro rápidamente, pero incluso en el reflejo de mi espejo no puedo evitar fijarme en su torso largo y fibroso, la forma de su caja torácica, sin un solo vello. Y entonces veo la mirada de asombro en el rostro de Eduard, una mirada de asombro, casi de horror. Eduard le devuelve la camisa planchada. El silencio pesa con incomodidad, excepto que Hugo parece completamente inmune a ello. Se prueba la camisa. Baja la mirada y pasa sus manos sobre ella. —Perfecta —dice—. Gracias, dulzura.

Eduard y yo nos reímos y la tensión se disipa.

—Me gusta el monograma, Ed —dice Hugo, bajándose los puños—. Muy elegante.

—Hago lo que puedo.

—Gracias, Claire —dice Hugo.

—Sí, gracias, dulzura.

Fuerzo una sonrisa. —Un placer. —Y entonces se van y me doy cuenta de que he estado conteniendo la respiración. Exhalo y, por una razón que no entiendo, estoy ligeramente inquieta por lo que acaba de suceder.

3.

La taberna está llena, un coro ruidoso de voces masculinas. Filas de mesas y bancos largos y maltratados. Un humo espeso se eleva hacia el techo abovedado. Enormes candelabros se balancean. Hugo lidera el camino, abriéndose paso entre la multitud. Encontramos un par de espacios al final de un banco. Los ocupamos. Un hombre calvo con enormes patillas levanta su vaso hacia mí. Finjo no darme cuenta. Hugo se encarga de conseguir nuestras bebidas. Preferiría no estar aquí. Apenas hay mujeres y ciertamente ninguna con vestidos rojos voluptuosos. Eduard me dice algo, pero no puedo oírlo debido al volumen de las voces. Hugo emerge de la multitud, con dos jarras de cerveza y, para mí, un vaso de limonada. Todavía lleva puesta la camisa de Eduard.

Levanta su vaso. —Por una velada exitosa —dice.

—Salud.

—Espero no tener que tocar otra nota de Schubert —dice Eduard.

—No tocarás otra nota de nada si el Herr Münchinger te pilla de nuevo.

—Apenas me desvié una semicorchea.

Hugo le ofrece un cigarrillo a Eduard. Eduard lo toma.

—Sí, tal vez, pero el viejo bastardo aún lo notó, ¿no? Puede que tenga cien años, pero todavía lo tiene. Tienes que tener cuidado, Ed. No querrás ponerte del lado malo de él, ¿sabes?

Eduard mira fijamente su bebida. Su bravuconería no puede disimular su vergüenza.

Y Hugo aún no ha terminado. —Y no creas que puedes ganártelo con ese violín reluciente tuyo. No le gusta; se nota.

—¿Por qué no le gustaría? —pregunto.

—¿Qué? Habla más alto, mujer.

El bar estalla en una ronda de vítores; alguien ha roto un vaso. Hugo se ríe. Volviéndose hacia mí, dice: —Así que, Claire, veo que eres admiradora del viejo Friedrich.

Me inclino hacia él para oír mejor. —¿Quién?

—Caspar David Friedrich. *El caminante*. Hermoso, ¿no?

Me río. —Sí, oh sí.

—¿Te gusta su otra obra?

Confieso que no la conozco. Me pregunta por qué me gusta tanto *El caminante* y nos embarcamos en una larga discusión sobre el artista y el arte en general. Tenemos que gritar para hacernos oír. Eduard no dice nada. Se sienta, con la cabeza gacha, los hombros encogidos, fumando su cigarrillo, sorbiendo su cerveza. Parece tan solo. Tengo muchas ganas de incluirlo en la conversación, pero Hugo domina la charla.

Un grupo de hombres comienza a cantar una terrible canción folclórica, golpeando los pies al ritmo y golpeando sus vasos contra la mesa. Termina con otra ronda de vítores y muchas risas y choques de vasos varoniles.

Finalmente, puedo hablar con Eduard. —¿Estás bien, Eduard?

—¿Qué? Sí, sí, estoy bien. —Da una calada a su cigarrillo, dándome la espalda. ¿Por qué me está excluyendo? No parece nada bien. Hugo sigue hablando, balanceándose hacia adelante y hacia atrás, agitando el brazo. Inclino la cabeza de vez en cuando, sonrío un poco, pero ya no estoy escuchando. Quiero extender la mano y tomar la de Eduard, decirle que todo estará bien.

Finalmente, Hugo declara su necesidad de aliviarse. Lo observamos mientras se abre paso hacia el lavabo.

El bar se ha calmado un poco. Ahora puedo hablar con Eduard sin tener que gritar. —¿Nos vamos a casa? —pregunto.

Ahora, por fin, me mira. Pero no me gusta lo que veo. Sus ojos. —No le gustas, ¿sabes?

—¿Qué?

—Hugo. Sí, le gustas como amiga, como colega. Pero eso es todo, Claire. No significa nada. Es así con cualquiera.

—Eduard, ¿de qué estás hablando?

—Oh, vamos, Claire, por favor. —Aplasta su cigarrillo en el cenicero con mucha fuerza—. Todo lo que estoy diciendo es que intentes que sea un poco menos obvio.

—No, Eduard, tú has...

Se pone de pie bruscamente. —Me voy. Puedes quedarte con Hugo. Estoy seguro de que te acompañará a casa si se lo pides amablemente.

—Eduard, no...

Desaparece, deslizándose como una serpiente inadvertida entre la masa de hombres corpulentos.

Hugo regresa, aún abrochándose la bragueta. —Eh, ¿dónde está Ed?

—Se ha ido. Él... tuvo que irse.

—¿Oh? ¿Así sin más? Era su ronda, maldita sea. —Se sienta—. Bueno. Entonces, Claire, ¿qué decíamos?

Eduard está empezando a desvanecerse de mi vida. Se mantiene distante, encuentra excusas para no acompañarme a casa después de los ensayos. Duele mucho. A menudo llega tarde a los ensayos, lo cual, considerando a nuestro tirano de director, es una insensatez, por decir lo menos. No es que yo vaya a decir algo. Creo que para Eduard, la novedad de su nuevo violín se ha desvanecido. Encuentra que tocar bajo la tutela del señor Münchinger es una atadura. Me preocupo por Eduard, de verdad. Ahora a menudo regresa a casa tarde y borracho. Sé cómo suena la embriaguez — lo experimenté lo suficiente con mi padre. Vi lo que la bebida puede hacerle a un hombre, y ruego que Eduard no esté tomando el mismo camino. Anoche, escuché a Eduard llegar con un amigo. Pegué la oreja a la puerta y los oí riéndose y callándose mutuamente. Al menos Eduard sonaba feliz pero ese es el problema — solo es feliz cuando ha logrado divorciarse de la vida real a través del alcohol.

Es tarde. Estoy acostada en la cama sin poder dormir, repasando los eventos de hoy una y otra vez. Pobre Eduard. Fue terrible. Cómo desearía poder subir y hablar con él, decirle: "Te escucharé. Soy tu amiga". Pero no puedo porque no entiendo, no puedo darle sentido a lo que pasó.

Estamos ensayando la Sinfonía No. 85 de Haydn en este momento, una pieza corta, como invariablemente son las sinfonías de Haydn, y un placer tocarla. Pero requiere que todos los músicos estén presentes, especialmente las cuerdas. Y esta noche, Eduard llegó tarde. De nuevo. El señor Münchinger caminaba de un lado a otro, golpeando su batuta contra su pierna, su creciente impaciencia infectándonos a todos. Ulrich, nuestro segundo violonchelista, detrás de mí, parecía particularmente irritado. —El pequeño diablo —le oí decir a su vecino—. ¿Cómo se atreve? ¿Quién se cree que es? —Suspiró y chasqueó la lengua.

Finalmente, Eduard apareció, sonrojado y agitado. Se disculpó varias veces mientras tomaba su lugar y se preparaba. Ahora teníamos que esperar mientras afinaba su violín. El señor Münchinger no dijo nada. Podía ver los músculos de su mandíbula temblando. Creo que se estaba forzando a permanecer en silencio por temor a que si decía algo, explotaría. Eduard apenas podía concentrarse para afinar; sus manos temblaban demasiado. Hugo puso su mano en el brazo de Eduard y le susurró algo. Funcionó. Eduard se calmó y se enfocó. Finalmente, estábamos listos.

Dos horas después, cuando terminamos, el señor Münchinger llamó a Eduard aparte, como sabía que lo haría. El resto de nosotros nos ocupamos, fingiendo no darnos cuenta, doblando nuestras partituras y guardando nuestros instrumentos. Eduard se quedó de pie, con la cabeza inclinada, las manos a los costados mientras el señor Münchinger le hablaba. Hugo y yo intercambiamos miradas. Ulrich, detrás de nosotros, murmuraba. El señor Münchinger, habiendo despedido a Eduard, se fue. Eduard regresó con nosotros, pálido y aún un poco tembloroso. Ulrich se acercó a mí, abotonándose el abrigo. —Si yo fuera el señor Münchinger, lo habría echado hace mucho tiempo.

—Qué suerte entonces que no seas el señor Münchinger, ¿verdad, Ulrich?

Eduard guardó sus cosas rápidamente. Esperaba caminar a casa con él, pero en su lugar, con la cabeza gacha, salió a zancadas de la sala. Hugo le gritó. Eduard no se detuvo. —Por el amor de Dios —dijo Hugo, corriendo tras él.

Dudé, sin saber qué hacer. ¿Era mi lugar correr tras él también? Tal vez no, pero tenía que hacerlo, estaba demasiado preocupada por él como para no hacerlo. Agarrando mi estuche de viola, troté hacia la salida. Ahora estaba oscuro afuera, lloviendo, las luces de los edificios cercanos se reflejaban en los charcos del pavimento adoquinado que rodea la sala. Hugo dobló la esquina de la sala, con los faldones de su abrigo ondeando detrás de él. Me detuve, aún indecisa. Pero Eduard también es mi amigo. Y me di cuenta en ese momento, de pie bajo la lluvia, en la oscuridad, que durante los meses que había estado con nosotros, Eduard me había enseñado algo — que los hombres podían ser amables, divertidos y compasivos. Que podían mostrarte el significado de la felicidad. Hasta que conocí a Eduard, pensaba que todos los hombres eran iguales; pensaba que todos los hombres eran como mi padre. La idea de que mi amigo estuviera infeliz me desgarraba el corazón. Tenía que ver si estaba bien.

Seguí a Hugo al doblar la esquina. El lado del pasillo, alejado de la calle, estaba completamente oscuro. Mis ojos se adaptaron y, más adelante, distinguí la forma oscura del cobertizo. Me arrastré sigilosamente. Me asomé por la esquina del cobertizo. Había alguien allí, una silueta. ¿Era Eduard? ¿Hugo? Abrí la boca para llamar, pero algo, no sé qué, me detuvo. Todavía no podía distinguir quién estaba apoyado contra la pared del cobertizo. De repente, me di cuenta de que no era una persona sino dos. Un hombre y una mujer, besándose. Me di la vuelta para irme y sin querer pateé una piedra. Dos rostros pálidos me miraron. Solté un grito, sentí que me caía hacia atrás. No era un hombre y una mujer besándose. Eran ellos. Dos hombres. Eduard y Hugo.

5.

Madre está preocupada. Está sentada a la mesa, rodeada de montones de dinero del alquiler y papelitos. —No lo entiendo —dice quizás por cuarta vez—. ¿Cómo puedo estar tan corta de dinero?

—¿Estás segura de que todos han pagado lo que deben?

—Por supuesto. Bueno, eso creo.

—Seguro que hay una explicación sencilla, ya verás. Tengo que irme o llegaré tarde al trabajo.

—Pero puedo ver que no me está escuchando.

—¿Qué diría tu padre?

Sí, tiene razón. ¿Qué diría padre? Me da miedo pensarlo. Gracias a Dios que no está aquí, entonces.

Me dirijo a la panadería, a unos diez minutos a pie. El verano está perdiendo fuerza; los días se acortan y las noches se vuelven más frías. Un viento cortante atraviesa mi abrigo. Han pasado dos meses desde aquella noche. Eduard vino a mi habitación más tarde esa noche suplicando mi perdón, incapaz de mirarme a los ojos. Esperaba estar enojada y quizás, por un breve momento, lo estuve, pero cuando Eduard apareció en mi puerta con esa expresión desconsolada, le dije que no había nada que perdonar.

Me miró con los ojos muy abiertos y absorbí la calidez de su amor. No el amor que yo había fantaseado y que, hasta hace poco, había anhelado, sino una forma de amor de todos modos. Y me abrazó, me abrazó como nunca antes me habían abrazado. Me tomó tan por sorpresa que rompí a llorar. Eduard también comenzó a llorar. Qué visión debimos haber sido — dos tontos llorosos, sollozando en el cuello del otro. Nos miramos, con las mejillas mojadas de lágrimas, y al mismo tiempo estallamos en carcajadas. Es un momento que siempre atesoraré: la intensidad del amor.

Más tarde ese día, Eduard volvió a mi habitación y me tocó una melodía en su violín. Me dijo que me sentara, que escuchara, que no dijera una palabra. Me senté en mi cama como me indicó y escuché, embelesada, mientras Eduard cerraba los ojos y me tocaba la canción más triste. Me estremecí cuando la melodía se filtró en mí, sus notas recorriendo mi interior, llegando hasta la punta de mis dedos. Podía sentir cómo mi corazón se volvía más pesado, como si hubieran plantado una piedra allí; dolía de anhelo, un anhelo por un amor que sabía que nunca sería mío. La melodía se elevó y fue como si Eduard hubiera liberado mil mariposas y yo gritara silenciosamente, con la boca abierta en una mueca de éxtasis y dolor. Finalmente, se detuvo y la experiencia me había dejado destrozada. No nos movimos, ambos incapaces de hablar, ambos flotando en una dimensión brumosa entre la euforia y la desolación. Nunca supe que la música podía destrozar a una persona: nunca supe que era humanamente posible.

—¿Qué fue eso? —pregunté, sin aliento.

Eduard también parecía agotado. —La Canción de Tristeza.

—¿Tú... tú *escribiste* eso?

—No lo creo.

—¿No lo crees?

—Lo siento, Claire, tengo que irme.

—Pero, Ed, espera, espera un momento...

Pero ya se había ido.

*

Atardecer. He terminado mi turno de la tarde en la panadería y llego a casa. Al acercarme, una figura emerge de las sombras. Me toma por sorpresa, pero solo es Hugo Ruthenbeck. —Hugo, ¿qué demonios...?

—Te estaba esperando —dice—. Necesito hablar contigo. —Nos detenemos en la calle, un débil sol formando largas sombras.

Algo anda mal. —¿Qué sucede?

—Tengo noticias. —Mi corazón se agita en anticipación—. Buenas noticias, supongo. Al menos para mí, pero no tan buenas para Ed, y no tan buenas para... —Hace una pausa—. Para nosotros.

—¿A qué te refieres?

Una vecina pasa, paseando a sus dos dachshunds. La saludamos. Uno de los perros levanta la pata contra un árbol. —Acabo de ir a verlo. Está terriblemente afectado. Sabía que lo estaría. Me quedaría, pero les prometí a mis padres...

—Dímelo, Hugo.

—Me voy.

—Oh.

—Sí. Verás, solicité un trabajo en un banco en Leipzig. Nunca pensé que lo conseguiría, pero...

—Lo conseguiste.

Mira hacia el cielo. Un par de estorninos revolotean en el aire. —Sí, lo conseguí. Me voy mañana.

—¿Mañana? ¿Tan pronto?

—No tengo mucha opción. —Mira su reloj—. Escucha, tengo que irme. —Toma mis manos entre las suyas—. Te necesitará ahora, Claire. Por favor, cuida de él.

—Sí, por supuesto. Sabes que lo haré.

6.

Media mañana. El tren espera en el andén. Las puertas se cierran de golpe. La gente está subiendo. Una pareja cerca de mí se abraza, la mujer, que lleva un sombrero con una pluma de avestruz, está llorando. El hombre la besa. Un viento cortante silba a través de la estación levantando trozos de basura. Me ajusto la bufanda. Un anciano maletero empuja un carrito de equipaje, con un cigarrillo a medio fumar detrás de la oreja. Los tres estamos de pie en el andén, con los rostros demacrados. Hugo, con las piernas a horcajadas sobre su maleta, compara su reloj con el de la estación. Eduard mira hacia abajo. Hugo y yo intercambiamos miradas de preocupación. Ha llegado el momento. —Bueno, Hugo —digo alegremente—, buena suerte en Leipzig. Mantente en contacto.

—Claro. —Nos abrazamos.

—Iré a... —No termino la frase. Eduard parece perdido, tan pequeño, y tengo tantas ganas de abrazarlo. En su lugar, camino a lo largo del andén, con los pies pesados como el barro, y salgo al vestíbulo. Deambulo, tratando de evitar a la gente. Pienso en la pareja besándose para despedirse. Al menos ellos tenían ese lujo. Hugo y Eduard no lo tendrán. Un apretón de manos, un roce de dedos quizás, pero ningún abrazo. No echaré especialmente de menos a Hugo y estoy segura de que él no me echará de menos a mí. Éramos simplemente conocidos del trabajo. La gente viene y va todo el tiempo. Pero temo por Eduard y cómo la ausencia de Hugo le afectará. Temo por cómo lo sobrellevará. ¿Es lo suficientemente fuerte para soportar tal revés? ¿Soy yo lo suficientemente fuerte para soportar tal revés?

Un silbido agudo corta el aire. Desde el extremo lejano de la explanada, veo partir el tren, deslizándose fuera de la estación, dejando una estela de humo negro a su paso. El tren emerge de las sombras de la estación hacia la niebla y la mañana sombría. Algunas personas regresan del andén, gente que, como Eduard, habían despedido a sus seres queridos. La mujer con la pluma de avestruz pasa junto a mí secándose los ojos. Pero ¿dónde está Eduard? ¿Por qué no ha vuelto? Los primeros atisbos de inquietud me recorren. Me apresuro de vuelta al andén. Escaneo a los transeúntes, y ahora lo veo, de pie justo al final del andén, en el punto donde se inclina y termina. Grito su nombre. No responde. Tal vez no me escuchó entre todo el ruido, las idas y venidas. Recorro toda la longitud del andén. —¿Eduard? —Se gira. Su boca está estirada en un aullido de dolor.

—Lo siento —dice, visiblemente tratando de componerse—. ¿Qué... qué debes pensar de mí?

—Vamos, dame tu brazo.

Lentamente, brazo con brazo, regresamos a la explanada. Salimos de la estación y seguimos caminando. Y Eduard habla. Me cuenta sobre sus padres, sobre lo pobres que eran, viviendo en un pequeño pueblo en el este de Alemania. Entonces, un día, cuando Eduard tenía unos seis años,

su padre, Leopold, un fabricante de violines, hizo un violín hermoso. Tenía un hombre, Hans, que actuaba como su agente, porque, como su padre admitía fácilmente, no podía vender una peluca a un calvo. Hans dijo que Leopold podría hacer fortuna con este violín. Pero cuando Hans intentó venderlo, nadie lo quería. La gente admiraba su belleza, pero nadie quería probarlo, y mucho menos comprarlo. Al final, no importó. Leopold escondió el violín en casa e hizo muchos más. Ninguno era tan hermoso como el "violín dorado", como lo llamaba, pero se vendían. La demanda se disparó. Pronto tuvo que emplear aprendices y formarlos. ¡Eran ricos! Sus padres contrataron a un tutor que enseñó a Eduard y a Lisa, su hermanastra pequeña, a tocar el violín.

—¿Hermanastra? —pregunté.

—Deberías ver sus ojos, verdes brillantes y amarillos. Como un gato. Pobre Lisa, el producto de una pequeña indiscreción por parte de mi madre. Casi separa a mis padres. ¡Te puedes imaginar la vergüenza! Mejor no mencionarlo.

Luego, cuando tenía catorce años, Eduard encontró el violín dorado. Y lo tocó.

—Era una alegría, Claire. Era casi como si pudiera tocarse solo. Podía tocar piezas en él que no podía en mi violín normal. Como magia. Así que le pregunté a mi padre si podía tenerlo.

—¿Qué dijo?

—Dijo que no, o que, si lo hacía, solo en secreto. Dijo que mi madre no lo permitiría. No sabía por qué. Luego un día, conocí a un viejo que había sido mayordomo o algo así del terrateniente del pueblo, y me dijo - me dijo que el violín había sido maldecido por cien años desde esa fecha en su interior.

—¿Maldecido? Qué extraño. Pero tú lo tocas.

—Vamos, Claire, ¿parezco el tipo de persona que se asusta por algo tan tonto como eso?

Hemos caminado kilómetros, o eso parece. Estoy cansada; me duelen los pies.

—Vamos —dice Eduard—. Te invito a un café.

Una hora después, tras un café y un pastel dulce cada uno, estamos de pie en el Schlossbrücke. Nos detenemos en el punto central del puente. El puente presume de ocho estatuas y siento como si nos estuvieran mirando. Tiemblo. Ha vuelto a hacer frío. Un mendigo se nos acerca pidiendo dinero. Es un veterano de la Guerra Franco-Prusiana según el cartel que cuelga de su cuello, luciendo una sola medalla en su chaqueta. Deposito una moneda en el guante de su mano extendida. —Gracias, señorita —dice con un breve asentimiento.

Eduard y yo nos inclinamos sobre la balaustrada y contemplamos las aguas oscuras y turbias del río Spree fluyendo perezosamente debajo de nosotros. —¿Qué harás ahora? —pregunto.

—¿Ahora? ¿Sin Hugo? —Arroja una pequeña piedra al río. Vemos cómo cae al agua y desaparece—. Existir. ¿Qué más puedo hacer? —Se gira y me mira—. Lo siento, Claire. Sé que tú...

Toco su brazo. —Por favor, no lo digas.

Una gaviota se posa en la cabeza de la estatua más cercana. —Está lejos de casa —digo.

—Y nosotros también. ¿Volvemos?

Asiento. Nos disponemos a irnos, pero Eduard se detiene. —¿Sabes? Si algo le pasara a Hugo, a nosotros, yo... no podría soportarlo —Vuelve a mirar hacia el río—. Volvería aquí —dice en voz baja.

7.

Es noviembre. La ciudad está cubierta de nieve. Hace tanto frío en el ayuntamiento que tenemos que flexionar y estirar los dedos solo para tocar nuestros instrumentos. Eduard está, creo yo, más estable. Recibe cartas ocasionales de Hugo, pero, si acaso, parecen empeorarlo. Hugo ama su nuevo trabajo, aparentemente, y se entusiasma con Leipzig y sus nuevos amigos. Eduard me cuenta todo esto. —Está bien, ¿no? Es bueno que sea feliz.

—Sí, es bueno.

—Desearía...

Espero un momento. —¿Desearías?

Niega con la cabeza. —No lo sé. Solo desearía que estuviera aquí conmigo. Eso es todo.

—Lo sé.

—Pero, las buenas noticias son que dice que volverá para Navidad. No falta tanto, ¿verdad? Otras cuatro semanas.

—Sí, otras cuatro semanas.

—Algo que esperar con ansias, entonces.

Un sábado por la mañana a finales de noviembre, llega otra carta para Eduard. Mi madre está ocupada doblando las sábanas de los inquilinos. —Llévasela, ¿quieres? —dice.

—¿Quieres que le lleve sus sábanas también?

—No, yo las subiré en un minuto. Ah, y Claire...

—¿Sí?

—¿No has visto mis pendientes? Los morados.

Niego con la cabeza. Sé a cuáles se refiere. Mi padre se los regaló. Unas cosas moradas horrendas. Solo los compró por culpa. Mi padre nunca hizo nada por afecto o simple amabilidad. Compraba regalos cuando quería algo o para aliviar su culpa por otra fechoría — otra mujer, beber, apostar, la letanía habitual de debilidades masculinas.

Llevo la carta de Eduard a su habitación, aún pensando en los pendientes y cuánto los odiaba. Llamo a la puerta. Eduard está a punto de salir, vestido con su abrigo de gabardina. —Tengo una entrevista —dice.

—¿Qué? ¿Como una entrevista de trabajo? ¿Tú, Eduard?

—Sí —dice indignado—. ¿Es tan extraño? De todos modos, realmente necesito el dinero. Es para un puesto de asistente en una tienda de música. Sería perfecto para mí.

—Y tú para él. Toma, otra carta para ti.

No la toma de inmediato, simplemente la mira fijamente. A regañadientes, parece, la coge. La abre frente a mí, ambos de pie en su habitación estrecha. Eduard lee la carta. Examino su habitación. Noto *El retrato de Dorian Gray* que le presté, en su mesita de noche, con un marcador asomando cerca del principio, junto a un vaso de agua. Arrugada sobre su almohada está la camisa que Eduard le prestó a Hugo con su monograma "E". Pobre Eduard. Parece que hace tanto tiempo ya, los días en que, ingenuamente, pensaba que Eduard tenía sentimientos por mí. El incidente con la camisa fue, me doy cuenta, el momento en que supe cuán equivocada había estado.

Dobra la carta y la mete en el bolsillo de su abrigo.

—¿Todo bien?

—Sí, bien —No parece nada bien—. Tiene muchos amigos nuevos. Hay uno en particular... —Hace una mueca—. Se llama George. Lo ha mencionado un par de veces ya. George esto, George aquello.

Oigo los pasos de mi madre en las escaleras. —Oh, Eduard, estoy segura de que no significa nada.

—¿Y tú sabrías de eso, Claire? ¿Ahora eres la experta en estas cosas?

Sus palabras me golpean. Doy un paso atrás. Evito sus ojos y es en ese momento cuando veo algo brillante y morado asomando por debajo de *El retrato de Dorian Gray*. Las palabras salen antes de que pueda detenerlas, justo en el momento en que aparece mi madre. —¿Esos son los pendientes de mamá?

—Aquí están, Eduard. Tus sábanas... ¿Qué? ¿Qué has dicho?

Eduard se pone pálido. Sus ojos se dirigen a la mesita de noche. Mi madre deja escapar un pequeño jadeo. Deja caer las sábanas. La expresión de mamá cambia de confusión a incredulidad y a ira en cuestión de un segundo. —Tú... tú completo, completo sinvergüenza. Cómo... Qué... No puedo...

—Señora, por favor, puedo-...

—No me vengas con "señora", víbora. Oh, todo tiene sentido ahora. Fuiste tú, ¿verdad? ¿El dinero del alquiler? Y ahora esto. Oh, Dios mío. —Se detiene para recuperar el aliento—. Tú. —Le pica con fuerza en el pecho—. Recoge tus cosas y lárgate. Y devuélveme lo que me robaste. Dios mío, ¿qué clase de hombre eres?

—Por favor, deme otra-...

—No. No lo haré. Dios mío, no puedo creer esto. No soporto mirarte. Te quiero fuera. Vamos, ahora mismo. ¡Vete! Fuera, fuera, fuera.

8.

Ya tenemos un nuevo inquilino arriba. Muy diferente de mi delicado y creativo amigo, Eduard. El señor Kroll es delgado y muy alto, y aunque no es tan mayor, tiene una ligera joroba. Nunca se le ve sin cuello y corbata; lleva el pelo corto y engominado hacia atrás, con un bigote fino. Está en la fuerza policial, nada menos que inspector, y se toma sus responsabilidades muy en serio. No sabría lo que es una viola ni aunque le golpeará con una. Mi madre lo adora; es educado, ordenado y siempre paga el alquiler a tiempo. No hace ruido, no recibe visitas y es silencioso como un ratón. Mamá está contenta.

Yo no lo estoy. Echo terriblemente de menos a Eduard. Lo veo en los ensayos, pero con tanta gente alrededor, rara vez puedo hablar con él. Llega en el último momento posible y se va tan pronto como terminamos. No se detiene a saludar, a chismorrear con sus colegas, a hablar conmigo. Creo que está avergonzado; no puede mirarme a los ojos. No quiero que Eduard se

sienta avergonzado. Espero que esté bien y que haya encontrado un lugar donde vivir, un lugar que no necesitara referencias.

Hace unos días, cuando Eduard se iba, vi a Ulrich, nuestro segundo violonchelista, correr tras él, llamándolo por su nombre. Eduard se detuvo, pero no parecía feliz de verlo. Después, me acerqué a Ulrich cuando se preparaba para irse. —¿Cómo está Eduard? —pregunté, tirando de un mechón suelto de cabello.

Pareció sorprendido de que preguntara. —No lo sé.

—Estabas hablando con él. Me preguntaba-...

—Estaba hablando con él. Tenemos cosas que discutir. —Se abotonó el abrigo—. ¿Y qué?

Me sorprendió la brusquedad de Ulrich. —¿Dónde vive ahora? —pregunté, tratando de mantener un tono ligero.

—En ese antro de albergue. ¿Sabes? El de la calle Bruckner.

—Oh, sí —No tengo ni idea.

Desde mi conversación con Ulrich, he estado tratando de pensar en una excusa para ir a visitar a Eduard. No siento que pueda simplemente presentarme sin avisar y sin motivo. Además, me intimida un poco la idea de entrar en un albergue; he oído cosas terribles sobre ellos. Pero hoy, tengo una excusa. Pasaba por el pasillo cuando llegó el correo. Entre las cartas había una para Eduard. Es de Hugo; ya conozco su letra y el matasellos es de Leipzig. Mi madre aparece, tomándome por sorpresa. —¿Es para mí?

—No —Instintivamente, y estúpidamente, escondo el sobre detrás de mi espalda.

Me mira fijamente. —¿Qué es eso?

No se me ocurre cómo mentir, así que se lo digo. Parece horrorizada. —Tírala. Ni siquiera sabes dónde vive.

—Sí lo sé. Y voy a entregársela ahora mismo.

—No harás tal cosa.

—¿Ah, no? ¿Y me lo vas a impedir tú, madre?

Su boca se abre. —Ese hombre me robó. ¿Cómo puedes?

Puedo ver el dolor, la traición en sus ojos, pero no me detiene. Tomo mi abrigo y bufanda del perchero y con la carta de Hugo en mi mano enguantada, me voy.

Encuentro el albergue en Brucknerstrasse en la esquina de una concurrida avenida. Un cartel en la puerta dice que tienen vacantes. El costo por noche es barato, un cuarto de lo que cobra mi madre. El exterior disimula el espacio interior; es enorme. Un hombre detrás de un mostrador busca el nombre de Eduard y me indica la dirección correcta. El lugar es ruidoso, con muchos gritos, cantos y risas estridentes. No hay mujeres aquí; es un lugar solo para hombres. Y hombres con mala suerte, además. Nadie se quedaría aquí por elección; todo está tan sucio, el suelo, la ventana, las cortinas. Huele a repollo hervido y comida frita. Los hombres parecen pertenecer a un manicomio. No me gusta cómo me miran. Ulrich tiene razón a su manera; es un tugurio. Paso junto a una mujer que friega el suelo y me tranquiliza un poco su presencia.

Encuentro el camino a la habitación de Eduard, por pasillos oscuros y lúgubres. Llamo. Nadie responde. Así que entro y me golpea el hedor a sudor. Es una habitación grande con varias literas, una alfombra deshilachada en el medio. Las cortinas están corridas. —Eh —dice una voz desde una de las literas—. No se permiten mujeres aquí.

—Lo siento...

—Vaya, hola, jovencita —dice otra voz, un hombre mayor, su barba blanca teñida de amarillo—. No te preocupes por él; ven aquí conmigo. —Da unas palmaditas en su cama con una mirada lujuriosa—. Yo te cuidaré.

—Lo siento —repito—. Estoy buscando a Eduard. Eduard Schilling.

—No hay nadie aquí con ese nombre, preciosa.

—¿Claire? —dice una voz familiar—. Claire, ¿eres tú?

—¿Eduard? —Oh, mi corazón da un vuelco al verlo asomarse desde una litera superior.

—Hola, cariño. —Salta y, acercándose de un brinco, me abraza—. ¿Qué te trae por aquí? ¿Está todo bien?

—Sí, yo... —No puedo mencionar la carta, no delante de estos otros hombres.

Él percibe mi vacilación. —Ven —dice, tomándome de la mano.

—No, no te vayas, preciosa —dice el hombre mayor.

—No debería estar aquí —dice el primer hombre—. No se permiten mujeres, ¿recuerdas?

—Oh, cállate, idiota.

—Tú eres el idiota si crees que podría estar remotamente interesada en un viejo como tú.

Eduard me conduce fuera, dejando a sus compañeros de cuarto discutiendo. —Siempre es así. Calcetines apestosos y discusiones.

Lo sigo por un pasillo. Saludo con un gesto a la mujer de la limpieza.

—No dejo de pensar en mis padres —dice Eduard—. Gracias a Dios que no pueden verme ahora, ver cuán bajo he caído.

—Lo siento.

Nos sentamos en un comedor grande pero desierto, con una serie de mesas redondas y una ventana con vista a la calle. Eduard aparta una silla para mí. Me siento.

—Deja de decir que lo sientes. No tienes nada de qué disculparte; yo me he buscado todo esto —Me toma la mano—. ¿Cómo estás, entonces, cariño? Perdona que no te hable en los ensayos. Es que no lo soporto allí. No conseguí ese trabajo y necesito el dinero.

Retira su mano. Se ruboriza al decir "dinero".

—Escucha, Claire...

—No hace falta que lo digas.

—Ulrich nos pilló una vez. Ya sabes, a Hugo y a mí.

—¿Os pilló?

Hace una mueca. —Deberíamos haber sido más cuidadosos, pero ya sabes, cuando quieres tanto a alguien...

Algo en mi corazón se encoge. ¿Amor? ¿Otro hombre? Lo sé, pero aun así no me gusta oírsele decir. Y no, no lo sé, no tengo ni idea; nunca he estado enamorada. Excepto... Incluso ahora, mirándolo, con sus pómulos y su flequillo peinado hacia un lado, su piel perfecta, la tristeza en sus ojos, sé que haría cualquier cosa por él, lo que fuera. *¿Por qué no fui yo a quien amaste? ¿Por qué no yo?* Pone su mano sobre la mía. Tiemblo ante su tacto.

—Ulrich exigió dinero. Dijo que podía arruinarme, que nunca volvería a trabajar.

—¿Así que le pagaste?

Se encoge de hombros. —¿Qué otra opción tenía?

Me hierve la sangre al pensar en el feo y mugriento Ulrich chantajeando a este hermoso chico.

—Y pronto me quedé sin dinero. Exigió más. Me tenía entre la espada y la pared. Así que robé

—Aprieta su agarre en mi mano, buscando mis dedos—. Lo siento, Claire.

—¿Todavía está...?

—No. Incluso Ulrich sabe que hay un límite de cuánto puedes exprimir a un pobre diablo como yo. Estoy tan avergonzado. Tu madre fue buena conmigo y...

—Está bien. Lo entiendo.

—Pero no lo entiendes. Siento como si lo hubiera tirado todo por la borda. ¿Y para qué? Por un chico que se va pavoneando a Leipzig a trabajar en un banco. Un banco, por el amor de Dios.

—Eduard. Tengo una carta para ti.

Suelta mi mano. —¿Hugo?

Asiento con la cabeza. Le entrego la carta. Lo observo abrir el sobre, sus dedos visiblemente temblorosos. Sus ojos recorren la hoja de papel. Puedo ver que no hay mucho allí, solo unas pocas líneas garabateadas. Sin embargo, la mira fijamente, inmóvil como una estatua, simplemente mirando. Con cuidado, coloca la carta boca abajo sobre la mesa y se levanta. Camina hacia la ventana y mira hacia afuera, balanceándose sobre sus pies. —Pronto será Navidad.

—Sí.

—Él, eh... Él... Hugo, quiero decir, no puede venir ahora, para Navidad, digo. Él... Él la pasará con ese tipo que mencioné, ¿sabes? George. Ahora pasará la Navidad con George. No conmigo. Ya no. La pasará con George.

9.

Entro en el ayuntamiento. Me aterra pensar cómo estará Eduard. Pero no lo veo. En su lugar, veo a Ulrich y un peso enorme me oprime el corazón.

Nos acomodamos. Afino mi viola, con los ojos fijos en la puerta, esperando que se abra, que Eduard aparezca, con su habitual aspecto agitado, disculpándose por su tardanza. Pero sigue sin aparecer y Herr Münchinger, inusualmente, no parece demasiado preocupado. Golpea su batuta contra el atril, llamándonos la atención. —Bien, hoy continuaremos donde lo dejamos la última vez, con el adagio. —Se quita las gafas y las limpia mientras habla—. Ahora, he estado reflexionando sobre esto. Tenemos que considerar lo que el compositor intentaba expresar aquí. Siempre volvemos a esto... —Escuchamos mientras Herr Münchinger se lanza a su discurso. Y

Eduard sigue sin aparecer. No puedo concentrarme; mis ojos no dejan de rebotar hacia la puerta, deseando que se abra. Herr Münchinger termina—. Ahora, antes de comenzar, tengo un anuncio. Herr Schilling no se unirá a nosotros.

—Oh. —La palabra se me escapa.

Herr Münchinger me lanza una mirada. —Eduard vino a verme ayer. Ha presentado su renuncia. Le dije que aún esperaba que se quedara hasta la actuación, según su contrato, pero dadas las circunstancias, accedí a su deseo y le permití irse con efecto inmediato.

—¡Ja! —se oye la voz detrás de mí—. Buen riddance.

Eso fue todo. Me giro y lo enfrento. —¿Contento ahora, Ulrich? Ya tienes tu libra de carne.

Levanta las manos. —Eh, eh.

—¡Fräulein Ebstein! —ruge Herr Münchinger.

—Le hiciste la vida miserable, ¿no es así, demonio? —Me pongo de pie, alzándome sobre él. Se encoge.

—Se lo merecía.

—Él no se merecía nada, especialmente de un desgraciado como tú.

—Fräulein Ebstein, ¿qué significa esto?

—Estabas celoso de él. Eso era, ¿no? Eduard tiene más talento en su dedo meñique que tú en—

—Deténgase en este instante, Fräulein. Se lo advierto.

Me giro para enfrentarlo, a nuestro director, aún de pie. —¿No vio lo que estaba pasando bajo sus narices, Maestro? ¿No se dio cuenta de lo que Ulrich le estaba haciendo a Eduard?

Se engancha los pulgares en el chaleco y se ríe entre dientes. —No tengo ni idea de lo que está hablando, Fräulein.

Quiero borrarle esa sonrisa de suficiencia de la cara de un golpe. Él lo sabía. Agarro mi abrigo y el estuche de la viola.

—¿Y adónde cree que va?

—Yo también renuncio.

—Espere un momento, Fräulein, su contrato—

—Métetelo por donde te quepa, tu contrato, imbécil.

Ay, Eduard, Eduard, si tan solo hubieras visto la expresión en la cara del viejo bastardo.

No me arrepiento de haber renunciado. Si me lo repito lo suficiente, quizás llegue a creerlo. Se había vuelto un fastidio, demasiada rutina; estoy feliz de haberlo dejado. Aún no le he dicho a mi madre; temo hacerlo. Sé que piensa terriblemente de mí porque nunca condené a Eduard por lo que hizo. Todavía tengo mi trabajo en la panadería, gracias a Dios.

Antes de ir a trabajar, llega el correo. Hay una carta para nuestro nuevo inquilino en la antigua habitación de Eduard, el señor Kroll. Mi madre me pide que se la lleve. Llamo a su puerta, y debería haber esperado una respuesta, pero mi mente está tan llena de Eduard que no pienso, y entro sin más. Vaya. Está sentado en su cama, de espaldas a mí, con los hombros temblando, sosteniendo una vieja fotografía. Alcanzo a ver un vistazo de ella: es de una niña pequeña. Se da la vuelta y su rostro está empapado en lágrimas. Balbuceo una disculpa y retrocedo. Me encuentro en el rellano todavía sosteniendo su carta. No puedo llamar de nuevo, así que la deslizo por debajo de su puerta y bajo corriendo las escaleras.

Hoy estoy trabajando el triple de mis horas habituales en la panadería porque es Nochebuena, el día más ocupado del año. El señor Manstein, mi jefe, está frenético y feliz al mismo tiempo. Tuvimos una pequeña calamidad antes. Una de las dependientas, en su prisa, dejó caer su bandeja de cerditos de mazapán. El suelo detrás del mostrador parecía un matadero de mazapán. El señor Manstein despidió a la pobre chica en el acto y luego se arrepintió inmediatamente. Había sido demasiado precipitado, demasiado irritable en este día ajetreado. Pero ya era tarde, la chica se había marchado llorando y ahora estamos con poco personal y aún más ocupados. Incluso abrimos mañana, el día de Navidad, solo hasta las once de la mañana. —Señor Manstein, tengo una sugerencia —digo—. Conozco a alguien. Él acepta con gusto, sin hacer preguntas. Y así, le he conseguido un trabajo a Eduard. Empieza mañana. El día de Navidad.

Después del trabajo, estoy caminando la ruta familiar desde la panadería hasta el ayuntamiento... hasta que recuerdo que ya no necesito ir al ayuntamiento, ni esta noche, ni hoy, ni nunca más. El pensamiento me detiene en seco. Como el señor Manstein, había sido demasiado precipitada. Y es solo ahora, de pie en la calle, con la nieve cayendo a mi alrededor, que me doy cuenta de cuánto voy a extrañarlo, la rutina, el esfuerzo creativo. Sabía que no éramos una orquesta de primera en ningún sentido, que no estábamos destinados a grandes cosas, pero nunca supe, hasta este momento, cuánto lo amaba.

Me doy la vuelta y me dirijo a casa. Excepto que no lo hago. No puedo enfrentar a mi madre. En su lugar, me dirijo al albergue. Después de todo, tengo buenas noticias para Eduard.

Llamo a la puerta de su dormitorio. El anciano de la barba amarillenta me ve primero. —Ajá, sabía que volverías a mí, preciosa. Las mujeres no pueden resistirse.

—Oye, no se permiten mujeres aquí.

—¿Eduard? —No hay respuesta—. ¿Está Eduard aquí? —Sé que sueño brusca, pero no tengo tiempo para sus juegos.

—Dame un beso y te lo diré.

Me cruzo de brazos. —Solo dímelo.

—Comedor.

—Gracias.

Eduard está solo en el comedor, sentado junto a la ventana, mirando hacia afuera, de espaldas a mí. No oye mi acercamiento. —¿Eduard? —No responde. Pongo mi mano en su hombro. Se gira, me mira como si me estuviera esperando, sus ojos fantasmales. Ha envejecido en la última semana; su piel ha adquirido un tinte amarillento; su cabello está lacio. No lo había visto desde mi última visita aquí, hace una semana, y confieso que estoy conmovida por su apariencia.

—Hola, cariño. —Lleva puesta la camisa blanca con los monogramas.

—Eduard. —Acerco una silla y me siento frente a él. Extiendo la mano para tomar la suya, pero él se retrae. No puedo preguntarle cómo está.

Vuelve sus ojos a la ventana y al mundo exterior. Ya está oscuro, los copos de nieve bailan en el resplandor de una farola; oigo el chillido de los niños corriendo por la calle.

Finalmente, Eduard habla. —He estado pensando en cómo pagarle a tu madre. Quiero que tomes el violín y lo vendas.

—No, Eduard, no puedo hacer eso.

—No me sirve de nada. Ya no puedo tocar.

—Pero lo harás de nuevo algún día. Estoy segura.

—Obtendrás un buen precio por él. Lo encontrarás bajo mi almohada. Puedes recogerlo cuando te vayas.

—No, tengo una mejor idea. Te he conseguido un trabajo. —No responde—. En la panadería. ¿Sabes? La panadería donde trabajo. Mi jefe dijo que te daría un empleo. Puedes empezar mañana. No está brillantemente pagado, pero será suficiente para que encuentres un lugar donde vivir.

—Ya tengo donde vivir.

—Sabes a lo que me refiero.

—Estoy pensando en mudarme a Leipzig.

—Oh. —Debe saber que eso sería lo peor que puede hacer. Pero me muerdo la lengua. Si le da esperanza, que así sea. En cambio, sugiero que necesitará el dinero del billete de tren si quiere ir a Leipzig y por eso necesita trabajar.

—¿Llevas ese perfume tuyo? ¿Cómo se llamaba? Rosewood, eso era.

—Sí. Sí, lo llevo.

—¿A qué hora mañana?

Oh, eso debe significar que está interesado. Me alegro tanto.

—Mañana es Navidad, así que...

—¿Navidad? ¿En serio?

—Sí, Eduard, y el señor Manstein, mi jefe, quiere que estemos allí desde las siete de la mañana. ¿Puedes hacerlo? Eduard, ¿puedes?

—Estaré allí.

—¿Puedes? Oh, qué bien. Eso es maravilloso. —Ahora puedo respirar un poco. Pero se me ocurre algo—. No estarías planeando ir a casa por Navidad, ¿verdad? ¿Para ver a tus padres?

Niega con la cabeza. —Como dices, no tengo dinero para el billete de tren, aunque quisiera.

—Eduard...

—No dejo de pensar en ellos. Los dos juntos, divirtiéndose, disfrutando de la vida, enamorados.

—No hables de ellos, Eduard, no... —Quiero decir, no te tortures, pero no puedo pronunciar esas terribles palabras. Esta vez, me permite tomarle la mano—. Eduard, sé que las cosas son difíciles para ti ahora. Pero quiero ayudarte. Por favor, déjame ayudarte. Cuando llegue el año nuevo, tendrás este trabajo. Encontraremos un buen lugar para que vivas, y una nueva orquesta, y podrás tocar de nuevo, tocar ese hermoso violín tuyo. Y conocerás a alguien nuevo, alguien que... que te quiera. Porque... porque.

Finalmente, aparta los ojos de la ventana y me mira. —¿Por qué, cariño? No te merezco. ¿Por qué? ¿Por qué te preocupas tanto por mí?

—Yo... Porque... porque... —Estoy casi gritando. Pero no me importa—. Porque, Eduard, porque

te amo.

Me mira, atónito, con los ojos muy abiertos. Por un terrible momento, temo que se pueda reír. Pero no lo hace. En cambio, parpadea, y mientras lo hace, una lágrima rueda por su rostro.

10.

Las calles están llenas de alegría; la nieve cae; la gente está feliz. Me detengo a ver un grupo de cantantes de villancicos, personas robustas, bien alimentadas y de mediana edad con mejillas sonrosadas y voces vigorosas. «Escuchad el canto de los ángeles». Un hombre vestido de San Nicolás agita su caja, pidiendo donaciones. Dejo caer una moneda en la caja. —¡Feliz Navidad! —grita una y otra vez. Los escaparates exhiben sus relucientes árboles de Navidad; las farolas están adornadas con ramitas de acebo y hiedra. Paso junto a un niño que valientemente tira del trineo de su amigo. Paso por una tienda de cuero. Se me ocurre una idea. Entro y examino la exhibición de carteras para hombres. Me decido por una marrón con esquinas doradas. A Eduard le encantará, estoy segura. —¿Un regalo de Navidad para tu novio? —pregunta el alegre hombre detrás del mostrador.

—Sí —digo—. Algo así.

En la tienda de dos puertas más allá, compro una tarjeta de Navidad y una hoja de papel de regalo.

Mi propia casa está decididamente sin ambiente navideño. Me pregunto qué hará nuestro nuevo inquilino, el inspector Kroll, para Navidad. No parece del tipo que esté rodeado de familias felices, sea cual sea la ocasión. Aún me pregunto quién era la niña pequeña de su fotografía.

No quiero ver a mi madre, no hasta que tenga que hacerlo, así que me escabullo a mi habitación y cierro la puerta suavemente detrás de mí. Levanto la mirada hacia el cuadro, *El caminante sobre el mar de nubes*. —Ahora sé cómo te sientes —digo en voz alta. Sola y perdida en una niebla arremolinada, sin saber a dónde ir para escapar de esta bruma impenetrable.

Envuelvo la cartera de Eduard y escribo su tarjeta. Pienso un rato en qué escribir. Finalmente, incapaz de pensar en algo mejor, escribo: *Querido Eduard, Feliz Navidad. Sé que el próximo año será tu mejor año. Con todo mi amor...* Empiezo a firmar mi nombre con una C. Pero no, lo tacho. En su lugar, firmo *Guisantito*. Le gustará eso; lo sé.

Ya no puedo posponerlo más. Saludo a mi madre en la cocina. Está de pie junto a la mesa con su delantal puesto, pelando zanahorias. Había planeado lo que quería decir, cómo lo abordaría. Pero todo se va por la borda y, en su lugar, simplemente lo suelto. —Creo que deberíamos invitar a Eduard a almorzar mañana.

Mi madre deja de pelar. Inclina la cabeza. —¿Qué has dicho?

—Me has oído, madre.

Se ríe. —Puedes ser muy graciosa cuando te lo propones, Claire.

—No pretendía ser graciosa. Lo digo en serio, deberíamos...

—¿Y qué esperas que diga? Sí, hagámoslo. Invítalo, que se lleve la plata de la familia, ¿por qué no?

—Está en la miseria, él...

—¿Y de quién es la culpa? ¿Eh? ¿Necesito recordarte...?

—No, pero es Navidad, una época de alegría y perdón.

—¡Ja! ¿Perdón? Tonterías. Puras tonterías.

—Perdonaste a papá bastantes veces. —Mi corazón late con fuerza.

Deja el pelador y la zanahoria sobre la mesa. Cierra el puño. —Eso es diferente. Él era mi esposo. Lo amaba.

Casi me doy la vuelta y me voy. Pero no, esta es la conversación que siempre he querido tener, desde el día en que mi padre exhaló su último aliento. Tengo que llegar hasta el final. Las palabras brotan de mí. —Así que te golpea trescientos sesenta y cuatro días al año, pero el único día que no lo hace, el día de Navidad, lo perdonas y todo está bien.

—Eso no es cierto.

—Y al día siguiente, el día de San Esteban, todo vuelve a empezar.

—Basta. Basta ya.

—¿Y yo? ¿Qué hay de mí, madre? Tu propia hija. Nunca te enfrentaste a él ni una sola vez.

—¿Cómo podía, Claire? Respóndeme, ¿cómo? No me gustaba verte... —Ahora está llorando; apenas puede mantenerse en pie junto a la mesa—. Quería detenerlo, de verdad que sí. Pero yo... no podía. Tenía miedo. —Se tambalea hacia la silla y se desploma en ella—. Pero aun así lo amaba. Era tu padre.

—¿A eso le llamas amor?

Sus ojos me atraviesan ahora. —¿Y tú qué sabes del amor, Claire? ¿Cómo te atreves a darme lecciones? Ningún hombre es perfecto. Pero cuando conozcas a un hombre, Dios no lo quiera, lo amarás de todos modos.

—¿Pero no me amabas a mí? ¿No querías protegerme *a mí*?

—Los hombres son así; ya lo descubrirás pronto, hija mía. Ya lo verás.

—Pero ya lo he descubierto. Sé lo que significa el amor, y sí, tienes razón, da miedo; me asusta lo mucho que lo amo. Y sé que, a su manera, él también me ama.

Ella capta esto, un momento de triunfo. —¿A su manera?

—Sí. A su manera, me ha mostrado, por primera vez en mi vida, lo que el amor significa realmente.

11.

Día de Navidad. El día más feliz del año. Somos tres alrededor de la mesa para el almuerzo navideño: mi madre, mi padre y yo. Madre sirve el pavo asado más grande. Llevamos gorros tontos y mis padres beben vino. Padre cuenta un chiste y nos reímos, nos reímos como si fuera lo más gracioso que hemos oído nunca. Mi padre besa a mi madre en la mejilla, le dice cuánto la ama. Después, tras el almuerzo, madre se sienta al piano y cantamos villancicos. "Oh, Pequeña Ciudad de Belén", "Escuchad el Canto de los Ángeles". Mi padre me rodea con el brazo y me acerca a él, plantando un beso en la parte superior de mi cabeza. Soy feliz. Excepto que no tenemos piano, nunca lo hemos tenido; nunca hemos vivido una Navidad así; es falso, todo ello, e incluso aquí, en mi sueño, lo sé.

Me despierto y lo único que quiero hacer es volver a dormir, esconderme bajo mi manta, ocultarme del frío y de la escarcha que se forma en la ventana de mi habitación, alejarme de mi madre. Por suerte, tengo que ir a trabajar. Y esto me anima, especialmente porque Eduard estará allí. No puedo esperar para verlo. Ahora, entusiasmada, salto de la cama, lista para enfrentar el día.

Llego al trabajo a las siete menos diez. Herr Manstein me saluda calurosamente con un "Feliz Navidad". —No hay señales de tu amigo.

—Aún faltan diez minutos, Herr Manstein.

—Por supuesto.

Escondo el regalo y la tarjeta de Eduard bajo el mostrador. No puedo esperar para dárselos. Me he puesto el delantal; me he recogido el pelo en un moño; el olor a pan fresco y pasteles calientes llena el aire. Estamos listos. Pero ¿dónde está Eduard? Herr Manstein pregunta lo mismo.

—Quizás se haya perdido. Todavía es bastante nuevo en la ciudad.

—Sí, Claire, pero necesitaremos todas las manos disponibles, así que ¿dónde está?

Gira el cartel de Abierto / Cerrado en la puerta, descorre los cerrojos y, al abrir la puerta, recibe a nuestros primeros clientes con saludos festivos. Entran, trayendo la nieve en sus botas. Herr Manstein mira calle abajo, a izquierda y derecha, y sigue sin haber señales de Eduard. Vuelve adentro y me lanza una mirada, sacudiendo la cabeza. No es un buen comienzo y, tengo que decirlo, no me deja en buen lugar.

Pasan diez minutos y ya estamos ocupados. La gente quiere sus pasteles y tortas frescos, incluso en el día de Navidad. Estamos desbordados. No hay tiempo para pensar. El señor Manstein se preocupa por si nos quedamos sin cambio. Hoy no hay bancos abiertos. Pasa una hora, dos, tres horas. A las diez, ya no quedan clientes. El señor Manstein, satisfecho con el negocio de la mañana, declara que va a cerrar una hora antes sin perjuicio para nuestros salarios y que todos podemos irnos a casa, estar con nuestras familias y disfrutar del resto de la Navidad. No puedo pensar en nada peor. Cuando estoy a punto de irme, abotonándome el abrigo, el señor Manstein me llama aparte.

—Entonces, Claire, ¿qué pasó con tu amigo?

—Lo siento, señor Manstein, no lo sé. Estaba segura... No lo sé, señor. Por favor, no me despida. Él está...

—¿Sí? ¿Qué pasa?

—No está bien, señor Manstein, y me preocupo por él. Pensé que un nuevo trabajo le ayudaría, pero...

—Vamos, seguramente está en casa disfrutando de su Navidad.

—No. No, señor, no tiene familia aquí.

Sus cejas se alzan.

—Oh. Está bien. ¿Sabes dónde vive este amigo tuyo?

Asiento.

—Ve a verlo, entonces, Claire. Podría ser importante. Tal vez te necesite.

No esperaba esto. El señor Manstein tenía todo el derecho de estar enfadado.

—Lo haré. Gracias, señor.

Me doy la vuelta para irme.

—Ah, y Claire...

—¿Sí, señor Manstein?

Sonríe.

—No tengo intención de despedirte.

Me apresuro hacia el albergue, mis pies chapoteando en la nieve. Las calles están casi vacías, lo cual no es sorprendente. Veo luces en las casas, árboles de Navidad en las ventanas, la emoción burbujea en el aire. Pero no es así en el albergue. Aparte de un árbol de aspecto lamentable en la esquina de la recepción, no hay nada más que indique qué día es. Me acerco al hombre detrás del mostrador.

—Buenos días. ¿Está Eduard aquí, por favor? Eduard Schilling.

—No lo sé, señorita. Acabo de empezar mi turno. Revise su habitación, si quiere, número...

—Gracias —grito por encima del hombro—. Lo sé.

Ya estoy a mitad de camino por el pasillo. Llamo a la puerta y, preparándome para el hedor a sudor, entro sin esperar respuesta. El anciano me ve.

—Se ha ido.

—¿Ido? ¿Dijo adónde?

—No.

—¿Cuándo se fue?

Se encoge de hombros.

—Hace una hora o así, me atrevo a decir. Y, antes de que preguntes, no va a volver.

Mi corazón se detiene por un momento.

—¿Cómo... cómo lo sabe?

—Había empacado su pequeña maleta. —La de cartón, sujeta con un cinturón. La recuerdo—. Dijo que podrías pasarte por aquí. —Señala con el pulgar hacia la litera de Eduard—. Te dejó algo.

Casi vuelo hacia allí y, estirándome, bajo el estuche del violín de Eduard. Me siento en la litera de abajo y, con el estuche sobre mis rodillas, lo abro. El violín está ahí y, insertado entre las cuerdas, un trozo de papel doblado. Mis dedos tiemblan tanto que me cuesta abrirlo. Pero lo hago. Contengo la respiración y, enfocando, leo. *Mi querida Flor de Guisante, te amo. Solo lamento no haber podido amarte de la manera que querías. Quédate el violín o véndelo. No me importa. Cuídate. Sé que te espera una vida feliz. Con amor siempre, E.*

Dios mío. No puedo respirar.

—¿Estás bien, cariño? No te ves bien.

Hablo con una calma aterrada.

—Necesito encontrarlo. ¿Cuidará el violín, por favor?

—Sí. Claro.

—Por favor, no hagas ninguna tontería.

Me guiña un ojo. —Lo guardaré con mi vida. Feliz Navidad.

Lo dejo leyendo la nota de Eduard.

Estoy de vuelta en la calle. Las calles ya no parecen festivas; se ven desoladas y amenazantes, y no sé adónde ir. Quiero gritar su nombre. Empiezo a dirigirme a casa. Tal vez esté allí. Me detengo. No. No haría eso. En cambio, vuelvo hacia la panadería. Quizás se equivocó con la hora. Sí, eso es. Estará allí, parado afuera, preguntándose dónde está todo el mundo, el tonto. Camino más rápido, tan rápido como puedo en la nieve. Y ahora vuelvo a reducir la velocidad. Su nota; era demasiado definitiva para esto. No estará en la panadería, ni en mi casa. «Oh, Eduard, por favor... ¿dónde estás?»

¿Qué tal la estación de tren? Pero no, no tiene el dinero y no estoy segura de si los trenes funcionan el día de Navidad. Y entonces me golpea la idea. Dejo escapar un pequeño grito. Por supuesto, el Schlossbrücke, el puente. Está muy lejos, pero ¿qué otra opción tengo?

Media hora después, sigo caminando, arrastrándome por la nieve, con la nariz tan fría que temo que se me vaya a caer. Sé que mi madre estará preocupada. Incluso si hubiera salido de la panadería a las once, como le dije, ya estaría en casa ahora. ¿Estará preocupada? Eso espero. Herr Manstein ya estará en casa, rodeado de su acogedora esposa y todos los pequeños Manstein,

jugando con sus regalos, cálidos y cómodos en el interior, envueltos en su amor. Oh, por las cosas simples de la vida. El amor es la cosa más simple, aparentemente. Yo no sabría.

El puente está frente a mí, las estatuas blancas se alzan, aún más blancas con la nieve. Escaneo el horizonte. No hay nadie alrededor. La ciudad se ha convertido en una ciudad fantasma, cubierta de blanco, silenciosa, tan extrañamente silenciosa, como ningún otro día. Aquel día que estuvimos aquí, Eduard y yo. Fue el día en que Hugo partió hacia Leipzig. Maldito sea, maldito seas, Hugo Ruthenbeck. Nada de esto... Es demasiado tarde para eso ahora. Me pregunto qué estará haciendo Hugo en este momento, si estará en casa, como Herr Manstein, con sus padres y con George como su invitado, su oh-tan especial invitado.

Hay gente en el Schlossbrücke, siluetas oscuras, algunas de ellas asomándose por el puente. Alguien corre en mi dirección. Me apresuro. Algo está mal; puedo sentirlo, mi corazón... oh, mi corazón. El río parece tan amenazante hoy, de movimiento rápido, helado. Estoy en el puente. Mi respiración es horriblemente fuerte, retumbando en mis oídos. El hombre que corre es un policía. Lo llamo, pero o no me oye o me ignora. Reconozco a alguien que conozco entre la media docena de hombres que zumban alrededor, una figura encorvada familiar. Es nuestro inquilino. —Herr Kroll. Hola, Herr Kroll.

Oye su nombre. Le toma un momento reconocerme. —¿Fräulein Ebstein? ¿Qué hace usted aquí?

—¿Ha pasado algo?

Otra voz grita desde detrás de él, alguien corriendo a través del puente hacia nosotros, un hombre con una bufanda envuelta alrededor de su cabeza. —¿Inspector? Inspector. —El hombre está agitando algo, algo mojado, una especie de bandera.

Herr Kroll se gira para ver quién es y, ignorándolo, se vuelve hacia mí. —Alguien se ha lanzado al río. Tendrá que disculparme, lo estamos sacando ahora.

—¿Está vivo? —Por favor, dígame que Eduard sigue vivo.

—Lo dudo, no en esa agua.

El hombre con la bufanda grita. —Inspector, por favor.

—¿Quién es usted? —ladra Herr Kroll al hombre—. ¿Qué es lo que quiere?

El hombre empuja la bandera empapada en las manos de Herr Kroll. —Encontré esto en la orilla. Debe habérselo quitado antes de saltar.

—¿Qué es?

Herr Kroll la desdobra y la sostiene en alto. No es una bandera. Es una camisa, una camisa blanca. Y encima de cada puño hay una «E» monogramada en azul.

12.

Ha llegado la primavera. Y el sol brilla como para confirmarlo. Y es Sábado Santo de 1889. Mañana es Domingo de Pascua. Una amiga mía está esperando un bebé hoy. Me pregunto si ya habrá dado a luz.

Mi madre está en la cocina planchando una blusa y una falda para mí. Porque hoy, al mediodía, tengo una audición nada menos que para la Filarmónica de Berlín. No sé cómo voy a tocar, y mucho menos aprobar, con lo mucho que me tiemblan las manos. Juro que llevo la última hora y media sentada frente a mi tocador, mirando mi reflejo y cepillándome el pelo.

—Mira, Eduard. Si consigo un puesto en la Filarmónica, podré dejar el trabajo en la panadería. El señor Manstein es el jefe más amable que una persona podría desear, pero incluso él, que Dios lo bendiga, me ha estado deseando suerte y horneando "pasteles de la buena suerte". En momentos como este, Eduard, desearía tocar el violín en lugar de la viola, porque entonces podría haber tocado el "violín dorado" de tu padre. Me habría traído suerte.

Eduard está detrás de mí, sentado en la cama. Puedo verlo en el espejo.

—No necesitarás suerte; eres la mejor violista de Berlín, cariño.

Me río.

—No sé si será para tanto.

Ahora siempre hablo con Eduard. Siento su presencia dondequiera que voy.

Guardé su camisa, la que sostenía cuando murió. La tengo en mi armario. De vez en cuando, hundo mi nariz en ella. No necesitaba el violín, pero ciertamente no iba a venderlo, ni por todo el dinero del mundo. Así que, en enero, lo empaqueté y se lo envié por correo a Lisa, la media hermana de Eduard. Ella me envió una nota encantadora en respuesta, agradeciéndome por el violín y por asistir al funeral de Eduard. Me estremezco cuando pienso en el funeral. Lloré tanto que me avergoncé de mí misma. Lisa hizo todo lo posible por consolarme. Me sentí terrible. Debería haber sido yo quien la consolara a *ella*. Eduard tenía razón: ella tenía los ojos más vívidos. Después, tras haber dado sepultura a Eduard, Lisa me abrazó.

—Siempre sentí que este mundo era demasiado cruel para un alma delicada como la de mi hermano —dijo—. Sé que te amaba.

Luego, tras una pausa, me susurró al oído:

—A su manera.

—Lo sé. Sé que lo hacía. Tu hermano era muy especial. Me enseñó lo que significa el amor. Nunca lo olvidaré por eso.

—Aún no sé qué lo llevó al límite.

Yo lo sé, pero no soy lo suficientemente fuerte para decírselo, no sabría cómo expresarlo con palabras. Eduard simplemente murió de un corazón roto.

Suspiro ante el recuerdo, confundida, como a menudo me pasa, por los sentimientos de calidez y tristeza que se fusionan dentro de mí.

Mi madre me llama desde la cocina.

—Tu blusa está lista, cariño.

—Gracias, mamá.

Acabo de empezar a llamarla así: mamá. Le gusta.

Oigo que el buzón traquetea. Ha llegado el correo.

—¿Puedes recogerlo, cariño?

Si no hay más remedio.

—Claro.

Hay tres, no, cuatro sobres. Uno de ellos, puedo decirlo, es una factura para mi madre, dos son tarjetas de Pascua y el cuarto es una carta dirigida a... Mi corazón se detiene por un momento. Es una carta dirigida a Eduard. Reconozco la letra. Tiene sello de Leipzig. Miro hacia arriba, asegurándome de que mamá no esté ahí.

—¿Algo interesante? —pregunta.

—No, solo facturas y tarjetas.

—Déjalas a un lado. Estoy terminando tu falda.

Le doy las gracias y me escabullo de vuelta a mi habitación. Me siento frente al espejo. ¿Debería abrirla? Tal vez no debería; tal vez debería enviársela a Lisa. Pero entonces, ella no tiene idea de quién es Hugo, ni de lo que significaba para Eduard, ni de cómo le rompió el corazón.

Tomo unas tijeras y abro el sobre. Con cuidado, saco la carta de su interior. Las palabras bailan ante mis ojos. No creo que pueda leerlas; es demasiado. Mis dedos tiemblan. Tengo que leerla, tengo que decírselo a Eduard. Obligo a mis ojos a abrirse, a enfocarse.

Mi querido Ed,

Espero que no me hayas olvidado después de todo este tiempo. Lamento no haber escrito antes.

Hora de confesar. Oh, Ed, por favor perdóname, me lo inventé todo. Simplemente no pude decirte que había cometido un terrible error. Odio estar aquí. Odio el trabajo. ¿En qué estaba pensando? ¿Cómo pude dejar al único hombre que he amado? Y ese tipo del que te hablé — George? Si existe y es bastante agradable, pero no significa nada para mí. Solo quería ponerte celoso porque estaba tan enfadada conmigo misma. He sido una completa tonta. Lo siento tanto, Ed.

Bueno, confesión hecha. Ahora las buenas noticias. ¡Vuelvo a casa! ¿Puedes recogerme en la estación? Llegaré el martes después de Pascua, a las 3:20 p.m. Por favor, estate allí.

No puedo esperar para verte, mi amor, y te lo digo, Ed, esta vez, querido mío, ¡no te dejaré ir nunca más!

Tuya por siempre y para siempre,

H.

13.

Martes, dos de la tarde. El tren de Hugo llega en poco más de una hora. No tengo ni idea de cómo se lo voy a decir. Pero debo decírselo. Estoy de pie en el Schlossbrücke, mirando por encima de la balaustrada el agua que se arremolina debajo, observando el reflejo de las nubes que se mueven rápidamente sobre mí. Recuerdo haber estado aquí con Eduard hace tanto tiempo. Recuerdo sus palabras: "Sabes, si alguna vez le pasara algo a Hugo, a nosotros, no podría soportarlo. Volvería aquí". Y por supuesto, eso es exactamente lo que hizo. Qué habrá pasado por su mente en esas horas finales, esos últimos segundos en el puente el día de Navidad.

Le doy un par de monedas a un veterano de guerra, su medalla brillando al sol. Me da las gracias y se aleja rápidamente.

—Pasé la audición, Eduard. Estás viendo a la nueva violista de la Filarmonía. Sé que estás orgulloso de mí; puedo *sentirlo*. ¿Qué fue lo que dijiste? *Sé que te espera una vida feliz*. Puede que tengas razón, Eduard, bien podrías tener razón.

Tengo que irme. No debo llegar tarde para Hugo. Pero primero, hay algo que tengo que hacer: una última cosa.

Saco la carta de Hugo de mi bolsillo. La vuelvo a leer una última vez. Aunque no lo necesito, puedo recitar cada palabra; está grabada en mi corazón. La recordaré para siempre. Las lágrimas vienen ahora. Oh, Eduard, te reirías al verme, estoy llorando tanto por ti. Te extraño tanto que duele, realmente me causa un dolor, aquí, justo aquí, en el pecho.

Arrugo la carta en mi mano. Me inclino sobre el puente y extendiendo el brazo. Abro la mano, estirando los dedos. La hoja de papel cae de mi mano. El viento la atrapa. Observo cómo gira, casi volando, por el aire. —Adiós, mi amor—. Parece flotar un momento antes de finalmente aterrizar en la superficie del agua. El río la cubre, llevándosela lejos de mí.

Y entonces desaparece.

Tercer Movimiento: Chica en la Roca

1.

La ciudad de K., a unos trescientos kilómetros al noreste de Berlín, es quizás la ciudad más gris que jamás verás. No es que sea probable que la veas, porque nadie visita el lugar a menos que realmente tenga que hacerlo. Tal vez para visitar a un amigo o a un familiar. Pero ciertamente no para visitar la ciudad en sí, pues no hay nada allí. Sin duda es próspera, de eso no hay discusión, pero tiene poca historia de la que hablar, ninguna característica distintiva y nada que capture la atención ni del viajero más entusiasta. Ahora, en noviembre de 1908, K. captó brevemente el interés de la nación, tras un terrible y despiadado asesinato. Sin embargo, la atención no duró mucho.

Permíteme describir brevemente el diseño de K.; y será breve porque no merece más. Tiene lo que esperarías — un ayuntamiento, una iglesia o dos y una biblioteca, y por supuesto todos sus emprendimientos comerciales. Pero solo necesitamos ocuparnos de los puntos de referencia pertinentes a nuestra historia. Si miraras la ciudad desde arriba, digamos desde una vista de pájaro, entonces en la parte superior izquierda, al noroeste de la ciudad, hay una pequeña estación de tren, de solo dos andenes, uno para trenes que se dirigen al este y otro al oeste. Por el lado oeste de la ciudad, a la izquierda de nuestro mapa imaginario, hay un camino de sirga que corre junto a un canal. Y adyacente al canal y su camino de sirga hay un bosque artificial, bastante denso en algunos lugares. En medio del bosque hay una gran roca lisa que habitualmente se usa como punto de encuentro por los jóvenes de la ciudad. A mitad del camino de sirga, hay un puente que cruza sobre el canal, llevando a un campo recreativo, un parque con un área de juegos infantiles escondida en una esquina.

Más al sur, en la parte inferior izquierda de nuestro mapa, hay un establecimiento de bed and breakfast propiedad de un tal Herr y Frau Günther, llamado el Huésped Descansado. Son una pareja trabajadora; se esfuerzan mucho por poca recompensa, pero están contentos con su suerte en la vida. Tienen dos hijos, un niño de seis años y una hija de once llamada Mirabel.

En la noche del 30 de octubre de 1908, los Günther tenían una sola huésped en el Huésped Descansado, una tal Lisa Schilling, recientemente divorciada. Todos la conocían por su apellido de casada, Fischer, y esta era la primera vez que volvía a usar Schilling, su apellido de soltera. El divorcio había causado bastante revuelo en su ciudad natal. Después de todo, ella y su marido habían estado casados quince años y tenían tres hijos. Un día, Lisa Fischer se despertó y decidió que no podía soportar la idea de pasar el resto de su vida con este hombre. Así que lo dejó. Volveremos a Lisa Schilling en breve.

A medio kilómetro al este del Huésped Descansado, más cerca de la carretera que atraviesa la ciudad, hay un apartamento austero de una habitación. Este apartamento está alquilado por el inspector de policía de la ciudad, aunque su alquiler lo pagan sus empleadores. Un tipo alto y demacrado llamado Kroll, otro divorciado y, según todos los indicios, bastante malhumorado, pero un hombre que ha dedicado la mayor parte de su vida laboral al servicio de esta ciudad. También volveremos al inspector en algún momento de nuestra triste historia.

Pero primero, debemos volver al campo recreativo. En el lado más alejado del parque, hay una pequeña cabaña de madera, una construcción peculiarmente primitiva considerando que vivimos en el siglo XX. El único ocupante de esta cabaña de leñador es un alma simple llamada Carl Moeller. Es joven, de unos veinticinco años, de inteligencia extremadamente limitada y muy corpulento. Su tamaño no se debe a sus hábitos alimenticios, sino más bien a una condición de la que no necesitamos ocuparnos en este momento, ni en ningún otro. La mencionada condición también significa que nunca ha tenido que afeitarse. Tiene las mejillas sonrosadas, el cabello rubio vivaz, ríe con facilidad pero no entiende nada.

Su cabaña tiene un grifo afuera donde se lava una vez, ocasionalmente dos veces, a la semana. Dos veces al día se dirige a una organización benéfica en la ciudad que le proporciona gratuitamente sus comidas diarias y, una vez a la semana, un cambio de ropa y ropa interior. Ambos padres murieron cuando él tenía unos diecisiete años, por lo que era demasiado mayor para un orfanato y estaba a un paso de la cordura para mantenerlo fuera del manicomio.

Carl tiene un solo interés y un solo deseo. El primero puede satisfacerlo tan libremente como quiera, el segundo le es frustrado. Su interés son las locomotoras. Es apenas una caminata de diez minutos por el camino de sirga hasta la estación de tren, donde lo encontrarás todos los días durante horas, simplemente mirando y admirando los trenes que van y vienen. Su deseo es jugar con los niños en el área de juegos del parque. Él mismo es un niño, un niño simple y despreocupado atrapado en el cuerpo de un hombre corpulento y enorme. Si no fuera tan grande y tan desagradable a la vista, casi podríamos compadecerlo. Pero él sabe que no se le permite jugar con los niños. No *entiende* por qué, pero *sabe* que está prohibido. Y Carl, a pesar de sus limitaciones, no le gusta romper las reglas.

Así pues, es con Carl Moeller que comenzamos nuestra historia. Es un martes, a media mañana, a finales de octubre de 1908.

2.

Carl Moeller estaba sentado en el banco, riendo fuertemente para sí mismo, su pierna derecha temblando de arriba a abajo. El sol de octubre no ofrecía nada de calor, pero aun así la frente de Carl brillaba de sudor. Clavaba la uña del pulgar derecho en la madera del banco, sin darse cuenta de que lo hacía. Era un hábito perpetuo y el banco mostraba docenas de líneas tenues de

visitas anteriores, testimonio del hábito subconsciente de Carl. Media docena de niños jugaban dentro del área de juegos cercada, sus niñeras hablando entre sí, temblando en sus gruesos abrigos, con los brazos cruzados y manteniendo un ojo vago tanto en sus protegidos como en el familiar loco que los observaba desde el banco, a unos veinte metros de distancia.

A lo lejos, detrás de él, estaba la pequeña cabaña de madera de Carl.

Las niñeras conocían a Carl por su nombre, pues todos en el pueblo lo conocían, y sabían también que era inofensivo. Carl nunca se les acercaba demasiado. No obstante, coincidían en que aún era bastante desconcertante verlo sentado allí en el banco, riendo para sí mismo sin razón aparente y observando a sus niños jugar. También sabían que de vez en cuando, un policía se acercaba y le pedía a Carl que se marchara y dejara de molestar. Carl siempre obedecía sin quejarse. Pero al día siguiente, volvía. Si el tiempo lo permitía y los niños estaban allí, él estaría allí.

Si alguien necesitaba saber dónde estaba Carl, solo había tres lugares que debían revisar: la cabaña de madera, el banco del parque y la estación de tren. No es que alguien hubiera necesitado encontrar a Carl. Ni una sola vez en todos estos años. Después de todo, ¿qué razón terrenal tendría alguien para buscar a un idiota semimudo?

3.

31 de octubre: Lisa Schilling, de treinta y seis años, estaba almorzando en el pequeño restaurante del bed and breakfast de Herr y Frau Günther, El Huésped Descansado. Tenía el restaurante para ella sola; el B&B recibía pocos visitantes en esta época del año. A su llegada al B&B el día anterior, Herr Günther le había preguntado si estaba visitando el pueblo y pareció ligeramente decepcionado cuando ella dijo que no, que simplemente estaba de paso y quería hacer una parada en su viaje. Por la expresión de Herr Günther, esta era la respuesta que solía recibir: huéspedes que se quedaban solo una noche, de paso, nada más.

Herr Günther le había cocinado un estofado de carne y aunque estaba un poco crudo, Lisa se sintió reconfortada por él. Un fuego de carbón ardía lentamente en la chimenea. Comía mientras admiraba las muchas láminas marinas que adornaban las paredes del restaurante. Un gato atigrado pasó, frotándose contra su pierna debajo de la mesa del comedor. Ella se inclinó para acariciarlo, pero el gato se escabulló y salió por la puerta, con la cola erguida.

Herr Günther regresó con el postre de Lisa, tarta de merengue. —Me disculpo, Fräulein Schilling, si su comida quizás no estuvo a la altura de sus expectativas —dijo, colocando el plato frente a ella—. Pero verá, Frau Günther, que normalmente cocina, está indispuesta hoy.

—Oh, lamento oír eso —Su apellido de soltera, Schilling, aún le sonaba extraño después de tantos años como Fischer.

—Gracias, señora. Está en cama por orden del médico. Tiene fiebre alta. Estará bien en un día o dos, estoy seguro.

—Bueno, por favor, transmítale mis mejores deseos a su esposa, Herr Günther.

—Gracias, señora —dijo nuevamente con una leve inclinación—. Recuérdeme, ¿su tren sale a las cinco y media esta tarde?

Lisa miró el pastel de merengue en su plato. Se veía bastante apetitoso. —Sí. ¿Aún estaría disponible para ayudarme con mi equipaje?

Herr Günther balbuceó un poco. —Ah, normalmente estaría encantado, por supuesto. Pero con Frau Günther tan...

Lisa levantó la mano. —Por supuesto, está bien. Debe quedarse y cuidar a su esposa. Puedo arreglármelas de todos modos. Solo tengo mi estuche de violín y una maleta, pequeña además. Estaré bien.

—Enviaré a mi hija para que la acompañe.

Lisa había sido presentada a Mirabel, la hija de Herr Günther, una niña de aspecto dulce con cara redonda de unos diez, tal vez doce años. También había un niño de unos seis. —Oh no, por favor, no es necesario.

—No, Frau Schilling, insisto. Es un paseo corto y le hace bien cuidar de nuestros huéspedes.

Herr Günther salió rápidamente de la habitación, dejando a Lisa para que disfrutara de su postre. Pero no podía disfrutarlo, no ahora. No le gustaba la idea de que Mirabel regresara sola por el camino de sirga en la oscuridad. Argumentaría su caso, pero tenía la impresión de que Herr Günther no era un hombre al que se pudiera disuadir una vez que había decidido algo.

El gato reapareció. Saltó sin esfuerzo sobre su mesa. A ella no le gustó esto; estaba demasiado cerca de su plato. Lo ahuyentó bruscamente justo cuando Herr Günther reapareció. Él hizo una pausa por una fracción de segundo antes de recomponerse. Ninguno lo mencionó, pero Lisa era muy consciente de la incomodidad que ahora flotaba en el aire. Él parecía ahora desconcertado, avergonzado por su gato.

Una hora más tarde, Lisa estaba en la recepción con su pequeña maleta, un bolso y un estuche de violín. Mirabel estaba allí, esperándola. Lisa pagó su cuenta y agradeció a Herr Günther, deseándole nuevamente que su esposa enferma se mejorara. —Sabe, Herr Günther, puedo arreglármelas fácilmente por mí misma. No hay-

—No, no —dijo él, con la mano en el aire—. Anunciamos el servicio y nunca hemos dejado de honrarlo para todos aquellos que lo solicitaron.

Lisa ahora lamentaba haberlo solicitado pero, como sospechaba, el orgullo de Herr Günther no admitiría más discusión sobre el asunto.

—Mirabel, toma la maleta de la señora.

—No, no —dijo Lisa—. Yo la llevaré. —Le entregó a la niña su estuche de violín—. Puedes llevar esto.

La niña hizo una reverencia.

—Bueno, gracias por todo, Herr Günther.

—De nada, señora. Espero verla de nuevo. Que tenga un buen viaje.

Eran las cuatro y cuarenta y cinco, la noche ya estaba cayendo. El camino de sirga que corría junto al canal estaba mayormente desierto. Se podía ver el reflejo de la luna y la noche clara pero sin estrellas en el canal; se podía escuchar el suave chapoteo del agua a la izquierda y el balanceo de las ramas a la derecha. Lisa respiró hondo el aire salobre.

—Uf, ¿no hace frío, Mirabel? Podría nevar. ¿Estás lo suficientemente abrigada?

—Sí, gracias, señorita. Señorita, ¿toca usted el violín?

—Sí, lo toco.

—¿Es un violín bonito?

—Sí, muy bonito. Un violín dorado.

—¿Dorado, señorita?

—Bueno, no es realmente dorado, ese es solo su nombre porque es muy especial. Lo hizo mi padrastro.

—¡Caramba! —Después de una pausa, preguntó—: Mi papá también es en realidad un padrastro. ¿Conoció usted a su verdadero papá?

—No, murió antes de que yo naciera.

—¿Cómo murió, señorita?

—No estoy segura de que esa sea una pregunta que debas hacer. De hecho, se ahogó.

—Oh.

—En un lago. Y es señora, no señorita.

Caminaron un rato en silencio y Lisa supo que había desconcertado a la niña con su brusquedad.

—¿Cuántos años tienes, Mirabel? —preguntó, adoptando un tono más suave.

—Once, señorita... señora.

—¿Once? Tengo una hija. Se parece mucho a ti aunque solo tiene siete años.

—¿Cómo se llama?

—Clara.

Mirabel se rio y luego se llevó la mano a la boca.

—¿Es un nombre gracioso?

—No, lo siento, señora; es el nombre de nuestra gata.

—¿Ah, sí? —La imagen de la cara del señor Günther cuando ella ahuyentó a la gata le vino a la mente—. Supongo que es bastante gracioso. Lamento que te hayan tenido que sacar de casa.

—Está bien, señora. No me importa.

Lisa era consciente del viento que soplabá, consciente también de los pasos cercanos. Un pequeño temblor de preocupación por la niña la recorrió. ¿Era eso una sombra? Sin pensarlo, alcanzó la mano de la niña. Una figura apareció abruptamente frente a ellas en la penumbra. Dejó escapar un grito ahogado. Un hombre enorme con una cara grande y redonda y cabello rubio. —Hola, hola. Hola, hola —dijo el hombre con una voz aguda—. Una noche preciosa para esto; una noche preciosa.

—Oh, es Carl —dijo Mirabel con voz entrecortada.

—Hola, Mirabel —dijo el hombre—. ¿Vas a la estación de tren?

—Sí. ¿Tú también?

—En un rato, en un rato. —Y tan repentinamente como apareció, el hombre llamado Carl desapareció de nuevo.

—¿Quién era ese? —preguntó Lisa, dándose cuenta de que todavía sostenía la mano de la niña.

—Ese es Carl.

Mirabel comenzó a describir una roca entre los árboles, justo aquí, donde ella y sus amigos se sentaban a veces, cuando una segunda figura apareció igual de repentina. El hombre, ligeramente sin aliento, se detuvo. Todos lo hicieron. Este hombre, que llevaba un abrigo voluminoso, era alto, de rostro demacrado, ojos fríos y duros, cejas gruesas y oscuras que se unían en una sola. Lisa se estremeció. Permanecieron inmóviles durante lo que pareció una eternidad. Él abrió la boca para hablar pero decidió no hacerlo. Lisa notó el hueco entre sus dientes. Apretó su agarre de la mano de Mirabel. El silencio se prolongó hasta que, con un asentimiento casi imperceptible, el hombre salió corriendo.

Lisa exhaló. —Vaya —dijo—. ¿Y quién era ese?

Mirabel miró por encima de su hombro. —No lo sé —dijo en voz baja.

La estación estaba, en general, desierta. Tampoco había personal. Herr Günther le había advertido que la estación solo estaba atendida hasta las cuatro durante el invierno. Además, había llegado media hora antes. Aun así, mejor temprano que andar con prisas. Lisa podía ver, justo más allá de la entrada de la estación, un estanco aún abierto. La niña le pasó a Lisa su estuche de violín. —Bueno, Mirabel, ve a casa. Ya está oscuro y hace un frío horrible.

—No, señora, papá siempre espera el tren con los clientes. Es parte...

—Del servicio, sí, lo sé. Pero tú no eres tu papá y te estoy diciendo que vayas a casa ahora. Y toma... —Le tendió un par de monedas a la niña—. De camino, cómprate algo de chocolate en esa tienda.

Mirabel sonrió radiante.

—No, mejor espera aquí con mi estuche y yo lo compraré por ti.

Lisa regresó y le dio el chocolate a la niña.

—Oh, gracias, gracias, señorita —Y con eso, la niña de cara redonda se fue saltando.

—Señora —dijo Lisa en voz baja. Una niña bastante agradable, igual que Clara.

Cinco minutos después, Lisa estaba sentada en un banco en un andén desierto, temblando, esperando su tren. Según el reloj de la estación, el tren no llegaría en otros veinticinco minutos. Tamborileó con los dedos sobre su estuche de violín y fue entonces cuando se dio cuenta de que, después de todo, no estaba sola. De pie bajo una lámpara del andén, a no más de veinte pies de

ella, balanceándose sobre sus talones, estaba uno de los hombres que las habían sorprendido a ella y a Mirabel en el camino de sirga.

4.

Mirabel estaba encantada de tener algo de chocolate. Esa señora era agradable, aunque un poco severa. Aun así, no esperaba conseguir una barra de chocolate. Caminó hacia casa por el camino de sirga, la noche silenciosa salvo por el suave chapoteo del agua del canal a un lado y el ocasional susurro de los árboles al otro. Un pájaro en los árboles la hizo saltar.

Ahora, estaba en un dilema. Quería llegar a casa. Estaba acostumbrada a caminar por este sendero, pero la señora había parecido nerviosa por alguna razón y ahora ella también se sentía igual. Pero si llegaba a casa demasiado pronto, entonces papá sabría que no había esperado el tren. Y luego estaba el asunto del chocolate. Si su hermano lo veía, exigiría un poco y papá la obligaría a compartirlo. No tenía intención de compartirlo. No sería justo; se lo había ganado. Y así llegó a una decisión; se sentaría en la roca y comería su chocolate ella sola, luego escondería el envoltorio debajo de la piedra y se iría a casa, y nadie se enteraría de nada.

Se sentó en lo alto de la roca, con las rodillas cruzadas, como un duende; su falda arrugada alrededor de sus rodillas. La piedra estaba fría al tacto y el aire fresco la hizo temblar, pero valía la pena por el chocolate y por tenerlo todo para ella sola. Rasgó el envoltorio y contuvo la respiración mientras el primer bocado de chocolate se derretía en su lengua. ¡Ah, delicioso! Le encantaba el chocolate. Y fue en ese momento cuando oyó algo, un crujido entre las hojas. Otro pájaro, pensó. Dio un segundo mordisco. Lo oyó de nuevo. Eso no era un pájaro. Venía de algún lugar cerca del camino de sirga. —¿Hola? —dijo en voz baja, porque, en realidad, no quería que la oyeran—. ¿Hola? ¿Hay alguien ahí?

Alguien *estaba* ahí. Su corazón se aceleró. La barra de chocolate se le escapó de la mano. —¿Hola? —dijo de nuevo, consciente del temblor en su voz.

Esta vez el desconocido respondió. —Hola, ¿qué tal? Hola, hola. Hermosa noche para esto; hermosa noche.

Ella se llevó la mano al pecho. —Oh, Carl. Me has dado un susto. Ay, Dios mío.

—Hermosa noche para esto; hermosa noche.

—Oh no, ¿dónde está mi chocolate? Carl, ¿puedes ver mi...

Una fuerza descomunal la empujó de la roca. Aterrizó pesadamente sobre su trasero; un dolor le recorrió el coxis. Tardó un latido en registrar el dolor. Las lágrimas le picaron los ojos. Abrió la

boca para gritar, pero justo en ese momento, una mano enorme le presionó un pañuelo sobre la boca.

5.

El inspector Kroll se quitó el sombrero. Faber, su asistente, hizo lo mismo, dejando al descubierto su cabello cada vez más escaso. La linterna de Faber iluminó a la niña. El cuerpo de Mirabel Günther, acurrucado entre las hojas del bosque, los miraba fijamente, con los ojos saltones, aún abiertos, y la expresión de terror aún grabada en ellos. Florès, el médico forense, vestido con su habitual gabardina larga y crema, acababa de terminar su inspección inicial del cuerpo. —Estrangulamiento —dijo con su voz atronadora habitual antes de desaparecer en la niebla. Numerosos policías deambulaban por el lugar como figuras curiosas en la fría y arremolinada bruma; sus zapatos chapoteaban sobre las hojas húmedas. Halimi, el experto en forense, buscaba pistas, dando vuelta a las cosas y tomando notas.

Pobre chica, pensó Kroll. —¿Quién la encontró?

—Una pareja que paseaba a su perro —dijo Faber, su aliento frío visible en el haz de la linterna.

—¿A qué hora fue esto?

—A las cinco y veinte exactamente.

—¿Vieron a alguien?

—No. Su perro la olfateó, un pastor alemán.

La niña, aparentemente, tenía once años. Su padre había acudido a la comisaría dos horas antes, diciendo que su hija no había regresado de la estación de tren.

Su cabello rubio estaba sujeto por una diadema. Llevaba un bonito vestido floreado rojo con un cinturón rojo. No parecía estar rasgado de ninguna manera. Los moretones púrpuras de las manos del asesino eran visibles alrededor del cuello de la pobre niña. Había usado guantes, según Halimi.

—¿Los padres saben que la encontramos?

—Sí, señor.

—Entonces, ¿qué opina Halimi?

—Cree que ella conocía a su agresor. No hay muchas evidencias de lucha, así que no parece que la hayan arrastrado hasta aquí. Vino por su propia voluntad. Buscó huellas, pero el suelo está demasiado cubierto de hojas. Sin embargo, encontró un trozo de envoltorio de chocolate. Va a analizarlo en busca de huellas.

—Dices que llevaba guantes. ¿Algún signo de agresión sexual?

—Al parecer, ninguno.

—Hmm, al menos eso es algo.

Los empleados de la funeraria habían llegado, moviéndose como fantasmas entre la niebla vespertina, listos para llevarse el cuerpo de Mirabel Günther.

Kroll se puso el sombrero de nuevo. —Vamos, será mejor que vayamos a ver a los padres. Terminemos con esto de una vez.

Kroll y Faber salieron del bed and breakfast de los Günther treinta minutos después, sintiéndose golpeados y llenos de lástima. Dos oficiales de policía ya estaban allí, su trabajo era ofrecer consuelo a la madre afligida. Todo lo que hacían era pararse en la esquina de la cocina pareciendo piezas de repuesto. Sentada en la mesa de la cocina, la señora Günther, incapaz de hablar por las lágrimas y la fiebre, se derrumbó sobre su marido. Un gato anaranjado entró de puntillas, con la cola erguida.

El señor Günther acompañó a los dos hombres a la puerta. Tomando la mano de Kroll entre las suyas, dijo:

—Inspector, encuentre al hombre que hizo esto. Se lo suplico, encuéntralo. Quien haya hecho esto no merece vivir. No descansaremos hasta verlo en la horca.

—Sí, señor. Lo encontraremos.

—La envié a la estación con esa mujer. Nunca me lo perdonaré.

—Entiendo su dolor, *mein* Herr.

—No, no lo entiende, inspector. Con todo respeto, no lo entiende.

Faber dio unos pasos discretos hacia atrás; conocía la historia del inspector.

Kroll puso su mano en el brazo del señor Günther.

—Créame, *mein* Herr, *sí* lo entiendo. Hace treinta años, mi hija fue asesinada en circunstancias similares. Lo entiendo demasiado bien. Desearía no entenderlo, pero lo hago. No hace falta que

le diga que tiene un difícil camino por delante. Buenos días, señor.

La investigación resultó meticulosa y lenta. Kroll y su equipo intentaron encontrar a la mujer llamada Lisa Schilling que se había hospedado en El Viajero Descansado por una noche aquella fatídica velada. Un testigo dijo haber visto a una mujer que se asemejaba a la descripción que el señor Günther dio de la mujer Schilling en la estación de tren. Nadie más la vio. El único tren programado para esa hora era el de las cinco y media a Berlín. Preguntaron a numerosas orquestas si tenían una violinista llamada Lisa Schilling. Ninguna la tenía.

Al mismo tiempo, Kroll estaba interesado en encontrar testigos que hubieran visto a alguien actuando de manera extraña en la zona del canal esa tarde temprano. Aquí, tuvo cierto éxito. Tres personas mencionaron el mismo nombre.

Y así, a las diez de la mañana, tres días después del asesinato, el inspector Kroll y Faber llamaron a la puerta de una pequeña cabaña de madera situada en el extremo más alejado del campo de recreo.

Carl Moeller les abrió la puerta, vistiendo un mono manchado.

—Policía. Queremos hablar con usted —dijo Kroll, mostrándole a Moeller su identificación.

—¿Policía? —Los ojos de Moeller se agrandaron—. No he hecho nada. De verdad.

Tanto Kroll como Faber tuvieron que agacharse para entrar por la puerta principal. Moeller se hizo a un lado mientras los dos hombres entraban en la cabaña, sin invitación, y encontraron un espacio oscuro y estrecho en el interior, pero acogedor a su manera. Una mesa de madera dominaba la habitación, un cuenco de fruta; una gran estufa en la esquina. Olía agradablemente a humo de leña.

Faber se quitó el sombrero y se alisó el pelo lacio. Se sentó con el hombre, tratando de calmarlo.

—Está bien, Carl, solo queremos hacerle algunas preguntas.

Kroll hurgaba alrededor, abriendo cajones y armarios, empujando cosas, dándoles la vuelta.

—¿Qué está haciendo? —preguntó Moeller a Faber.

—Buscando evidencia, ¿qué crees? —dijo Kroll.

—Entonces —dijo Faber—, hace tres noches, alrededor de las cinco de la tarde del treinta y uno, ¿dónde estabas, Carl?

Moeller se rascó la cabeza. No podía mirar a Faber, en su lugar mantenía los ojos fijos en Kroll, que rebuscaba entre sus cosas.

—¡Mírame! —gritó Faber—. ¿Y bien? ¿Dónde estabas?

—N-no lo sé. —El sonido de Kroll volcando una caja de juguetes y objetos sobre el suelo de madera hizo que Moeller saltara—. N-no lo recuerdo.

—¿Viste a la niña? ¿A Mirabel?

Negó con la cabeza enérgicamente.

Finalmente, Kroll se unió a ellos, de pie sobre Moeller. —¿Dices que no viste a Mirabel?

—No. No, señor.

—Entonces, ¿qué es esto? —preguntó, extendiendo la mano con la palma hacia arriba.

Moeller se quedó mirando la barra de chocolate a medio comer, aún en su envoltorio, en la palma extendida del policía.

6.

Encerraron a Carl Moeller en una celda. Kroll y Faber se sentaron en la oficina, bebiendo café. Incluso desde esa distancia, a lo largo de todo el pasillo, podían oír al hombre gimotear. Después de un rato, llevaron a Moeller a una sala, lo sentaron a una mesa y lo interrogaron. —¿No deberíamos conseguirle un abogado? —preguntó Faber.

—Aún no. Llamemos a esto una entrevista preliminar. No lo hemos arrestado todavía, ¿verdad?

No es tarea fácil interrogar a un simplón. O Moeller no entendía las preguntas, o fingía no entenderlas, o, entre enormes sollozos, simplemente decía que no a todo. Les llevó un tiempo calmarlo y determinar que Moeller estuvo en la estación de tren desde las cuatro cincuenta hasta las cinco treinta y dos de la tarde del día del asesinato.

—Muy preciso —dijo Faber—. ¿Cómo lo sabes?

Moeller se encogió de hombros. —No lo sé. Simplemente estuve allí. —Su frente brillaba de sudor.

Kroll se inclinó hacia su colega. —¿A qué hora la encontraron los paseadores de perros?

—A las cinco y veinte en punto.

—Qué conveniente. —Volviéndose hacia Moeller, preguntó—: Necesitarás que alguien respalde tu versión. El personal ya se había ido a casa. No tienes coartada.

—Ya se lo dije antes, señor, aquella señora —dijo Moeller con su voz aguda.

—Ah, sí, la misteriosa Frau Lisa Schilling, que parece haber desaparecido de la faz de la tierra. Qué lástima. Lástima para ti, quiero decir. ¿Qué hiciste después de salir de la estación de tren?

Moeller negó con la cabeza. —No lo sé.

—¿Qué estabas haciendo antes?

—No lo sé. ¿Puedo tomar agua?

—¿Con quién hablaste, aparte de nuestra dama desaparecida?

—No lo sé, n-no puedo recordar. Con nadie. ¿Puedo irme ya?

—No —gritó Kroll—. Te quedarás justo aquí.

Moeller miró hacia la puerta, al policía uniformado que estaba de pie junto a ella. —Quiero irme a casa. Tengo hambre, señor.

—No irás a ninguna parte, amigo, no hasta que nos digas la verdad.

—¿La v-verdad?

—Sí, la verdad. —Kroll golpeó la mesa con el puño—. Nada más que la verdad.

Moeller se sonrojó, su rostro brillaba por el sudor.

—Te escapaste de la estación, encontraste a la chica deambulando por el camino de sirga y llamaste su atención con tu barra de chocolate. Esa es la verdad, ¿no es así? Y entonces algo se fundió en ese cerebro obtuso tuyo, tal vez ella fue grosera contigo o intentó huir.

—No, no recuerdo. —El hombre lloraba ahora, grandes gotas de sudor le corrían por la cara.

—Lo has bloqueado; puedo entenderlo. No tenías la intención de hacerle daño, pero antes de que te des cuenta, tus manos están alrededor del cuello de la chica.

—No, señor. ¡No!

—La mataste, Carl. No era tu intención; fue un accidente, te dejaste llevar. Lamentas haberlo hecho, lo sabemos, pero mataste a esa chica.

Moeller arrugó el rostro. —No. —Su respiración salía en ráfagas cortas y entrecortadas—. Ahora no recuerdo.

—¿No es eso lo que pasó? ¿No es esa la verdad? —gritó Kroll.

—Yo... No. No recuerdo nada, señor.

—¿Entonces por qué tenías la barra de chocolate en tu cabaña? —preguntó Faber en un tono más suave.

—No recuerdo. Me gusta el chocolate.

—¿Entonces probablemente sí compraste esta barra?

—No puedo recordar. No lo sé. ¿Puedo tomar agua, por favor?

Kroll susurró a Faber de nuevo. —El estancero dijo que vendió una barra como esa a la mujer que coincide con la descripción de la huésped del bed and breakfast. Así que tal vez ella la compró para él.

Faber asintió.

Kroll se inclinó hacia adelante. —¿Te compró el chocolate esa amable señora, la Frau Schilling, Carl?

Moeller frunció el ceño como si luchara por recordar. Sonrió. —Sí —dijo después de un rato—. Sí.

Kroll y Faber intercambiaron miradas. —Creo que estamos llegando a algo, señor.

—Bien hecho, Faber. Que nadie diga que tienes moscas en la cabeza. —Solía decir esto a menudo, sabiendo que irritaba a su asistente.

—¿Deberíamos conseguirle un abogado ahora?

Kroll miró su reloj. —Se está haciendo tarde. Estoy cansado. Lo mantendremos aquí por la noche y conseguiremos a alguien mañana. —Se estiró—. Ahora mismo, tengo que ir a ver a Bierhoff.

Moeller escuchó. —No, señor, por favor no me ponga en ese lugar horrible. Por favor, señor, por favor...

Al inspector jefe Bierhoff le gustaba comer en cualquier oportunidad. Comía ahora, mientras escuchaba la actualización del inspector Kroll sobre el asesinato de la chica Günther, metiéndose

un gran donut en la boca. —Hmm, un envoltorio de chocolate difícilmente va a convencer a un jurado, ¿no?

—No, tal vez no...

—Por supuesto que no, usted lo sabe, Kroll. Sí, él no tiene una coartada y algunos testigos vieron a Moeller en las cercanías. De cierta manera tiene sentido, pero no lo suficiente —dijo con aire de propietario—. ¿Está seguro de que no quiere uno de estos? Están muy buenos.

—No, estoy bien. Gracias de todos modos. El asunto es, señor, que se está debilitando. La presión está surtiendo efecto. Si me permite arrestarlo entonces...

—No. Si lo arrestamos con lo que tenemos, el público nos acusará de atacar a un simplón. Todavía le quedan... —Miró su reloj—. Ocho horas antes de que tengamos que liberarlo. Mañana al amanecer. Si no consigue nada más para entonces, tendremos que dejarlo ir. Ahora, ¿cómo va con la localización de esa mujer?

Kroll negó con la cabeza. —Ni rastro.

—Qué extraño.

—Sí, señor.

El inspector Kroll regresó a su propia oficina y se sentó en su silla, con los dedos entrelazados, mirando por la ventana. Tenía que resolver esto. Moeller era su hombre, de eso no tenía duda. Y la otra cosa de la que estaba seguro era que Moeller no era tan tonto como aparentaba. Solo necesitaba un poco más de presión y se quebraría; Kroll estaba convencido, apostaría su reputación en ello. Solo un poco más de presión. Solo tenía que esperar un poco. Ya era tarde, las diez de la noche. Como era de esperar, primero Bierhoff, luego, media hora después, Faber, asomaron la cabeza por su puerta para decirle que se iban a casa por la noche.

—¿No se va a casa, señor? —preguntó Faber.

—¿Hmm? No, todavía no. Tal vez en un rato.

Faber asintió. —Hasta mañana entonces, señor.

—Sí, claro. Hasta mañana.

Esperó otra hora o más, queriendo asegurarse de que nadie regresara. Nadie lo hizo. Eran casi las once. Solo estaban él y el oficial de guardia nocturno sentado en recepción, un joven recién salido de la academia de policía. Kroll le dijo que no debía ser molestado, bajo ninguna circunstancia. El joven entendió.

Era hora.

Primero, fue al patio trasero de la estación y, usando el grifo exterior, llenó un cubo de agua. Metió el dedo. Estaba tremendamente fría.

Kroll encontró a Moeller dormido en su celda, acostado en el banco, la delgada manta que le proporcionaban era su único abrigo. En silencio, abrió la celda. Entró. Moeller roncaba. No será por mucho tiempo, pensó Kroll.

Moeller gritó y saltó como un gato sobre carbones ardientes cuando el agua helada lo golpeó. Se cayó contra la pared de la celda, luchando por respirar, con los ojos abiertos de miedo y conmoción. Kroll se acercó. —Muy bien, bastardo, se acabaron los juegos tontos.

—Lo siento, señor, lo siento, lo siento, l-

—Cállate, idiota.

—L-lo siento. —El color de su piel se transparentaba a través de su camisa empapada.

—Ahora, escucha con atención, solo somos tú y yo, ¿entendido? Nadie más. Así que ahora, quiero que me digas la verdad sobre cómo asesinaste a esa chica. Vamos, te escucho.

Moeller se miró a sí mismo como si estuviera confundido por su ropa mojada. —No lo sé. No puedo recordar.

—No lo sé —dijo Kroll, imitándolo—. No puedo recordar. No puedes recordar nada, ¿verdad? Bien, quítate la camisa.

A Moeller le tomó un momento entender. Pero lo hizo, y se quedó allí, en la celda, con las manos sobre su pecho flácido.

—Ahora, extiende tu mano. Vamos, tonto, tu mano. —A regañadientes, Moeller obedeció. Kroll le colocó una esposa—. Sígueme.

Llevando el cubo vacío, Kroll condujo a Moeller fuera de la celda, bajando una escalera hasta el patio. Enganchó la otra esposa a un tubo de desagüe. Rellenó el cubo mientras Moeller lo observaba con ojos preocupados. Kroll arrojó el segundo cubo de agua sobre Moeller. Este gritó y luego gimoteó, habría caído si no hubiera estado sostenido por la esposa.

Kroll se acercó a Moeller, presionando su cara contra la suya. —Ahora, escucha. Sabes que mataste a esa chica a pesar de toda esta mierda de *no puedo recordar*. Y yo también sé que la mataste. Ahora, voy a contarte una historia y vas a escuchar, ¿de acuerdo?

Moeller asintió vigorosamente con la cabeza.

—Hace diecinueve años, tenía una esposa y una hija, una niña como esta Mirabel. Una dulce

criatura. Vivíamos en el campo en esos días. Un día de verano brillante, ella estaba jugando en el bosque cerca de nuestra casa. No regresó para la merienda. Mi mujer y yo nos preocupamos. ¿Dónde estaba? Salí a buscarla, gritando su nombre una y otra vez. Me volví frenético. Tenía que encontrar a mi niña. ¿Sigues escuchando?

Moeller asintió de nuevo.

—La encontré, claro. Alguien la había estrangulado. Me quedé allí, mirando a mi bebé, con su piel blanca y sus ojos azules, aún abiertos, mirando al cielo, al sol poniente, y quise morir. Y sabes, nunca lo atrapamos. Nunca atrapamos al hombre que mató a mi hija. Mi esposa y yo; fue demasiado. El dolor nos separó. Ella se volvió a casar al final, tuvo más hijos. Yo nunca lo hice. Permanecí fiel al recuerdo de mi hija. Todavía tengo una foto de ella, la única. Me obsesioné con el hombre que hizo esto. Quería matar al bastardo, quería matar... punto. A cualquiera. Podría haber matado a cualquiera, a todos. El odio. Verás, no desaparece. Se apodera de ti y si no puedes encontrar una salida para él, te destruye desde dentro. Veía a madres y padres con sus hijos, sus hijas, y ¿sabes qué? Los odiaba. Odiaba su felicidad. ¿Por qué mi hija? ¿Por qué yo? ¿Por qué no ellos? ¿Qué había hecho mal para merecer tal castigo? Ahora, sé que no eres un hombre malvado, Carl. Sé que no mataste a Mirabel como el bastardo que mató a mi hija, pero la mataste de todos modos, ¿no es así?

—Tengo frío —gimió.

—Por supuesto que tienes frío. Estás de pie afuera en una fría noche de noviembre sin camisa y chorreando agua fría. ¿Qué esperabas? Imagino que también tienes sed y hambre, ¿no?

—Necesito orinar, señor —dijo Moeller en un susurro.

—¿La mataste?

—Por favor, señor, tengo mucho frío.

—De acuerdo. Voy a volver adentro al calor. Tengo una empanada de pollo caliente para comer. Volveré en una hora.

—No, no. Por favor, señor —dijo, su voz haciéndose progresivamente más aguda—. Por favor, déjeme ir, por favor...

El inspector Kroll sí regresó al calor de su oficina y, efectivamente, comió una empanada de pollo que calentó en el horno de la cocina del personal. Después de la muerte de su hija, apenas comió nada durante cinco años. En su lugar, bebía. Bebía tanto que olvidó lo que era estar sobrio. La embriaguez se convirtió en su nueva realidad. Entonces, un día, cinco años después, simplemente paró.

Habiendo comido, Kroll tomó una hoja de papel de su cajón y comenzó a escribir. *Yo, Carl Moeller, confieso el asesinato de Mirabel Günther en la noche del 31 de octubre de 1908.*

Escribió cómo él (Moeller) había regresado de la estación de tren, matado a la niña y arrojado su cuerpo cerca del canal detrás de una gran roca. Escribió que estaba admitiendo su culpabilidad por su propia voluntad y que no se le había aplicado ninguna presión indebida. Releyó sus palabras y secó la tinta. Estaba satisfecho; después de todo, lo había ensayado suficientes veces en su cabeza.

Había pasado una hora.

Salió al frío mordaz. Moeller temblaba incontrolablemente, todo su cuerpo flácido convulsionando. Su cabeza colgaba sobre su pecho, se había caído pero, al estar esposado, no podía alcanzar el suelo, en su lugar estaba casi arrodillado, con el brazo estirado por encima de él. No oyó acercarse a Kroll, no oyó al inspector rellenar el cubo. El renovado empapamiento hizo gritar a Moeller. Sus ojos, bastante feroces, no podían dejar de dar vueltas. Sus dientes castañeteaban, como un perro mordiendo una avispa. Intentó hablar pero durante un rato no pudo formar las palabras. Finalmente, Kroll entendió lo que el hombre estaba diciendo. "Quiero ir a casa. Quiero ir a casa".

—Mírame, Carl. ¿Carl? Mírame. —Kroll apretó la barbilla de Moeller, forzando su cabeza hacia arriba, manteniéndola quieta—. ¿La mataste? ¿Mataste a Mirabel?

El hombre estaba llorando. Sus ojos parecían muertos. Kroll sabía que lo había quebrado. Ahora eran iguales.

—¿La mataste, Carl?

Un ligero movimiento de cabeza, pero suficiente. Moeller asintió.

Moeller se sentó en el escritorio de la oficina de Kroll, envuelto en una manta. Kroll había secado el cabello del hombre, como una madre podría secar el de un niño, y le había secado las manos. —¿Sabes leer, Carl? ¿No? No lo creía. Déjame leerte esto. *Yo, Carl Moeller, confieso el asesinato de Mirabel Günther en la noche del 31 de octubre de 1908...* "

Moeller escuchó, aún temblando, parpadeando con fuerza.

—¿Entiendes?

Moeller asintió.

—¿Puedes escribir tu nombre?

De nuevo, asintió.

—De acuerdo, pero practiquemos primero. —El inspector hizo que Moeller firmara su nombre varias veces en una hoja en blanco. Moeller se inclinó hacia adelante, con el ceño fruncido por la concentración, sus dedos temblando de frío. Cada vez, su firma se volvía un poco más legible.

Satisfecho, Kroll colocó la hoja de firmas dentro de su (no leída) copia de la Biblia y la devolvió a su estantería. Sentándose de nuevo, deslizó la confesión a través del escritorio—. Bien —dijo, señalando el espacio en la parte inferior de la página—. Ahora, firma aquí.

Carl Moeller lo hizo; firmó su confesión.

7.

Seis semanas después, en un sombrío día lluvioso de enero al amanecer, el inspector Kroll asistió a la ejecución de Carl Moeller. Había sido la primera en la ciudad en la memoria reciente. De pie en el patio de la prisión, se subió el cuello para protegerse de la llovizna. La guillotina estaba lista, con varios guardias rondando cerca.

Había esperado evitar a los Günther pero, al volver al área de recepción, allí estaban, tomando café. Ambos se habían arreglado para la ocasión, la señora Günther llevaba una falda y chaqueta de color púrpura oscuro, como si fuera a una fiesta del té, con el rostro maquillado.

Al verlo, el señor Günther se apresuró hacia él, saludándolo de manera incongruente. —Cómo he esperado este día, inspector —dijo, estrechando la mano de Kroll—. Quiero agradecerle. La justicia está a punto de cumplirse.

—Solo hacemos nuestro trabajo, señor.

—En efecto. —El señor Günther miró su reloj—. Vamos, querida —dijo, volviéndose hacia su esposa—. Debemos tomar nuestro lugar en la galería. Discúlpenos, inspector. —Tomando su mano, guio a su esposa.

Después de unos minutos, preparándose mentalmente, Kroll se dirigió al exterior y tomó su lugar en el perímetro del patio de ejecución. Volviéndose a subir el cuello, esperó, consciente de que, sobre él, los Günther estarían en la galería de observación mirando hacia abajo el abismal procedimiento. ¿Qué importaba si era el hombre equivocado? Al final, no importaba, siempre y cuando alguien, cualquiera, pagara. Nunca iban a atrapar al verdadero asesino, ¿y dónde dejaría eso a los Günther? Estarían marcados para siempre por la muerte de su hija, pero ahora, al menos, podían seguir con sus vidas; podían ir a sus tumbas satisfechos de que, como había dicho Günther, se había hecho justicia. Era más de lo que él había conseguido jamás.

Vestido con ropa de prisión, Carl Moeller fue conducido, esposado, flanqueado por dos oficiales de prisión, con un sacerdote tres pasos detrás. No hubo histrionismos. Moeller parecía resignado. Su cabello rubio brillaba positivamente en la penumbra de la mañana. Esquivó un charco. Incluso a punto de morir, reflexionó Kroll, no queremos mojarnos los zapatos.

Al encontrarse con su verdugo, Moeller levantó sus manos esposadas y los dos hombres se estrecharon las manos. Moeller se arrodilló frente al bloque de madera, con la cabeza inclinada. El verdugo preguntó si tenía algunas últimas palabras. —¿Puedo ir a casa ahora? Quiero ir a casa, por favor.

El verdugo negó con la cabeza. —Lo siento, hijo.

Moeller levantó bruscamente la cabeza y miró directamente a Kroll. El inspector retrocedió cuando una punzada de dolor le atravesó el corazón.

Empujándolo suavemente hacia abajo, el verdugo colocó la cabeza de Moeller contra el bloque de madera. El sacerdote dijo una última oración. Luego el desatar de la cuerda, el silbido de la hoja, el torrente de sangre. Todo terminó tan rápido. Carl Moeller, declarado culpable de estrangular hasta la muerte a Mirabel Günther, había sido ejecutado por guillotina. Tenía veintitrés años.

Mirando hacia arriba, Kroll vislumbró a los Günther, de pie, abrazándose.

8.

Cinco años después, noviembre de 1913

A veces en la vida, la oportunidad surge de la desgracia de otros. Así fue en noviembre de 1913 para la señorita Lisa Schilling, anteriormente señora Fischer. El primer violinista de la orquesta había caído enfermo justo dos semanas antes del día de la actuación, y no era cualquier actuación, sino el Segundo Concierto para Violín de Bruck, una pieza exigente para cualquier violinista. Lisa sabía que podía ocupar el lugar del primer violinista, que tenía la habilidad. Ciertamente tenía suficiente experiencia ahora, a los cuarenta y un años, pero sabía que era un trabajo de hombre. No era apropiado que una mujer ocupara el centro del escenario. El señor Förstel, el director de la orquesta, había envejecido de la noche a la mañana, tal era su preocupación. Quería contratar a Willy Mutter, pero el gerente financiero de la orquesta se opuso firmemente. No había forma de que pudieran contratar a Willy Mutter; costaría más que el resto de la orquesta junta, simplemente no tenían los fondos. Así que, a regañadientes, Lisa se acercó al director y ofreció sus servicios. Él le agradeció, sinceramente al parecer, pero dijo que no, que aún tenía varias opciones por explorar.

Sin embargo, en la soledad de su alojamiento, Lisa practicaba la pieza continuamente. La conocía bien, pues la había tocado antes en sus años más jóvenes en una orquesta más pequeña y menos prestigiosa. Era simplemente cuestión de volver a familiarizarse con sus entresijos. Los días pasaron y los nervios del Herr Förstel empeoraron progresivamente hasta que, una semana antes del día de la actuación, vino a Lisa y le dijo que todas sus opciones habían fracasado una

tras otra. No lo dijo, pero estaba desesperado; Lisa era su última esperanza. Una persona más dura podría haberse ofendido y decir que solo lo haría por una tarifa muy mejorada. Pero Lisa no era así. Era, y siempre había sido, un alma bondadosa, al menos desde el día veintitrés años atrás cuando su querido medio hermano se quitó la vida. Eso le hizo darse cuenta de que la vida era demasiado valiosa para desperdiciarla en negatividad, en mezquindades. Y así, dijo que sí, que estaría encantada de asumir el papel principal; que sería un honor. Tan pronto como aceptó, comenzó a arrepentirse, pues solo ahora se daba cuenta del verdadero significado del miedo escénico.

La semana que siguió fue la más dura e insoportable de su vida. Le hizo apreciar lo fácil que era ser simplemente un miembro del grupo de violines. Era demasiado mayor para tal presión.

Cuando llegó el día de la actuación, no tuvo por qué preocuparse. Tocó la pieza maravillosamente, sin un solo error, y recibió una ovación de pie.

Después, todos y cada uno de los miembros de la orquesta la felicitaron y la besaron en ambas mejillas. Herr Förstel le regaló un enorme ramo de flores y le agradeció profusamente. ¿Le gustaría el puesto de forma permanente?, le preguntó. No, señor, gracias, me honra que me lo pregunte, pero ahora sé que es un trabajo para una persona más joven.

Más tarde esa noche, después de mucho vino y risas, Lisa regresó a su alojamiento, aferrando su estuche de violín y el ramo de flores del director, los tallos envueltos en un periódico húmedo. Al llegar, inmediatamente puso las flores en agua y se dejó caer en el sofá con un suspiro satisfecho pero exhausto. Contempló las flores, la música aún sonando en su cabeza. Sus pensamientos se dirigieron, como a menudo ocurría en momentos como este, a su padrastro, Leopold. Cuán orgulloso habría estado de ella; qué orgulloso de ver a su 'violín dorado', su obra maestra que nadie quería, tocar una pieza de música tan exaltada, en una ocasión tan exaltada.

Y pensó en Eduard, pobre Eduard, muerto a los veinticinco años, con toda la vida por delante. No pasaba un día sin que pensara en él. Él era el que tenía el talento, el que tenía un futuro brillante. Su corazón aún dolía después de todos estos años por lo que podría haber sido, lo que podría haber logrado. Mantuvo el contacto con la chica durante un tiempo, Claire. Se convirtió en pastelera, se casó con un sueco, tuvo un hijo y finalmente emigró a Suecia. Después de eso, Lisa perdió el contacto con ella. Al menos ella encontró la felicidad.

Era casi la una de la madrugada ahora; había sido el día más agotador y largo de la vida de Lisa. Era hora de irse a la cama. Pero primero, sacó su violín de su estuche y, como a menudo hacía, admiró su belleza, la artesanía que su padre le había aportado. Tomó el arco y sin pensar comenzó a tocar una melodía que nunca antes había tocado. De hecho, mientras tocaba, se dio cuenta de que ni siquiera la había escuchado antes, una melodía imbuida de tal melancolía que temió que pudiera llorar. Sin embargo, la tocó sin un solo error, casi como si el violín estuviera tocando la melodía por sí mismo, como si *él*, no ella, estuviera en control. La melodía terminó, guardó suavemente el violín y se sentó en una silla incapaz de sacudirse la sensación de que esta pieza de música desconocida, triste pero hermosa, la había conmovido de una manera que

ninguna otra pieza de música lo había hecho. Y confundida. ¿De dónde había salido? ¿Cómo la conocía? ¿Por qué ahora?

Admiró las flores una última vez y recogió las páginas húmedas de los periódicos para tirarlas a la basura. Otros tres o cuatro segundos y el periódico habría sido desechado. Pero algo llamó la atención de Lisa. Un titular, una fotografía. Comprobó la fecha en la parte superior: 9 de enero de 1909. «La ejecución de una bestia», anunciaba el titular.

Se sentó de nuevo. *Ayer, al amanecer, Carl Moeller, de 23 años, fue ejecutado en la guillotina por el asesinato de Mirabel Günther, de 11 años.* —Dios mío —dijo en voz alta. Esa era la dulce niña que la había acompañado a la estación de tren.

Continuó leyendo. *Mirabel Günther fue encontrada estrangulada en un pequeño bosquecillo cerca del canal de la ciudad a las cinco y veinte de la tarde del 31 de octubre de 1908. Carl Moeller, a quien se había visto en las cercanías en ese momento, fue interrogado y confesó fácilmente haber asesinado a la niña.*

Lisa volvió a mirar la fotografía. Por supuesto, ahora lo recordaba; ella y la niña habían visto al hombre en el camino de sirga de camino a la estación. Él había saltado frente a ellas y habló con una voz aguda, y la niña, Mirabel, dijo que lo conocía. Recordaba su rostro grande y redondo, su cabello rubio alborotado.

Cuando el equipo de defensa de Moeller cuestionó si la confesión de un conocido simplón podía tomarse en serio, el inspector Kroll señaló la evidencia de la barra de chocolate. Los forenses de la policía encontraron un trozo del envoltorio en la escena. Más condenatorio aún, descubrieron restos del chocolate en los dientes de la niña. La policía encontró el resto de la barra aún en su envoltorio en el alojamiento de Carl Moeller.

Lisa dejó el periódico. Hizo memoria, tratando de recordar. Sí, ahora recordaba haber comprado una barra de chocolate para la niña. Pobre, pobre niña. Qué cosa tan terrible. Recordaba al padre de la niña, su estofado de res, ahuyentando al gato, el gato llamado Clara, como su hija. Recordaba que su estancia allí fue la primera vez que volvió a usar su apellido de soltera. Oh, y recordaba... Se llevó la mano al pecho. Recordaba al hombre, el simplón, este Carl Moeller, de pie en el andén de la estación. Pero eso fue al mismo tiempo... Escaneó el artículo. *Encontrada... a las 5:20 p.m.* Él no pudo haber matado a la niña, no pudo haberla estrangulado, porque todavía estaba en la estación de tren cuando su tren partió a las cinco y media; podía visualizarlo allí, de pie en el andén, admirando el tren mientras se alejaba. Él tenía una coartada, *ella* era su coartada, y, hasta este momento, no tenía idea. Y ahora era demasiado tarde, lo habían ejecutado hace cinco años.

Apenas podía mantenerse en pie. El agotamiento, la adrenalina, y ahora esto, era demasiado para asimilar. Sabía que se había cometido una grave injusticia, y que el asesino aún andaba suelto, libre. Y ella era la única que lo sabía. Tenía que hacer algo. Mañana, mañana, a primera hora, llamaría a la comisaría de K. y les diría; les diría que habían ejecutado al hombre equivocado.

9.

El ex inspector Kroll vivía en el segundo piso de una pequeña casa cerca del centro de K. La suya era una existencia solitaria, pero estaba acostumbrado a ello. La socialización, las amistades y las conversaciones casuales terminaron aquella noche hace veintiséis años, el día en que asesinaron a su hija. Disfrutaba bastante de su jubilación; ciertamente tenía suficiente dinero para disfrutarla. Tenía su pensión y los ahorros de toda una vida laboral. Después de esa fatídica noche y después del divorcio, nunca gastó nada. Los lujos y las frivolidades de la vida no le interesaban. Ahora, sin embargo, con dinero de sobra, se permitía algún que otro lujo ocasional. Iba a visitar otra ciudad, no muy lejos, siempre dentro de unos cien kilómetros más o menos, y pasaba unos días haciendo turismo y dándose caprichos. Se compró una radio y llegada la noche, le gustaba sintonizar y escuchar un poco de música clásica, algo como Bruckner o Beethoven, algo con muchos violines. Mantenía la fotografía de su hija enmarcada en la pared. (Recordaba aquella vez cuando vivía en Berlín, cuando la hija de la casera, cómo se llamaba, Claire, eso era, entró sin llamar y lo encontró llorando frente a la foto). Y ocasionalmente se compraba ropa nueva, incluyendo una vez una camisa blanca y un pañuelo blanco, cada uno con un monograma azul bordado con sus iniciales, PJK. Oh, qué decadencia. Pero ahora podía permitírselo. Recuperando el tiempo perdido.

El asesinato de Mirabel Günther había sido su último caso. Se jubiló poco después. Ocasionalmente, se permitía recordar su vida y su carrera. Si lograba aislar el asesinato de su hija, sacarlo de la ecuación, podía mirar atrás con cierta satisfacción. Había sido un buen policía, había descubierto a muchos criminales y los había llevado ante la justicia y al castigo que merecían. Todavía podía recordar, después de todos estos años, la conmoción de ver su primer cadáver. Fue hace mucho tiempo, en 1890. El joven que se había arrojado desde un puente de Berlín. Recordaba la camisa del chico, la que tenía sus iniciales bordadas. Fue eso, veintitrés años atrás, lo que le dio la idea de bordar sus propias camisas y pañuelos. Aún podía visualizar a la novia del chico corriendo por el puente, la expresión en su rostro cuando se dio cuenta de que había llegado demasiado tarde, que el chico estaba muerto. La conmoción, la incompreensión, la negación. Era como una muerte en vida. La compadecía porque él había sufrido el mismo destino justo el año anterior. Él, más que la mayoría, entendía el significado del dolor, lo que realmente significaba.

Una noche de noviembre de 1913, recibió una visita. Había oído el sonido de pasos en las escaleras, pero nunca pensó que se detendrían frente a su puerta. Nunca antes había tenido una visita, así que fue con cierta aprensión que abrió la puerta.

Era su antiguo asistente, Faber, parado allí, ahora el Inspector Jefe Faber. ¿Quién lo hubiera imaginado? Había envejecido un poco, por supuesto, ciertamente estaba más rechoncho en las mejillas, pero parecía tener considerablemente más pelo que antes. —Necesito hablar con usted —dijo Faber, sin preámbulos—. No tardaré mucho.

Faber se sentó en un sofá, rechazando la oferta de café de Kroll. La suya era una relación extraña. Como Inspector Jefe, Faber había alcanzado un rango que Kroll nunca tuvo. Sin embargo, en el momento de la jubilación de Kroll, Faber seguía siendo su asistente.

—Creo que ejecutamos al hombre equivocado.

—¿Qué?

—Carl Moeller. Él no la mató. Tenía mis sospechas en ese momento; sentí que nos habíamos precipitado.

—No, espere un momento, Faber, él confesó.

—Sí, pero cuanto más pensaba en ello después, más incómodo me sentía.

—¿Qué está diciendo?

Faber suspiró. Sacó una hoja de papel del bolsillo interior. La colocó sobre la mesita baja entre ambos.

Kroll se inclinó hacia adelante y entrecerró los ojos, pero sabía exactamente lo que era.

—Estaba limpiando su oficina después de que se jubilara. Dejó su Biblia atrás. Supongo que ya no la necesitaba. Este trozo de papel se cayó. Lo que quiero saber es por qué tiene la firma de Moeller repetida cinco veces.

—Bueno...

—Cinco veces, Kroll.

—Vamos, Faber, el hombre apenas sabía leer y escribir, tenía que practicar.

—Nadie practica su firma antes de firmar una confesión, ni siquiera alguien como Moeller.

—¿Y qué? Dificilmente constituye una prueba.

—No, tal vez no. Solo parece... —Agitó las manos—. Parece extraño. Pero tiene razón. Por sí solo, es intrascendente, por eso nunca lo había mencionado antes.

—¿Por sí solo?

Faber se quitó el anillo y se lo volvió a poner. —Ha aparecido un nuevo testigo.

Kroll, aún inclinado hacia adelante, casi se cae de la silla. —¿Un nuevo testigo? ¿Ahora?

—¿Recuerdas el nombre de Lisa Schilling? La misteriosa mujer que...

—Sí, sí, por supuesto que la recuerdo.

—Por supuesto que sí, Kroll.

—No me digas que...

—Sí, te lo digo. Lisa Schilling es violinista, tal como dijo Günther. Nunca la encontramos porque hasta ese momento siempre actuaba bajo su apellido de casada, Fischer. En fin, se topó con un recorte de periódico de la época de la ejecución de Moeller y me llamó esta mañana. *Ella* era su coartada. Estaba en el andén del tren desde las cuatro y cincuenta de esa tarde. Los paseadores de perros encontraron el cuerpo a las cinco y veinte de la tarde. Y todo ese tiempo, a no más de seis metros de ella, estaba Carl Moeller. Aún seguía allí a las cinco y media cuando salió su tren.

—¿Cómo puede ella...?

—Oh, estaba completamente segura. Después de todo, nadie que conociera a Carl Moeller lo confundiría jamás con otra persona. El hombre era único. ¿No estás de acuerdo, Kroll? —Kroll no respondió—. He dicho, ¿no estás...?

—Sí, sí. Le oí, Faber.

—Pensé que como oficial investigador en ese momento, estarías interesado. Viene a vernos mañana, llega en el tren de las seis y quince desde Berlín.

—Dios mío.

—Y hay algo más. Vio a alguien en el camino de sirga esa noche, alguien que actuaba de forma sospechosa. Y dice que puede describirlo.

—¿De hace cinco años? Sea serio, Faber.

—Oh, estoy siendo muy serio. Y si su descripción coincide con las otras, ¿entonces?

—¿Otras?

—¿Ya no lees los periódicos, Kroll? Mirabel Günther fue la primera. Desde que te jubilaste, ha habido cuatro asesinatos más sin resolver de chicas jóvenes, todos en un radio de cien kilómetros de aquí.

Kroll no sabía qué decir. Era cierto que ya no leía los periódicos. ¿Más asesinatos? ¿Podría ser posible? En su lugar, preguntó: —¿Estás usando peluca estos días, Faber?

—¡Ja! Te has dado cuenta. Que nadie diga que se te escapa una, Kroll.

10.

Lisa Schilling bajó del tren. Había llegado a K. puntualmente a las seis y quince. Era la única persona que se apeaba. El lugar obviamente no era más popular que antes. Por un momento creyó ver a alguien, un joven corpulento de pie en el andén, mirando los trenes. Pero no, era solo una sombra, una sombra fugaz. No había nadie allí. De nuevo, a esta hora de la noche, no había personal, nadie a quien entregar su billete.

Llevaba solo una maleta ligera. Planeaba quedarse solo una noche. ¿Y dónde más sino en el Huésped Descansado? El señor Günther había dicho que la recogería en la estación, pero ella lo rechazó. No podía decírselo, pero específicamente quería caminar de vuelta por ese camino de sirga ella sola, para repasar sus pasos de aquella terrible noche de hace cinco años, para intentar recordarlo todo. De alguna manera, parecía lo más importante.

Salió de la estación y, a pesar de la oscuridad, pronto encontró el camino de sirga. Hacía bastante templado para la época del año. El canal aún olía a humedad, a hojas en descomposición. Una suave neblina flotaba sobre el agua visible bajo la luz de la luna. Una pareja de ancianos pasó, paseando a su perro, un enorme pastor alemán. El hombre se quitó el sombrero.

Le preocupaba cómo reaccionaría el señor Günther al verla. Después de todo, ella fue la última persona en ver a su hija con vida. Pobre hombre. Perder a un hermano a una edad tan temprana es una cosa, pero ¿perder a tu hijo? Nunca había conocido a la señora Günther, y no le hacía ilusión la perspectiva.

El inspector jefe Faber le había pedido que viniera a las nueve de la mañana siguiente. Estaba muy interesado en hablar con ella. Creía que el asesino había atacado muchas veces ya; Mirabel había sido la primera. Pero el hombre era astuto, siempre cubría sus huellas, nunca era visto, no completamente. Su descripción podría proporcionar el avance que estaban buscando. Era una gran responsabilidad.

Un hombre solitario se acercaba caminando hacia ella. Llevaba un sombrero trilby bajado sobre su rostro, con un pañuelo blanco asomando del bolsillo del pecho. Se tensó, agarrando el asa de su maleta con un poco más de fuerza. El hombre pasó, murmurando un "buenas noches" hacia ella.

Hizo bien en caminar. Comenzó a recordar cosas, como su conversación con Mirabel, la forma en que la llamaba "señorita" y preguntaba sobre su "violín dorado". Recordó al gato, Clara, que compartía el mismo nombre que su hija. Recordó a Mirabel describiendo una roca entre los árboles, justo aquí, donde ella y sus amigas se sentaban a veces. Podía imaginarlas, tres o cuatro

colegialas risueñas sentadas en una enorme piedra, cotilleando y riendo. Justo como ella y Eduard. Oh, hace tantos años. Hace tanto tiempo.

Algo la hizo disminuir la velocidad, caminar con paso más ligero. Una sensación, un malestar se filtró en sus huesos. Se detuvo y se dio la vuelta. Hubo movimiento, una sombra delgada. Entrecerró los ojos en la oscuridad pero no vio nada. Estaba nerviosa; era como si pudiera sentir la presencia de la niña muerta. Intentó alejar ese pensamiento, se dijo a sí misma que no fuera tan dramática. Necesitaba llegar al bed and breakfast lo más rápido posible ahora. Se volvió de nuevo. Chilló de miedo. Él estaba justo frente a ella, a centímetros de distancia, el hombre que había visto un momento antes con el sombrero trilby, con el pañuelo en el bolsillo. El tiempo se detuvo por un momento. Él sonrió. Tenía un hueco entre los dientes, cejas que se fusionaban en una; era él, el otro hombre, hace cinco años.

—Hermosa noche para esto; hermosa noche —dijo.

Abrió la boca para gritar pero una fuerza pesada la derribó. Intentó resistirse pero era demasiado fuerte. Una mano le tapó la boca. Sus ojos se desorbitaron mientras pateaba, intentaba empujarlo. Se retorció y se removió, trató de liberarse mientras él la arrastraba hacia los arbustos, bajo los árboles. Sus dedos se aferraban a la tierra pero él era demasiado fuerte, su mano aún cubriendo su boca y sus fosas nasales. Estaba agitándose, sus ojos llorosos, no podía respirar. Sintió que la luz se apagaba dentro de ella, que la oscuridad era inminente. En el último momento, pensó en Eduard, en su hermano y ella juntos de nuevo, juntos por fin. Antes... antes de que la oscuridad descendiera por completo y la engullera.

11.

El señor Günther miró el reloj en el restaurante por enésima vez. Eran casi las siete. La señorita Schilling debería haber llegado ya. Le había preparado un estofado de ternera especialmente y ahora se estaba enfriando. Caminaba de un lado a otro de la habitación. Clara, la gata, hizo su aparición. La espantó. No debería estar en el restaurante. Encendió un cigarrillo.

Según lo que el Inspector Jefe Faber le había contado, la señora Schilling podría ser la clave para desenmascarar a este demonio que ya había estrangulado a cinco jóvenes. Era vital que ella no les fallara; era vital que hablara con Faber. Él deseaba desesperadamente que atraparan al asesino. Por el bien de la justicia, por supuesto, pero más concretamente, porque la vida, tal como estaba, era un infierno. Tanto para él como para su ex esposa. El dolor había sido demasiado para ellos y ella se fue, llevándose a su hijo. Deberían haberse ofrecido consuelo mutuo, pero en su lugar ella lo culpó por hacer que Mirabel acompañara a la señora Schilling a la estación aquella tarde. Él se culpaba a sí mismo. Cien veces al día, se culpaba a sí mismo, se culpaba por ofrecer a su hija de esa manera. Había sorprendido a la señora Schilling espantando al gato, con una expresión de disgusto en su rostro. Eso lo había decidido. Parecía una cliente

quisquillosa, de esas que encontrarían fallas en cualquier cosa, como un gato en su mesa de comedor. Él había querido compensarla, demostrar que dirigía un establecimiento decente y respetable, uno que cumplía sus promesas. Si ese gato no hubiera... Pero lo hizo.

Eran pasadas las siete. El bed and breakfast estaba vacío, sin visitantes de noviembre, y no podía soportarlo ni un momento más. Tenía que salir, intentar encontrar a la señora Schilling y asegurarse de que estuviera bien.

Cogió su abrigo y cerró la puerta principal con llave. Una noche suave, pensó, mientras pisaba el camino de sirga. Tal vez el tren se había retrasado; tal vez ella vendría en el siguiente tren. El camino estaba vacío hasta que pasó junto a una pareja de ancianos paseando un enorme pastor alemán. El hombre levantó su sombrero. Estuvo tentado de preguntarles si habían visto a una mujer caminando sola, probablemente llevando una maleta. Pero no lo hizo. Siguió adelante. Incluso en la oscuridad, algo llamó su atención, algo en la hierba al lado del camino, algo blanco iluminado por la luz de la luna. Curioso, se acercó y se agachó.

Era un pañuelo blanco, ligeramente húmedo, con un tenue aroma a lavanda. Qué extraño, pensó, que alguien lo hubiera dejado caer. Tal vez fue el anciano con el perro. Fue entonces cuando lo giró entre sus dedos y notó las iniciales bordadas en azul. Se preguntó quién en el pueblo tendría las iniciales PJK.

Cuarto Movimiento: Un Cuco en el Nido

1.

Agosto de 1914

—Caballeros, ante todo, gracias por venir a mi casa esta mañana para asistir a esta reunión. Mi salud, como saben, no es buena en este momento, así que agradezco sus esfuerzos. Hoy, al parecer, estamos en guerra. Es un día trascendental, para la nación, para el Káiser y, de hecho, para nosotros como empresa, Hertz e Hijo. Sin duda, recordaremos este día por el resto de nuestras vidas. Hugo, usted es el general de sillón entre nosotros, díganos sus predicciones sobre lo que es probable que esperemos.

—Bueno, señor, todo es muy complicado, pero así es como lo veo...

Jan Hertz se reclinó en su silla a la cabecera de la mesa e intentó concentrarse mientras Hugo Ruthenbeck, con su característico remolino en el pelo, compartía con la reunión el beneficio de su experiencia militar. Todavía eran solo las nueve de la mañana. Afuera brillaba el sol; era un hermoso día de agosto, demasiado hermoso para estar en guerra. Pero esta habitación revestida de madera parecía mantener un frío durante todo el año. Los limpiadores habían estado allí, por lo que el lugar todavía olía fuertemente a pulidor de madera. Había seis de ellos sentados alrededor de la mesa ovalada, Anton, su hijo, y los cuatro hombres que habían estado a su lado estos últimos treinta años, hombres que le habían ayudado a hacer de su negocio uno de los más rentables de toda Alemania. Siempre le satisfacía que caballeros elegantes de toda Europa Occidental vistieran las prendas que sus diseñadores habían diseñado, que sus fábricas habían producido y que sus distribuidores habían exportado. Le halagaba que el nombre, Hertz e Hijo, se hubiera convertido en un sinónimo internacional de calidad.

—El Káiser opina que la guerra habrá terminado para Navidad —estaba diciendo Ruthenbeck—. No estoy tan seguro. Estas cosas tienen la costumbre...

—Muy interesante, sin duda —dijo Anton Hertz, dando golpecitos con el dedo sobre una caja de cerillas—. Creo que podemos concluir que, si bien este puede ser un gran día para Alemania, no lo es en absoluto para la empresa. Mi padre difícilmente podría haber elegido un peor momento para cederme las riendas de la compañía.

Su comentario fue recibido con risas educadas. Jan Hertz estaba, de hecho, traspasando el negocio a su hijo. Se estaba haciendo viejo; estaba cansado. Anton tenía ideas sobre cómo

desarrollar y expandir el negocio, ideas demasiado radicales para un viejo caballo de batalla como él, pero sabía que su hijo tenía razón. Y ahora el ataque de gota lo había confinado a la casa.

Se escuchó el grito de un niño desde afuera; el nieto de seis años de Hertz y su nuera.

Anton estaba de pie ahora. —El diez coma dos por ciento de nuestras ventas se generan en Francia, el ocho coma seis en Bélgica, el cuatro coma dos en Inglaterra, y así sucesivamente. Todavía no estamos en guerra con Inglaterra, pero hay muchas posibilidades; por lo tanto, estamos a punto de perder todos estos mercados y el efecto será devastador para nosotros. Tenemos que ser francos al respecto. Tendríamos que despedir quizás a un cuarto de la fuerza laboral.

—Los perderemos de todos modos —dijo Ruthenbeck—. Los hombres serán reclutados.

La puerta se abrió de golpe. —¡Abuelo! —Un pequeño niño rubio en pantalones cortos y camisa de marinero entró corriendo, con el pelo alborotado y la nariz goteando, en su mano un osito de peluche con un jersey azul.

—Hola, Hans —dijo Hertz—. Qué elegante estás. ¿Es Edgar el que tienes ahí?

—¡Hans! Hans, ven aquí. —La madre de Hans entró corriendo tras él—. Oh, caballeros, les pido disculpas —dijo sin aliento—. Hans, ven aquí ahora.

Los hombres se pusieron de pie. Ruthenbeck sonrió. Siempre era un placer ver a la señora Hertz, la joven. Una mujer tan atractiva con sus hermosos ojos verdes y su amplia sonrisa que formaba hoyuelos en sus mejillas.

—Por Dios, Eva —dijo Anton—. ¿No ves que estamos ocupados? Hans, sal de aquí.

Hans, encantado de tener la atención de tantos adultos, corrió alrededor de la mesa ovalada, gritando.

Los hombres rieron disimuladamente mientras Eva perseguía a su hijo tratando de mantener algo de dignidad.

Pero fue Anton quien atrapó a su hijo cuando pasó corriendo. Agarrando al niño por el brazo, lo levantó y, con la mano libre, le dio dos azotes en el trasero. Hans dejó caer su osito de peluche.

—¡Anton! —jadeó Eva.

Hans, aullando más por la sorpresa que por cualquier dolor, corrió hacia su madre, envolviendo sus regordetes brazos alrededor de su falda ondulante.

—Ahora, por favor, déjenos continuar —dijo Anton—. Sabes muy bien que no aprecio las

interrupciones.

Eva le lanzó una mirada desesperada. —Ven, Hans, vamos a ver a la abuela —dijo, llevando al niño lloroso fuera de la habitación de la mano y cerrando suavemente la puerta tras ella.

Los hombres, conscientes del silencio incómodo, se sentaron.

Hertz padre notó que Hans había dejado caer su osito de peluche, su Edgar. Aclarándose la garganta, dijo: —Anton, ¿decías?

—Sí, ¿dónde estaba? Me disculpo por el comportamiento errático de mi hijo. —Los hombres agitaron sus manos, desestimando cortésmente sus preocupaciones—. Bien, he pensado mucho en esto y he realizado algunas consultas preliminares. Todavía necesita mucha investigación, pero por ahora esto es lo que propongo...

2.

Un año después, agosto de 1915

Badger, el poni pinto, resopló. Eva estaba sentada en el carro frotándose las manos. Hans estaba sentado tranquilamente a su lado, haciendo bailar un soldado de metal sobre su rodilla mientras sostenía a Edgar con la otra mano. Katz, el mozo de cuadra, estaba encaramado en la parte delantera, listo para partir. En el compartimento detrás de ella, estaba la mochila de Anton. El día era cálido, el cielo despejado. Anton se estaba despidiendo de sus padres. Ahora subteniente en la Infantería Imperial del Káiser, parecía en todo aspecto el oficial subalterno que el Ejército Imperial Alemán insistía en que debía ser. Alto y erguido, con el bigote encerado y las botas pulidas, parecía hecho para el papel. —Madre, por favor, deja de preocuparte.

—Soy tu madre, Anton, tengo derecho a preocuparme. —Pasó su dedo por la túnica de él—. ¿Tienes tu medicina, en caso de que te dé uno de tus ataques?

—Baja la voz, madre.

—Escribirás, ¿verdad? Tan a menudo como puedas.

—Greta —dijo Hertz padre—, el ejército lo está empleando como soldado, no como tu corresponsal personal.

—Entonces, padre, he escrito todo en mi informe y he enviado copias a cada miembro de la junta. Por favor, mantenme informado. Sugiero que...

—Anton, basta —dijo su padre, con la mano levantada—. Ya me lo has dicho una docena de veces. Prometo que leeré y asimilaré cada página de tu informe, todas las ciento cincuenta páginas.

Eva, escuchando desde el carro, reprimió una risa. Siempre le había gustado el sentido del humor de su suegro, un rasgo que lamentablemente no había heredado su hijo.

—Ahora ve, hombre, llegarás tarde al tren. La guerra no espera a nadie.

—Jan, por favor —dijo la madre de Anton—. No es momento para frivolidades.

Con un chasquido de sus talones, Anton estrechó la mano de su padre y, con evidente vacilación, abrazó a su madre.

—Muy bien, Katz —gritó, subiendo al carro—. Vámonos.

Katz espoleó a Badger y el carro se puso en marcha. Anton no miró hacia atrás. Eva, sin embargo, sí lo hizo. La señora Hertz ya había vuelto al interior mientras su marido, apoyándose en su bastón, la seguía lentamente.

—Hans dice que quiere ser soldado cuando sea mayor —dijo Eva.

Hans se rio, levantando su soldado de juguete.

—No será tal cosa.

—Anton, por favor, tómallo a la ligera por una vez. Por el bien de Hans.

Era un viaje de dos kilómetros hasta el pueblo y medio más hasta la estación de tren. Eva había recorrido esta carretera rutinariamente muchas veces en el pasado sin prestar mucha atención. Pero hoy, con su marido yendo a la guerra, la belleza cruda del campo saltaba a la vista. El olor a paja, el reflejo del cielo en un lago, el incesante piar de los pájaros, los deslumbrantes colores de los setos. Cómo damos por sentada la magnificencia de la obra de Dios; cómo insultamos Su gracia haciendo la guerra unos contra otros.

Anton miraba fijamente hacia adelante, con la mandíbula apretada, impermeable al mundo que lo rodeaba en toda su gloria, el mundo en el que había tenido el privilegio de crecer, el mundo que ahora dejaba atrás, tal vez para no volver a verlo jamás. A Eva se le ocurrió qué vidas tan inocentes habían llevado. Incluso los rigores del negocio familiar eran, en esencia, un juego de niños comparado con lo que les esperaba. Toda su vida había sido, hasta este preciso momento, una de inocente felicidad. Y hoy, este día, sabía que su vida tal como la había conocido estaba llegando a su fin. Revolvió el cabello de su hijo. Que nunca conozca un día como este.

De pie en el andén de la estación, incluso Anton parecía momentáneamente desconcertado. Por todas partes, hombres de uniforme, con mochilas y botas, mujeres con lágrimas en los ojos y pañuelos en las manos. Un millar de voces, risas nerviosas y sollozos contenidos, un torrente de emociones reprimidas, bullendo bajo la superficie, pero contenidas por la creencia innata en la dignidad y las convenciones de toda una vida.

—Vamos —dijo Anton, levantando su mochila—. Tengo que estar en el andén cuatro.

Eva, tomando la mano de Hans, lo siguió, la incredulidad en los ojos abiertos de su hijo reflejaba su propio sentimiento de asombro.

—Mamá, mira —dijo Hans, señalando hacia adelante.

—¿Qué es, cariño? —Su mano fue a su pecho—. Oh, Dios mío.

Serpenteando hacia ellos, caminando en silencio, una fila de hombres, soldados. Estos no eran hombres que iban a la guerra, sino hombres que volvían de ella. Por todas partes, la gente se detenía en seco, cesaba su charla y miraba boquiabierta mientras estos hombres harapientos pasaban lentamente: hombres con uniformes sucios y rasgados, hombres con los brazos en cabestrillos, las cabezas vendadas, algunos con muletas, unos pocos en sillas de ruedas. Y en silencio pasaban, tantos hombres, sin fin. Incluso Anton, normalmente tan seguro de sí mismo, miró a esta horda miserable y se dio cuenta de repente que no sabía nada de la vida.

—Mira sus ojos —dijo Eva en un susurro, y Hans apretó su mano un poco más fuerte y Anton trató de mirar a sus ojos y descubrió que no podía y Eva supo que, de una manera u otra, estaba a punto de perder a su marido para siempre.

Con pasos vacilantes, se dirigieron al andén cuatro para ser recibidos por un hombre con el uniforme de teniente. Tenía una sonrisa acogedora y tranquilizadora y unos ojos verde-amarillos intensamente brillantes. —Anton, hola —dijo, estrechando la mano de Anton. Más allá de ellos, esperando en el andén, la enorme locomotora con su máquina verde.

—Max. Me alegro de verte. No has conocido a mi esposa, ¿verdad? Eva, este es Max. Max Fischer, un maestro.

—Encantada, seguro —dijo ella, consciente de su formalidad. Sin embargo, encantada lo estaba. Un hombre alto y elegante, con el cabello perfectamente peinado, negro y partido al lado, patillas y una sinceridad en su mirada que encontró bastante desconcertante—. ¿Es usted maestro?

Él rió cortésmente. —Un maestro de música. Violín. Bueno, lo era. Ya no. Como su marido aquí, ahora soy mera carne de cañón para el Kaiser.

—Y orgulloso de servir, sin duda.

Él inclinó la cabeza.

—Podría haber sido el maestro de Hans algún día —dijo ella—. Parece entusiasmado con aprender violín. —Esto no era cierto; simplemente lo inventó en el momento. Anton no se dio cuenta.

—¿De verdad? —dijo Max Fischer, dirigiéndose al niño—. Bueno, tengo un violín muy especial, llamado el violín dorado, no porque sea de oro sino porque es tan hermoso que casi se toca solo.

Hans, girando sobre un pie, no parecía particularmente impresionado por esto.

—¿Nadie para despedirte, Max? —preguntó Anton.

—No, viaje ligero. —Oyeron un silbido—. Creo que es para nosotros. Te veré en un momento, Anton. Frau Hertz, ha sido un placer conocerla —dijo con una leve inclinación.

—Ha sido un placer... —Pero el teniente Fischer ya se había ido.

—Eva —dijo Anton—. Escríbeme y mantenme informado de lo que hace padre, asegúrate de que Hans coma bien, por favor asegúrate de...

—Anton, deja de preocuparte. Eres tan malo como tu madre. Solo... solo asegúrate de cuidarte.

—Se encontró al borde de las lágrimas y la realización la hizo feliz, se preocupaba por él más de lo que se daba crédito.

—Adiós, Hans —dijo él.

—¿Cuándo volverás, papá?

—No lo sé.

Eva fue a abrazarlo justo en el momento en que él estaba reajustando el peso de su mochila. De alguna manera el momento se perdió. En su lugar, él simplemente asintió, se dio la vuelta y se alejó rápidamente.

Ella y Hans lo observaron mientras se unía a sus camaradas en el andén, hombres enfrascados en una jovialidad forzada, compartiendo cigarrillos y palmadas en la espalda. Pero no Anton. Él caminó más allá por el andén junto al tren, una figura solitaria, hasta que gradualmente desapareció de vista.

Eva miró a Hans, esperando verlo molesto. Pero no, simplemente parecía confundido e incómodo, sosteniendo a Edgar por una oreja. —Mamá —dijo.

—¿Sí, cariño?

—¿Podemos irnos a casa ya?

—Sí —suspiró ella—. Sí, por supuesto. No queremos hacer esperar más a Katz, ¿verdad?

—Ni a Tejón.

—No, tampoco debemos hacer esperar a Tejón. Venga, volvamos a casa de la abuela.

3.

Diez meses después, junio de 1916

Seis de la mañana. El sol ha salido, pero aún se siente un frío cortante en el aire. Los últimos jirones de niebla se están disipando. El mayor Anton Hertz (recientemente ascendido) escruta la extensión de tierra de nadie con sus prismáticos.

—¿Algún movimiento? —pregunta el segundo teniente Maximilian Fischer.

—No.

A ambos lados, sus hombres están preparados y esperando el ataque que les han dicho que deben esperar. Fischer asoma la cabeza por encima del parapeto.

—Agáchate, idiota —grita Anton, tirando de Max hacia abajo.

Max se disculpa y maldice interiormente su estupidez, especialmente delante de los hombres. Todos saben que asomar la cabeza por encima del parapeto, aunque sea por un segundo, simplemente invita a la bala de un francotirador.

Detrás de ellos, hay movimiento. Un mensajero se apresura por la trinchera de comunicación. —¿Tiene algo para nosotros, cabo? —pregunta Max.

—Señor —dice el cabo, entregándole un telegrama. Max lee el mensaje.

—¿Algo nuevo? —pregunta Anton.

Max se esfuerza a reír. —Nos advierten que esperemos un ataque en cualquier momento.

Anton sacude la cabeza. —Por Dios —murmura—. ¿Por qué no pueden decirnos algo que no sepamos? Hablar de las noticias de ayer.

—¿Algo que informar, señor? —pregunta el mensajero.

—Sí —dice Max—. Dile al mando que son un montón de inútiles de mierda.

—¿Señor?

El cabo lo mira fijamente, con una ferocidad en los ojos que pone nervioso a Max. Se estremece por un momento y casi queda hipnotizado por el hombrecillo. Casi se disculpa, pero se contiene a tiempo; después de todo, el hombre es solo un cabo. —Simplemente díles gracias; estamos preparados. Puede retirarse.

—Señor.

Max observa al cabo regresar por la trinchera de comunicación y se ríe interiormente cuando ve al hombre resbalar. —Menudo diablo de hombre —se dice a sí mismo—. ¿Quién era ese?

Un sargento a su lado dice: —Con su permiso, señor, si se refiere al cabo de ahí, lo he visto antes. Está loco de remate, el hombre es un lunático. Podría matar a un hombre solo con mirarlo.

—Ahí vienen —dice Anton—. Dile a los hombres que mantengan el fuego hasta que dé la orden.

El sargento transmite el mensaje mientras Max mira a través del periscopio. Es una visión imponente, una que hiela la sangre: fila tras fila de ingleses vestidos de caqui caminando, sí, caminando, hacia ellos. Sacude la cabeza. Estúpidos, serán diezmados. Va a ser una masacre. Ha aprendido, durante el último año, a odiar a los ingleses, pero ahora, viendo sus rostros bajo el suave resplandor del sol de la mañana, no los ve como ingleses, ni como enemigos, sino como hombres ordinarios viviendo sus últimos momentos. Es extraño cómo nunca corren, cómo caminan tranquilamente hacia sus muertes. Deben saber lo que les espera, deben saber que no tienen ninguna oportunidad, y aun así vienen, resignados a morir.

Y entonces comienza.

Anton da la orden. El ruido ensordecedor de mil rifles disparando al mismo tiempo. Una fila de hombres cae, derribados como si fueran bolos. Es una visión repugnante pero a la vez excitante. Max toma su rifle, se apoya contra el parapeto y dispara. Y otra vez, y otra vez. Matar es fácil. Pero hay tantos de ellos, oleada tras oleada. ¿Dónde está esa maldita ametralladora? ¿Por qué no está disparando? Los ingleses, los bastardos, ya han llegado al alambre, con las cizallas listas. El sargento les grita a los ametralladores. —Se ha jodidamente atascado —chilla alguien en respuesta. Los ingleses tienen la iniciativa; a este paso tomarán la trinchera. Max está rodeado de muertos. Son ellos los que están siendo diezmados, no los ingleses. Los ingleses gritan mientras se abren paso a través del alambre. Su tenacidad es admirable. Los ametralladores yacen muertos. ¿Dónde está Hertz? No puede tragar, no puede pensar, quiere huir. Por todas partes se oye el sonido de los disparos y los gritos, la trinchera está cubierta de humo. Max saca su pistola de la funda. Este corto tramo de trinchera está desprovisto de vida. Pasando por encima de los

muertos, se acerca a la esquina. Algo detrás de él. Se da la vuelta. Un hombre con falda escocesa, rifle listo. Max dispara. Falla. El escocés duda en devolver el fuego. Una fracción de segundo, el mundo se detiene. Los dos hombres se miran, un instante de entendimiento mutuo. Suena un disparo. Max cae. Es como si alguien le hubiera dado un martillazo en la rodilla. El escocés carga contra él, bayoneta en ristre, gritando como un demonio. Un segundo disparo. El escocés se desploma sobre él. El aliento caliente del hombre está en su mejilla, como el de un amante. Pero no es el aliento del hombre, es sangre. Oye al hombre emitir un gorgoteo justo al lado de su oído. El sonido de la muerte amplificado. Cree ver el alma del hombre partir. El escocés está muerto y una parte de Max Fischer desearía estarlo también.

4.

Dos meses después, agosto de 1916

Hans había traído a un amigo de la escuela. Eva estaba encantada. Estaban arriba en el dormitorio de Hans, dos pequeños de siete años juntos. Hermann, Dios lo bendiga, era un niño gordito, con una nariz pequeña y respingona y demasiadas pecas. Subió las escaleras con una bandeja de leche y galletas sin poder deshacerse de una pizca de aprensión. Fue solo cuando se acercó al dormitorio de Hans que se dio cuenta de lo que la estaba causando: la falta de ruido. Llamó y entró. Los dos niños estaban sentados en silencio, Hans en su cama, Hermann en el escritorio de Hans. Edgar, el oso de peluche, no se veía por ninguna parte. Colocando la bandeja junto a Hermann, intentó inyectar un poco de vida en la habitación. —Hans, ¿por qué no le muestras a Hermann ese modelo de avión que hiciste la semana pasada? —No hace falta; ya lo he visto —fue la brusca respuesta de Hermann. —¿Qué tal un partido de fútbol entonces? Hace un día precioso afuera. —No me gusta el fútbol. Captó la mirada triste, casi desesperada, en los ojos de su hijo. Diez minutos después, sentada en la sala de estar, escuchó los pesados pasos de Hermann en las escaleras. Oyó el portazo de la puerta principal. Hans bajó un rato después. —¿Estás bien, cariño? —le preguntó con despreocupación, luchando contra el impulso de rodearlo con sus brazos. Él hurgó en el armario debajo de las escaleras, encontró un balón de fútbol y salió.

Era, en efecto, un día precioso. Hans llevó su balón de fútbol a la entrada para patearlo contra el frente de la casa. A ella le dolía por dentro; era difícil ver a su hijo tan desesperadamente abatido. Siguiendo a Hans afuera, se sentó en el banco de hierro forjado y respiró la calidez del día. —Ten cuidado con las ventanas, cariño —le gritó, abriendo las páginas de un libro de poesía.

La fuente con delfines surtía su agua. El camino de grava serpenteaba en la distancia bordeado por frescos céspedes verdes a ambos lados, gran parte de ellos bajo la sombra de los sauces llorones y un robusto roble. Era un entorno celestial, pero ningún sentido de aprecio podía compensar su falta de afecto por el lugar.

La familia Hertz había sido propietaria de la villa desde la década de 1870, un reflejo del éxito y la riqueza del señor Hertz. No se podía negar que era una casa hermosa, por dentro y por fuera. Tenía una docena de dormitorios, salas de recepción con techos altos, candelabros y tapices colgando de las paredes; tenía una biblioteca e incluso una sala de billar y todo un cuarto de vivienda para los sirvientes y el mayordomo de guantes blancos de Hertz. Sin embargo, Eva nunca pudo sacudirse la sensación de que era poco más que una intrusa dentro de sus paredes, un cuco en el nido. No veía a nadie. Sus amigos, los pocos que tenía, vivían demasiado lejos; no tenía familia cerca. Podía ser la madre de Hans, pero sentía que, en realidad, era simplemente una niñera para el nieto del señor y la señora Hertz. La salud de su suegro se había deteriorado aún más, así que ni siquiera tenían el placer de que los socios comerciales visitaran la casa.

Pero lo que más preocupaba a Eva, lo que la hacía sonrojarse de vergüenza, era lo poco que echaba de menos a su marido. Pensaba en Anton a menudo, pero sin ningún sentimiento de añoranza. Rezaba todas las noches para que estuviera bien y su corazón se afligía por la situación en la que se encontraba, pero su corazón no anhelaba su presencia de la manera que ella hubiera deseado. Temía, y vagamente esperaba, que el sentimiento fuera recíproco. Habían pasado meses desde su última carta, bastante breve. Decía que estaba bien, pero aparte de eso, la carta no era más que su habitual lista de instrucciones: *Asegúrate de que padre... Dile a Hans que... Por favor, asegúrate de que...* Ciertamente no había mención alguna de querer volver a casa, de echarla de menos, ningún indicio de afecto, y mucho menos de esa palabra tan impronunciable, amor.

Observó a su hijo pateando el balón contra la casa. —¿Estás bien, cariño? Cuidado con las ventanas.

Hans no respondió, simplemente pateó el balón contra la casa con un poco más de fuerza. Luego, después de un momento, dijo: —Mamá, viene alguien.

—¿Ah, sí?

Eva tuvo que cubrirse los ojos del sol, pero sí, Hans tenía razón, alguien, un hombre, subía por el camino. ¿Un socio comercial de su suegro? El hombre, aún oscurecido por la sombra de los árboles, caminaba lentamente, con cierta dificultad, ayudándose de un bastón. Se detuvo un momento como para recuperar el aliento o asegurarse de que había llegado al lugar correcto, y luego emergió de la sombra. Ella lo reconoció vagamente, pero no lograba recordar de dónde. Él la vio, sentada en su banco, y de manera incongruente la saludó con la mano. Ella le devolvió el saludo, igualmente fuera de lugar.

—¿Quién es? —preguntó Hans.

—No tengo ni idea.

—Buenos días, Frau Hertz —dijo el extraño.

Fue al ver sus intensos ojos verde-amarillos que lo recordó. Era el amigo de Anton, el profesor de música, el caballero que había conocido en la estación de tren el año anterior. —Buenos días, Teniente Fischer.

Y, tomándola completamente por sorpresa, un pequeño aleteo latió en su pecho.

5.

Eva invitó al Segundo Teniente Maximilian Fischer a quedarse a tomar el té. Sus suegros se unieron a ellos en la sala de estar. El teniente parecía incómodo, sentado con sus manos pesadas manejando la delicada vajilla de los Hertz. Pero ella no podía culparlo; sabía lo que era sentarse allí por primera vez, bajo la mirada de los retratos de varios miembros ancestrales del clan Hertz, uniformemente severos y rápidos para juzgar. Pero Jan Hertz y su esposa mostraron al Teniente Fischer un raro grado de hospitalidad. Y Eva sabía por qué: el hombre había traído noticias de su hijo, su esposo. De hecho, como un mago, había producido no una, sino dos cartas de dentro de su túnica. Frau Hertz aplaudió de emoción cuando el Teniente Fischer le pasó el sobre. Leyó la carta rápidamente, formándose una sonrisa en sus labios. —¿Y bien? ¿Cómo está? ¿Está bien? —preguntó su esposo.

—Sí —dijo con evidente alivio—. Está bien. Toma —añadió, pasándole la carta a su esposo.

—¿No ha tenido uno de sus ataques?

—No lo menciona.

Eva también leyó su carta con avidez. Anton estaba bien; las cosas podrían estar mucho peor, nunca volvería a dar por sentadas las pequeñas cosas de la vida: un baño caliente, ropa interior limpia, un afeitado diario, una cama cómoda. Esperaba que ella estuviera sobrellevando la situación, y le pedía que besara a Hans de su parte. Era una carta encantadora, más conversadora de lo normal, pero ella deseaba que hubiera escrito algo más personal, más... *amoroso*.

El Teniente Fischer tosió y, al hacerlo, captó la atención de los tres Hertz. —Hay algo que me gustaría contarles sobre Anton.

Los tres se enderezaron como una fila de gatos. —Verán, le debo la vida a su hijo, a su esposo —añadió, dirigiéndose a Eva—. Sé que suena dramático, pero es cierto. Estábamos bajo un ataque sostenido. De alguna manera, me separé de mis camaradas, los que aún estaban vivos, cuando yo... —Se detuvo, mirando vagamente por la ventana francesa.

Siguiendo su mirada, Eva vio a Hans corriendo por el césped a gran velocidad como si persiguiera o fuera perseguido, con el lago brillando a lo lejos. Eva reprimió una sonrisa.

—Si es demasiado difícil, Teniente, no tiene que contárnoslo —dijo Frau Hertz.

—No, quiero hacerlo, Frau Hertz, si me lo permite... Me encontré en una situación en la que realmente creí que estaba viviendo mis últimos momentos. Es una sensación extraña, como pueden imaginar. Pienso en ello todo el tiempo; no es algo que uno pueda olvidar. En fin —dijo más animadamente—, la razón por la que no estoy en el más allá se debe totalmente a Anton. Les ahorraré los detalles, pero Anton es la razón por la que estoy aquí ahora con mi rodilla herida, sentado en su hermosa casa.

Eva no podía apartar la mirada de él, este hombre apuesto aunque ligeramente torpe, hablando así, hablando de *la vida*, de sentimientos.

El reloj con cúpula de cristal dio la hora.

—Y es más que bienvenido —dijo Herr Hertz—. Mi hijo nunca ha sido lento en dar un paso adelante, y nunca ha sido de los que rehúyen los riesgos. Lo sé porque es mi hijo y también mi heredero en los negocios, y no me sorprende en absoluto que estos rasgos se hayan manifestado en el campo de batalla.

—¿Cómo está su rodilla, Teniente? —preguntó Eva, sorbiendo su té.

—Muy bien, gracias, Eva.

Oh, la manera en que pronunciaba su nombre, con tanta calidez. Su corazón burbujeó.

Habló sobre su rodilla, lo dolorosa que podía ser, especialmente al despertar, pero que le habían asegurado que en unos meses estaría 'como nueva'. Sin duda era un hombre apuesto, con su aspecto oscuro y la sombra perpetua de barba, un hombre que necesitaba afeitarse una o dos veces al día. A ella le gustaba eso en un hombre, esa terrenalidad. Desde que les contó sobre su roce con la muerte, se había relajado un poco, ahora atacaba las galletas de avena con gusto, primero una, luego otra. Había impresionado a sus suegros, eso lo podía notar por la manera en que el señor Hertz se reclinaba y cruzaba las piernas y por cómo la señora Hertz escuchaba con la cabeza ladeada. Parecían apreciar que el teniente Fischer era un hombre que había regresado de la guerra y por eso merecía su respeto. Les contó sobre algunos de sus camaradas, los hombres bajo su mando. Relató historias de su entrenamiento, les habló sobre conocer a un cabo con ojos diabólicos, como nunca antes había visto. Los hizo reír. Hacía mucho tiempo que esta casa no escuchaba risas.

—¿A qué se dedica, teniente Fischer? —preguntó el señor Hertz—. Aparte de su valioso servicio a la patria, naturalmente.

—Soy maestro de profesión. De música, especializado en violín.

Eva conocía lo suficiente a su suegro como para saber que tal profesión sería considerada un poco humilde, un poco por debajo de su posición, pero el teniente Fischer estaba ahora por encima de tales presunciones. Había luchado junto a su hijo, había sido salvado por su hijo. Se había ganado la total admiración del señor Hertz, y por eso, Eva se sentía estúpidamente complacida por él, contenta de que hubiera pasado esta prueba tan ardua.

—Ah —dijo la señora Hertz—. ¿No dijiste, Eva, que estabas buscando un profesor de violín para Hans?

—Bueno...

—Y aquí estamos. Qué fortuito.

El señor Hertz se aclaró la garganta. —No debemos asumir, querida. Estoy seguro de que el teniente Fischer tiene mucho más...

—No. No, señor. Yo... estaría encantado. Me encantaría volver a ello.

—Ahí lo tienes —dijo la señora Hertz triunfalmente—. ¿Eva?

—Bueno, sí, quiero decir, le... le pagaríamos por su tiempo, por supuesto, pero... pero si está seguro, teniente...

—Estaría encantado y honrado, Eva —dijo Max Fischer con una ligera reverencia.

Oh, lo hizo de nuevo.

6.

Cuatro meses después, diciembre de 1916

—Ahora, pon tu dedo aquí, segunda cuerda, tercer traste. Eso es. Buen chico.

—Todavía me duele el dedo.

Max podía sentir a Eva trajinando detrás de ellos, añadiendo decoraciones al enorme árbol de Navidad que dominaba la esquina de la sala.

—Eso es normal.

—No me gusta.

—Hans —dijo Eva.

—No, no, tiene razón. —Max levantó la mano—. Las yemas de los dedos son bastante suaves, pero pronto se endurecen.

—¿Puedo tocar *tu* violín, el dorado?

—No, aún no, Hans. Tal vez cuando seas mayor.

—¿Puedo ayudar a mamá en su lugar?

Max trató de ocultar su alivio. —Sí, probablemente hemos hecho suficiente por hoy. Ve, campeón.

Eva negó con la cabeza, desesperada. —Vamos entonces, *campeón* .

Hans soltó una risita; le gustaba bastante su nuevo apodo. —¿Max?

—¿Sí?

—¿Podemos jugar al fútbol después?

Max fingió un gran escalofrío. —Uf, hace mucho frío ahí fuera. Y mi pierna, oh mi pobre pierna. Pero bueno, seré el portero.

Hans se acercó saltando a su madre. Eva le revolvió el pelo, sonriendo. Max le sonrió radiante.

—¿Y qué le divierte tanto, teniente Fischer?

Él se rio. —Solo pensaba en lo buena madre que es usted.

—Oh. —Parecía tan avergonzada por esto que él se sonrojó y maldijo su estupidez—. Gracias —dijo ella. Él notó que se rascaba el cuello, que se había puesto bastante rojo.

Se estiró y se recostó en el sofá. Cerró los ojos y respiró el silencio, roto solo por el tictac de un reloj con cúpula de cristal sobre la mesa hexagonal. Sabía que, por el resto de su vida, siempre apreciaría el silencio. Pero estos momentos eran raros. Ciertamente su sueño no ofrecía silencio; sus sueños estaban llenos de explosiones, hombres gritando, chillando de dolor, de árboles esqueléticos y enormes agujeros de barro. Pero aquí, en la calidez de la sala de estar de los Hertz, con Eva y Hans decorando el árbol, se deleitaba en el calor de una familia feliz. Era una lástima que fuera la familia feliz de otra persona.

Llevaba aquí cuatro meses ya. Su rodilla estaba casi curada. El señor y la señora Hertz lo trataban como a un hijo adoptivo, y Eva como a su confidente. Notaba que ella no hablaba mucho con sus suegros más allá de las cuestiones prácticas del día a día, pero vaya si hablaba con él. Era como si hubiera estado silenciada y ahora, finalmente libre para hablar, estuviera recuperando el tiempo perdido.

Eva le había contado a Max que le había escrito a Anton, y le había dicho que sus padres habían contratado a Max para enseñar a su nieto a tocar el violín. Anton respondió y sugirió, casi ordenó, que le dieran una habitación a Max. Así que, aquí estaba, en una hermosa casa, sin pagar alquiler, con comida suntuosa (teniendo en cuenta que era tiempo de guerra), cálido y seguro mientras Anton, el hombre que le había salvado la vida, seguía allí fuera, luchando y soportando la miseria. Y Max no podía esperar para volver allí, volver a las trincheras, donde importaba, donde la vida tenía significado, verdadero significado.

—¿Un centavo por tus pensamientos? —La voz tranquilizadora de Eva lo trajo de vuelta al presente.

—Oh, lo siento, estaba en las nubes. Supongo... —Hans había desaparecido; estaban solos—. Pensaba en lo afortunado que soy de estar aquí, de estar vivo. Y me siento bastante culpable por ello, por estar aquí mientras su marido no. Soy como un cuco.

Ella se rio de eso. —¿Un cuco? Qué gracioso; yo solía pensar eso. No eres nada de eso, Max. A todos nos encanta tenerte aquí. Dime, ¿es tan horrible allá fuera como dicen?

—No. Lo que sea que hayas oído, Eva, multiplícalo por cien, por mil, y eso es lo horrible que realmente es.

Ella bajó la mirada, un poco sonrojada. —¿Tienes que volver?

—Sí, pronto, y... quiero hacerlo.

Ella frunció el ceño. —¿Pero por qué? No entiendo, pensé que habías dicho...

—Lo sé. No puedo explicarlo.

—Nunca mencionas a nadie, Max. ¿No deseas ver a tus padres?

—Mi padre está en Berlín. Nos llevamos bien, pero no tengo prisa por verlo particularmente. ¿Y mi madre? —Max bajó la mirada—. Lamentablemente mi madre ya no está con nosotros. Es extraño contarle, pero mi madre fue... asesinada, bueno, en realidad, fue asesinada.

—¿Asesinada? Oh, Max, qué horrible. Lo siento.

—Encontraron al hombre, un ex inspector de policía, ¿puedes creerlo? Hace solo tres años.

—Qué terrible para ti. Sabes, te oigo gritar en sueños. —Se llevó la mano a la boca tan pronto como lo dijo—. Lo siento, no debería haber dicho eso.

—¿M-me oyes? Oh. Yo, eh, tengo estas pesadillas. ¿Es cada noche?

—No importa.

—Lo siento. ¿No despierta a tus suegros, verdad?

—No, están demasiado lejos. Además, sé que la madre de Anton toma un sedante para dormir cada noche. Por la preocupación, ya sabes.

—Sí. ¿Y tú, Eva? ¿Te preocupas?

—Por supuesto que sí, Max.

—Sí, por supuesto que sí. Lo siento. Eso fue insensible de mi parte.

—Será mejor que vea qué está tramando Hans. Te advierto, aún te está esperando para ese partido de fútbol, así que prepárate, teniente Fischer.

Esa noche, Max se fue a la cama temiendo la noche que se avecinaba, temiendo sus sueños. No podía enfrentarse a apagar la luz, así que tocó su violín por un rato, suaves melodías cadenciosas que calmaban su espíritu, recordándole que la guerra no tenía por qué definirlo. Siempre le reconfortaba pensar que la música, su música, siempre estaba ahí cuando la necesitaba, cuando el peso de los recuerdos se volvía demasiado pesado.

Se tumbó en su cama, con las manos detrás de la cabeza, con la luz de la mesita encendida, escuchando el tic-tac de su reloj de cabecera. Se acercaba la medianoche. Intentó centrar sus pensamientos en cosas más alegres. Pensó en Hans, bueno en el fútbol pero terrible con el violín. Sonrió. Eva conocía sus limitaciones, pero la abuela de Hans, bendita sea, pensaba que el pequeño Hans tenía madera de violinista de concierto. Pobre Hans; debe ser difícil no tener a tu padre cerca, especialmente con la Navidad acercándose. Oyó el suave paso de unos pies en el pasillo fuera de su puerta. Se detuvieron. Luego un suave golpe en su puerta. —Adelante.

Era Eva, vestida con su bata verde brillante, el pelo suelto, llegándole hasta la parte baja de la espalda. —Lo siento. Estaba preocupada después de lo que dijiste. Me preguntaba si te apetecería un vaso de leche caliente.

—No, estoy bien, gracias. Pasa si quieres.

Ella dudó.

—No tienes que hacerlo.

En silencio, Eva cerró la puerta tras ella. Parecía incómoda; un rasgo inusual. Apretó el cordón de su bata. Él la invitó a sentarse en el borde de la cama. Ella dudó de nuevo pero se sentó, su larga sombra extendiéndose por la pared del dormitorio. —¿Has tenido una de tus pesadillas?

—No, no puedo conciliar el sueño. —Se incorporó—. Estoy tratando de averiguar cómo ser un mejor portero.

Ella se rió. —Cuando Hans no puede dormir, le cuento un cuento.

—No te lo impido. Me gusta bastante Ricitos de Oro.

Ella le dio un golpecito en la mano. —No seas tonto.

—Nunca supe que tu pelo era tan largo.

—Demasiado largo.

—No, no, es hermoso.

Se miraron el uno al otro. El aire se aquietó; sus corazones se aceleraron.

—Eres hermosa.

Ella negó con la cabeza. —Ahora sé que estás siendo tonto.

Él colocó sus dedos bajo su barbilla. Ella lo miró desde debajo de su flequillo. Él se acercó y suavemente, muy suavemente, posó sus labios sobre los de ella. Ella se apartó una fracción pero luego volvió a acercarse, sus labios buscando los suyos.

7.

A la mañana siguiente, Eva se sentó a desayunar con Hans y sus suegros. Hans charlaba sobre fútbol y lo enormemente divertido que era Max. Greta le preguntó a su nieto cómo le iba con el violín (sin importar el fútbol). Hans dijo que bien, pero no pudo disimular sus verdaderos sentimientos y el señor Hertz estalló en carcajadas.

—¿Estás bien, Eva? —preguntó Greta—. Estás muy callada esta mañana.

—Estoy bien, gracias.

—¿No tienes hambre?

—No, yo... em... no realmente. No sé por qué.

—Nosotros sí sabemos por qué —dijo el señor Hertz.

—¿L-lo saben?

—Por supuesto, estás preocupada por Anton. Es perfectamente comprensible, querida. Todos lo estamos. No hay nada de qué avergonzarse.

—No —dijo Eva—. No.

La puerta del comedor se abrió y entró Max. El rostro de Eva se encendió; estaba segura de que todos lo notarían.

Se sucedieron una ronda de buenos días, ¿durmió bien? Max se sirvió algo de queso y pan de centeno de la mesa auxiliar al lado de la habitación. Se sentó pero no la miró. Ella *necesitaba* que la mirara, que cruzara su mirada, que la tranquilizara. En cambio, habló exclusivamente con el señor Hertz, diciéndole que tenía que ir al pueblo hoy, que tenía otra revisión con el médico del regimiento. *¿Por qué no me miras?* pensó. *Por favor, deja de fingir que no estoy aquí.*

Hans le preguntó si podía tomar más cereales. Ella agradeció la excusa para levantarse de la mesa. Consciente de cada uno de sus movimientos, se dirigió a la mesa auxiliar.

—¿Y cómo está tu rodilla, Max? —preguntó Greta.

Eva llenó el tazón de Hans con cereales y alcanzó la jarra de leche.

—De maravilla. Estaré listo para volver a Francia tan pronto como me lo permitan.

El estrépito de la jarra de leche de porcelana al chocar contra el tazón de cereales hizo que todos saltaran. Eva se llevó la mano al pecho palpitante, sabiendo que todas las miradas estarían sobre ella.

—¿Eva? —dijo Greta.

—Lo siento. —Miró hacia los fragmentos de porcelana, la leche derramada empapando el mantel—. Puede que tengas razón. No me siento muy bien. Si me disculpan. —Y con eso, salió apresuradamente del comedor sin mirar atrás y subió corriendo las escaleras hasta su habitación.

Eva permaneció en su dormitorio durante una hora o más, tumbada en su cama, incapaz de dar sentido a todos los pensamientos confusos que volaban por su mente. Sabía que habrían hablado de ella, culpado a que echaba de menos a Anton. Pero ese era el problema, ¿no? No lo echaba de menos en absoluto. Estaba enamorada de otro hombre. Se había enamorado de él aquel día soleado de agosto cuando apareció inesperadamente en la casa. No podía ser más diferente de

Anton. Max era sensible, la hacía reír, la hacía apreciarse a sí misma. La hacía sentir como una... No, no podía decirlo, ni siquiera en su propia mente; estaba demasiado avergonzada incluso para admitirlo.

Finalmente, se obligó a levantarse y bajar. Para su alivio, no había nadie alrededor. Sabía que Greta estaría en la cocina y el señor Hertz en su despacho. Max probablemente habría ido al pueblo. Miró por la ventana del comedor hacia el jardín y las aguas grises del lago más allá. Hans estaba sentado en el columpio sin abrigo ni bufanda, a pesar de la temperatura helada que hacía fuera. Siempre le maravillaba cómo su hijo era inmune al frío. Debería llevarle el abrigo.

Fue hacia el lavadero en la parte trasera de la casa donde guardaban todos los abrigos, bufandas y botas de exterior. Entró y un movimiento la hizo retroceder de un salto. —¿Max? Pensé que...

—Ya me iba. —Dudó, aún tenía dificultades para mirarla a los ojos—. Escucha, Eva, sobre anoche. Lo siento...

—Yo no.

—¿Qué? —Ahora, por fin, la miró—. ¿No lo sientes?

Ella negó con la cabeza.

—Pensé... Asumí...

La forma en que la miraba con esos ojos derritió algo dentro de ella. Ahora lo entendía. Él esperaba que estuviera enfadada. Al darse cuenta de que no lo estaba, lo cambiaba todo. Sus músculos se relajaron. —Asumiste mal, Teniente Fischer.

Él sonrió como un niño en Navidad. Y ella no pudo evitar sonreír en respuesta. Se lanzó a sus brazos. —Oh, Max.

—Eva, Eva, Eva...

Se besaron, no el beso suave e incierto de la noche anterior, sino un beso salvaje y ardiente. Ella pasó sus dedos por su cabello. Nunca la habían besado así, no sabía que fuera posible. No sabía que lo llevaba dentro. Sabía que recordaría este momento toda su vida, el momento en que todas sus incertidumbres e inseguridades se desvanecieron, el momento en que despertó a la vida y al amor de un hombre: el amor de Max.

No oyó a su hijo volver a entrar en la casa, temblando de frío. No lo oyó llamarla; no lo oyó acercarse al lavadero para buscar su abrigo y bufanda. —Mamá, ¿has...?

Eva dejó escapar un grito. —¿Hans? Dios mío. ¿Qué... qué haces aquí?

Los ojos de Hans, abiertos de par en par por la incomprensión, rebotaron entre ellos. Eva casi

podía ver su cerebro funcionando. —Solo quería... mi abrigo.

Max tosió. —Será mejor que me vaya. Sí. No quiero llegar tarde. —Se deslizó junto a Hans.

Eva lo vio marcharse. —Sí, tu abrigo. Hace mucho frío afuera, ¿verdad? —Le entregó a Hans su abrigo—. Hans, Max y yo... él... ha recibido malas noticias. Me dio pena, ¿sabes?

Él asintió, pero ella podía notar que no tenía idea de lo que estaba hablando.

—Estaba... tratando de hacerlo sentir mejor, ¿ves?

—Sí, mamá.

Oyó al señor Hertz llamándola. —Aquí —respondió, agradecida por el salvavidas—. Vamos, Hans, sal. Toma, no olvides tu bufanda, cariño.

Eva encontró a su suegro en el pasillo. —Ah, aquí estás. Anton está al teléfono.

El nombre de su marido la atravesó.

—En la oficina. Date prisa.

Corrió por el pasillo hasta la oficina del señor Hertz y vio el auricular del teléfono sobre el escritorio. Lo agarró. —¿Hola? Hola, Anton.

—Eva. Sí, soy yo. —Su voz crepitaba en la línea—. Escucha, no puedo hablar mucho, pero solo para que sepas que estoy en Berlín a punto de tomar un tren.

—¿Berlín?

—Sí. Ahora, no hay nada de qué alarmarse, pero he sufrido una pequeña lesión. Solo una diminuta bala en el hombro, eso es todo. De todos modos, la buena noticia es que podré pasar la Navidad contigo y el niño. Debería estar con ustedes para la hora del té esta noche. ¿Eva? Eva, ¿me oyes?

—Sí, perdón, Anton, estaba... Sí, te oigo. Esas son noticias espléndidas. Caramba, sí, espléndidas, no sobre tu hombro, por supuesto, pero...

—Eva, tengo que irme o perderé mi tren, y no queríamos eso. Nos vemos en unas horas.

—Sí, encantador, en unas horas. Eso será... —Pero su marido ya había colgado.

Con mucha suavidad, volvió a colocar el auricular en su base como si alguien más estuviera operando su mano. Se desplomó en la silla del señor Hertz murmurando para sí misma. —Eso será encantador. Sí, encantador. Encantador...

8.

Estaban sentados esperando en la sala de estar. Era tarde, pasadas las diez, y Anton aún no había llegado. Hans se había ido a la cama, demasiado cansado para seguir esperando, y el señor y la señora Hertz luchaban por mantenerse despiertos. Nadie hablaba. Eva no podía concentrarse en nada. Las palabras del poema que estaba leyendo no tenían sentido, los colores de su bordado se fundían en uno solo. Max también estaba leyendo y no dejaba de suspirar y cruzar y descruzar las piernas. Todo en lo que podía pensar era que Max se iba. Había ido a ver a su médico del regimiento y al comandante regional y le habían dicho que regresaría a Francia el día antes de Nochebuena, dentro de tres días. La noticia había dejado a Eva vacía. Evitaban cuidadosamente mirarse el uno al otro, temerosos de que Jan y Greta los descubrieran. Eva no podía decidir si estaba muy cansada o demasiado tensa para estar cansada. Todos seguían mirando el reloj.

—Debes estar muy emocionada —dijo Greta.

A Eva le tomó un momento darse cuenta de que era a *ella* a quien Greta le hablaba. —Sí. Oh, sí.

Intercambiaron débiles sonrisas.

Incluso el señor Hertz parecía tenso, tamborileando con los dedos en el reposabrazos. No era solo ella: todos le tenían un poco de miedo a Anton.

Finalmente, oyeron el traqueteo de un caballo y un carruaje llegando afuera. Por fin. Como uno solo se pusieron de pie y se dirigieron a recibir al héroe que regresaba. Solo Max permaneció en la sala de estar, de pie con su libro a un lado.

Formaron un pequeño semicírculo justo fuera de la entrada principal y observaron a Anton descender del carruaje, con el brazo derecho en cabestrillo. Katz, el mozo de cuadra, llegó primero, depositando la mochila de Anton en el pasillo bajo el reloj de pie. Eva no sabía qué hacer, si correr hacia su marido con los brazos abiertos o si hacerlo podría parecer de alguna manera impropio.

Fue su suegro quien, afortunadamente, rompió el tenso silencio.

—Nuestro guerrero regresa.

—Hola, padre. Hola, madre. Eva.

—Hola, querido.

Ella se acercó a él. Él se inclinó y le plantó un beso seco en la mejilla.

—Bienvenido a casa, Anton.

—Gracias. Es bueno estar de vuelta —Anton fue a abrazar a sus padres.

Greta le preguntó a su hijo por su hombro, Jan por el tren. Greta comentó que había perdido peso, su padre que se estaba volviendo canoso. Anton toleró todo esto con impaciencia mal disimulada. Todos se amontonaron en la sala de estar. Max se levantó al ver a Anton. Anton lo saludó calurosamente. Eva podía sentir la incomodidad de Max, el intruso. Greta le presentó a su hijo un gran plato de carnes frías y ensalada y una cerveza. Anton no quería hablar, Eva podía notarlo, pero no había forma de escapar del interrogatorio de sus padres. ¿Estaba comiendo lo suficiente allá? ¿Tenían que luchar los domingos? ¿Los había visitado el Kaiser? Ignorándolos, Anton le preguntó a Max cómo estaba. Los dos hombres hablaron y Eva pudo ver a Max relajarse. Anton le dio a Max actualizaciones sobre todos sus colegas. Eva se sorprendió de cuántos habían muerto y con qué ligereza Anton lo trataba. Los dos hombres se caían bien, eso era obvio. Max era el único entre ellos con quien Anton quería hablar. Tenían el vínculo de la experiencia compartida. Max le contó a Anton de su inminente regreso al frente. Finalmente, terminada su comida y bebida su cerveza, Anton se volvió hacia Eva y preguntó por ella y su hijo.

—Max está enseñando a Hans a tocar el violín.

—Sí, lo mencionaste. Y por eso, Max, realmente mereces una medalla. Creo que preferiría enfrentarme a un batallón de ingleses locos armados hasta los dientes que escuchar a Hans tocar el violín.

Era casi medianoche cuando finalmente todos se retiraron a dormir. Eva se desvistió sentada al borde de la cama, de espaldas a Anton, horriblemente cohibida mientras se quitaba el sostén. Apagó su lámpara de noche, pero el suave círculo de luz de Anton permaneció.

—Déjame verte —dijo Anton—. Ha pasado tanto tiempo.

Eva tragó saliva. Lentamente, se puso de pie y se dio la vuelta para enfrentar a su marido, luchando contra el impulso de cubrirse los pechos. Él se había quitado el cabestrillo y llevaba solo su camiseta blanca y sus calzoncillos largos. Ella se obligó a mantener los ojos abiertos mientras los ojos de él recorrían la longitud de su cuerpo.

—Había olvidado lo hermosa que eres, Eva —Se acercó al lado de la cama de ella y extendió la mano para tomar la suya—. Ven —dijo con un atisbo de sonrisa—. Acostémonos juntos.

—Oh, Anton, ¿seguramente debes estar demasiado cansado?

Él arqueó una ceja.

—¿Acaso mi esposa me está negando ahora?

—No —dijo ella, forzando una pequeña risa—. No, por supuesto que no, querido.

—Bien, porque eso no estaría bien, ¿verdad?

Eva se deslizó bajo las sábanas, se acostó de espaldas y se quitó la ropa interior. Obedientemente abrió las piernas y se mordió el nudillo cuando Anton entró en ella con un profundo gemido, tratando de no gritar por el dolor. Anton no lo notó, no es que ella lo esperara. Su marido siempre hacía las cosas con prisa y el sexo no era diferente, por lo que fue misericordiosamente rápido, pero el dolor ardiente en su interior la dejó en lágrimas.

Él no pudo evitar notar las lágrimas.

—Vaya —dijo—, realmente me has echado de menos, ¿no?

9.

La hora de la cena. Greta había contratado personal y sirvió una suntuosa comida para celebrar el regreso de su hijo. El señor Hertz comenzó la comida con una oración, agradeciendo a Dios por el regreso seguro de Anton y por la comida ante ellos, lo cual, dada la dificultad de encontrar comida decente en estos días, era, en sí mismo, no un pequeño milagro. Imploró a Dios que cuidara de Max en su regreso a la guerra porque Max, en los últimos meses, se había convertido casi en un segundo hijo para ellos. Amén.

—Brindaré por eso —dijo Anton, levantando su copa con su mano libre.

—Anton, ¿deberías? —dijo Eva. Sabía que el alcohol aumentaba las posibilidades de que su marido tuviera uno de sus ataques.

—Por favor, no me digas qué hacer, Eva.

Eva pinchó una patata con su tenedor, esperando que nadie notara su vergüenza.

—Oye, Max —dijo Anton—. ¿Recuerdas a ese mensajero loco en las trincheras? ¿El de los ojos feroces? Me lo he encontrado un par de veces más. Hablé con él una vez. Le encanta la guerra, cree que es el destino divino que Alemania gane, a menos que los judíos nos apuñalen por la espalda. Nunca he conocido a un antisemita semejante.

—Suenas encantador. ¿Cómo se llama? Para recordar evitarlo en el futuro.

—No lo sé. Hilda.

—¿Hilda?

—No, eso no puede ser correcto. Hissler. Ya no me acuerdo.

Eva había pasado el día preocupada por la inminente partida de Max. Sentía como si tuviera una piedra en el estómago. Sin embargo, a pesar de esto, había sido un día encantador y alegre. Mejor de lo que Eva se había atrevido a esperar. Principalmente porque Hans estaba muy feliz de tener a su padre de vuelta. Cuando tanto Anton *como* Max jugaron al fútbol con él, Hans estaba en su elemento. No estaba tan contento cuando Eva lo hizo tocar el violín para su padre. Después de su recital de dos minutos, Anton se sentó en silencio, con los dedos entrelazados, y todos esperaron su veredicto. Finalmente, Anton se volvió hacia Jan y preguntó: —Padre, ¿qué pasó con esos gatos aulladores que solíamos tener?

Eva chilló. —¡Anton!

Hans se dobló de risa. —¿Quieres que toque más? Lo haré.

—¡No! Ya me torturas lo suficiente, señor. Te ruego piedad. Te culpo a ti, Max.

Max levantó las manos en señal de rendición. —Me declaro culpable. No es mi violín dorado, de lo contrario podría ser un poco más fácil.

—¿Tu qué?

—Quiero tocar tu violín —dijo Hans.

—Quizás más tarde, campeón.

El personal de Greta sirvió el carnero asado mientras Greta y Eva hablaban sobre el costo de vida; Jan le contaba a su nieto una historia militar de hazañas mientras Anton y Max hablaban de la guerra que aún, después de todo este tiempo, no tenía fin a la vista. Sí, la guerra a la que Max regresaría mañana. El pensamiento había permanecido en la mente de Eva todo el día, atormentándola, oscureciendo cada momento.

Jan propuso otro brindis, y nuevamente brindó por los dos jóvenes. —Salud —dijo Greta. Eva pudo haberlo imaginado, pero ¿tenía el anciano lágrimas en los ojos? Los dos jóvenes en cuestión chocaron sus copas. —Navidad en las trincheras, Max —dijo Anton—. Qué suertudo eres.

Max se rio. —No puedo esperar —dijo—. Pensaré en todos ustedes aquí mientras tiemblo en algún hoyo con mi pudín de Navidad. Pero en serio, los extrañaré a todos. —Cruzó miradas con

Eva—. Los extrañaré muchísimo. —Se sentaron en silencio, con los cuchillos y tenedores en alto, mientras el corazón de Eva se contraía.

Hans eructó, rompiendo la atmósfera solemne. —¡Hans! Tus modales, por favor —dijo Eva.

Anton se volvió hacia su hijo. —Me alegra ver que te has deshecho de ese oso de peluche tuyo, muchacho. Ya eras demasiado mayor para él.

Hans se puso rojo e intercambió una breve mirada con Eva. Hans aún guardaba a Edgar en su cama; era su secreto. Eva le guiñó un ojo.

—¿Quiénes son estos empleados, madre? —preguntó Anton—. ¿Qué pasó con los otros? Olvido sus nombres.

Su madre se rio. —Oh, Anton, no lo sabes. Tuve que despedirlos.

—¿Lo hiciste? ¿A los dos? ¿Qué pasó? No me digas que los atrapaste bebiendo el whisky de padre.

Ella soltó una risita. —No, ¡peor! Yo... —Se sonrojó—. Oh, apenas puedo decirlo.

—Esto suena bien. Vamos, dilo.

Jan intervino. —Tu madre los atrapó en una *situación delicada* .

—¿Situación delicada?

Greta se inclinó sobre la mesa hacia Anton y susurró la palabra: —Besándose.

Anton se rio. Todos se rieron. Incluso Hans se rio hasta que dijo: —Yo vi a mamá y a Max haciendo eso.

10.

El silencio duró una eternidad. Eva temía desmayarse; sabía que tenía que decir algo, pero sus pensamientos se fundían en un enredo incomprensible. Hans se puso rojo como un tomate, sabiendo, de alguna manera, que había dicho algo terrible. Max se quedó pálido, con el tenedor flotando entre su plato y su boca. Anton dejó el cuchillo y el tenedor. Con una pausa entre cada palabra, dijo:

—¿Qué Has Dicho, Hans?

Los ojos de Hans rebotaron de izquierda a derecha.

—Nada.

—Viste a Mami y a Max... —No pudo terminar la frase.

Hans bajó la mirada y hizo una mueca.

Eva intentó hablar.

—No, no era... Quiero decir... Lo que Hans quiere decir es... —El pánico interno amenazaba con abrumarla.

Anton se volvió hacia su amigo, con un tic en la línea de la mandíbula.

—¿Max? ¿Es esto cierto?

—No —dijo Eva. Quería llorar—. No es cierto. Hans debe haber...

—Le estaba hablando a Max —dijo Anton, gritando, mirando fijamente su plato—. Bueno, ¿Max? —dijo con voz más suave—. Dímelo.

Max se limpió la boca con la servilleta.

—Sí, es cierto —dijo con un tono plano—. Lo siento. —Se levantó de la mesa y colocó su servilleta doblada al lado de su plato. Se volvió hacia Greta e hizo una reverencia—. Si me disculpan.

Anton se quedó de pie, boquiabierto, confundido. Observaron en silencio cómo Max se retiraba. Se detuvo en la puerta. Se dio la vuelta y Eva notó que sus ojos se habían enrojecido.

—Lo siento mucho —dijo, antes de cerrar la puerta tras de sí.

Eva temía que su corazón explotara. Sabía que todos la estaban mirando. Podía sentir todas las emociones de los padres de Anton: shock, disgusto, decepción. Quería gritar. La expresión de absoluta tristeza en el rostro de Max se grabó en su mente. ¿Qué estaría haciendo ahora? Podría irse. Incluso ahora, a esta hora tardía, podría simplemente marcharse. Tenía que comprobarlo. Sin pensar en cómo podría verse, se levantó de un salto de la mesa, empujó educadamente su silla y corrió hacia la puerta.

—¡Eva!

La voz de Anton la detuvo. Se volvió para verlo de pie, con la cara ardiendo.

—Te advierto, si te atreves a ir con él, no te dejaré volver.

La furia en sus ojos la hizo temblar. Podía sentir la incomprensión de sus padres. Su mano estaba posada sobre el pomo de la puerta. Envolvió su mano alrededor de él. Podía verse a sí misma presionando ese pomo, empujando la puerta y corriendo hacia él, hacia Max, y cayendo en sus brazos, para quedarse allí, en su calidez, en su amor, ahora, esta noche, para siempre. Apretó su agarre en el pomo de la puerta.

—No te vayas, mamá.

Sus piernas cedieron bajo ella. Soltó el pomo de la puerta y, como si caminara a través del barro, regresó a su silla, la sacó de nuevo y se sentó.

11.

Max Fischer despertó en el alojamiento que había desocupado cinco meses antes, cuando los Hertz lo habían invitado a quedarse en su casa. La habitación era claustrofóbica, oscura y fría. Su cama demasiado estrecha e incómoda. Antes, durante su estancia previa, no lo había notado. Después de todo, después de las trincheras, era un lujo comparativo, pero ahora, habiendo sido mimado y acostumbrado a algo decididamente más elegante, este declive en su fortuna era mucho más marcado. Pero no importaba, no en el esquema de las cosas. Lo que sí importaba era la sensación de traición que lo carcomía. Había traicionado a todos. Había traicionado al hombre que le había salvado la vida, traicionado a los generosos señor y señora Hertz que lo habían acogido en sus vidas; había traicionado la inocencia de Hans; y lo peor de todo, había traicionado a Eva y al amor que ella le había mostrado. Y no podía perdonarse por eso.

Había comido un almuerzo simple en un café local, solo pan y jamón. No tenía apetito. Se había obligado a afeitarse, se había obligado a lavarse. Le había dicho a la casera que se quedaría solo una noche, pues mañana tenía que presentarse en la estación de tren a las 8:00 a.m. Había recibido un uniforme nuevo y provisiones. Era hora de volver a la refriega. Era el mejor lugar para él, lejos de la familia Hertz, en algún lugar donde no pudiera hacerles más daño.

Recuperó su violín, el violín dorado, y se sentó en la cama admirándolo, admirando la maestría que había creado un instrumento tan hermoso, su elegancia, su exquisitez. Colocó el instrumento sobre su hombro y, tomando el arco, tocó las notas iniciales de la segunda sonata para violín de Beethoven. Producía un sonido tan cautivador; era como escuchar a los ángeles. Dejó que la música calmara su ser destrozado. Que lavara la angustia. El violín siempre le hacía pensar en su madre, Lisa. Hasta Eva, nunca le había contado a nadie que su madre había sido asesinada; no era el tipo de cosa que uno quería que la gente supiera. Todavía solo habían pasado tres años; él tenía diecinueve en ese momento. Recordaba cada instante cuando su padre regresó y les dijo a él y a sus hermanos que se sentaran. Al menos atraparon al bastardo.

La escena de la cena se repetía una y otra vez en su mente. Anton, sentado frente a él, la mirada de desconcierto cuando él, Max, confesó, el miedo en el rostro de Eva. No podía mentir, no al hombre que le había salvado la vida. Levantarse y salir de esa habitación fue lo más difícil que había hecho jamás, cada paso acosado por la humillación y la vergüenza. Y, sin embargo, lo sufriría todo de nuevo, día tras día, solo por tener a Eva a su lado.

Después, simplemente caminó los dos kilómetros hasta el pueblo, encontrando su camino en la oscuridad.

Un suave golpe en la puerta sacó a Max de su ensimismamiento. Colocó el violín de vuelta en su estuche, pasó por encima de él y abrió la puerta.

Se miraron a través del umbral. Sin decir una palabra, sus ojos escudriñándose mutuamente, implorando. La quietud y el silencio se extendieron entre ellos. Sus dedos se tocaron. Eva entró y cuidadosamente colocó sus brazos alrededor de él, apoyó su cabeza en su pecho. Se besaron, suavemente al principio, luego con mayor urgencia, sus manos acunando su rostro. Sin dejar de besarse, cayeron sobre la cama. Empujándolo hacia abajo con una mirada feroz en sus ojos, ella le arrancó los tirantes y le bajó los pantalones. Él le desabrochó la blusa con dedos torpes y temblorosos, pasó sus dedos por su cabello. Inhaló su aroma mientras se inclinaba para besarla, un dulce aroma a palisandro y bálsamo. Saboreó la salinidad de su piel, sintió la tensión de su feminidad. El amor que hicieron fue como algo que nunca había experimentado antes, cada caricia, cada beso, cada grito y gemido, cada roce y cada movimiento estaba cargado con la desesperada conciencia de que esto nunca volvería a suceder. Ella se retorció debajo de él, casi riendo de alegría y libertad en un momento para luego contener las lágrimas al siguiente. Él intentó grabar su imagen en su memoria, su desnudez, grabar su pasión en su corazón.

Yacían en la cama frente a frente, sonriendo a través de respiraciones entrecortadas, su piel aún hormigueando roja. Él le apartó mechones sueltos de cabello detrás de la oreja. Ella soltó una risita. No quería que el momento terminara, ni ahora, ni nunca.

—Te amo —articuló ella sin emitir sonido.

Y Max lo dijo de vuelta sabiendo que nunca había dicho una palabra más verdadera en su vida.

—Eva, mi amor, mañana regreso a Berlín para pasar una noche con mi padre y luego tengo que presentarme al servicio.

—No, Max. No puedo soportar la idea de que te vayas.

—Ven conmigo entonces, mi amor. Tú y Hans. A Berlín. Pueden quedarse con mi padre, con nosotros. Mi padre te adoraría, lo sé. Esta guerra no puede durar para siempre, y entonces volveré.

—Oh, Max, lo haces sonar tan simple.

—Porque lo es, mi amor. Solo necesitas dar ese primer salto. Podrías encontrar una escuela para Hans y cuando regrese, volveré a enseñar. Sí, Eva, es así de simple. La vida *es* simple cuando sabes que el amor te guía en el camino.

—Max, tengo que irme. Dije que no tardaría.

Max yacía apoyado en la cama, con las manos detrás de la cabeza, y observaba mientras Eva se vestía. Lo hacía juguetonamente, poniéndose el sostén y luego quitándoselo de nuevo, riendo fuertemente o bailando provocativamente para él.

—Oh, Eva, nunca te había visto tan feliz.

—Y eres tú, Max, quien me hace feliz.

Pero ahora era hora de irse. La risa y el baile cesaron. Se abrazaron, sin querer, sin poder soltarse.

—Es como el blanco y el negro, ¿verdad? —dijo Eva.

—Sí.

—Un minuto me siento la mujer más feliz del mundo, y ahora esto.

—Lo sé.

—Disfrutamos de una pequeña burbuja de felicidad y ahora se ha roto y eso es todo. El final.

—No tiene por qué ser el final.

—Oh, Max.

Él la soltó y abrió la puerta de mala gana.

Ella miró hacia la oscuridad del rellano, sin querer salir allí, sin querer comprometerse con el proceso de irse.

—Mañana por la mañana, Eva. El tren sale a las ocho y media.

Ella tomó su bolso y salió al frío rellano. —Sí —dijo—. Estaré allí. Hans y yo. ¿Cómo podría no estar?

El día antes de Nochebuena. Eva se había despertado a las seis y media. Empacó dos pequeñas maletas, una para ella y otra para Hans. Sabía que estaba haciendo lo correcto; Anton no la amaba, nunca lo había hecho. La idea de despertar a su lado por el resto de su vida era demasiado asfixiante para contemplarla. No, se sentía más culpable por alejar a Hans de sus abuelos. Los Hertz siempre habían sido decentes con él y habían mostrado mayor interés en Hans que Anton. Pero ella se sentía tan sola en esta casa, sin amigos, lejos de su familia. Tenía amigos y a sus padres en Berlín. La idea de ver a sus padres de nuevo, después de tanto tiempo, la llenaba de emoción. Y Hans no tenía amigos aquí, nunca se había adaptado a la vida en el campo. Todavía se estremecía al recordar la vez que había organizado una visita de aquel niño gordito, cómo Hermann se había marchado dejando a Hans devastado.

Siete y media.

—Hans. —Sacudió a su hijo dormido—. Hans, despierta.

El niño abrió los ojos y parpadeó. —¿Qué hora es? ¿Ya es Navidad?

—Aún no. ¿Qué te parece si visitamos a tus abuelos de Berlín? Hoy.

Él se incorporó. —¿Hoy? —Buscó a Edgar.

—Sí, ahora. Vamos, será divertido.

Le gustaba la idea, ella podía notarlo. —¿Papá también?

—No. Demasiado trabajo. Ya sabes cómo es.

—¿Podemos tomar un tren?

—Por supuesto, campeón.

—¡Guau! Vale.

—Vamos, vístete. Ya sé, desayunaremos en la estación. ¿Te gustaría?

—Oh, sí, por favor.

—¿Puedes estar listo en veinte minutos?

—Obsérvame.

Odiaba manipularlo así, pero sería demasiado pronto, demasiado y muy temprano para abrumar a Hans con todo. Por ahora, solo tenía que llevarlos a ambos a la estación. Había vuelto del alojamiento de Max la tarde anterior y había arreglado con Katz para que tuviera listo el caballo y el carro para llevarla a la estación. A Katz no le hacía mucha gracia, no tan temprano, pero una generosa y anticipada propina de Navidad ayudó a persuadirlo. En otra media hora, a las ocho, estaría listo, justo con la luz suficiente para conducir los dos kilómetros hasta la estación. Temblaba de anticipación. En otra hora, estaría en el tren rumbo a Berlín con su hijo y el hombre que amaba. Nada se había sentido tan correcto jamás.

*

La estación de tren bullía de obreros que viajaban a las ciudades cercanas para su jornada laboral. Aunque fuera la víspera de Nochebuena, Alemania no podía permitirse reducir sus tasas de producción si quería sobrevivir y finalmente ganar esta guerra. Hombres y mujeres se apretujaban en cada tren, vistiendo sus monos de trabajo y llevando sus fiambreras.

El tren de Max debía partir a las ocho y media desde el andén cuatro. Ahora, según el gran reloj de la estación, eran las ocho menos dos minutos. Estaba de pie con su maleta a los pies y el estuche del violín en la mano, esperándola en el vestíbulo al final del andén. Miraba a su alrededor continuamente, con los ojos bien abiertos buscándola. Notó que era uno de los pocos hombres que llevaba traje y corbata. Su último día completo con ropa de civil, pues mañana, Nochebuena, volvería a vestir el uniforme de soldado de infantería. Sabía que si tuviera a Eva a su lado, podría hacer y enfrentar cualquier cosa que Dios le pusiera por delante. Sin ella...

Encendió un cigarrillo, un hábito del que normalmente se abstenía, pero tenía que hacer algo para calmar sus nervios. Recordó el día en que él y Anton partieron hacia el frente, el día en que conoció a Eva. En ese momento, había mostrado poco interés en ella, demasiado preocupado por lo que le esperaba. Anton, imperturbable como siempre, había ayudado a calmar sus nervios.

Fue la segunda vez que se encontraron cuando se enamoró. El día que se acercó a la casa llevando las cartas de Anton. El recuerdo de ese día se sentía como si perteneciera a otra persona. Sabía que lo que estaba haciendo, alejando a Eva de su marido, era reprochable, pero no tenía control sobre ello. Un hombre cuerdo, lo sabía, vería la locura de todo esto, pero el amor lo había despojado de su cordura. No pudo dormir la noche anterior, dándole vueltas a las cosas en su mente. ¿Funcionaría? ¿Aceptaría su padre a Eva y a Hans, la esposa y el hijo de otro hombre, en su seno? ¿Ganaría lo suficiente para mantenerlos? Intentó encontrar obstáculos, persuadirse a sí mismo de que estaba loco, pero no pudo. La respuesta a todas estas preguntas era sí, funcionaría. La idea de vivir sin ella era simplemente demasiado dolorosa de soportar.

*

Las ocho y cinco. Todo estaba listo. Una niebla matinal se cernía sobre los jardines, filtrándose entre los árboles. Eva guió a Hans por los escalones hasta el carro. Katz puso sus maletas en el estante detrás de su asiento de conductor. Badger, el poni pinto, resopló, escapando bocanadas de vapor de sus fosas nasales. Katz le ofreció su mano a Eva, y Eva subió. Katz dio unas palmaditas a Badger y, tomando las riendas, se acomodó en su lugar. —¿Todo listo? —preguntó desde el frente.

—¡No! —gritó Hans—. Edgar. No puedo irme sin Edgar.

El corazón de Eva se detuvo. —Oh no, por favor, Hans, no tenemos tiempo. Ya eres muy mayor para Edgar; ¿cuántas veces te lo ha dicho papá?

—Mami, no puedo irme sin Edgar. Por favor.

Eva gimió. Sabía que una vez que llegaran a la capital, Hans se calmaría teniendo su osito de peluche. Maldición. —De acuerdo, iré yo. —Anton ya estaría despierto; no podía arriesgarse a que Hans se topara con él—. ¿Está en tu cama?

Hans asintió.

—Lo siento —le dijo a Katz, saltando del carro—. No tardaré.

—Más vale que no, señora. Ya vamos justos de tiempo.

Eva se recogió la falda y corrió de vuelta a la casa, sujetándose el sombrero con la mano. Inmediatamente se topó con su suegra.

—Eva, ¿adónde...?

—No digas nada, Greta. Compras de Navidad.

—Oh. Mi boca es una tumba.

Eva subió corriendo las escaleras, recorrió el pasillo, disminuyendo la velocidad al pasar por su dormitorio. Podía oír a Anton gimiendo desde dentro. Siguió apresuradamente y entró en la habitación de Hans. Agarró a Edgar de su cama y, a punto de salir, se detuvo un momento. Miró alrededor de la habitación, asintiendo. Sí, Hans sería mucho más feliz lejos de esta casa de ancianos. Mucho más feliz.

Volvió corriendo por el pasillo, de nuevo pasando por su habitación. Anton seguía gimiendo, pero ahora con más fuerza. Esta vez, se detuvo, sintiendo que su energía la abandonaba. —Oh no —dijo en voz alta—. Ahora no. —Oyó el chirrido y el gemido de los muelles de la cama. Dudó solo un segundo. No podía dejarlo; tenía que ir con él.

El ataque de Anton ya estaba escalando. Yacía de lado, con todo su cuerpo convulsionando. Eva corrió hacia él, llamando su nombre. Respiraba con dificultad, su pecho palpitaba, temblando y nervioso. Sus ojos estaban vidriosos, el moco se filtraba de sus fosas nasales a su bigote. Había poco que ella pudiera hacer excepto calmarlo; asegurarse de que no se tragara la lengua. No podía dejarlo; sería peligroso hacerlo. Se sentó en la cama, tomando su mano. —Está bien, Anton, estoy aquí. Todo está bien ahora —repitió las palabras con voz suave, frotando su espalda en círculos tranquilizadores. Sus labios se tornaron azules; sus ojos se pusieron en blanco. Las convulsiones se intensificaron. Los minutos pasaban. La baba se acumulaba en su almohada. Resoplaba por la nariz y rechinaba los dientes. Pero lentamente, fue saliendo de ello. El temblor disminuyó. Intentó sentarse, con los ojos aún en blanco. Ella lo abrazó, calmándolo, intentando mantener la tranquilidad. Logró sentarse pero se tambaleaba como un muñeco, amenazando con caerse de nuevo. Eva lo sostuvo por los hombros, manteniéndolo erguido. Sabía que casi habían salido de esto; lo peor había pasado. Él intentó ponerse de pie, pero, calmándolo de nuevo, ella lo contuvo suavemente. Anton ahora gruñía, sus ojos se estabilizaban. Estaría débil durante las próximas horas, ligeramente aturdido y podría tener un dolor de cabeza severo, pero el ataque en sí había terminado. Y con él, pensó, también su oportunidad de escapar.

Eva no había notado que Greta entró en la habitación.

—¿Está bien? —preguntó.

—No fue tan malo esta vez.

Greta cerró la puerta detrás de ella. —Eva, he notado que se le ha acabado la medicina, el tonto. Si vas al pueblo, ¿podrías comprar más?

—Sí, por supuesto.

—Ve ahora si quieres. Yo me haré cargo desde aquí. Lo has hecho bien. —Tomó la mano de Eva —. Sé que mi hijo no es un hombre fácil. Su padre tampoco siempre fue un hombre fácil. Te diré algo que nunca he dicho antes. Cuando era joven, casi lo dejé. Pero en aquellos días, las mujeres no hacían eso. Demasiado vergonzoso. Las cosas son diferentes ahora, Eva. Las cosas son diferentes ahora.

Eva se puso de pie. Se arrodilló y besó a su suegra en la mejilla.

Luego se fue.

*

Max iba por su tercer cigarrillo y comenzaba a sentirse enfermo como resultado. Caminaba de un lado a otro por el vestíbulo. La gente estaba abordando el tren. Eran las ocho y veintiocho. Este

tren saldría en dos minutos. El guardia caminó a lo largo del andén, con su bandera bajo el brazo. Max escudriñó el vestíbulo, deseando que Eva apareciera. Por enésima vez, creyó verla, una mujer con un niño. Su corazón dio un vuelco y, al darse cuenta de que estaba equivocado, se desplomó de nuevo. Se quitó el sombrero y se pasó los dedos por el pelo.

Alguien le tocó el hombro. Max soltó un grito de sorpresa.

—Lo siento, amigo —dijo un hombre bajo con gafas redondas—. ¿Tienes fuego?

—¿Qué? ¿Fuego? Sí, sí, aquí tiene. —Sus manos temblaban tanto que no podía encender una cerilla. Rindiéndose, le pasó la caja al hombrecillo.

—Gracias. —El hombrecillo se alejó, dejando una nube de humo de cigarrillo a su paso.

—¿Va a abordar este tren, señor? —vino la voz del guardia detrás de él.

Se dio la vuelta.

—Si es así, será mejor que suba. Este tren no espera a nadie. —Se rio para sí mismo y volvió caminando por el andén, cerrando de golpe todas las puertas abiertas a su paso.

Max tiró su cigarrillo y lo pisó. Sus manos temblaban. Recogió su maleta. Qué pesada se sentía ahora. —Por favor, Eva —se dijo a sí mismo. Repasó las posibilidades. Podría perder este tren y tomar el siguiente en tres horas, pero no, llegaría tarde para reportarse al servicio y no podía hacer eso. Lo pondrían bajo arresto. No tenía opción: tenía que subir a este tren.

El guardia sopló su silbato. —Maldita sea.

Abrió la puerta del vagón más cercano y subió los escalones. Dejó su maleta, cerró la puerta y bajó la ventana. Los segundos pasaban. —Ahora, Eva. Ahora, ahora, ahora.

Oyó al guardia gritando. —¡Esperen, esperen! —Puede que hubiera dicho que el tren no esperaba a nadie, pero parecía estar esperando a un soldado que empujaban en una silla de ruedas.

Max podría haber llorado. Esto podría retrasar las cosas un par de minutos.

*

Eva instó a Katz a conducir más rápido. —Por favor, por favor, apresúrese.

Katz le gritó por encima del hombro, pero el viento y el clic-clac de los cascos del caballo en el camino se llevaron sus palabras.

La mañana seguía siendo amargamente fría. Hans, aferrándose a Edgar, se bajó el sombrero sobre las orejas. La punta de su nariz se había puesto bastante roja. Eva había dejado sus guantes atrás. Sus dedos se congelaban, pero nunca se había sentido tan acalorada; su espalda empapada en sudor. No podía descifrar lo que Greta le había dicho. ¿Su suegra realmente le había dado permiso, su bendición, para irse así? No podía pensar. Tendría tiempo suficiente para resolverlo más tarde, pero ahora, todo en lo que podía pensar era en llegar a la estación de tren. Cada esquina que doblaban, cada árbol que pasaban, parecía una pequeña victoria. Las lágrimas corrían por sus ojos, pero no estaba segura si era por el estrés o simplemente por el viento. Finalmente, el pueblo apareció a la vista. Un nuevo temor surgió dentro de ella. Habría tráfico, obstáculos que los impedirían. —Por favor, apresúrese —dijo de nuevo.

—Mami, ¿qué pasa?

—Tenemos que alcanzar este tren. Sale en solo un par de minutos. Oh, Dios mío, nunca vamos a llegar.

Pero Katz sabía cómo manejar su caballo y carruaje. Zigzaguearon por la calle principal del pueblo, pasando otros vehículos, gritando a los peatones que se apartaran, y pronto, mucho antes de lo que Eva se había atrevido a esperar, estaban allí - en la estación de tren. Katz redujo la velocidad de Badger a un trote y finalmente se detuvo. Badger pisoteó el suelo con su casco y resopló ruidosamente. Eva saltó del carruaje. —Vamos, Hans, baja. ¡Rápido!

Atrapó a Hans cuando saltó. Por suerte, todavía tenía a Edgar.

—Date prisa, por el amor de Dios.

—Mami, nuestras maletas.

Katz también lo dijo.

—No hay tiempo para eso ahora. Date prisa, Hans. Dame tu mano.

Arrastró a Hans dentro de la estación. Había tanta gente. ¿Qué andén era?

—Mami, no podemos dejar-

Lo arrastró consigo. —Disculpe —gritó, saludando a un guardia—. ¿Qué andén para el tren a Berlín? Apenas podía formar las palabras.

—Andén cuatro, señora. Pero tiene que darse prisa.

Andén cuatro. ¿Dónde estaba el andén cuatro?

—Allí, Mami —dijo Hans, señalando. Ahora estaba disfrutando esto, podía notarlo.

—Oh Dios.

Corrió como nunca antes había corrido, Hans a su lado aún sosteniéndole la mano.

El tren. Estaba allí. No, se estaba moviendo, se estaba yendo.

—Mami, no. —Hans se había detenido.

Eva se quedó de pie al final del andén mientras el tren se alejaba lentamente. Su mano se disparó a su boca justo lo suficientemente rápido para evitar que vomitara. Sus piernas se doblaron bajo el peso del agotamiento. Ya no podía ver el tren; ya no podía ver nada, sus ojos nublados por las lágrimas.

—No te preocupes, Mami. Podemos tomar el siguiente.

Ella negó con la cabeza. —No. Nunca me dio su dirección. Nunca lo encontraremos.

—¿Él? —preguntó Hans—. ¿Quién es él?

13.

Día de Año Nuevo, 1917

La noche está en calma. Una escarcha cubre el suelo reflejando la luz de la luna. En cualquier otra circunstancia, sería una vista hermosa. Los cañones se han silenciado por ahora. Uno de los guardias de turno le advierte que mantenga la cabeza agachada por los francotiradores ingleses. Max y su regimiento habían cenado y fumado sus cigarrillos. Había sido otro día difícil. Los ingleses habían lanzado otro ataque a su sección de trinchera. La artillería alemana había hecho su trabajo y los había mantenido a raya. En solo unos minutos del ataque, una gran cantidad de ingleses muertos y heridos yacía en el tramo fangoso de territorio entre las dos trincheras, la tierra de nadie. El comandante alemán ordenó un alto el fuego para permitir que los camilleros ingleses vinieran a hacer su trabajo.

Max había regresado hace casi una semana. Después de un par de noches en las trincheras traseras, este era su primer día en la trinchera del frente.

Había tenido un día tenso con su padre en Berlín. No había podido hablar. Podía ser el día de Navidad, pero no había alegría ni celebración. Esta era la guerra sin fin, ¿qué había que celebrar? Se sintió aliviado cuando, al día siguiente, se reunió con sus camaradas. Dejó su violín atrás, le pidió a su padre que lo cuidara.

Ahora, a altas horas de la noche en este, el primer día del nuevo año, había salido del claustrofóbico refugio, simplemente para tomar aire y escapar del humo de cigarrillo y las conversaciones obscenas de sus camaradas. No podía soportar escucharlos cuando su corazón aún dolía tanto. Camina por la trinchera, ignorando a los hombres de guardia.

No ha pasado un segundo sin pensar en ella. Artillería retumbando, granadas explotando, balas silbando, ella estaba ahí, cada segundo, y esa pregunta perpetua: ¿por qué? Todo había parecido tan simple. Quizás ese había sido el problema. Demasiado simple, demasiado bueno para ser verdad. No tenía recuerdo alguno del viaje en tren a Berlín; simplemente se había sentado allí aturdido, con lágrimas corriendo por sus mejillas, sus compañeros de viaje mirándolo de reojo. Era la guerra; habían visto cosas peores. Todo lo que sabía era que no podía vivir sin ella.

Se detiene junto a una de las escaleras de la trinchera y tiembla en el frío de enero. Una bengala atraviesa el cielo, iluminando el paisaje devastado a su alrededor. Y, en esos últimos momentos, una profunda serenidad cae sobre él. La extraña luz colorida de la bengala lo deslumbra, aunque había visto bengalas muchas veces antes. El paisaje desolado y terrible resplandece, adquiriendo una belleza retorcida. Los compases iniciales de su sonata favorita de Beethoven resuenan en sus oídos; podía sentir el tacto de su violín. Las lágrimas vienen y sabe que nunca se detendrán, no ahora, no cuando la plena realización lo ha golpeado; que nunca la volvería a ver. Ni ahora, ni nunca. No podía vivir sin ella; simplemente no podía. Pero había una salida. Coloca su bota izquierda en el peldaño inferior de la escalera. La luz de la bengala se desvanece rápidamente. Un día, se reunirían. Un día, lejos, en un lugar diferente. Pero no tenía deseo de vivir en este lugar sin ella. Ni ahora. Ni nunca.

Sube por la escalera, pasa por encima del parapeto y se para en el borde de la trinchera, su sombra proyectada por la luna frente a él. Extiende sus brazos como Jesucristo en la cruz y grita en la noche. No oye a los hombres gritándole que baje, no oye sus frenéticas súplicas.

No oyó nada en absoluto.

Quinto Movimiento: Confesión

1.

Agosto de 1932

La gente se puso de pie, vitoreando, exigiendo un bis. Gritos de *bravo, bravo* resonaban por todo el ayuntamiento. Las luces se encendieron mientras el violinista en el escenario hacía una profunda reverencia, con las manos extendidas, el violín en una mano y el arco en la otra. El padre Rudolf Franz gritaba aún más fuerte, pidiendo más. Miró a su alrededor; todos tenían una sonrisa en los labios y felicidad en los ojos. Rainer Fischer, una de las estrellas emergentes del mundo musical alemán, había vuelto a casa y este concierto, pequeño para sus estándares, era su forma de agradecer al pueblo donde se había criado, al pueblo y su gente que habían nutrido y alentado su talento. El corazón del padre Franz se hinchaba como si Rainer fuera su propia sangre, aunque su fe le fuera ajena, y ahí estaba, actuando para todo el pueblo, un héroe que regresaba, una estrella en ciernes. Los miembros de apoyo del cuarteto de cuerdas habían dejado sus instrumentos y también estaban de pie, aplaudiendo al virtuoso entre ellos. Dos hombres y una mujer, ellos, más que nadie, habían reconocido el prodigioso talento de Rainer desde el principio y lo habían tutelado, lo habían empujado hacia adelante. Cuando tenía diez años, su habilidad ya había superado la de ellos. Y ahora, diez años después, Rainer estaba años luz por delante. Y estaban encantados. Conocían sus limitaciones y también reconocían el genio cuando lo veían. Solo había una persona aún más orgullosa. El padre Franz podía ver a Brigitte en primera fila, su rostro brillando de lágrimas y orgullo. Dios, era hermosa. Su belleza nunca disminuía, no para él. Ni siquiera después de todo este tiempo.

Para alegría de todos, Rainer iba a hacer un bis, y además en solitario.

Las luces se atenuaron. El público guardó silencio, el movimiento cesó.

Sin presentar la pieza, Rainer se lanzó a una melodía que desgarró el corazón del padre Franz. Nunca había escuchado nada parecido. Suave y cadenciosa al principio, cambió de tono y creció en intensidad, elevándose y elevándose, alcanzando un crescendo de proporciones conmovedoras, para luego caer rápidamente en un pathos que llegaba al corazón de todos. La melodía repetía un motivo que giraba y giraba, la mismísima definición musical de la conmoción antes de volver al estribillo inicial. Pero aunque era igual que la apertura, ahora contenía el contexto de las secciones intermedias y, como resultado, su impacto emocional se multiplicó por cien, una melodía que hablaba a cualquiera que hubiera sufrido alguna vez, que hubiera perdido,

que hubiera tenido el corazón roto. La nota final quedó suspendida en el aire, vibrando, antes de disolverse en un silencio profundo y absoluto.

Nadie habló, nadie se movió.

El tiempo se detuvo.

Rainer estaba de pie en el escenario, con la cabeza baja, su violín a un lado. Callado, humilde y absolutamente magnífico.

Trescientas personas en la sala, pero cada una sentía como si Rainer les hubiera hablado a ellos, y solo a ellos. Solo Rainer y el individuo, unidos por un vínculo emocional profundo que trascendía las palabras; un contrato musical interpretado en si bemol menor.

Y entonces llegó la explosión de aplausos.

2.

Después, la gente deambulaba, luchando por llegar al bar, hablando en voz alta. El padre Franz hablaba con varias personas, siempre sobre el mismo tema; todos querían hablar de Rainer Fischer, de qué talento tenía. 'Pero...' Siempre había un 'pero'. Era agosto de 1932. El Partido Nazi acababa de ganar las elecciones federales pero, sin una mayoría clara, no podía formar gobierno. El canciller, Franz von Papen, se aferraba al poder por los pelos.

Hugo Ruthenbeck, un concejal con un mechón de pelo inusualmente grande, tenía su opinión. —Seguramente, padre, incluso si Hitler llega al poder...

—Lo cual espero sinceramente que no ocurra —dijo el padre Franz.

—Oh, estoy de acuerdo, padre, pero si, Dios no lo quiera, lo hace, no podría impedir que Rainer actuara.

—Pero *es* judío —dijo el acompañante de Hugo Ruthenbeck, un hombre mucho más joven.

—¿Y qué? El talento es lo primero. Rainer pondrá a este pueblo en el mapa.

El padre Franz vio a Brigitte por el rabillo del ojo, momentáneamente sola. Su pulso se aceleró. —Oh, si me... Disculpan un minuto. —Se apresuró hacia ella, llamándola por su nombre.

Ella sonrió al verlo, levantando una copa de vino blanco. —Vamos, Rudolf, ¿no fue eso simplemente lo mejor que ha pasado?

Se abrazaron. Él respiró su aroma y, al separarse, se esforzó para que sus ojos no lo traicionaran. —Debes ser la madre más orgullosa del planeta. Me alegro tanto por ti, Brigitte.

—Oh, lo soy. Créeme que lo soy. —Su cabello seguía siendo negro y brillante como siempre, y aún conservaba ese distintivo mechón gris, que su hijo había heredado.

Vieron a Rainer estrechando manos con numerosas personas, su pajarita ligeramente torcida ahora, absorbiendo el flujo de cumplidos.

—Es un chico guapo —dijo el padre Franz—. Sale a su madre.

Brigitte hizo una mueca; no le gustó eso. —Cállate, Rudolf.

Él inclinó la cabeza. —Lo siento.

Hace veinticinco años, antes de que Jesús entrara en su corazón y lo llevara, Rudolf y Brigitte habían sido amantes. Todavía eran unos críos; ella aún lo llamaba Rudi. No lo había llamado así desde el día en que le rompió el corazón. Veinticinco años era mucho tiempo, pero él aún sentía como si quedara una corriente subyacente de resentimiento en cada conversación que tenían juntos. Nunca podría admitir que una parte de él, todavía, después de todo este tiempo, se arrepentía de su decisión, que aún podía recordar su tiempo juntos, sus momentos íntimos. Tales pensamientos lo avergonzaban, pero se negaban a soltar su agarre.

La gente cercana seguía hablando de Hitler. Todos lo hacían ahora. Todos tenían una opinión.

—*Será el salvador de esta nación, ya verán* —dijo un hombre que llevaba *quevedos*, de pie cerca de allí—. *Y se encargará de nuestro problema judío.*

—*No sabía que tuviéramos un "problema"* —dijo su acompañante femenina.

El padre Franz no quería que Brigitte escuchara esto. —Es un hermoso violín el que toca Rainer.

—¿Verdad que sí? —Brigitte tomó un sorbo de su bebida. Él observó sus labios pintados en el borde de la copa—. Lo llama su violín dorado. Perteneció a mi cuñado.

—¿El que murió en la guerra?

—*Estás bromeando; el hombre es un lunático.*

—Maximilian, sí. Después de que murió, pasó a su hermano. Y después de que Walter me dejara, pasó a Rainer. El abuelo de Walter y Max lo fabricó allá por los años setenta del siglo pasado. Apparentemente... —Hizo una pausa, levantó la copa hacia un conocido cercano.

—Hermosa actuación —gritó su amiga.

—¿Verdad que sí? Gracias. —Volviéndose hacia el padre Franz, Brigitte dijo—: Aparentemente, está maldito.

—¿El violín? ¿Lo está? ¿Cómo es eso?

—Quién sabe. Pero Max murió en la guerra, su madre fue asesinada, y algo, no sé qué, le pasó a su tío Eduard. Pero eso fue el siglo pasado en algún momento.

—*No puedes tomar en serio a ese hombre.*

—¿Y Walter? —Siempre le había desagradado Walter Fischer, el hombre que recogió las migajas de su amor desechado.

—No, todavía no. Desafortunadamente. Él nunca tocó. No reconocería un do sostenido ni aunque se sentara sobre él. De todos modos, como *hombre de fe*, no creerías en semejantes tonterías.

—No. No, tienes razón —dijo él, tratando de ignorar la burla que subyacía en sus palabras.

—¿Cuándo regresa Rainer a Berlín? —preguntó, aunque sabía perfectamente la respuesta.

—Mañana, por desgracia. —Sacudió la cabeza—. Su orquesta lo necesita.

—Por supuesto, la Filarmónica.

Ella sonrió con la sonrisa de una madre orgullosa.

—*No, estás completamente equivocado. Él nos devolverá nuestro respeto en el mundo, te lo digo yo.*

—Lo echarás de menos.

—Sí. Sí, lo haré. —Tomó un gran trago de su vino—. Es curioso, pero todos los hombres en mi vida tienen esta costumbre de abandonarme.

—Vamos, Brigitte...

—Pero es cierto, ¿no es así, padre? —Él notó el cambio en su respiración—. Mi hijo, mi marido, y antes de eso...

3.

Un año después, junio de 1933

—Tomad, comed. Esto es mi cuerpo. Haced esto en memoria mía. —Por el rabillo del ojo, el padre Franz vio la figura distintiva de Brigitte Fischer en la entrada de la iglesia. Con su pañuelo rojo brillante y su vestido suelto, era imposible no verla. Ella nunca entraría en una casa de Dios. Su presencia en el extremo más alejado de la iglesia, bañada por el sol, era una distracción. Necesitaba ignorarla y terminar su trabajo. Había realizado la Eucaristía miles de veces; podría hacerlo de cabeza y con los ojos cerrados, pero aun así, necesitaba concentrarse—. Esta copa es el nuevo pacto en mi sangre. Haced esto, cada vez que la bebáis, en memoria mía.

Finalmente, al terminar, las ancianas, porque todas eran mujeres y mayores a esta hora de la mañana, se acercaron a él para estrecharle la mano. Sin mencionar que aprovechaban para quejarse y hacer comentarios, generalmente despectivos, sobre sus maridos o sus hijos o nietos. Las nueras solían ser los blancos favoritos. Estas chicas nunca eran lo suficientemente buenas para las ancianas: eran perezosas, de clase baja, pésimas cocineras, no sabían mantener un hogar, usaban faldas demasiado cortas, sus blusas estaban desabotonadas muy abajo. El padre Franz escuchaba, sonreía y simpatizaba mientras todo el tiempo era consciente de que Brigitte lo estaba esperando. —Bueno, señoras, si me disculpan... —dijo, tratando de escapar de sus garras.

Caminó rápidamente por el pasillo, con su Biblia aún en la mano, consciente de los ojos de las feas gárgolas que lo miraban desde arriba con malevolencia apenas disimulada. Cruzó su mirada con la de Brigitte. Ella sonrió con esa sonrisa suya, esa en la que entrecerró los ojos, y él supo que tenía algo que comunicarle. —Rudolf, tengo noticias para ti. Ven, camina conmigo.

Era un glorioso día de junio de 1933, el cielo azul, las sombras largas. Caminaron por la plaza del pueblo, pasaron frente al ayuntamiento ahora decorado con varias banderas con esvásticas, una visión que nauseaba al padre Franz cada vez que las veía. Un par de jóvenes madres pasaron, empujando sus cochecitos; en el centro de la plaza, a la sombra de los árboles, un grupo de hombres mayores se animaban mutuamente en un juego de bolos entre risas y gritos de aliento. —¿Qué sucede? —preguntó él, quizás con más brusquedad de la que pretendía.

Ella se detuvo. —¿No vas a preguntarme cómo estoy, Rudolf? —Rebuscó en su bolso, sacando un paquete de cigarrillos—. ¿Quieres uno?

—No seas tonta.

—Estoy muy bien, gracias, padre. La gente ha dejado de hablarme; mis supuestos amigos me han abandonado todos, excepto los judíos, por supuesto, y Rainer deambula por la casa sin nada que hacer desde que la Filarmónica lo despidió. He logrado dejar de beber los domingos por la mañana. Gracias por preguntar. —Guardó sus cigarrillos sin tomar ninguno.

—Lo siento mucho. Si hay algo que pueda...

—¿Qué, Rudolf? ¿Qué puedes hacer? ¿Deshacerte de Hitler tal vez? Eso ayudaría.

Una ovación estalló desde el juego de bolos.

—De todos modos, esto no se trata de mí. Pensé que te interesaría saber que el obispo Bugenhagen ha muerto.

Le tomó un segundo asimilar lo que ella había dicho. —¿Qué has dicho?

—El obispo Bugenhagen. Cayó muerto a mitad de la misa. ¿Te lo puedes imaginar?

Ella estaba disfrutando esto, pensó él, regodeándose en su conocimiento. —Pero... ¿cómo? No era tan mayor.

—Sesenta años, según oí. Dicen que tenía problemas del corazón.

—Son noticias terribles.

—Para él, sí, pero para ti, Rudolf, ha llegado tu momento.

—No sé a qué te refieres —dijo él, sabiendo exactamente a qué se refería.

—Ahí viene Rainer —dijo ella, saludando a su hijo que se acercaba—. Obispo Franz. Hmm, tiene cierto encanto, ¿no crees?

—Hola, Padre —dijo Rainer Fischer.

El padre Franz no había hablado con Rainer desde su regreso y no le entusiasmaba la idea de hablar con él ahora. Rainer aún conservaba su característico mechón gris en el cabello, como su madre, pero había envejecido en el último año. Le había crecido la barba, su piel había perdido el brillo, y sus ojos extrañamente amarillentos, su chispa. Era demasiado joven para experimentar tal desilusión en la vida.

—Hola, Rainer. ¿Contento de estar de vuelta? —Podría haberse golpeado a sí mismo por hacer la pregunta más estúpida.

Rainer miró a su madre. —Sí, encantado —dijo, pateando una piedra.

—Lamento oír que perdiste tu...

—Sí, bueno. Resulta que los judíos ya no son bienvenidos en las filas de la Filarmónica. Así que, sí, estoy de vuelta sin hacer nada.

—Estoy seguro de que algo surgirá.

Rainer se aferró al tópico. —¿Lo está, Padre? Qué tranquilizador.

Brigitte intervino. —Así que ahora tiene mucho tiempo para ayudar a su vieja madre con las compras.

—Sí, madre, si tú lo dices.

Se dispusieron a irse, pero Rainer se detuvo. Volviéndose, dijo: —Estoy pensando en cambiar de fe. Ser judío es un poco problemático estos días; quizás lo hayas notado. Y no es como si alguna vez me lo hubiera tomado en serio. Entonces, ¿está bien si me conviertes?

El padre Franz no podía decir si Rainer simplemente estaba jugando con él o si, bajo sus comentarios cáusticos, yacía una capa de verdad. —No lo sé. Supongo...

—Empezaré por venir a confesarme. ¿Eso ayudaría?

—No estoy seguro de que funcione así.

—¿No? Así que ni siquiera usted, Padre, ayudará. Qué lástima. Esperaba más.

El padre Franz los vio alejarse sin prisa. Rainer había cambiado por completo. Se había ido el joven educado con su violín lleno de esperanza y ambición. Hitler lo había cambiado; lo había amargado. Odiaba no poder ofrecerles algo a lo que aferrarse, ni siquiera un ápice de esperanza.

Apresurándose de vuelta al fresco interior de la iglesia, el padre Franz se deslizó por el pasillo lateral, esperando escapar de la atención de las ancianas que ahora salían lentamente, charlando en voz alta entre ellas.

—El obispo Bugenhagen ha muerto —se dijo a sí mismo, cerrando la puerta de la sacristía tras él—. Ha muerto. —Caminó hacia la ventana, echando un vistazo a la vista familiar, el cementerio rodeado por el muro de piedra, un grupo de pequeñas casas encaladas más allá. Brigitte tenía razón; había estado esperando una oportunidad como esta. Había seis iglesias dentro de la diócesis, seis sacerdotes. Seguramente, uno de ellos sería nombrado obispo, seguramente no buscarían más allá. Consideró a los otros, sus rivales. Todos eran buenos hombres, aparentemente más piadosos, más dedicados que él. Pero él era el mayor, el más experimentado. Eso tenía que contar para algo. El comité de la diócesis se reuniría varias veces y discutiría en detalle los posibles candidatos. Uno no presentaba su candidatura; uno no aplicaba en el sentido normal de la palabra, uno esperaba una invitación para ayudar a "revisar desarrollos futuros". Todo era muy educado, pero implacable. El nombre que le vino a la mente fue Theodor Freisler, su benefactor. Freisler, un generoso donante a las arcas de la iglesia, tenía una enorme influencia en toda la diócesis.

Theodor Freisler ciertamente vivía en la casa más grandiosa de los alrededores, una casa de campo del siglo XIX de piedra caliza cubierta de hiedra, a dos kilómetros de la ciudad, que constaba de varios dormitorios, un reloj de pie con una cara de luna en el pasillo y habitaciones en la planta baja con techos altos, tapices y chimeneas ornamentadas. La casa tenía su propio lago en la parte trasera y un imponente roble y sauces llorones en el frente.

El padre Franz tenía una relación bastante agradable aunque algo falsa con el señor Freisler. Había ido a cenar a su casa varias veces a lo largo de los años y había llegado a conocer al hombre y a su familia. Cualquiera que mirara su relación desde fuera habría pensado que eran amigos, pero el padre Franz sabía que, como sacerdote y terrateniente, la suya era más bien una relación de negocios. Sabía que si fuera reemplazado por cualquier razón, aunque nunca sucedería, pero si ocurriera, nunca volvería a poner un pie dentro de la casa. Nunca se sentía realmente cómodo en compañía de los Freisler; siempre había un toque de malevolencia en el hombre, una malicia oculta tras una fachada de cordialidad. Hace diecisiete años, el sacerdote había bautizado a la hija de Freisler, Gabriele. La había visto crecer hasta convertirse en una joven perfectamente normal, educada y temerosa de Dios, ahora madurando en una belleza joven confiada, vivaz y francamente voluptuosa, capaz de hacer girar cabezas tanto jóvenes como viejas. Había llegado a una edad en la que se había vuelto consciente de su sexualidad y su poder, pero no lo suficientemente mayor como para saber cómo usar ese poder responsablemente, o de hecho para apreciar cuán poderoso era.

De hecho, la visita más reciente del sacerdote a la casa de los Freisler, hace unas seis semanas, había sido para discutir las inminentes nupcias de Gabriele. —Puedo decirle, padre —había dicho el señor Freisler, sirviéndose un gran whisky—, es un gran alivio. Mi hija atrae a los chicos como abejas a la miel. Ahora al menos está comprometida. —Se sentaron en el salón de los Freisler con su piano de cola en la esquina, con la tapa abierta, y un enorme retrato del bisabuelo del señor Freisler en un marco dorado mirándolos desde arriba de una elaborada repisa de chimenea.

—Y con un joven tan agradable —añadió la señora Freisler, moviéndose por el salón con zapatos chirriantes, encendiendo velas. El padre Franz podía ver de dónde había sacado Gabriele su apariencia: el mismo cabello negro y rizado, la misma nariz respingona, la misma sonrisa con hoyuelos—. Ya es abogado. Muy apreciado por el Partido. Solo veintidós años. Un chico encantador. ¿Tienes más cerillas para las velas, Theo?

—Conocemos a su familia —dijo el señor Freisler. Afortunadamente para ella, Gabriele no se parecía a su padre con su nariz chata y sus ojos ligeramente demasiado juntos—. Muy arriba en el Partido. El tipo de gente adecuada para tener de tu lado, ¿sabe a qué me refiero? Gente buena y recta también. Trabajadores. Educados.

—Como usted mismo, *mein* Herr.

—Ja, ahórrese el aliento, padre. No me gana tan fácilmente.

—Entonces, ¿cuándo estaban pensando... para la boda, quiero decir?

La puerta del salón se abrió y entró Gabriele, entrando como si flotara en el aire.

—Ah, hablando del rey de Roma.

—¿Qué es eso, papá? Buenas noches, padre —dijo con una pequeña reverencia.

Se veía bastante divina con sus ojos oscuros y profundos, y su blusa azul. Le recordaba al padre Franz a Brigitte cuando era joven. Este chico abogado era un tipo con suerte.

—El padre Franz estaba preguntando cuándo será el gran día.

—No será hasta dentro de un año, cuando cumpla dieciocho —dijo la señora Freisler. Con las velas encendidas, excepto una, se sentó con un suspiro satisfecho en un sillón mullido—. Y tenemos tanto que organizar, ¿verdad, Gabbie?

Volviéndose hacia el sacerdote, Gabriele dijo:

—Yo esperaba tener una boda pequeña e íntima, padre. Pero veo que hay pocas posibilidades de que eso suceda.

Theodor Freisler se rio.

—Queremos lo mejor para nuestra pequeña ángel.

—Sí, bueno, tu pequeña ángel tiene que salir ahora —Se inclinó para besar a su padre—. Voy a cenar con Robert.

Eso fue hace seis semanas. Mientras tanto, se había fijado la fecha y reservado la iglesia. El día anterior, el padre Franz caminaba por la plaza del pueblo cuando divisó a Rainer y Gabriele sentados juntos en un banco. Redujo el paso. Estaban sentados muy cerca, frente a frente, hablando con entusiasmo. Rainer parecía aún más desaliñado; su chaqueta le colgaba suelta ahora, con un bolsillo roto, mientras que Gabriele se veía radiante en su vestido amarillo de verano. Pero el padre Franz podía ver por la manera en que se hablaban, las sonrisas brillantes y las risas, que había una evidente conexión entre ellos. Se apresuró a seguir su camino, con una profunda inquietud asentándose en su estómago.

Hoy, con la noticia de la muerte del obispo Bugenhagen, el padre Franz corrió de vuelta a la casa de Freisler, esperando encontrar a Freisler en casa. La criada condujo al sacerdote al estudio, una habitación grande llena de libros que tenía el aire de estar perpetuamente polvorienta a pesar de estar impecablemente limpia. Encontró a Freisler al teléfono. Freisler le hizo un gesto para que se

sentara. Freisler había sido nombrado recientemente *Stellenleiter*, un representante local nazi, y llevaba con orgullo una túnica de color mostaza con un cinturón grande y un brazalete con la esvástica. El sacerdote pensó que era mejor no mencionar que había visto a Gabriele hablando con Rainer el día anterior. Freisler, terminando su llamada, volvió a colocar el auricular en su base.

—Ah, padre, ¿se ha enterado?

—Si se refiere, *mein Herr*, a la terrible noticia sobre el obispo Bugenhagen, entonces sí.

—Sí, una noticia impactante. Pero, francamente, creo que estamos mejor sin ese hombre. Bugenhagen y yo no siempre estábamos de acuerdo.

El padre Franz sabía exactamente a qué se refería Freisler. Hace tres o cuatro años, Freisler había intentado comprar unos terrenos de la iglesia que estaban descuidados. Bugenhagen le mostró la puerta. Freisler estaba furioso: había donado mucho dinero a la iglesia a lo largo de los años, dinero que había ayudado, en gran parte, a construir una escuela de la iglesia. Se rumoreaba que, aunque agradecido, el obispo Bugenhagen había querido construirla en un pueblo, pero por la insistencia e influencia de Freisler, la construyeron en otro.

—Lo que usted necesita, *mein Herr*, es alguien más dispuesto a satisfacer sus necesidades.

Freisler lo miró. Sí, pensó el sacerdote, los dos se entendían.

—Sabe, padre, vivimos en tiempos maravillosos. El Führer está tomando a este país por el cuello y haciendo cosas que nunca creímos posibles. Ha lidiado con los comunistas, los sindicatos y todos los demás izquierdistas blandengues. Y ahora está lidiando con los judíos. Ya era hora de que alguien lo hiciera, ¿no cree?

El sacerdote mantuvo su silencio.

—He dicho, ¿no cree, padre?

—Oh sí, absolutamente, *mein Herr*. Oh, sí, ya era hora.

—Entonces, ¿qué hay de la iglesia? ¿Tanto ustedes los papistas como los otros?

—Hay algunos problemas de adaptación, se lo concedo.

Theodor Freisler se rio.

—¿Adaptación? Me gusta eso. No, su momento llegará, recuerde mis palabras —dijo, apuntando con el dedo—. Llegará el día en que no tendré que andarme con miramientos con la iglesia, y le digo, estoy contando los días. Pero, mientras tanto, sí, hablaré con la diócesis; veré cuáles son

sus planes para reemplazar al obispo. Y querrán mi consejo, naturalmente. Y yo propondré el nombre del hombre que creo que puede hacer más por esta comunidad.

Para ti, más bien, pensó el sacerdote. —No puedes hacer más que seguir tu conciencia, *mein Herr*.

—¿Conciencia? ¿Qué tiene que ver eso con nada? ¿Hay algo más en lo que pueda ayudarte?

—No. No, gracias, *mein Herr*. Le agradezco su tiempo. Ha sido un placer, como siempre.

—Bien. Ya conoces la salida.

El padre Franz regresó a la rectoría con la cabeza dando vueltas. Encontró a su ama de llaves, la señora Richter, vaciando su papelería. —Le he preparado la cena, padre —dijo con una sonrisa dentada—. Bratwurst y chucrut. ¿Le parece bien?

Siempre hacía bratwurst y chucrut; su educación culinaria no iba más allá del bratwurst y el chucrut. —Gracias, señora Richter, muy amable.

—Solo estoy vaciando sus papeleras y me iré. Ah, encontré esta carta en la basura. La saqué para usted. —Le entregó una hoja de papel arrugada—. Pensé que podría ser importante.

La carta, de un consejero privado, no tenía importancia y la había tirado felizmente. Aun así, la señora Richter había actuado por amabilidad. —Oh, vaya, ¿tiré esto? Qué tonto de mi parte. Gracias, señora Richter.

Pudo ver cómo se hinchaba con la concesión de su gratitud. —Un placer, padre. Ahora, disfrute de su cena y le deseo buenas noches.

El padre Franz se sentó a "disfrutar" de su bratwurst y chucrut. La muerte del obispo Bugenhagen le había hecho ver cuánto se aburría de la vida. El trabajo de un sacerdote provincial traía pocas recompensas; suficientes, quizás, para un hombre de ambición limitada, pero después de casi veinte años, estaba desesperado por avanzar, por experimentar un poco de vida real, como diría Brigitte Fischer. El sueldo aquí también era abismal. Tenía que pensar en su jubilación. La pensión de un sacerdote no era suficiente ni para mantener caliente a un lirón. Pero la pensión de un obispo, eso sí que vendría bien. El comité de la diócesis escucharía a Theodor Freisler; siempre lo hacían, pero ¿lo perdonaría Freisler por aquel malentendido de hace un par de años?

El padre Franz había establecido un fondo para reparar el techo de la iglesia. Freisler había ofrecido una cuantiosa donación con la condición de que Franz utilizara a cierto contratista. Franz se reunió con el hombre, un individuo sospechoso que lo llamó "colega" y que quería demasiado dinero por el trabajo, más que la donación de Freisler. Así que, actuando por iniciativa propia, Franz consiguió que alguien más hiciera el trabajo al setenta y cinco por ciento

del presupuesto del contratista. Freisler no estaba contento. Y Freisler no era un hombre que olvidara —o perdonara— fácilmente.

La próxima boda de Gabriele había ayudado a restaurar su relación, pero Franz seguía preocupado: ¿y si no era suficiente? Su conversación de esa mañana lo había puesto nervioso. Seguramente, la gente no se quedaría de brazos cruzados y dejaría que Hitler dismantlara la iglesia, ¿verdad? La iglesia necesitaba más hombres como él, hombres de principios, hombres que pudieran enfrentarse a Hitler y a todos sus pequeños Hitlers como Freisler. Sin embargo, para llegar allí necesitaba a Freisler. Y lo que necesitaba ahora mismo era algo que se ganara la gratitud eterna de Freisler; algo que asegurara que Freisler respaldaría su nominación como reemplazo del obispo Bugenhagen.

5.

El funeral del obispo Bugenhagen tuvo lugar en su iglesia en el pueblo vecino, a unos cuatro kilómetros de distancia, en una hermosa mañana de julio. Todos los asientos estaban ocupados; el arzobispo había venido desde lejos para dirigir el servicio y pronunciar un elogio lleno de poesía y patetismo. Después, en el velatorio, los seis sacerdotes de la diócesis se encontraron gravitando los unos hacia los otros. Tratando de no derramar sus copas de jerez y sus platos de sándwiches y rollitos de salchicha, se estrecharon las manos, expresaron su tristeza por la repentina muerte del obispo Bugenhagen y elogiaron el discurso del arzobispo. Franz estaba particularmente contento de ver al padre Dietmann, un hombre jovial al que le gustaba escandalizar a la gente con su uso del lenguaje vernáculo. Él y Dietmann se conocían desde la escuela y aunque ahora sus caminos se cruzaban raramente, aún consideraba al hombre alguien con quien podía hablar, aunque había que tener un poco de cuidado: a Dietmann le gustaba hablar y no dudaría en llamar por teléfono para chismorrear. Uno por uno comenzaron a contar anécdotas sobre el obispo, historias sobre las veces que había sido solidario, sabio o incluso simplemente divertido, cada uno tratando sutilmente de superar a los demás en reclamar el afecto del difunto obispo. Y aquí, el padre Franz sabía que había fallado; no tenía historias con las que impresionar a sus rivales. La pregunta que rondaba la mente del padre Franz era si querían el obispado para ellos mismos. No se podía preguntar, sería demasiado indecoroso exponer la ambición de uno. "Ambición" era una palabra sucia, y ser visto albergando cualquier ambición sería mal visto. Para el padre Franz era obvio que tres de ellos, incluido el padre Dietmann, estaban contentos donde estaban. Los otros dos... bueno, no estaba tan seguro. Uno de ellos en particular le preocupaba: el padre Casdorff, apuesto y despiadado, amado por su congregación, odiado por sus compañeros sacerdotes, especialmente Dietmann, como un advenedizo que se creía superior a todos los demás. El comité lo veía como joven y emprendedor, alguien con carisma que atraería a la juventud. Pero seguramente, pensó el padre Franz, seguramente la edad y la experiencia contaban más. Pero no, mirando al padre Casdorff por encima de su copa de jerez, ya no estaba tan seguro.

Pasaron tres, cuatro, luego cinco semanas y el padre Franz no estaba más cerca de asegurar el apoyo de Theodor Freisler. Pero hoy había sido invitado a la casa, o más bien convocado, por la señora Freisler para discutir los himnos de la boda. Antes de dirigirse allí, pasó por la iglesia. Saludó a las señoras de la limpieza y a una anciana en oración. Cuando estaba saliendo, vio a Rainer entrar en la iglesia, su incomodidad claramente visible.

—Rainer. Bienvenido.

—Oh, hola, padre, yo solo estaba...

—Pasa, Rainer. Por favor.

Rainer miró hacia arriba y a su alrededor, absorbiendo el techo abovedado, los frescos en las paredes, las gárgolas con sus ojos penetrantes, el gran crucifijo detrás del altar. —Nunca había estado dentro de una iglesia antes. No es tan diferente de una sinagoga, aunque tampoco voy a esas.

—Bueno, eres más que bienvenido. ¿Cómo estás, Rainer?

—Bien. Al menos me he conseguido un trabajo. Trabajando en una granja. Muy lejos de lo que esperaba, pero bueno, hay que hacer lo que sea necesario. ¿Son estas las Estaciones de la Cruz?

—Lo que decías antes, Rainer, sobre, ya sabes, *convertirte* ... —Dijo la palabra como si sonara desagradable.

—No lo sé. Ahora que han aprobado su ley de desnaturalización, podrían quitarme la ciudadanía en cualquier momento. ¿Ayudaría convertirme?

—No lo sé.

—No, yo tampoco. —Miró su reloj—. Debería irme.

—Sí, yo también. Tengo una reunión con la señora Freisler.

—¿Ah, sí? Bueno, si ves...

—¿Sí?

Negó con la cabeza. —No importa.

El padre Franz llegó a casa de los Freisler. El hombre de la casa estaba fuera por negocios, al igual que Gabriele. Juntos, la señora Freisler y el padre Franz se sentaron en la sala, tomando té. Gabriele, le dijo la señora Freisler al padre Franz, estaba más que feliz de dejar la elección de los himnos a ella. El padre Franz aprobó la lista inicial de himnos de la señora Freisler; ahora le

tocaba a ella hacer sus elecciones finales. Cuando estaba a punto de irse, estrechando la mano de la señora Freisler en la puerta principal de la casa, Gabriele regresó. Ambos la vieron caminar rápidamente por el camino de entrada y alrededor de la fuente del delfín, sus zapatos de tacón crujendo sobre la grava.

—Su hija parece ansiosa por llegar a casa —dijo el padre Franz.

—Gabbie, ¿estás bien, querida?

La chica parecía alterada, con el pelo despeinado y un leve manchón de lápiz labial. Él retrocedió, dándole espacio para pasar, mientras ella subía de un salto los escalones de piedra que conducían a la puerta principal.

—¿Gabbie? —La expresión de la señora Freisler se arrugó de preocupación.

La chica no respondió, ni los miró. Como un tornado que los apartaba a un lado, irrumpió en la casa.

—¡Gabriele! —la llamó su madre—. ¡Gabriele, ¿dónde están tus modales?!

La vieron subir ágilmente las escaleras y perderse de vista.

—Padre, no sé qué le pasa; le pido disculpas...

Él levantó la mano. —Señora Freisler, por favor, no es necesario. Es evidente que está alterada por algo. Es joven; los jóvenes se alteran fácilmente. La dejaré con esto. Que tenga un buen día, *meine Frau*, y avíseme cuando haya tomado su decisión final sobre los himnos. Pero sin prisa.

Había llegado al final del camino de entrada cuando recordó que había dejado su pluma en el salón de la casa. Se preguntó si debía volver a buscarla, después de todo solo era una pluma. Pero era su pluma de oro, un regalo legado por un feligrés agradecido. Sí, pensó, volvería. La criada lo dejó entrar. —No hace falta molestar a la señora Freisler —dijo en un susurro, con un dedo en los labios—. Seré rápido como un rayo.

Encontró su pluma de oro en el salón, exactamente donde recordaba haberla dejado. El reloj en su cúpula de cristal marcó la hora. Se dirigió hacia la salida, guiñando un ojo al retrato del bisabuelo del señor Freisler mientras cerraba las puertas dobles tras de sí. Oyó la voz de Gabriele desde el rellano del piso de arriba. Estaba sollozando. —Lo amo, mamá, pero es imposible —jadeó entre sollozos. El padre Franz aminoró el paso; no podía detenerse, la criada lo observaba desde la puerta. Fingió comprobar su reloj con el reloj de pie de cara lunar. —Pero entonces papá lo sabrá y se lo dirá a Robert y Robert romperá conmigo y nunca podré casarme. —Oyó que se cerraba una puerta de golpe, los zapatos chirriantes de la señora Freisler, un grito lastimero: —No, Gabbie, espera, mi amor...

—La encontré —dijo el padre Franz en un susurro mientras se acercaba a la criada, mostrando su

pluma de oro. Ella asintió. Sin sonreír, sin embargo—. Lamento haberla molestado.

Durante el resto del día, el padre Franz intentó descifrar qué había querido decir exactamente Gabriele. Como ocurría a menudo últimamente, se dio cuenta de que su falta de experiencia en la "vida real" era un claro inconveniente. Quería pedirle ayuda a Brigitte: ¿qué había querido decir Gabriele? Pero no podía; no quería darle esa satisfacción.

Pero, tal como estaban las cosas, no tuvo que esperar mucho para averiguarlo.

6.

A las diez de la mañana siguiente, la iglesia estaba vacía. El padre Franz había terminado los maitines, había despedido a un representante de ventas que intentaba venderle un nuevo juego de libros de oraciones y estaba pensando en ir a la panadería a comprar un pastel dulce. Al salir de la iglesia, adentrándose en el calor del día, comprobando si llevaba cambio en el bolsillo de la sotana, se topó con Rainer Fischer.

—Oh, hola, Rainer, no te había visto.

El chico parecía preocupado, con el ceño fruncido y los ojos ocultos tras unas gafas de sol. —Padre, ¿puedo hablar con usted?

—Sí, eh, por supuesto. Solo iba a... no importa. —El pastel tendría que esperar—. ¿En qué puedo ayudarte?

—Me refiero en privado.

—Ah, sí. Será mejor que entres entonces. —Condujo a Rainer al interior de la iglesia, con los pies del chico arrastrándose sobre las losas detrás de él—. Por muy caluroso que esté fuera, aquí dentro siempre se mantiene fresco. Son esos gruesos muros de arenisca, ¿sabes? —Las gárgolas parecían seguirlo con sus ojos penetrantes—. ¿Has pensado más en lo que discutimos?

—Padre, ¿puedo hacer una...?

El padre Franz se detuvo para mirarlo. —Sí, Rainer, ¿qué ocurre?

Bajó la mirada. —Necesito confesar algo.

Tratando de disimular su sorpresa, el sacerdote dijo:

—No estoy seguro.

—No, claro. Lo siento, fe equivocada y todo eso. Pensé que, a pesar de todo, seguía siendo parte de tu rebaño —Se quitó las gafas de sol y el padre Franz volvió a intentar ocultar su sorpresa; los ojos de Rainer estaban rojos, bordeados de lágrimas—. No importa —Hizo ademán de irse.

—No, Rainer, espera.

Rainer se detuvo.

—Mira, técnicamente, no deberíamos hacer esto, pero tienes razón, eres parte de mi rebaño y te conozco desde que eras un bebé. Además, puedo ver que algo te preocupa. Ven.

—Lo que te diga, tú no, quiero decir...

—Lo que digas quedará entre tú, yo y Dios; eso es todo. ¿Entiendes?

Asintió.

—Ven entonces...

Rainer se detuvo frente al confesionario, como si no estuviera seguro de comprometerse con él, como si temiera entrar en su oscuro interior.

—Si quieres, podemos ir a la sacristía.

Rainer lo miró de reojo.

—No, esto está bien.

—Bien —Apartando la cortina púrpura, el padre Franz entró en el confesionario, se sentó y esperó. Podía oír la respiración de Rainer desde fuera. Finalmente, entró, su silueta oscura visible a través de la rejilla que separaba los dos compartimentos.

—Me saltaré los preliminares habituales debido a... Bueno, ¿qué ocurre, Rainer? ¿Cómo puedo ayudarte?

—Padre, yo...

Se detuvo. Animándolo, el padre Franz dijo:

—¿Sí, Rainer? ¿Qué es? Puedes contármelo y Dios escuchará.

—Pero ¿me perdonará, Padre? Quiero decir, ¿de verdad?

—Si te arrepientes sinceramente, entonces sí, Dios siempre perdona.

—De acuerdo. Bueno... —Tosió—. Es así, Padre. No era mi intención, de verdad, pero me dejé llevar. Hay una chica... viene a mi casa a veces, ya sabes, nos llevamos bien, nos hacemos reír. Ni siquiera le importa que yo sea judío. Es tan bonita, es como un jarrón, ¿sabes? Un jarrón delicado. Le estoy enseñando violín. Todavía no sabe tocar. La verdad es que es atroz, pero no se lo digo. Pero es tan agradable tener compañía, alguien con quien hablar, alguien que no me trate... diferente. La forma en que me habla, y tiene esta sonrisa. Pensé... Ayer, mamá no estaba. Yo... ya sabes, la besé. Estábamos en la cocina. Al principio intentó detenerme; creo que estaba en shock, pero luego... Así que la besé más. Oh, Dios, no debería haberlo hecho, ahora lo sé. Si su padre se enterara, me mataría.

El padre Franz lo oyó sorber. A través de la rejilla, podía ver que tenía la cabeza inclinada.

—¿Estás bien, Rainer?

—Sí. No, en realidad no. No lo sé.

—Rainer, ¿acaso... hiciste algo más que besarla?

Después de un rato, llegó una respuesta.

—No te oí, Rainer.

—No puedo decírtelo.

—Oh, Rainer. Esto podría resultar difícil. Por tantas razones.

—Sí, lo sé, porque está comprometida para casarse, porque soy judío, porque su padre es nazi, porque si alguna vez se entera, estoy muerto de verdad. ¿Necesitas más? Dios, perdóname.

—Era Gabbie, ¿verdad? Gabriele Freisler.

Una vacilación.

—¿Rainer?

—Sí.

—Ay, Rainer, Rainer. Lo que has cometido, Rainer, es un pecado mortal. Es bueno que te hayas confesado. Si fueras católico, irías directo al infierno. Debes decirme que te sientes arrepentido por haber cometido este acto.

—Me siento arrepentido, sí. Sí, padre, lo estoy. Me siento muy apenado, créame.

—Bien, de acuerdo. Ve a casa ahora y reflexiona sobre tu pecado. Yo te perdono y a través de tu confesión, Dios te absolverá de tu pecado. Ve ahora, en el nombre del Señor.

—¿Eso es todo?

—Sí. No puedo hacer más que esto, Rainer. —Pudo escuchar a Rainer suspirar. Había esperado más.

—Bien. De acuerdo. —Otro suspiro profundo—. Pensé...

—¿Sí? ¿Qué pensaste, Rainer?

—¿Reflexiono y tu Dios perdona? ¿Así de simple?

El padre Franz escuchó a Rainer salir del confesionario. Sin un "gracias", sin reconocimiento, nada. Escuchó los pasos rápidos de Rainer sobre las losas, un hombre ansioso por escapar de la iglesia lo más rápido posible.

La confesión de Rainer Fischer preocupó al padre Franz. Le agradaba el muchacho; después de todo, era el hijo de la única mujer con la que había compartido una cama, en sus días más oscuros. Era arrogante, sin duda, siempre había sido una preocupación para su madre. ¿Y qué hay de Gabriele Freisler? Le tenía cariño a la chica, una joven tan bonita. Si su padre se enteraba, como dijo Rainer, podría terminar mal. Tenía que ir a averiguar, aunque solo fuera por el bien de Brigitte.

La señora Freisler abrió la puerta. Parecía cansada. Él dijo que solo estaba pasando y se preguntaba si había dejado su pluma ayer. Solo es una pluma, pero una de oro, un regalo que apreciaba mucho.

—Por supuesto, padre —dijo ella sin emoción—. Pase.

—¿No la he molestado?

—Yo solo estaba... no, para nada.

—¿Cómo está la familia? —preguntó mientras entraba al pasillo—. ¿Cómo está Gabriele?

—¿Gabriele? —La pregunta pareció tomarla por sorpresa—. Está bien.

—No está nada bien —dijo Theodor Freisler apareciendo detrás de su esposa. Él también se veía desaliñado, sin afeitar, con el botón superior de su túnica desabrochado—. Una palabra con usted, si me permite, padre.

Freisler lo condujo a su estudio. Cerrando la puerta tras ellos, Freisler dijo: —Ha surgido algo, padre. Tome asiento.

—Gracias.

—Lo que tengo que decirle es en la más estricta confidencialidad.

—Por supuesto, *mein* Herr.

—Se trata de Gabriele. Ya no quiere casarse con Robert. Le han dado vuelta la cabeza. Maldita sea, es una chica atractiva, como usted sabe, y popular entre los muchachos. El problema es que ella los alienta; es demasiado amigable. Y ahora ha sido... ¿cuál es la palabra? Seducida. No, no seducida, violada. Sí, violada —dijo, golpeando su escritorio.

—Lamento escuchar esto, *mein* Herr.

—A menos de un año de su boda, y se deja violar por algún rufián del pueblo y ahora no quiere casarse.

Su teléfono sonó. Ignorándolo, continuó: —Por Dios, si está embarazada...

—No creo que... —No pudo decirlo.

Freisler se llevó las manos a la cabeza. —Es impensable. El padre de Robert es un hombre muy influyente en el Partido. Si alguna vez descubro al bastardo que le ha dado vuelta la cabeza... Le digo, padre, si alguna vez le pongo las manos encima...

La imagen de las facciones inclinadas de Rainer vino a la mente del sacerdote. Si el señor Freisler supiera que "el bastardo" era, de hecho, judío, él mismo mataría a Rainer Fischer.

—Pero ella se niega a decirnos. Así que háblele usted, padre. Quizás lo escuche a usted.

—Oh, cielos. Lo dudo...

—Le estaría muy agradecido, padre. Tengo una reunión diocesana la semana que viene —dijo, inclinando la cabeza hacia un lado.

—¿La encontraré en su habitación?

—Sí. La tercera a la derecha. Puerta rosa.

—Váyase —fue la respuesta de Gabriele al oír que llamaban a su puerta.

—Soy yo, Gabriele, el padre Franz.

Esperó. Después de un rato, la puerta se abrió una fracción. Ella lo miró a través de la rendija y tras un momento de duda, lo dejó entrar. Envuelta en una bata rosa, había estado llorando, sus ojos hinchados y rojos, con un pañuelo en la mano.

La habitación ciertamente tenía el sello de una chica joven: una cama con dosel repleta de numerosos cojines rojos y morados y ositos de peluche, una estantería con un marco decorativo, y las paredes tapizadas con fotografías de estrellas de Hollywood. El sacerdote se sentó en la silla frente a su tocador, una mesa cargada de botellas de perfumes y lociones. No estaba acostumbrado a tanta feminidad. Al ver su reflejo en el espejo, notó lo incongruente que se veía con sus ropas negras en este refugio rosa.

Sentada en su cama, ella dijo: —Mamá está eligiendo todos los himnos.

—Sí, lo sé, pero esa no es la razón por la que he venido a verte. Verás, Gabbie, entiendo que has estado... ¿cómo debería decirlo?... alterada. Te vi cuando llegaste a casa ayer, y tu padre me dice...

—Bueno, no debería haberlo hecho.

—Quizás, pero está preocupado por ti, querida.

—Más bien preocupado por el nombre de la familia.

—De nuevo, quizás, pero también está preocupado por ti. Tu padre está preocupado, y tu madre, de que puedas estar... —No podía hacerlo; no podía decir la palabra.

—¿Qué? ¿Creen que...? Bueno, puedo decirle, padre, que no lo estoy.

—No, bien. De acuerdo entonces.

—Si me equivoco, se lo haré saber. Pondré un anuncio en el periódico local.

Clark Gable lo miraba desde arriba con su sonrisa seductora, flanqueado a ambos lados por Joan Crawford y Carole Lombard.

—¿Quién te ha alterado, Gabbie? Puedes decírmelo.

Ella se sonó la nariz y se dejó distraer por la vista desde su ventana.

—¿Gabriele?

—Nadie me ha *alterado*. Estoy molesta conmigo misma. Y no, no se lo voy a decir porque entonces irá directamente abajo y se lo dirá a mi padre.

—Bueno... —Se movió en la silla.

—No se lo voy a decir —dijo ella, tirando de un hilo suelto de su bata.

Oh, qué alivio. Sin embargo, tenía que mantener la farsa. —Pero, Gabbie, si lo que pasó amenaza tu compromiso con Robert, debes decírselo a tu madre y a tu padre. Debes entender eso.

—No. Nunca se lo habría dicho a padre, ni en un millón de años, pero mi... mi maldita madre se lo dijo...

—Ella también está preocupada por ti, niña.

—¿Puedo preguntarle algo, padre?

—Por supuesto, querida.

—¿Puedes casarte con alguien cuando amas a otra persona? ¿Es eso posible?

—No, Gabriele. No es justo para tu futuro esposo, ni tampoco para ti misma.

—Ni para el hombre que amo.

—Tienes que ser fiel a ti misma, Gabbie. Si no lo eres, vivirás con el arrepentimiento el resto de tu vida. —Se dispuso a marcharse. Deteniéndose en la puerta, añadió—: Yo lo sé bien.

Ella no respondió.

El padre Franz encontró al señor y la señora Freisler esperándolo al pie de las escaleras.

—¿Y bien? —preguntó Freisler.

—No quiere decir nada.

—Maldita sea. —Giró molesto—. Niña terca; yo mismo se lo sacaré.

—Theo, no. —La señora Freisler le agarró la muñeca—. No harás tal cosa. —Volviéndose hacia el padre Franz, dijo—: Gabbie ha estado terriblemente alterada. Se niega a comer o a salir de su habitación. No sabemos qué hacer.

—Al final entrará en razón —dijo el sacerdote, adoptando una sonrisa comprensiva.

—Más le vale —dijo Theodor Freisler—. Mantén los oídos abiertos, Franz, y hazme saber si te enteras de algo. Mientras tanto, trabajaremos en ella. Tiene que casarse con Robert. Esto es cuestión de honor, mi honor. —Al cruzar la mirada con su esposa, añadió—: nuestro honor.

El padre Franz estuvo a punto de decírselo allí mismo y ganarse la gratitud del hombre, casi le dijo que era Rainer Fischer quien había "mancillado" el honor de su familia. En su lugar, apartando la mirada, dijo:

—Te lo haré saber.

—Bien, y quién sabe, pondré una buena palabra por ti la semana que viene. Supongo que estás interesado en convertirte en nuestro próximo obispo, ¿no?

—Oh. *Mein Herr* —dijo, con la mano en el pecho—. ¡Qué idea! Si he de ser sincero, no lo he pensado mucho. Pero ahora que lo mencionas, sería un... —No quería usar la palabra "honor"; esa era la palabra de Freisler—. ...privilegio. Sí, un gran privilegio.

—Un privilegio. Sí, eso pensaba.

7.

Pasaron los días. Si había algo de lo que el padre Franz estaba seguro, era de que no le daría a Freisler el nombre de Rainer. Ciertamente, lo que Rainer había hecho era despreciable, pero él era consciente de ello; sabía que había pecado y había aprendido la lección. Obispado o no obispado, no valía la pena romper el voto de confesión por el bien del avance profesional. Nadie sabría si rompía el voto, pero *él* lo sabría y, lo que es más, Dios lo sabría. Dios lo sabía todo.

Una noche, después de despedir y agradecer a su ama de llaves, la señora Richter, por el día, sonó el teléfono. Era el padre Dietmann, su viejo amigo de la escuela, a quien no había visto desde el funeral del obispo Bugenhagen.

—Saludos, Rudolf —dijo Dietmann—. Quieres el puesto de obispo, ¿verdad?

—Bueno, yo no...

—No me vengas con esas, nos conocemos desde hace demasiado tiempo; sé cómo eres. Así que escucha, un consejo para el sabio. Estaba hablando con un amigo mío, bueno, no realmente un amigo, pero me dijo en confianza que el comité de la diócesis ya ha estado hablando sobre el reemplazo del obispo, aunque no se han reunido oficialmente todavía. —Enfatizó la palabra "oficialmente".

—¿Qué amigo?

—No te preocupes por eso. En fin, se dice que el padre Casdorff es prácticamente un candidato seguro.

El padre Franz no pudo evitar gemir ruidosamente.

—Exactamente. Esa es mi respuesta. Casdorff tiene al jefe de policía como su patrocinador. Ahora, no sé tú, pero no puedo soportar la idea de que ese hombre sea mi jefe. Al menos Bugenhagen nos daba rienda suelta, pero ese no es el estilo de Casdorff. Si se te ocurre siquiera tirarte un pedo en la iglesia, lo sabrá.

—¿Qué puedo...?

—Consíguete un mejor patrocinador, eso es lo que tienes que hacer. La policía está muy bien, pero no hay dinero ahí. Ahora, eres amigo de ese terrateniente, ¿no?

—Voy a casar a su hija.

—¿Ah sí? ¡Por Dios! Eres una caja de sorpresas.

—Muy gracioso, Georges. Sabes a lo que me refiero.

—¡Ja! Eso es bueno. Haz lo que tengas que hacer, Franz, solo asegúrate de que tu amigo terrateniente hable por ti. Lo último que queremos es que Casdorff sea obispo.

—No estoy seguro...

—Tienes que hacerlo. Todos contamos contigo, Rudolf.

—Pero...

El padre Dietmann había colgado.

—No importa —dijo en voz alta—. No puedo romper mi voto; una confesión es una confesión.

—Pero el padre Dietmann tenía razón: la idea de que Casdorff le robara lo que Franz había llegado a ver como su derecho era demasiado para soportar. Casdorff tenía casi la mitad de su edad; su tiempo llegaría. Pero esta era la última oportunidad del padre Franz. Él *tenía* que ser obispo.

Intentó no pensar en Brigitte, pero inevitablemente lo hizo. Tenía solo diecinueve años cuando le rompió el corazón. Habían sido pareja durante unos años, estaban comprometidos, tenían los anillos en sus dedos. Ella lo llamaba Rudi, un apodo intolerable viniendo de cualquier otra persona, pero adorable saliendo de los labios de Brigitte. La vida se estaba desarrollando hasta el día que sucedió. Se había ido de fin de semana con sus padres a la casa de un amigo de la familia en la costa. Era finales de primavera; habían sacado los botes y estaban en el agua todos los días.

Después de unos días, Franz, con la arrogancia de la juventud, se sintió confiado en su manejo de estos pequeños yates. Fue una tarde cuando, contra el consejo de todos, salió solo. Un viento repentino se levantó, quedó atrapado en una corriente y antes de darse cuenta, estaba en problemas. Hasta el día de hoy, muchos años después, aún podía recordar el pánico apoderándose de su corazón, el terror nublando su mente, la bilis en la parte posterior de su garganta. Con la lluvia azotando su rostro, el cielo oscureciéndose, realmente pensó que estaba viviendo sus últimos momentos. Y así rezó, como su madre le había enseñado, rezó. "Oh, Señor, ayúdame ahora", recordaba gritar al viento. "Oh, Señor, ¿puedes oírme? Perdona mi vida. Déjame vivir y te prometo que dedicaré el resto de mi vida a ti". Recordaba repetirlo una y otra vez, gritando a los elementos, su rostro mojado por la lluvia y las lágrimas, su corazón desgarrado por el miedo. "Oh, Señor, te lo suplico; perdona mi vida".

Y el buen Señor le perdonó la vida; Franz fue rescatado por un barco pesquero que regresaba a casa.

Se despertó al día siguiente y supo que desde ese momento, pertenecía a Dios... y solo a Dios.

Brigitte, comprensiblemente, lo tomó mal. Se mudó y rebotó a los brazos de otro, Walter Fischer. Se casaron y ella le dio un hijo en el que Walter no tenía interés. Eventualmente, Walter se fue, abandonando a su esposa y a su joven hijo. Brigitte regresó al pueblo con Rainer. El talento dado por Dios a su hijo con el violín le proporcionaba alegría. Se mudó a la capital buscando los medios para desarrollar su don, y fue fácilmente aceptado por la Filarmónica. El futuro le esperaba. El padre Franz recordaba con cariño aquella noche de agosto de 1932 cuando Rainer regresó al pueblo para actuar. Qué ocasión fue aquella. Rainer volvió a Berlín listo para conquistar el mundo. Pero en su lugar, fueron Hitler y sus nacionalsocialistas quienes conquistaron. La carrera de Rainer terminó y ahora estaba de vuelta, tomando la virginidad de una joven que, por derecho, debería haber sido de su futuro marido.

Muy de vez en cuando, a lo largo de los años, se arrepentía de su precipitación al hacer tal trato con Dios. Pero entonces, miraba a su alrededor, a sus compañeros, y veía el camino que habían tomado sus matrimonios. Casi sin excepción, era el mismo camino: un sendero plagado de vagas decepciones y resentimientos hirvientes. Y sabía que por mucho que, veinte años atrás, se hubieran amado, un matrimonio con Brigitte habría recorrido inevitablemente ese mismo camino que el de todos los demás. Dios, por otro lado, nunca te decepciona. Día tras día, Él siempre estaba ahí. Si acaso, nunca dejaba de sorprender a Franz con el alcance de Su munificencia.

Caminaba de un lado a otro, esperando que Dios le hablara, le guiara, le dijera qué hacer. Si tan solo Dios pudiera hacer Sus planes más claros. Se encontraba en una encrucijada en su vida; la balanza en su mente se inclinaba primero hacia un lado, luego hacia el otro.

Todo el asunto con Rainer, el soborno de Freisler, y ahora la llamada telefónica del padre Dietmann lo habían puesto en este dilema. Voto de confesión o no, era el futuro de Rainer o el suyo. Uno de ellos se había avergonzado a sí mismo y había avergonzado a su madre y a toda la comunidad; el otro no había hecho más que servir a Dios estos últimos veinte años. Y todo lo que quería hacer ahora era servir a Dios de una manera más significativa. Parecía tan injusto que

sus nobles ambiciones se arruinaran por un réprobo judío lujurioso. Sí, eso era, eso lo había decidido. Dios había hablado y no le correspondía a él, un simple mortal, cuestionar la palabra de Dios.

El padre Franz se sentó en su escritorio en su estudio, encendió la lámpara de escritorio y, tomando su pluma de oro, escribió una breve carta anónima al señor Freisler contándole la verdad:

Estimado señor Freisler:

A veces la vida nos obliga a decir la verdad tal como la conocemos, cualesquiera que sean las consecuencias. La verdad siempre debe prevalecer. Dios exige siempre que se haga justicia. Yo sé, mein Herr, quién sedujo a su hija.

Su nombre es Rainer Fischer.

Atentamente,

Un amigo.

Luego, dándose cuenta de que el anonimato no le serviría de nada, tachó las palabras "un amigo" y añadió su firma.

Releyó la carta varias veces y cada vez retrocedía al ver su nombre al final. Era como si el mismo Diabolo la hubiera firmado. Se puso de pie otra vez, caminando de un lado a otro de su estudio, ida y vuelta, ida y vuelta. Pensó que Dios le había hablado, pero ahora no estaba tan seguro. ¿Y si había escuchado mal al Señor, había malinterpretado sus palabras? ¿Realmente desearía el Señor la muerte de Rainer por el bien del avance profesional?

—No —dijo en voz alta—. No, no lo haría.

Arrugó la carta y la arrojó al cesto de basura.

Al día siguiente, el cielo se abrió. Refugiándose bajo su paraguas, tratando de evitar que se diera la vuelta, el padre Franz se dirigió a la iglesia, deseando alegremente buenos días a los transeúntes. No había roto su voto y estaba jubiloso. Había hecho lo correcto; esto lo sabía desde lo más profundo de su alma. Dios había sido su guía después de todo, y Dios lo había guiado por el camino correcto. Entró marchando en la iglesia, sacudiendo el exceso de agua de lluvia de su paraguas, más decidido que nunca a difundir la palabra de Dios. Incluso si eso significaba quedarse en este rincón perdido de una aldea alemana por el resto de sus días. Ya no le

importaba. Por una vez, por primera vez en años, se sentía bien con la vida. Y por eso tenía que agradecer a Dios. Como siempre.

8.

Dos días después, un lunes, el padre Franz acababa de regresar a la rectoría después de los maitines matutinos. La señora Richter no llegaba en media hora, momento en el que él estaría regresando a la iglesia. Sentado en su escritorio en el estudio, abriendo su correspondencia matutina, miraba por encima del jardín, las sombras de los árboles invadiendo el césped, el sol filtrándose entre las ramas. Observó cómo un petirrojo se bañaba en su bebedero para pájaros. Respiraba con facilidad, sabiendo que había hecho lo correcto. Un obispado le serviría bien en esta vida, pero romper el voto de confesión, cualquiera que fuera la justificación, lo condenaría para siempre. Un conejo apareció a la vista, olfateando alrededor, parpadeando sus grandes ojos negros. El sacerdote sonrió. Sí, había hecho lo correcto; ahora podía estar tranquilo. Rainer se arrepentiría, Gabriele olvidaría y, en menos de un año, se casaría con Robert, su abogado nazi, y todo estaría bien.

Un golpe en la puerta trajo al padre Franz de vuelta al presente.

Tartamudeó al encontrar a Theodor Freisler en su puerta. —*P-pase*, señor.

—¿Está solo? —preguntó Freisler bruscamente.

—Sí, la señora Richter no llegará hasta...

—Bien —dijo Freisler, pasando junto al padre Franz y entrando en la casa.

El sacerdote condujo a Freisler hasta su sala de estar, dándose cuenta de que el hombre nunca antes había puesto un pie en la rectoría.

—Por favor... tome asiento. —Al estar en la parte trasera de la casa, el sol aún no había penetrado en la sala, y el sacerdote era consciente de lo pequeña que era la habitación, de sus colores apagados y su aspecto desordenado, de su olor a cerrado—. ¿Puedo ofrecerle algo, señor? ¿Una taza de café, tal vez?

—No me quedará mucho tiempo. —El padre Franz tomó el sillón frente a Freisler. Freisler continuó—: Solo quería agradecerle, padre. No lo olvidaré.

—¿Perdón, señor?

—Nadie lo sabrá nunca. Se lo prometo.

Los ojos del sacerdote se estrecharon. —No estoy seguro de entender.

—Asistiré a una reunión diocesana más adelante esta semana. Sabrán que cuenta con todo mi apoyo.

Franz no pudo evitar sonreír. —Bueno, gracias, señor. Eso es maravilloso. Pero no entiendo...

Abruptamente, Freisler se puso de pie. —Y eso es todo lo que quería decir. Darle las gracias. Nunca lo olvidaré. Ahora, no debo entretenerlo más.

—Pero yo... —El padre Franz también se levantó.

—No, no se preocupe, padre, me mostraré la salida. —Le estrechó la mano al sacerdote—. Buenos días —dijo.

Franz lo vio marcharse, pero cuando llegó a la puerta de la sala, Freisler se detuvo. —Aquí, será mejor que se lo devuelva.

—¿Perdón?

Freisler le entregó un papel doblado. —Mejor quémelo —dijo, tocándose la nariz con el dedo.

Y con eso, se fue.

Con las manos temblorosas, el padre Franz desdobló la arrugada hoja de papel. Con la visión borrosa, las palabras saltaron hacia él... *A veces la vida nos obliga a decir la verdad tal como la conocemos, sin importar las consecuencias... Sedujo a su hija... Su nombre es Rainer Fischer. Atentamente, Un amigo. P. R. Franz.*

Una brusca inhalación, un dolor punzante que le atravesó el pecho. El sacerdote cayó de rodillas. —No, no, no. Dios mío, no. —¿Qué había hecho? ¿Qué había hecho?

Una sombra cayó sobre él. —Padre, ¿qué diablos le pasa?

—¿Qué? ¿Quién es?

Era la señora Richter. —¿Qué hace en el suelo, padre?

—Yo... no lo sé.

Y entonces lo supo: el trozo de papel, solo ligeramente arrugado, en su papelería... La señora Richter... ella habría... Debió haberlo sacado; debió... debió haberlo...

Dos meses después, septiembre de 1933

El cartero le entregó al Padre Franz su correo matutino. —Hermoso día —dijo el cartero.

—Sin duda lo es —respondió. Pero no estaba seguro; su corazón latía con fuerza, sus palmas estaban húmedas de sudor, porque hoy era el día en que esperaba recibir la carta formal de la diócesis informándole de su decisión sobre el reemplazo del Obispo Bugenhagen. Durante las semanas anteriores, había sido invitado a dos reuniones diocesanas; el comité había visitado su iglesia y asistido a dos servicios, tomando notas. —Oh, Dios —dijo en voz alta al ver el sello oficial de la diócesis en el reverso de un sobre marrón—. Oh, Dios, oh Dios. —Usando su abrecartas, abrió el sobre y con dedos temblorosos sacó la carta...

Esa noche, el Padre Franz estaba a mitad del oficio vespertino, el sol inclinado brillaba a través de las vidrieras, dejando patrones coloridos en las losas. Con las manos juntas, guiaba a la congregación en oración, vagamente consciente de una conmoción afuera, de coches de policía pasando a toda velocidad, sus campanas sonando frenéticamente. —Padre nuestro, que estás en los cielos; santificado sea tu nombre... —Para cuando llegó al final del Padrenuestro, ya había olvidado la conmoción exterior. Nada importaba ya. En un mes, debía comenzar su nueva posición como obispo. Había flotado durante todo el día, incapaz de creer su buena fortuna, pellizcándose. Frustradamente, el nombramiento estaba sujeto al máximo secreto hasta que el comité recibiera su aceptación por escrito. No podía esperar a que, en unos días, pudiera contárselo a todos, al mundo entero. Especialmente no podía esperar para contárselo y agradecerle a Freisler - gracias a Dios que nunca actuó sobre esa información descuidadamente entregada por la Señora Richter. ¡Organizaría una fiesta, una gran celebración eclesiástica!

Fue solo cuando el Padre Franz se preparaba para ir a casa después de un largo pero memorable día que las puertas de la iglesia se abrieron. Suspiró; si fuera un tendero, podría decirles que estaba cerrando por la noche. Pero como sacerdote, no podía - la iglesia siempre estaba abierta.

Era Brigitte - eso era bueno, podría contarle sus buenas noticias, siempre que lo mantuviera en secreto. Pero no, algo estaba mal, estaba llorando, su maquillaje de ojos se había corrido, parecía histérica. —Rudi, Rudi...

No lo había llamado así desde... Eso no importaba ahora. —Brigitte, ¿qué pasa? ¿Qué demonios...?

—Rudi, es... es... —Apenas podía pronunciar las palabras—. Es... es Rainer; está muerto.

El mundo se detuvo por un momento. —¿Muerto? —jadeó.

Ella cayó en sus brazos, sollozando en su pecho. Entre sollozos ahogados, soltó los detalles. —

Muerto, Rudi. Asesinado.

Sus rodillas cedieron. Liberándose de Brigitte, se tambaleó hacia un banco, apoyándose.

—No. No, esto no puede ser.

—Le cortaron la garganta, Rudi.

—¿Le cortaron la...? Por favor, no —dijo, persignándose.

Ella parecía a punto de desmayarse. —Ven, siéntate, siéntate, Brigitte. —La tomó del brazo y la llevó a un banco. Las gárgolas, más que nunca, lo miraban con sorna—. Aquí, siéntate. Lo siento tanto, pobre...

—Los bastardos... clavaron una nota en su pecho.

—¿Qué? ¿L-lo hicieron?

—Judío violador. —Ahora aullaba—. ¿Por qué? ¿Por qué, Rudolf?

Las palabras volvieron a él... «Oh, Señor, ¿puedes oírme? Oh, Señor, te lo suplico; perdona mi vida».

—Mi niño, mi bebé. ¿Quién le haría esto, Rudolf? Dime, Padre, dime, ¿qué clase de persona haría esto?

No podía responder, no podía hablar. Se persignó varias veces, pero sabía... su Dios no lo estaba escuchando; Dios lo había abandonado.

Sexto Movimiento: La Esposa del Comandante

1.

Polonia, diciembre de 1944

Dios mío, el ruido.

Tanta gente. Los gritos, los alaridos, los gemidos. Hombres con ropa de rayas verticales azules y blancas nos empujan y nos agrupan en filas separadas. Nos obligan a dejar nuestro equipaje en un gran montón, aunque por alguna razón tanto Edith como yo nos aferramos a nuestras cajas de violín (aunque, técnicamente, la mía es una caja de viola). Alemanes uniformados observan, sujetando a sus desagradables perros alsacianos de dientes afilados con correas cortas. Los perros gruñen y se tensan. Es frenético. Voces nos gritan desde altavoces. Temblamos en el frío de diciembre. Es difícil ver con el resplandor; estas luces son tan brillantes que convierten la noche en día. Nunca supe que los reflectores pudieran ser tan brillantes. Uno de los hombres de rayas me agarra del hombro. Acerca su boca a mi oído y dice:

—Diles que tienes dieciocho años.

—¿Qué?

—Vamos, niña —gritó—. Muévete, muévete.

Le paso este valioso consejo a mi hermana.

Han sido los dos días más largos de mi vida. Empezó ayer por la mañana, hace toda una vida. Los alemanes vinieron con nuestra policía local y nos ordenaron hacer las maletas (no más de una maleta cada uno, eso sí) y reunirnos en la plaza de lo que se había convertido en nuestro gueto. (No debería llamarlos "alemanes"; papá solía decir que era "irrespetuoso"). Así que Edith y yo corrimos por todas partes, decidiendo qué debíamos o no llevar, tropezándonos y discutiendo. Una hora después, todos estábamos en la plaza con nuestras maletas o bultos atados con cuerdas y llevando nuestros abrigos con la estrella amarilla. Algunos se habían cubierto con mantas. Edith y yo nos mantuvimos juntas. Nunca nos hemos llevado particularmente bien, mi hermana mayor y yo, pero algún instinto me dijo que ahora teníamos que permanecer unidas. Después de todo, ya no teníamos padres. Así que los alemanes y nuestra policía polaca nos sacaron del gueto y nos llevaron por la ciudad hasta la estación de tren. Alrededor de un kilómetro y medio. La gente salió a mirar, montones y montones de ellos. Éramos como un circo

ambulante. ¿Por qué se reían tantos de nosotros? Vi a mucha gente que no había visto en mucho tiempo. "Oh, ahí está el señor Gerlecka". Es encantador, el señor Gerlecka, nuestro antiguo panadero, solía darnos dulces los viernes después de la escuela. Saludé con la mano.

—Hola, señor Gerlecka.

—Lárgate, judía.

Dios mío, incluso vi a Regina Grodecki, de pie junto a su padre. Era mi amiga. No la había visto desde que nos hicieron mudarnos al gueto hace aproximadamente un año. Solíamos ir a casa de la otra, Regina y yo, y trenzarnos el pelo y practicar besos besando el dorso de nuestras manos. Yo todavía no había tenido novio, pero se rumoreaba que Regina sí y que incluso lo había hecho con Oskar Piotrowski. El rumor me dolía; siempre pensé que a Oskar le gustaba yo. Grité:

—¡Eh, Regina!

Ella me ve y me saluda emocionada, pero su padre le baja la mano de un golpe, muy fuerte.

Así que llegamos a la estación y había una enorme locomotora esperándonos en las vías secundarias. Llovía y le lancé una mirada a Edith, diciendo: "Te dije que deberíamos haber traído un paraguas". Los policías nos empujaron a estos vagones de ganado mientras los alemanes se mantenían a distancia con sus perros de la muerte y observaban. Estaba completamente oscuro dentro de los vagones. Edith y yo estábamos apretadas contra los lados. No había espacio para sentarse. Metieron a tantos de nosotros. La gente ya estaba llorando. Cerraron las puertas, echaron los cerrojos. Dios mío, el aliento del hombre cerca de mí. Tuve que taparme la nariz. Edith me fulminó con la mirada por mi grosería. A pesar de que hacía un frío glacial fuera, dentro hacía demasiado calor, con tantos cuerpos apretados. El tren arrancó. Nadie tenía idea de adónde íbamos ni cuánto tardaríamos. Me pegué a mi hermana como si un cordón invisible nos uniera.

Por el camino, un par de hombres aflojaron una tabla y se coló un rayo de luz. Podíamos ver el paisaje que pasaba, todo cubierto de nieve, campos o bosques interminables y abedules plateados, todos blancos y siniestros. No me gustó nada. Había un rabino entre nosotros y pronto empezó a rezar y cantar salmos. Edith se unió. Yo no. Esto era típico de Edith, siempre queriendo parecer mayor de lo que era, siempre tratando de impresionar a los adultos. Yo solía rezar con mi padre, pero solo porque tenía que hacerlo. No había rezado desde el día que lo arrestaron a él y a mamá. Había un hombre y una mujer cerca de mí, bastante mayores, quizás en sus treinta. ¿Estaban...? Seguramente no. Él le había subido la falda y estaba gruñendo. Qué vergüenza. Algunas personas.

El viaje duró una eternidad. Sin comida, sin agua, durmiendo de pie, respirando el mismo aire asqueroso. Todos teníamos que compartir un cubo en la esquina para orinar y defecar. Oh, qué repugnante. Algunas personas no lo soportaron bien. ¡Oh, el hedor! Una miasma, así lo habría llamado mi padre. Yo había traído algo de pan. Lo comí a escondidas, esperando que nadie me viera. Lo compartí con Edith. No quería hacerlo, pero aún temía la ira de papá si no lo hacía.

Y entonces, con un chirrido de frenos, llegamos. Las puertas se abrieron y fue un alivio sentir el aire frío. Saltamos uno por uno. Nadie estaba seguro de dónde estábamos ni qué hora era (nos habían confiscado los relojes hace tiempo). Estábamos en algún tipo de campo. Después de mucho griterío y empujones, de alguna manera nos separaron en dos enormes filas. Allá, frente a nosotros, están todas las madres llorosas y sus niños de ojos abiertos y asustados, y los viejos y los enfermos y los esqueléticos con sus tristes rostros grises. Nosotros, de nuestro lado, somos los jóvenes y... bueno, no exactamente saludables, pero quizás no tan cerca de la muerte. ¿Por qué nos han separado? Edith desliza sus dedos entre los míos. Puedo distinguir sus ojos bajo su pañuelo; están abiertos de miedo, tiembla de frío y susto. Alguien en nuestra fila le pregunta a uno de los hombres de rayas azules y blancas qué está pasando. El hombre de rayas con un pequeño gorro negro lo golpea con su porra. Dios, fue horrible. El hombre cayó al suelo, pero el hombre de rayas siguió golpeándolo en los hombros, la espalda y la cabeza, gritando: «¡Judío asqueroso, escoria!». Intenté no mirar, pero temblé al oír el sonido de la madera contra el hueso. Vislumbré sangre roja brillante en la nieve y pensé que iba a vomitar. —¿Alguna pregunta más? —gritó el hombre de rayas.

Así que ahora esperamos acurrucados en dos largas filas, cientos y cientos de nosotros como un rebaño de ovejas pero sin el balido. Para qué y por cuánto tiempo, nadie lo sabe, y por supuesto, nadie va a preguntar. El tren descansa detrás de nosotros, su motor aún ronroneando, aún emitiendo pequeñas bocanadas de humo negro. Por fin hay una especie de silencio, interrumpido solo por el sollozo de un niño o el siseo de una madre. Los minutos pasan. Los copos de nieve revolotean y caen, atrapados en los haces de los reflectores. Uno de los perros ladra fuerte y ferozmente.

Ahora puedo observar mis alrededores: filas y filas de barracones, las torres de vigilancia, los reflectores, las vallas de alambre de púas. Y el olor, ese hedor terrible. ¿Qué es? Huele a lejía muy fuerte. Recuerdo cuando Edith y yo nos decoloramos el pelo una vez. Mamá y papá se pusieron furiosos. Nos castigaron sin salir durante una semana. Realmente pensé que era lo peor que podía pasarme en la vida.

Oigo pasos.

El oficial lleva un bastón y viste una gorra de visera moteada con copos de nieve derritiéndose, con una insignia de calavera, y botas de cuero hasta las rodillas que brillan y pantalones de montar que se hinchan. En su otra mano lleva, en lugar de usar, un par de guantes negros. Estiramos el cuello y lo observamos mientras pasea por nuestra fila mirando a cada persona. De vez en cuando se detiene y le hace una pregunta a alguien. Todavía está demasiado lejos, así que no puedo oír lo que dice. Luego, con un movimiento de sus guantes, esa persona se mueve a la otra fila. Si esa persona duda, aunque sea por un segundo, hay un hombre de rayas para ayudarla en su camino. Ahora, se acerca a nosotros. —¿Cuántos años tienes? —le pregunta a un hombre mayor—. Cuarenta, señor. El oficial sigue adelante. Se detiene directamente frente a Edith y a mí y me mira fijamente a los ojos. Tiene un rostro delgado, con líneas que bajan por sus mejillas. Sus ojos son del color del pelaje de zorro. Bajo la mirada. —¿Por qué seguís llevando eso? —espeta, señalando con su bastón nuestros estuches de violín.

—Nos olvidamos, señor —dice Edith, *sotto voce* .

—Hmm. ¿Ambas tocáis el violín?

—Sí, señor.

—En realidad, yo toco la viola.

—¿Ah, sí? ¿Cuántos años tienes, *en realidad* ?

Edith me aprieta la mano. Recuerdo el consejo. Ambas respondemos dieciocho.

—Oh, ¿así que sois gemelas?

—Sí —dice Edith.

—No —digo yo.

Inclina la cabeza y por una fracción de segundo, juro que veo un atisbo de sonrisa. —Párense en medio, entre ambas filas. No se muevan hasta que yo lo diga.

Edith y yo nos apresuramos al centro, con la cabeza gacha. Él continúa. —¿Qué edad tienen?

Todos los ojos están puestos en nosotras. Veo al rabino que compartió nuestro camión; veo a la pareja que copuló. Por un momento, creo ver a mi padre. Esperamos tanto tiempo, preguntándonos qué será de nosotras, por qué el oficial nos había señalado solo a nosotras y nos obligó a pararnos aquí en esta tierra de nadie entre las dos filas. La nieve cae más fuerte ahora. Juro que mis dedos se van a caer del frío. Esperamos y esperamos. El tiempo se detiene. Tanta gente, tanto silencio. Es como si Dios nos hubiera amordazado. Edith está temblando de nuevo. Creo que está llorando. Recuerdo una vez que estuve de pie así fuera de la oficina del director, esperando para ser reprendida por golpear a Oskar Piotrowski con una regla. Los niños pasaban y se reían de mí. Incluso Edith pasó y se burló. Por supuesto que lo haría; Edith, nuestra perfecta Edith, nunca se encontraría esperando fuera de la oficina del director. Había golpeado a Oskar Piotrowski porque estaba celosa de que estuviera besando a Regina.

Por fin, algo está sucediendo. Los hombres a rayas ordenan a las dos filas que empiecen a moverse. Los observo, con las manos en los bolsillos, arrastrando los pies hacia adelante. Tanta gente. Vaya, cada judío entre Danzig y Cracovia debe estar aquí.

El oficial regresa a nosotras con su propio hombre a rayas cojeando detrás de él como un hombre de la Edad de Piedra; juro que sus nudillos rozan el suelo. El oficial se para frente a nosotras, imponente, con las manos en las caderas. —¿Sus nombres?

—Edith Schwartzmann —dice Edith.

—Sophie Schwartzmann —digo yo.

—Síganme.

Y así lo hacemos. Como si tuviéramos elección. Caminamos por el campamento, con el hombre a rayas detrás, por un largo callejón fangoso, rodeadas a cada lado por estos cobertizos o barracas, docenas de ellos, zumbando con vida invisible en su interior. Pasamos por una puerta fuertemente custodiada y por un sendero que atraviesa algunos árboles. Ahora, lejos de las luces, está realmente oscuro y aún más frío. Hay graznidos y chillidos en el bosque. Es difícil seguir el ritmo del oficial; está bien para él, no ha sobrevivido con una rebanada de pan estos últimos dos días.

Caminamos por mucho tiempo y finalmente llegamos a una pequeña casa en un claro. Es como la casa de la vieja bruja en Hansel y Gretel. Dos hombres montan guardia afuera como dos hombres de hielo. Parecen congelados. Casi siento lástima por ellos. Creo que podrían estar muertos, pero saludan al oficial cuando irrumpe en la casa, diciéndonos que lo sigamos. Mis ojos tardan unos momentos en ajustarse. Estamos en una acogedora sala de estar, llena de muebles y una gran mesa cubierta con un mantel verde, y astas y pieles de ciervo clavadas en las paredes, y un gran retrato de Hitler, y una estufa que emite un calor maravilloso. Un perro entra corriendo y nos ladra y menea la cola. Gracias a Dios que este perro es solo un Jack Russell.

—Cállate, Kaiser —dice el hombre. Me gustaría saludar a Kaiser, pero siento que no debería. —Magda, Magda.

La mujer llamada Magda aparece. —Vaya, ¿qué tenemos aquí? —dice con voz cantarina. Posa sus ojos en mí y casi se cae hacia atrás—. Oh, cielos. —Su mano va a su pecho como si acabara de ver un fantasma.

Su esposo (al menos supongo que están casados) se ríe un poco. —Sí, yo también lo pensé.

—¿Acaban de llegar?

—Sí. Pensé que te interesaría.

Magda es hermosa a pesar de sus ojos de tigre. Tiene el pelo corto (nunca supe que las mujeres pudieran llevar el pelo tan corto) y aretes colgantes, y lápiz labial, y rímel espeso. Parece que está a punto de salir a bailar con un vestido largo verde lima y un collar de perlas. Nos sonrío y estoy agradecida por eso.

Su esposo nos presenta. —Esta es mi esposa —nos dice—. Frau Franck. Yo soy Herr Franck, el Kommandant de este lugar. —Se gira para hablar con su esposa—. No solo eso, sino que también tocan. —Señala nuestros instrumentos—. Te he encontrado un violín y una viola, querida.

Ella aplaude y Kaiser ladra. —Oh, ahora solo necesito un violonchelo y estaremos listos.

Se vuelve hacia nosotras y dice con voz amenazante: —La cuestión es, ¿pueden ustedes dos tocar? —Larga pausa—. *He dicho* ... ¿pueden realmente tocar?

Oh, pensé que era una pregunta retórica. A padre siempre le gustaban las preguntas retóricas. Así que Edith y yo asentimos como un par de muñecas prusianas.

—¿Señor? —digo.

—¿Sí? ¿Qué pasa?

—Necesito hacer pis urgentemente.

Frau Franck se ríe por lo bajo ante esto. Pero rompe la tensión. Nos muestra dónde está el baño y nos dice que nos lavemos. Cuando volvemos, el Kommandant ha desaparecido. Lo oigo en otra habitación, silbando. Ella nos sienta a la mesa y un hombrecito (de nuevo con esa ropa a rayas) entra torpemente, con la cabeza gacha, y nos da a cada una un tazón de sopa de rabo de buey con pan y un vaso de leche. Ella lo llama Stefan.

—Coman —dice Frau Franck.

Es simplemente lo mejor que he comido en toda mi vida. Así que ahora me siento un poco más humana. Me gustaría cambiarme de ropa. Juro que mis calcetines podrían caminar solos, de lo tiesos que están. No hablamos a menos que nos hablen. Frau F. nos pregunta nuestra edad y esta vez no creo que podamos mentir. Tengo quince años; Edith dieciséis. Nos pregunta cuánto tiempo llevamos tocando nuestros instrumentos.

Me limpio la boca con el dorso de la mano y Edith me da una patada por debajo de la mesa.

—Ahora —dice Frau F—. Hagamos una pequeña audición, ¿les parece? Es bastante simple en realidad, si pasan la prueba, pueden quedarse. Tenemos mucho espacio. Si fallan, vuelven al campo y tendrán suerte si ven su próximo cumpleaños. ¿De acuerdo?

Me doy cuenta de que estoy parpadeando sin comprender. ¿La he oído bien? ¿Vamos a tocar como si nuestras vidas dependieran de ello? Y ha dicho la palabra "De acuerdo" como si fuera una petición cotidiana. El Kommandant vuelve a entrar. Kaiser menea la cola. El señor F. lleva ahora ropa normal, un pantalón corriente y un jersey estampado. Se sienta y enciende una pipa. Casi parece agradable y se parece un poco a mi padre, lo cual es reconfortante.

—Hora de la audición —dice Frau F.

Herr F. se frota las manos. —Ah, excelente. Esperemos que sea mejor que la última vez.

¿La última vez? ¿Qué última vez?

Así que Edith y yo recuperamos nuestros instrumentos y los afinamos. Todavía están fríos al tacto. Necesitamos calentarlos. Me tiemblan los dedos. Edith está más blanca que los hombres de hielo que montan guardia fuera. Nos ponemos de pie en medio de esta habitación mientras el señor y la señora Franck se reclinan en sus sillones, con Kaiser medio dormido en el regazo de Frau F. ¿Qué tocar? ¿Lo de siempre?

—Lo de siempre —dice Edith.

Lo de siempre.

Y así comenzamos: el dúo de Mozart para violín y viola en sol mayor. Es nuestra pieza de exhibición, básicamente. La hemos estado tocando desde que aprendimos a caminar. En cada ocasión, en cada fiesta, en cada bar mitzvah o bat mitzvah, como se diga, mis padres nos sacaban a Edith y a mí y nos hacían tocar esta pieza. La conocemos al derecho y al revés. Mis dedos están listos sobre el diapasón, tengo el corazón en la boca, mi arco está preparado. Edith asiente... uno, dos y empezamos. Observo cada movimiento de Edith, siguiendo su guía, concentrándome como nunca antes. Dios mío, he oído a gatos maullar mejor que esto. Estamos condenadas, lo sé. Me siento mal, no me importa. Dejo de concentrarme, y entonces, eso es todo, la música se apodera de mí. Ahora estoy tocando con el corazón, no con la mente. Padre siempre hablaba de esto: "Toca con el corazón, Sophie, con el corazón". Nunca supe lo que quería decir, pero el día en que mi vida depende de ello, finalmente lo entiendo. Y Edith también. Tocamos como ángeles. Estamos llegando al final y en realidad estoy disfrutando de esto. Sé que nunca hemos tocado tan bien como ahora. Mi corazón late aceleradamente, mis dedos arden mientras vuelan sobre las cuerdas. Los últimos compases, un pequeño floreó, y eso es todo. ¡El final!

¿Deberíamos hacer una reverencia?

El señor y la señora F. aplauden y, al hacerlo, despiertan a Kaiser, quien ladra. Nos sonríen como padres orgullosos y un pequeño escalofrío de calidez me recorre. Así que Edith y yo hacemos una reverencia.

Hemos pasado la audición; podemos vivir.

2.

La señora Franck está aburrida. No lo dice, pero es obvio. Su marido se va a trabajar desde el amanecer hasta tarde. No ve a nadie más que a nosotras, las chicas, la rotación constante de guardias, un viejo judío que trabaja en el jardín, aunque no hay mucho que hacer en esta época del año, y a su hombre, Stefan. No tiene amigas propias, así que pasa todo el día cosiendo o leyendo o haciendo pasteles o probándose sus vestidos y suspirando mucho. He descubierto que

el Kommandant tiene nombre. Se llama Christian. De vez en cuando, vuelve a casa para almorzar; ocasionalmente, trae a algunos de sus colegas de mayor rango para cenar y charlar. A veces, el señor F. envía a uno de sus hombres de vuelta a la casa para buscarle algo. Es lo más destacado del día de la señora F. cuando esto sucede porque el hombre, Wilhelm Hasemann, es muy atractivo... para ser alemán.

Los Franck nos tratan a Edith y a mí como tratan a Kaiser. Somos mascotas. Comemos en la cocina con Stefan, nunca con ellos; tenemos que usar el baño exterior, nunca el interior. La señora F. le ordena a Stefan que nos asigne tareas. Pulimos el latón, lustramos las botas del señor F., trapeamos y quitamos el polvo, pelamos patatas y verduras. No se nos permite salir más allá del jardín. Somos prisioneras. Pero sé que es mejor ser prisionera aquí que allá donde el humo negro se eleva hacia los cielos turbios de diciembre durante todo el día.

Aprendo un poco sobre Stefan. Como nosotras, es de Lublin y, como nosotras, es un judío polaco. Estoy sentada en la cocina cepillando a Kaiser (una de mis pequeñas tareas) mientras Edith está secando los platos cuando Stefan pregunta si puede dibujarnos. Bien, decimos, no nos importa. Usando un par de carboncillos, rápidamente esboza el retrato de Edith. Es increíblemente rápido y, mirando por encima de su hombro, puedo ver que es realmente bueno. De alguna manera, con solo unos pocos trazos amplios, ha logrado capturar perfectamente el parecido de Edith. Le muestra a Edith el resultado y ella chilla de alegría. Ahora es mi turno. Mientras trabaja, baja la voz y con sus ojos furtivos me dice: —Asegúrate de no hacer nada mal aquí. Pueden parecer agradables, pero un paso en falso y te enviarán de vuelta al campo en un santiamén, y no querrás eso.

—¿Qué pasa en el campo de todos modos?

Me mira, con el carboncillo en alto, como si acabara de hacer la pregunta más tonta.

—¿De verdad no lo sabes?

Me encojo de hombros.

—Entras en ese lugar y no vuelves a salir.

—Entonces, ¿por qué estás tú aquí?

—Quédate quieta un minuto. Soy un kapo.

—¿Un qué?

Sacude la cabeza como si no pudiera creer que está tratando con alguien tan simple. —Como un prisionero con privilegios. —Mira alrededor, asegurándose de que seguimos solos—. Las SS nos hacen hacer su trabajo sucio a los kapos. Todos estamos aterrorizados de las SS, así que si dicen golpea a ese judío, lo golpeamos y fuerte, ¿entiendes?

—No, Stefan, no entiendo lo que quieres decir. Soy una chica de quince años.

—Si no hacemos lo que ordenan, nos matan en un abrir y cerrar de ojos. Así que los otros judíos piensan que somos traidores y estarán encantados de matarnos también. —Se pasa el dedo por la garganta.

—Vaya. Entre la espada y la pared.

—¿Crees que esto es gracioso?

Cepillo a Kaiser con demasiada fuerza y él gime.

—Y recuerda, nunca hables ni con el Kommandant ni con la señora Franck a menos que ellos te hablen primero. Nunca. Recuérдалo.

Oigo a la señora F. llamando a Edith y a mí. —Mejor me voy —le digo a Stefan, dejando a Kaiser en sus brazos.

—Oye, cuidado con mi cuadro.

Me apresuro hacia la sala. Edith ya está allí, de pie en posición de firmes. A su lado, un atril con una partitura.

—Ah, Sophie. —Oh, la forma en que dice mi nombre. Me pilla por sorpresa. Si no la conociera mejor, pensaría que realmente me aprecia un poco.

—Bueno —dice—. Pensé que deberíamos empezar a practicar. Ahora bien, no he podido encontrar un violonchelista, pero se me ocurrió ¿qué tal la miniatura de Dvorak para dos violines y viola? Christian la adora. ¿La conocen?

—Oh, sí —dice Edith, examinando la partitura—. Es una pieza encantadora.

Típico de mi hermana. Es una pieza terriblemente triste. Siempre me recuerda a mi madre sollozando después de una discusión particularmente fuerte con papá. Pero su respuesta complace a la señora F.

Abre un cajón del escritorio y saca un estuche de violín. —Ahora, esto, niñas... —Levanta el violín. Vaya, es una belleza. Tan brillante y reluciente—. Es un violín muy especial. A menudo se le conoce como el violín dorado.

—¿Por qué? —pregunta Edith—. No es dorado.

—No interrumpas, niña. Lo fabricó mi bisabuelo y está fechado el doce de octubre de 1871.

—Setenta y tres años —dice Edith sin pensarlo dos veces. (Siempre ha sido muy buena en

matemáticas, mi hermana).

—Vaya, sí, es correcto —dice la señora F., claramente impresionada.

Oh, no la animes, pienso, mientras Edith se bebe los elogios, como Kaiser revolcándose sobre su espalda. *Oh, acaríciame más, señora Franck, acaríciame más.*

—Bueno, estaba pensando que deberíamos entretener a Christian y sus colegas el próximo martes después de su cena y reunión. Solo el primer movimiento, unos tres minutos. Si dura más, se aburrirán. —Se inclina hacia adelante y susurra—: Todos se creen muy cultos, pero en realidad no lo son.

Por supuesto que no, son nazis. Gracias a Dios que solo lo pensé y no lo dije en voz alta, de lo contrario ya estaría a medio camino de vuelta al campo.

Alguien llama a la puerta. La señora F. espera y agudiza el oído mientras Stefan va a abrir. Oímos voces apagadas bajo los ladridos de Kaiser y luego se abre la puerta de la sala. —El teniente Hasemann, señora —dice Stefan con una reverencia tan profunda que podría lamer sus propias botas sucias. El teniente también hace una reverencia, con el sombrero bajo el brazo. Kaiser entra trotando, aún haciendo ruido.

La señora F. se pone de pie. —Oh, Wilhelm, pase y resguárdese del frío, adelante.

—Gracias, señora Franck. —Nos mira de reojo y hace una mueca como si acabara de pisar la mierda de Kaiser. La señora F. no nos presenta. Una lástima, realmente, porque es el alemán más guapo que he visto jamás, también el más alto; me he topado con farolas más bajas que el teniente. Edith claramente piensa lo mismo por la forma en que está babeando, pero somos menos visibles que Kaiser, a quien el teniente está acariciando actualmente—. Lamento molestarla, pero el comandante me pidió que buscara un archivo suyo. ¿Le importaría?

—Por supuesto que no. ¿Tiene tiempo para una taza de té mientras está aquí? —Se enrosca mechones sueltos de cabello alrededor del dedo como solía hacer Regina Grodecki cada vez que hablaba con Oskar Piotrowski.

—Lo siento, no. No debo demorarme; el comandante tiene prisa.

Ella no oculta su decepción. —¿Acaso no siempre? —Sonríe—. Tal vez en otra ocasión.

Él hace otra reverencia, revuelve entre algunos archivos en el escritorio, encuentra lo que busca y con un "Heil Hitler" se va.

Parece que a la señora F. le toma una eternidad volver a bajar y recomponerse. Incluso Kaiser parece decepcionado. La señora F. se aclara la garganta. —Sophie, ¿podrías pasarme mi inhalador, por favor?

—¿Su qué? Quiero decir, lo siento...

—Mi inhalador, niña tonta. Allí, allí, sobre el tocador.

Está señalando un objeto extraño. Es un tubo de vidrio con una pera de goma adherida. —Date prisa, niña.

Lo toma, inserta el tubo en su boca y presiona la pera. Después de una docena de bombeos, se recuesta en su silla y toma varias respiraciones profundas. —Ahora, ¿en qué estábamos?

—La miniatura de Dvorak, Frau Franck —dice Edith.

—Ah, sí. —Coloca su violín "tan especial" entre su hombro y su barbilla. Nosotras la imitamos. Ella y Edith no discuten los roles; simplemente se asume que Frau F. tomará el primer violín. —Bueno, hagamos un ensayo. ¿Listas? —Tan listas como podemos estar. —Bien...

Ay, no. Ay, Dios. No sé dónde mirar. Juro que Edith se está mordiendo la lengua, tratando de no reírse. La mujer no sabe tocar. Es decir, realmente, apenas puede unir dos notas. Y pensar que tuvo el descaro de hacernos una audición a *nosotras*. Y luego nos detiene a mitad del compás veinte más o menos y le hace una sugerencia a Edith sobre su interpretación. En serio, mi vieja gata podría tocar mejor y está muerta. Volvemos a empezar y mientras tocamos, le da un asentimiento a Edith, como si le estuviera dando su aprobación. Santos cielos. Sí, es un buen violín, en realidad, es un violín brillante, y suena como si lo hubiera hecho un ángel, y eso ayuda un poco, pero realmente, la mujer está masacrando a Dvorak. El pobre hombre debe estar revolviéndose en su tumba gritando, *¡Que pare, por favor, que pare!* Llegamos al final y ella dice "No está mal". ¿No está mal? ¿Está bromeando? Siempre pensé que los alemanes no tenían sentido del humor, pero me equivoqué, esto es hilarante.

—¿Ocurre algo, Sophie?

Ay, demonios, no puedo hablar. En su lugar, sacudo la cabeza como un derviche. Edith me pisa los dedos del pie, con fuerza.

—¿Deberíamos repasarlo otra vez?

Por el amor de Dios, no. Por favor. Pero lo hacemos. Y no mejora en absoluto, pero al final de todo, Frau F. parece encantada.

—Realmente es un violín precioso —dice Edith. Extiende la mano, como si quisiera tocar el violín de Frau F.

La mujer lo aparta de un tirón. —¡No lo toques! —grita—. Quitá tus sucios dedos judíos de él. Y no me hables a menos que yo te hable primero.

Edith retrocede, con las mejillas ardiendo de vergüenza.

—No deben tocar este instrumento. Nunca. ¿Me han entendido?

Ambas asentimos. Sí, lo entendemos perfectamente. Sabemos cuál es nuestro lugar.

3.

Así que está decidido: el Comandante presidirá una reunión el próximo martes por la noche. Frau Franck está organizando una buena cena y bebidas para ellos después, y luego de eso, tocaremos para ellos los dos primeros movimientos de la miniatura de Dvorak para dos violines y viola, ya que Frau F. ha decidido que los hombres ahora pueden concentrarse durante seis minutos enteros. No sabrán qué los golpeó.

Edith y yo nos reímos cuando estamos seguras de que Frau F. no puede oírnos. —Honestamente, Edith, si Alemania realmente quiere ganar esta guerra, deberían poner la interpretación de Frau F. en un gramófono y obligar a los ingleses a escucharla cien veces seguidas. Se rendirían más rápido de lo que Churchill puede encender su gordo puro.

Edith ahora está obsesionada con ese violín. —Si tan solo pudiera tocar unos cuantos compases en él, Soph.

—No puedes. Ella nunca sale.

—Ah, ahí es donde te equivocas. Va a salir el día antes de la reunión para comprar víveres y cosas. Stefan me lo dijo.

—Oye, deberíamos escapar.

—¿Qué? ¿Con Stefan y los guardias aquí? ¿Y exactamente a dónde escaparíamos?

Tiene razón. Sabemos que de alguna manera escapamos del campo y estamos un millón de veces mejor aquí que allá. A menudo pienso en todos esos cientos de personas que estaban en el tren con nosotras, ahora apretujadas en esos barracones, viviendo unas encima de otras. Espero que tengan suficiente comida y estén lo bastante abrigadas. No le creí a Stefan cuando dijo que las SS ordenaban a los kapos judíos que golpearan a otros judíos.

Así que aquí estamos, las mascotas personales de los Franck, solo un escalón por debajo de Kaiser en estatus, pero ciertamente más arriba que Stefan. Pero nos cuidan, tenemos nuestro propio espacio y tocamos nuestros instrumentos. Estamos agradecidas. Casi nunca vemos al Kommandant, y también agradecemos eso, porque da un poco de miedo. De hecho, vemos más a su mano derecha, el teniente Hasemann, lo cual nos gusta bastante.

Llega el lunes; las diez de la mañana. Stefan tiene razón: la señora Franck va a salir. De hecho, se lleva a Stefan con ella. Eso nos deja solo a nosotras dentro y a dos guardias afuera. Tan pronto como la señora Franck se va, ellos holgazanean afuera fumando y bromeando. Edith incluso les prepara una taza de té, por lo que están muy agradecidos y educados. ¿Quién lo diría?

Pero ahora la mente de Edith se vuelve hacia ese violín.

—Por favor, no lo hagas, Edith.

—Oh, siempre eres tú la que me llama santurrón, pero mírate ahora.

—Sí, pero esto es diferente. *Quita tus sucios dedos judíos de mi violín* —digo con la voz cantarina de la señora Franck.

—Me pondré guantes.

—Terminemos primero estas tareas. O nos caerá la bronca del siglo.

Así que nos ponemos manos a la obra: barremos las escaleras, le damos cuerda a todos los relojes de la casa (esa es una tarea semanal), limpiamos la rejilla de la chimenea, pulimos la mesa y la lista continúa. Somos un par de Cenicientas, mi hermana y yo. Todo el tiempo, Kaiser nos sigue y observa mientras trabajamos.

Finalmente, terminadas nuestras tareas, podemos relajarnos. Me siento en el sillón del señor Franck en la sala mientras Edith va al escritorio y saca el estuche del violín de la señora Franck. Lo abre y realmente empieza a hablarle al instrumento. Algo sobre lo injusto que es que un violín tan hermoso esté en manos de alguien tan indigna de tocarlo. Está loca. De verdad. Incluso Kaiser la mira de reojo. Saca cuidadosamente el violín del estuche y lo contempla con amor, sacudiendo la cabeza. —Míralo, Soph —dice sin apartar los ojos de él—. Es lo más hermoso que he visto en mi vida.

Un extraño presentimiento se apodera de mí. ¿Por qué tiemblo tanto? —No deberías tocarlo, Edith.

—Estás bromeando, ¿verdad?

Me inclino hacia adelante. —Por favor, no lo hagas. No parece correcto.

—Oh, ¿y que esa vieja reina lo toque sí es correcto?

—Bueno, su bisabuelo o quien fuera lo hizo.

Se coloca el violín bajo la barbilla y toma el arco. Luego, con suma delicadeza, toca un profundo 'Mi', y cerrando los ojos, se lanza a una oda judía tradicional. Vaya, esto es bueno, más que

bueno. Kaiser se tumba en la alfombra, con la cabeza apoyada en sus patas. Me dejo caer en el sillón y permito que la música me envuelva. Me transporta a días más felices, cuando tenía una mamá y un papá, cuando el señor Gerlecka nos daba dulces los viernes después de la escuela, cuando Regina y yo nos trenzábamos el cabello mutuamente, cuando el nombre de Hitler no significaba nada para nosotros, cuando éramos solo niños y no judíos, cuando éramos polacos, no judíos. Y quiero volver a esos días, lejos de esta estúpida casa y esta estúpida mujer y el campo cercano con sus chimeneas y hombres de azul y blanco blandiendo sus porras. Extraño tanto mi antigua vida. Ya no quiero estar aquí. Nunca supe que Edith pudiera tocar tan bien.

Es Kaiser quien primero me alerta. Está de pie, meneando la cola en anticipación. Me toma un momento darme cuenta. Oigo voces afuera. Me levanto de un salto del sillón. —¡Edith, ha vuelto!

Edith deja de tocar pero no se mueve.

—Edith, guarda ese maldito violín.

La puerta principal se abre de golpe. Oigo su voz. —Bueno, eso fue una pérdida de tiempo.

—¿Dónde puse el estuche? —murmura Edith.

—Dios, no lo sé.

—Tráeme una taza de té, Stefan.

—Ahí —digo, señalando el estuche bajo una silla.

Edith intenta alcanzarlo, pero sus dedos tiemblan tanto que no puede coordinar sus movimientos.

Me apresuro hacia la puerta y salgo al pasillo. —Buenos días, Frau Franck. Espero que...

—¿Cómo te atreves a hablarme? —grita.

Stefan niega con la cabeza hacia mí antes de arrastrarse hacia la cocina. Incluso él se detiene en seco al escuchar el golpe de un violín. Todos lo hemos oído. Stefan se apresura.

—¿Es Edith? —dice Frau Franck—. ¿Tiene tiempo para estar tocando cuando hay tanto por hacer?

No se me ocurre qué decir o hacer para detenerla. —Kaiser me mordió antes —digo, soltando la primera mentira que se me viene a la mente.

Se detiene en la puerta de la sala y se gira. —Bien. Le he enseñado a morder a cualquier judío que se atreva a hablarme sin permiso.

Eso fue todo; no hay nada más que pueda hacer. Observo cómo irrumpe en la sala, se detiene en seco, ignorando a Kaiser que ha venido a saludarla, y contempla la escena de mi hermana agachándose para guardar el estuche del violín en el cajón del buró.

—¿Qué estás haciendo? —dice en voz muy baja—. ¿Es ese...? Es mi violín, mi violín dorado. — Deja caer su bolso, que aterriza con un golpe sordo en el suelo de madera—. Oh Dios mío, oh mí... asquerosa...

Edith se endereza y está llorando. —Lo siento, señora, solo...

—Cierra tu asquerosa boca. —Frau Franck se tambalea por la sala y cae en el sillón de su marido—. Oh Dios mío, oh Dios mío... —Ahora veo su rostro y se ha puesto blanca como el papel, el sudor le corre por la frente. Desplomada en el sillón, con las piernas en ángulos extraños, no puede respirar. Señala con un dedo tembloroso hacia el buró.

Edith tiembla visiblemente.

—Edith —digo—. Necesita su inhalador.

Pero Edith no puede asimilar lo que le estoy diciendo. Así que corro y busco el inhalador de la señora F. y se lo llevo. Dudo por un momento. Está luchando y jadeando por respirar y sé que podría morir aquí, ahora mismo, frente a nosotras. Sería tan fácil no dárselo. Nadie lo sabría. Pero no puedo hacerlo; algo dentro de mí no me lo permite. Le ofrezco el inhalador. Me lo arrebató y bombea la extraña niebla en su boca, con inhalaciones rápidas y urgentes. Lentamente, muy lentamente, recupera el aliento. Continúa bombeando pero más despacio ahora. Finalmente, baja la mano y el color regresa gradualmente a sus mejillas.

He salvado su vida y algo terrible me dice que me voy a arrepentir para siempre.

4.

Durante el resto del día y el día siguiente, la señora Franck trata a Edith como una paria. Edith es ignorada. Incluso Stefan trata de evitarla. Está marcada. Mientras tanto, a mí me tratan como a una heroína. Incluso se sienta conmigo en la sala de estar y me dice lo agradecida que está. —Eres una buena chica para ser una...

¿Sí? ¿Para ser qué, vieja borracha? —Gracias, señora Franck.

—El señor Franck y yo... —Kaiser salta a su regazo—. Tuvimos una hija una vez. Muy parecida a ti, de hecho. También tocaba la viola. Lamentablemente, no hemos sido bendecidos desde entonces. —Acaricia al perro con fuerza. Pobre Kaiser, no parece muy feliz con esto—. Siempre

quise tener una familia. Verás, nunca conocí a mi padre. Murió en la Gran Guerra antes de que yo naciera. Mi padrastro era un hombre difícil. Anton se llamaba. Anton Hertz. Tengo un hermano llamado Hans en alguna parte, bueno, un medio hermano. Dios sabe dónde estará ahora. —Parece estar hablando consigo misma ahora. Pero luego se vuelve hacia mí y me pregunta—: ¿Te gustaría ser madre algún día, Sophie?

Sí, si vivo lo suficiente, si dejas de mantenerme como prisionera, si tus compatriotas abandonan nuestro país y nos dejan vivir en paz, entonces claro, me gustaría tener una vida normal. —Sí, señora.

—Tu hermana es una chica muy tonta. Siempre pensé que era la más sensata de las dos. Parece que me equivoqué. Nadie toca ese violín sin mi permiso. Cuando mi bisabuelo intentó venderlo por primera vez, todos pensaron que era la pieza de artesanía más maravillosa, pero nadie quería comprarlo. Verás, había un rumor de que estaba maldito. —Ni la señora F. ni Kaiser notan la llegada del apuesto teniente—. ¡Maldito! ¿Puedes imaginar algo así? Decían que quien tocara este instrumento estaba destinado a morir joven. La gente es tan tonta por creer en tales tonterías. —El teniente Hasemann llama a la puerta de la sala y entra—. Qué locura, ¿no crees? Oh, hola, teniente, Heil Hitler.

—Heil Hitler, señora. He venido para ayudarla con los preparativos para la reunión del comandante.

La señora F. aplaude encantada. Kaiser se cae de su regazo. —Sophie, ¿no tienes cosas que deberías estar haciendo?

Así que me despiden.

5.

Son las seis. Una delegación de cinco hombres de aspecto importante con uniformes de aspecto importante llega a la casa. Stefan los guía hasta la sala de estar, haciendo reverencias continuamente. El señor y la señora Franck los saludan a todos con una ronda de Heil Hitler. Hay mucha charla y risas. La señora F. sale disparada con una sonrisa fija en su rostro, una sonrisa que desaparece en el momento en que sale de allí. Se ve elegante, tengo que reconocerlo, llevando un largo vestido verde fluido con un escote en V bajo en la espalda, y sus perlas reflejando las luces. Nos da órdenes a Stefan, Edith y a mí. ¿Está hirviendo el estofado, están las patatas listas para poner, están peladas las zanahorias? ¿Está Kaiser encerrado arriba en su habitación? No queremos que Kaiser se sobreexcite y se convierta en una molestia.

Me envía a la sala de estar con una bandeja de copas limpias. Sé que están limpias porque pasé una eternidad esta tarde limpiándolas y puliéndolas. Me ha vestido con uno de sus vestidos; me

quedaba demasiado grande, pero con una puntada aquí y un alfiler allá «paso la inspección». Hizo una mueca mientras cosía la estrella amarilla en él. «Las cosas que tenemos que hacer», dijo. Edith está vestida de manera similar porque más tarde tenemos que hacer nuestro recital. Hasta entonces, Edith debe permanecer en la cocina. La señora F. no quiere que se mezcle con sus invitados; es inflexible en esto.

Así que, equilibrando la bandeja de copas en una mano, llamo a la puerta de la sala de estar y entro. Apenas puedo verlos, tal es la nube de humo de cigarrillo. Están sentados a la mesa, con el Comandante a la cabeza y el Teniente Hasemann a su izquierda, tomando notas. No se percatan de mi presencia cuando me deslizo y deposito la bandeja a un lado. Escucho mientras alineo las copas. El señor Franck está hablando.

—Sí, absolutamente, Capitán. Esto viene de arriba. Necesitan que aceleremos el proceso, así que les dije que no tenemos la capacidad. La respuesta es simple, dijeron. Construyan más crematorios.

—¿Y financiarán esto?

—Sí, por supuesto. Tienen razón, claro. En este momento nos lleva dos días enteros procesar a los nuevos llegados. Otros campos pueden hacerlo en una hora. Ese tiene que ser nuestro objetivo.

—Tiene razón, señor Comandante. Estamos en esto a largo plazo. Es nuestro deber.

—No podría estar más de acuerdo, Capitán. Es nuestro deber y uno que, si lo cumplimos, las futuras generaciones de alemanes nos agradecerán. Así que, vayamos a los aspectos prácticos...

Me deslizo hacia afuera, convencida de que ninguno de ellos me notó. Excepto, claro está, el teniente; él me notó porque me guiñó el ojo. Regreso a la cocina. Stefan y Edith están allí, ocupados trabajando. El estofado huele divino, el vapor se eleva de las ollas en la estufa.

—¿De qué están hablando allí dentro? —pregunta Edith.

—Sabes, no tengo ni idea.

Media hora después, la señora F. está ahora preocupada de que todo esté listo demasiado pronto.

—Las patatas se convertirán en puré a este ritmo. —Sale disparada y verifica cómo van las cosas. Regresa un momento después—. Está bien; están listos. Stefan y Sophie, vayan a poner la mesa. No miren ni hablen con ninguno de ellos.

No necesita decirnos eso.

Sigo a Stefan a la sala de estar. Ahora están de pie, bebiendo y riendo de nuevo. Un disco toca canciones bulliciosas en el gramófono. Stefan extiende el mantel y lo alisa. Ahora me he dado

cuenta de que el Comandante es coronel de las SS. De hecho, todos son de las SS, por eso sus uniformes son negros. El Comandante propone un brindis por el señor Hitler.

—¡Larga vida al Führer! —gritan todos al unísono.

Todos parecen muy felices excepto el teniente, que no tiene con quién hablar y está fumando un cigarrillo, viéndose más incómodo que un ciervo en una fiesta de leones. Es mucho más joven que los demás y supongo que de menor rango. Sin embargo, está disfrutando de la bebida, prácticamente tragándose. Entre nosotros, Stefan y yo colocamos los cubiertos, la vajilla y las copas en la mesa. Terminamos. Stefan sale rápidamente. Estoy a punto de seguirlo cuando uno de los SS se planta justo frente a mí.

—Vaya, hola. ¿Quién es esta joven, Christian?

—¿Eh? Ah, es una de las pequeñas ayudantes de mi esposa. Ella, su hermana y Magda nos deleitarán con un breve recital después de la cena.

—¿Es así? —dice el hombre mirándome como quien examina un pastel en la panadería del señor Gerlecka—. Bueno, algo que esperar con ansias. ¿Cómo te llamas, niña?

Abro la boca para responder, pero es el Comandante quien habla.

—Edith. Su nombre es Edith.

—Edith, ¿cómo estás? —Sopla una bocanada de humo en mi cara—. No dejes que te detenga ahora.

Hago una reverencia y salgo lo más rápido que puedo con decencia, con los ojos ardiendo por el humo. ¿*Edith*? ¿Llevo tres semanas aquí y no sabe mi maldito nombre?

La cena transcurre bien, creo. La señora F. toma su lugar en el extremo opuesto de la mesa frente a su esposo. Stefan y yo vamos y venimos con varios platos. El trabajo de Stefan es asegurarse de que sus copas permanezcan llenas hasta el borde en todo momento. El ruido aumenta minuto a minuto. Para ser hombres en guerra, se ríen bastante. Cada pocos minutos hacen otro brindis por Hitler o Göring o Himmler o Dios sabe quién. Por supuesto, siempre es Hitler quien recibe la ovación más fuerte.

La señora F. está tan tensa como una goma elástica estirada. Pero sonrío y asiente con la cabeza y dice «¿de verdad?» y «¿es así?» y «qué interesante» con regularidad. Está bastante pálida. Espero que no necesite su inhalador pronto. No puedo imaginar que todo este humo de cigarrillo ayude. El teniente Hasemann tampoco se ha relajado del todo, pero creo que el suministro constante de vino está ayudando. Es el único hombre que no está gritando. ¿Es mi imaginación o él y la señora F. se miran de vez en cuando desde los extremos opuestos de la mesa? Podrían hacerlo más obvio, ¿por qué no? En fin, no es mi funeral. Al menos no todavía.

Se sirve el postre; una ensalada de frutas con crema, y la señora F. absorbe el torrente de cumplidos con un regio gesto de la mano. —Oh, no fue nada —dice. En realidad, eso es cierto: no fue nada porque ella no tuvo nada que ver con ello. Stefan lo hizo. Solo piensa, si esos hombres allí supieran que un judío asqueroso como Stefan puso sus dedos en todas sus frutas, estarían vomitando desde ahora hasta el Yom Kippur. ¡Ja!

Al regresar a la cocina, puedo oír a Kaiser ladrando en la habitación de su ama. Pobre cosa, creo que nadie se ha acordado de alimentarlo esta noche.

—¿Cómo va todo ahí dentro ahora? —dice Edith.

—Deja de preguntarme eso.

—Están borrachos —dice Stefan—. Lo que significa que tenemos que ser extra cuidadosos. No hay nada que le guste más a un nazi borracho y perturbado que humillar al judío más cercano.

Veo a la señora F. parada en la entrada de la cocina, pero es demasiado tarde para advertir a Stefan. —¿Qué fue eso? —dice ella. Stefan parece como si acabara de tocar una cerca eléctrica. Por suerte, la señora F. está demasiado estresada para preocuparse. —Edith —dice—. Sophie, vengan, es hora. ¿Están listos sus instrumentos?

Oh no, casi había olvidado que teníamos que atormentar a los invitados de los Franck con seis minutos de tortura musical. Qué alegría.

La sala de estar se ha quedado en silencio, solo se oye el ocasional tintineo de una copa y una succión en la boquilla de una pipa. Los hombres giran alrededor en sus sillas mientras la señora F., Edith y yo tomamos nuestras posiciones. El señor Franck se ve particularmente incómodo de repente. Sé cómo se siente, señor Comandante.

—Caballeros —dice la señora F.—. Les presentamos el primer y segundo movimiento de la miniatura de Dvorak para dos violines y viola. —Hay sonrisas nerviosas por todas partes. Uno de ellos enciende un cigarro y tose. Ella se vuelve hacia nosotras, asegurándose de que estemos listas. Estamos listas, sí. Y con un uno, dos, tres... Comenzamos.

Son quizás los seis minutos más largos de mi vida. ¿Ha mejorado la señora F. después de toda nuestra práctica? Ni de broma. Pero después de un rato, me doy cuenta de que no importa. El Comandante se ve incómodo y parece que preferiría estar en cualquier lugar ahora mismo menos aquí. Pero a sus camaradas no parece importarles el espantoso chirrido que sale del violín de la señora F. De hecho, ni siquiera lo notan. Stefan tiene razón: están todos demasiado borrachos. Después de solo un minuto o dos, empiezan a moverse inquietos. Realmente no quieren escuchar esto. La señora F. tenía razón: estos hombres no son cultos; preferirían estar escuchando sus estúpidas canciones de marcha y de beber. Fuman y golpean sus dedos contra sus rodillas, bostezan e intercambian sonrisas avergonzadas. ¡Esta es mi primera actuación en años y creo que nunca la olvidaré!

Por fin, se acabó. Las últimas notas se desvanecen y nos recibe un silencio atónito. Luego, como si se acordaran de sí mismos, los hombres estallan en vítores y aplausos y una ovación de pie. Nunca una ovación de pie ha sido menos merecida. La señora F. hace una profunda reverencia y Edith y yo hacemos algo parecido. El teniente Hasemann comete el error de gritar pidiendo un bis y realmente veo al capitán patearlo. Eso lo silencia. No habrá bis. ¡Gracias a Dios por eso!

Una hora después, Stefan, Edith y yo seguimos en la cocina, lavando y recogiendo. Dios, hay tanto. ¿No tiene fin? El Comandante y sus invitados han salido a la noche para "disparar a unos judíos". Supongo que es solo una expresión tonta para disparar a conejos o algo así.

Kaiser se desliza en la cocina, con aspecto furtivo. —¿Qué hace él aquí? —dice Stefan, tratando de espantarlo, pero Kaiser, con el rabo entre las piernas, se niega a moverse.

—No ha cenado —digo—. Pobre Kaiser.

Así que lo alimento, luego, una vez que termina, lo dejo salir para que haga sus necesidades. Regresa viéndose mucho más feliz.

—Bien, llévalo arriba de nuevo, ¿quieres? —dice Stefan—. Rápido, antes de que la señora lo vea aquí.

Tomo a Kaiser en mis brazos y compruebo que no haya moros en la costa. Después de todo el alboroto anterior, la casa parece extrañamente silenciosa. Llevo a Kaiser escaleras arriba. Edith corre detrás de mí y me adelanta. —Necesito quitarme este vestido estúpido —dice—. Me está apretando.

—Oye —digo—. ¿Puedes abrir la puerta de la señora?

Lo hace. Algo anda mal. Se queda allí en la puerta como si hubiera visto un fantasma. Y entonces grita. Oigo a la señora Franck chillándole. Edith cierra la puerta de golpe detrás de ella. Parece enferma.

Suelto a Kaiser, que cae torpemente en el rellano, gime y sale corriendo. —¿Qué pasa?

Edith se ha puesto blanca. No puede hablar. Agita las manos y me empuja escaleras abajo. Ambas corremos a la cocina, cerrando la puerta detrás de nosotras. Stefan está afuera, deshaciendo se de los desperdicios. —Edith, ¿qué pasa?

—Ay, Dios mío, lo estaban haciendo, arriba.

—¿Qué?

—Quiero decir, realmente *haciéndolo*, Soph; ya sabes.

—Diablos. ¿Quiénes? ¿El señor y la señora Franck?

Ella sacude la cabeza vigorosamente. —No, ellos no.

—¿Qué? ¿No? ¿Entonces quién? Edith, háblame. ¿Quién era?

—Era ella y... y el teniente.

6.

Cuando mi padre solía emborracharse, lo cual, antes de que nos hubieran arreado al gueto, era a menudo, no se levantaba hasta el mediodía. El Comandante, sin embargo, estaba levantado, lavado, desayunado y fuera para trabajar antes de las ocho. No parecía afectado en absoluto. Papá solía verse terrible, con los ojos inyectados en sangre y un aliento que podía marchitar flores a veinte pasos. Me topé con el señor Franck en el pasillo. Kaiser corría a su alrededor, siendo ignorado. Mientras se abotonaba el abrigo y se preparaba para salir, el señor Franck me dijo: —Gracias por lo de anoche, Edith.

No supe qué decir y ciertamente no iba a corregir su uso equivocado de mi nombre.

Estaba a punto de abrir la puerta principal cuando se detuvo y sin volverse, añadió: —Sabes, tú y tu hermana tocan hermosamente.

Y luego se fue.

Me quedé allí mirando fijamente la puerta, preguntándome si realmente había dicho eso o si solo lo había soñado y, aunque desearía que no fuera así, siento una calidez que se extiende por mi cuerpo.

No vi salir a los invitados después de nuestro impactante descubrimiento. Stefan, Edith y yo nos escondimos en la cocina, siguiendo el consejo de Stefan de mantenernos fuera de su camino. Así que no volví a ver al teniente Hasemann, ni al Kommandant regresar de su cacería de conejos. Cuando Stefan y yo nos atrevimos a volver a la sala para limpiar, el señor F ya se había acostado y sus invitados se habían ido a casa. Pero la señora F estaba allí, desparramada en el sillón con una pierna colgando sobre el reposabrazos, una copa de vino vacía casi resbalándose de una mano y su inhalador en la otra. Ahora se veía desaliñada, con el cabello despeinado, el vestido arrugado y el lápiz labial corrido, quiero decir tan corrido que parecía un payaso de circo. Sus párpados caían pesadamente. Pero había algo más, algo que no pude identificar en ese momento. Supongo que tenía demasiado que hacer. Stefan y yo trabajamos en silencio a su alrededor, recogiendo platos y vasos, limpiando la mesa, levantando cacahuets del suelo. Entreabrió los ojos y me miró con desdén, y una ola de tristeza me invadió. Aparté la mirada rápidamente.

Fue mucho más tarde, cuando, completamente agotada, me iba a la cama, que me di cuenta de qué era lo que pasaba con la señora F. Estaba miserable, totalmente miserable. Me deslicé en la cama junto a Edith y le pregunté si estaba bien. —Fue horrible, Soph. Él tenía los pantalones y los calzoncillos bajados hasta los tobillos y ella estaba sobre el tocador con las piernas envueltas alrededor de él.

—¿Y?

—¿Qué?

—Vamos, cuéntame más.

—¡No!

—¿Por qué no usaban la cama?

—¿Sabes, Sophie? No se me ocurrió detenerme para preguntarles eso.

—Vale, lo siento. ¿Hacían ese ruido como la pareja del tren?

—¿Qué pareja del tren?

—Ah, no te diste cuenta. ¿Se estaban besando? ¿Y dónde tenía él las manos? ¿Y ella?

—No lo sé, Soph. Deja de hacer preguntas tan estúpidas, ¿quieres?

—Ella no es feliz, ¿sabes? La señora Franck.

—¿Ah, sí? Gracias, Albert Einstein, por esa aguda observación.

Así que, esta mañana, *todavía* estamos limpiando después de anoche y me pregunto cómo seis hombres y una mujer pueden hacer tanto desastre. También pienso en la señora F. En realidad, nunca dejo de pensar en ella ahora. Me pregunto cuánto tiempo lleva haciéndolo con el atractivo teniente, si anoche fue la primera vez. No estoy celosa, diablos no, el teniente Hasemann es guapo pero sigue siendo un maldito nazi. No es como cuando me enteré de que Regina Grodecki lo estaba haciendo con Oskar Piotrowski. En ese momento, fingí que no me importaba tanto; no era gran cosa. Pero sí me importaba, y *sí era* una gran cosa. Puedo admitirlo ahora. No sabía con quién estaba más molesta: con Oskar, porque me gustaba Oskar, quiero decir, *realmente* me gustaba, o con Regina, porque era mi mejor amiga, y aunque yo no tenía ningún derecho sobre Oskar, el hecho de que ella lo hiciera con él me parecía una traición total de alguna manera.

Oímos ruidos arriba. La señora F está despierta y moviéndose. Bajaré en un minuto. Stefan no se da cuenta. Kaiser se levanta del suelo, se estira y empieza a mover la cola en anticipación de ver a su ama. Yo, sin embargo, no estoy deseando que esto suceda. Y Edith ciertamente tampoco.

Puedo sentir cómo se prepara mentalmente. La oímos bajar la escalera. Va hacia la sala de estar. Con suerte, estará satisfecha con lo que ve. Stefan y yo trabajamos duro ahí dentro. Incluso dejamos las ventanas abiertas para tratar de refrescar el ambiente. Ni el señor ni la señora Franck fuman, así que espero que aprecie el esfuerzo.

Oh, ya viene. Todos parecemos ocupados; bueno, de hecho lo estamos. Estoy preparando el desayuno de su señoría. Kaiser ladra un saludo. Ella se detiene y se apoya en el marco de la puerta, observándonos, con los brazos cruzados. Me obligo a no mirarla, pero su presencia y su irritación llenan la habitación.

—Stefan.

Él deja de fregar el suelo. —¿Señora? —Todos nos detenemos para escuchar.

—El Kommandant me ha pedido que le transmita una orden.

—¿Sí, señora?

—Por favor, lleve a Edith de vuelta al campo en este instante.

Escucho la brusca inhalación de Edith.

—¿Qué? —dice Stefan.

—¿Perdón?

—He dicho sí, señora. En este instante, señora.

—No. —Edith retrocede, con los ojos desorbitados—. No, por favor, allí no. Por favor, Frau Franck, no...

—Cállate, maldita judía.

—Vamos —dice Stefan—. Ya has oído a la señora.

Dios mío, no. No puedo creer que esto esté pasando. Las palabras de Stefan sobre el campo vuelven a mí, *Si entras en ese lugar, no vuelves a salir*. —Déjeme ir con ella, Frau Franck.

—Por supuesto que no. —Se da la vuelta y se marcha.

Edith corre hacia la puerta trasera, pero sigue cerrada. La llave está en la cerradura, pero no puede girarla lo suficientemente rápido. Stefan la agarra, rodeándola con sus brazos por la cintura. Edith forcejea y grita.

—Por favor, Stefan, no hagas esto.

—No te metas en esto.

—No puedo; es mi hermana. —Le golpeo la espalda con los puños, pero ni siquiera se inmuta.

Frau Franck regresa y esta vez trae a los dos guardias de fuera. Edith ahora grita de verdad, pateando y agitando los brazos. Uno de los guardias le apunta con su rifle. Le grito que se detenga. Ella ve al guardia y la vida parece evaporarse de ella. Stefan la suelta. Ella pone las manos detrás de la cabeza.

—Por favor, no se lleven a mi hermana.

—Una palabra más, judía, y te vas con ella.

Mi boca se abre de par en par. Tengo que decir algo, salvar a Edith, pero no puedo; su amenaza me silencia. No, no puedo quedarme callada; quiero estar con ella. Estoy a punto de hacerlo cuando Edith habla primero. —Sophie, cállate. Lo dice en serio. No digas ni una palabra. Soy tu hermana mayor, tienes que hacer lo que te digo. —Las palabras suenan autoritarias, pero no puede disimular el temblor, el miedo visceral que late en su interior. Pero sé lo que está haciendo; me está salvando. Da un paso hacia mí. El guardia se interpone en su camino, pero ve que Frau Franck lo aprueba. Se hace a un lado. Edith, mi hermosa hermana, me abraza, me abraza con fuerza. Respiro su aroma. Sus lágrimas se mezclan con las mías. Pone sus labios en mi oído. —Vive, Sophie. Por las dos.

Asiento; no puedo hablar.

Se aleja, tiene que forzarme a soltarla, desprendiendo mis manos de sus brazos. Las fuerzas me abandonan y mis brazos caen inertes a mis costados.

Stefan encabeza la marcha fuera de la cocina, por el pasillo y hacia la puerta principal. Edith le sigue, con uno de los guardias detrás. No mira atrás.

La puerta principal se cierra. El segundo guardia vuelve a su puesto. Ahora, solo quedamos Frau Franck y yo.

—Quién sabe —dice con ligereza—. Tocó ese violín. Tal vez la maldición ha venido a reclamarla. Yo podría ser la siguiente.

La miro directamente a los ojos. —Eso espero con toda mi alma —digo.

Me da una bofetada en la cara. Fuerte, punzante.

No siento nada.

Ocho años después.**Varsovia, octubre de 1952**

Faltan tres días para las elecciones nacionales. Hay carteles por todas partes; no hay escapatoria. El Frente de Unidad Nacional (también conocido como los comunistas) ganará. Esto es obvio porque no hay otros partidos. Uno por uno, los comunistas los han intimidado hasta el silencio o la coalición. Mi marido, Oskar Piotrowski, está entusiasmado con todo esto. Es un buen comunista. Hay que ser comunista para sobrevivir en Polonia. Yo no lo soy, pero me guardo mis opiniones. Sería peligroso hacer lo contrario. Necesito escapar de todo esto por una noche, y hace un mes, vi un cartel de un concierto en el Teatro Nacional que tendría lugar en nuestro primer aniversario. Así que Oskar compró entradas y nos vamos.

Es sábado por la noche, las calles de la capital están concurridas, los jóvenes salen listos para bailar toda la noche. Un tranvía traquetea al pasar. Deslizo mi mano por el brazo de Oskar. Cae una fina llovizna. La ciudad se está reconstruyendo y es una alegría verlo. Todavía hay muchas ruinas y devastación, pero cada mes parece que hay menos. Estamos decididos a eliminar cualquier rastro de la ocupación nazi. Los carteles electorales están por todas partes, con el retrato de nuestro presidente o el de Stalin. Vemos a lo lejos las enormes obras en progreso que algún día se convertirán en el Palacio de Cultura y Ciencia, o, como todos lo llaman, el Palacio de Stalin, un regalo para nosotros de la Unión Soviética, del propio Stalin. Oskar me dice que tardará otros tres años en completarse. Como nación, estamos completamente en deuda con la Unión Soviética. Fueron ellos quienes nos liberaron de la tiranía nazi. Estamos agradecidos a nuestros hermanos soviéticos. Sé que Oskar ciertamente lo está. Pero me pregunto cuánto tiempo tenemos que seguir estando agradecidos.

Y aquí estamos. El Teatro Nacional, un hermoso edificio de arenisca con columnas dóricas y ventanas arqueadas, inaugurado, me informa Oskar, en 1760. Sonríe y le agradezco la información. No menciono que en realidad fue en 1765.

Encontramos nuestros lugares y nos sentamos en los lujosos asientos rojos. El teatro parece más pequeño por dentro y está impregnado de un cálido resplandor ámbar; zumba con el murmullo de voces emocionadas mientras la gente se acomoda.

—¿Qué hay en el programa? —pregunta mi marido.

Le digo. La Filarmónica de Varsovia interpretará piezas de famosos compositores polacos y rusos: Chopin, Tchaikovsky, Mussorgsky, Glazunov y Józef Koffler. Oskar me toma de la mano. Se inclina y me besa en la mejilla. —Feliz aniversario, cariño.

Le doy las gracias y le aprieto la mano. Ambos estamos muy emocionados, pues tengo cinco meses de embarazo. Anhele una niña. Estoy convencida de que lo será. La llamaremos Edith.

Las luces se atenúan. Poco a poco el público guarda silencio. Se abre el telón del escenario y allí, esperándonos, está la Filarmónica. Esperamos al director. Y aquí está. El público vitorea y aplaude. Ocupa el centro del escenario, nos saluda con una profunda reverencia y luego se gira para enfrentarse a su orquesta. Y así comenzamos...

Después de la guerra, volví a Lublin. Oh, qué ciudad, la devastación, el caos. Intenté encontrar a mis padres, pero fracasé. Sin embargo, encontré a mi vieja amiga Regina Grodecki. Nos abrazamos. Me presentó a su nuevo novio y me llevó a casa a tomar el té. Su padre me saludó amablemente. —Nunca fuimos antisemitas en esta familia —dice. A través de Regina encontré a Oskar. Pero él y yo perdimos el contacto durante un tiempo en el caos del mundo de la posguerra, pero nos volvimos a encontrar por casualidad hace dos años, en 1950. Y esta vez fue amor. La noche después de que hiciéramos el amor por primera vez, me contó sobre su vida y sus experiencias durante la guerra, me relató hasta el último detalle. Y luego yo le conté las mías, hasta el último detalle. Nos abrazamos y lloramos esa noche, lloramos mucho. Ya estaba amaneciendo cuando terminamos de hablar. Y luego nunca más volvimos a mencionar la guerra. Ni una sola vez.

Termina la primera parte. Estamos en el bar durante el intermedio. Me siento en un taburete cerca de una ventana con vistas a la ciudad mientras Oskar se abre paso hasta la barra. Un zumo de tomate para mí. Admiro a las mujeres con sus suntuosos vestidos de noche y escucho el constante murmullo de las conversaciones. Tengo un par de vestidos preciosos, pero ahora no me caben. Me acaricio el vientre. Es un pequeño precio a pagar. Oskar me ve desde la barra y me saluda con la mano como si no me hubiera visto en días. Bendito sea.

Todavía estoy sonriendo cuando siento una oscuridad cerca de mí, una agitación en mi estómago. La habitación se balancea un poco; las voces van y vienen en una bruma. Sin embargo, una voz resuena por encima de todas las demás. Es *su* voz, ese acento alemán cantarín. No, por favor, debo estar equivocada, seguramente no. Busco la voz. Una mujer con un vestido verde, de espaldas a mí, lleva un pequeño sombrero adornado con una gran pluma de avestruz y sostiene un gran bolso de piel de cocodrilo. Está hablando con una pareja, el hombre de unos cuarenta años, con esmoquin. Ella se ríe y echa la cabeza hacia atrás y, solo por un instante, mira de lado. Mi corazón da un vuelco. Es ella; es Magda Franck.

—¿Estás bien, cariño? Te has puesto pálida.

—Estoy bien, cariño. Gracias.

—Tu jugo de tomate.

Oskar habla sobre las elecciones, como suele hacerlo, y sobre cómo los comunistas van a consolidar su poder por el bien del país. Intento escuchar, sorbiendo mi bebida, tratando de no

mirarla. Suena la campana. Es hora de la segunda parte de la función. Da la casualidad de que Oskar y yo estamos justo detrás de Magda y sus acompañantes mientras todos nos dirigimos del bar de vuelta al auditorio. *Mire hacia atrás, Frau Franck, y vea quién la está siguiendo.*

La segunda mitad es una tortura para mí. No puedo concentrarme, no puedo disfrutarla, sabiendo que ella está aquí, a solo unos metros. Hasta que se apagaron las luces, podía verla, unas filas más abajo y algo a mi izquierda. ¿Cómo se atreve a estar aquí, cómo se atreve a disfrutar de una vida normal y despreocupada? Me pregunto, como lo he hecho tantas, tantas veces antes, si todavía tiene ese violín, si aún se cree capaz de tocarlo.

No hablé durante seis meses después de aquel día. Simplemente perdí la voz. Honestamente, no creo que el Kommandant lo notara. La odiaba tanto, pero no podía hacer nada al respecto. Odiaba a Stefan también, por haberse llevado a mi hermana. Lo odiaba por haberme dicho una semana después que Edith había muerto. No pregunté cómo murió; no quería saberlo. Y él no me lo dijo.

Mi mente está acelerada. Qué extraño, qué horrible es estar sentada aquí en la oscuridad, compartiendo el mismo espacio que ella. Seis meses después, los Franck y todos sus amigos nazis evacuaron apresuradamente; los soviéticos se acercaban a la ciudad y al campo. Los Franck hicieron sus maletas, organizaron su transporte y un buen día de invierno, se marcharon, llevándose a Kaiser con ellos. Stefan desapareció rápidamente. Tenía la casa para mí sola; una experiencia extraña. Viví aturdida durante tres días antes de que aparecieran los primeros soldados soviéticos y, después de violarme varias veces, requisaron la casa. Podían quedársela. Siempre he querido borrar a esa mujer de mi memoria, pero no pude. La liberación, la paz, el matrimonio, el embarazo, y ella sigue ahí, indeleblemente arraigada en mi conciencia despierta, como una mancha. Pienso en Magda Franck más de lo que pienso en Edith, y odio aún más a esa mujer por eso. Edith tendría veintitrés años ahora. Ella me salvó ese día; vivirá dentro de mí para siempre.

La velada termina con una pieza de Józef Koffler, víctima de los escuadrones de exterminio nazis, asesinado en 1944. La orquesta recibe una ovación de pie. Oskar aplaude frenéticamente. Yo apenas puedo ponerme de pie. Lo achaco al embarazo. Por fin, la ovación termina, los aplausos se apagan y puedo sentarme un momento. Me doy cuenta de que podría hacer algo aquí. La oportunidad podría no volver a presentarse. Pero ¿qué? ¿Cómo? ¿Qué puedo hacer?

Estamos en el vestíbulo. La gente va y viene, caminando lentamente, mezclándose, hablando emocionada sobre la actuación, de la gloriosa música. Un retrato de Stalin nos observa desde arriba. Me resulta difícil mantenerla a la vista.

—Llamaré a un taxi —dice Oskar, encendiendo un cigarrillo.

Pongo mi mano en su brazo. —Ella está aquí.

—¿Quién?

—Magda Franck.

—¿Quién? —Y entonces lo recuerda - puedo ver la realización en sus ojos. Su boca queda abierta—. ¿Dónde?

Sigue el movimiento de mis ojos. —¿La del vestido verde? —pregunta—. ¿Con la pluma?

Asiento. Él da un paso hacia ella. —¡No! —Lo agarro justo a tiempo y lo halo hacia atrás—. No. No lo hagas, Oskar.

—¿Vas a dejar que se vaya así sin más?

—No puedo hablar con ella aquí, no delante de toda esta gente.

—De todos modos se está yendo.

Miro hacia allá. Oskar tiene razón. Frau Franck revisa el interior de su bolso y luego, junto con sus dos acompañantes, se une al éxodo que se dirige a la salida. —Quédate aquí —dice Oskar.

—Por favor, Oskar...

—Prometo que no hablaré con ella. —Apaga su cigarrillo en un cenicero de plata vertical—. Lo prometo, Sophie. —Los sigue afuera.

Tomo asiento en un rincón del vestíbulo. El personal con chaquetas blancas recoge vasos sucios y vacía ceniceros en cubos metálicos. Sonrío disculpándome. Siento como si estuviera estorbando ahora. Oskar regresa después de unos buenos diez minutos.

—¿Qué pasa? —pregunto, poniéndome de pie.

—Nada. Esperé en la fila de taxis detrás de ellos. Me di cuenta de que la pareja con la que está son su hermano y su cuñada, y todos se hospedan en el Hotel Albion.

—Podrían haber caminado hasta allí desde aquí.

Oskar se ríe. —Sí, pero eso no estaría bien, ¿verdad?

—No, supongo que no.

Del vestíbulo del teatro al vestíbulo del Hotel Albion. Me siento y espero en una pequeña mesa redonda junto a una aspidistra, golpeando el suelo con el pie. Me agarro el vientre y respiro profundamente, exhalo. Despacio ahora. El suelo de mármol refleja las arañas de arriba; todo es tan grandioso aquí. Hay varias columnas grandes, cada una decorada con un motivo de hiedra. Un hombre con sombrero de ala ancha se apoya contra una, fumando y leyendo un periódico. La gente habla en voz baja. Los ascensores suenan cerca. Son casi las once. Estoy tan cansada. Desde el embarazo, me he estado acostando mucho más temprano. Me laten los pies. Me quito los zapatos. Hojeo un periódico pero las palabras se difuminan; nada más que las elecciones como siempre, y la rectitud de los comunistas y la gloria de Joseph Stalin. La portada muestra un dibujo propagandístico de Stalin con Bolesław Bierut, nuestro presidente. Todos amamos a Stalin; no tenemos otra opción que amarlo.

Mientras siento que estoy en el umbral del resto de mi vida, Oskar está disfrutando de la situación, jugando a ser un espía, mi espía. Estuvo merodeando cerca de la recepción mientras Frau Franck y su hermano y cuñada recogían sus llaves. Se apresuró hacia su ascensor justo cuando las puertas se cerraban, obligando al botones a mantenerlas abiertas para él. Vi las puertas del ascensor cerrarse con mi marido parado junto a la mujer que asesinó a mi hermana. El hombre del sombrero dobla su periódico y pasa por mi lado. Nota mis pies descalzos y me lanza una mirada de indignación.

Y ahora Oskar está de vuelta, caminando hacia mí, balanceando los brazos y luciendo satisfecho consigo mismo.

Toma una silla de una mesa vecina y se sienta a mi lado. —Ahora se llama Fräulein Kirchner, y se hospeda en la habitación 312. Su hermano, un tal Hans Hertz, y su esposa están en la 313.

—¿Hertz? —Recuerdo que ella mencionó ese nombre. Anton Hertz, su padrastro.

—¿Y ahora qué, Soph? Yo digo que irrumpamos allí y le doy un puñetazo.

—Yo digo que no haremos tal cosa.

—¿Entonces qué?

—No quiero lastimarla, Oskar. ¿De qué me serviría eso? Solo me metería a mí y al bebé en problemas.

—Entonces, ¿por qué estamos aquí? ¿Vas a sentarte y tener una agradable charla con ella, con ese monstruo?

Me inclino hacia él. —Oskar, no se trata de ella; se trata de mí, de enterrar mi pasado y dejarlo ir para poder seguir adelante. —Me acaricio el vientre.

Él pone su mano sobre la mía. —Lo entiendo. Lo siento, cariño. Estaba siendo frívolo. Supongo que estoy nervioso por ti.

—Lo sé. Gracias. —Me levanto y estiro la espalda—. Iré a verla.

—¿Estás segura?

—Si no regreso en veinte minutos, puedes irrumpir y darle un puñetazo.

Él sonríe. —Buena suerte.

Tomo el ascensor. —Al tercer piso, por favor —le digo al botones.

Y aquí estoy. Habitación 312. Pienso en Edith, en aquel último día, y sé que no puedo alejarme de esto. Llamo muy suavemente.

9.

—¿Quién es? —llega la familiar voz cantarina desde dentro.

—Servicio de habitaciones.

La puerta se abre. —No he llamado... ¿Hola? —Sus ojos se desvían hacia mi vientre—. ¿La conozco?

—¿Fräulein Kirchner?

—Un momento...

—O debería decir Frau Franck.

Me cierra la puerta de golpe, pero anticipándolo, coloco mi pie entre la puerta y el marco. El dolor me sube por el tobillo, pero me mantengo firme, decidida a no mostrarlo.

—Lárguese de aquí —gruñe.

Empujo la puerta, haciéndola retroceder hacia la habitación. Cierro la puerta de golpe, echando el cerrojo y guardándome la llave. Su habitación es ciertamente acogedora con su suave iluminación y cama doble; la ventana está abierta, las cortinas ondean con la brisa, las luces de la ciudad se extienden en la distancia. Ella está de pie junto a la cama y puedo sentir su miedo.

—Por favor, váyase ahora o llamaré a recepción. —Está jadeando; su mano está en su garganta.

La ira me invade, tomándome por sorpresa; me equivoqué abajo en el vestíbulo, sí quiero hacerle daño; Dios, podría matarla. Ella retrocede. Me estoy alimentando de su miedo, deleitándome en este giro de nuestras fortunas.

—Veo que le va bien, Frau Franck. Dígame, ¿qué pasó con el señor Franck?

—N-no lo sé. Él... creo que trabaja en un banco en Frankfurt. ¿Qué quiere de mí?

—Ya no están juntos entonces. De ahí el nuevo nombre.

—No. Divorciados.

—¿Qué pasó con el teniente con el que solía acostarse?

—Sophie, por favor.

—¿Y bien?

—Lo mató un francotirador soviético.

—Oh, qué triste para usted.

—Dígame qué quiere y luego váyase.

—Quiero oírla decir "lo siento", Frau Franck. Eso es todo.

—Sí, sí, lo estoy. Lo siento. —Está llorando ahora, pero solo por lástima de sí misma.

—¿Lo siente por qué?

—Por... por haber estado casada con un nazi. —Lo dice más como una pregunta, como si tratara de encontrar la respuesta correcta.

—¡Mi hermana, zorra!

—Sí, sí, tu hermana.

—La asesinaste tan seguro como si le hubieras clavado un cuchillo en el corazón. Fue gaseada, y tú sabías lo que estabas haciendo cuando la enviaste de vuelta. ¿Cómo respondes por eso, por cualquiera de ellos?

Puedo ver cómo se derrumba. —Estaba celosa de ella.

—¿Qué? ¿Celosa? ¿De Edith? ¿Cómo?

Las lágrimas fluyen ahora. Se sienta en el borde de la cama, con el rímel corriendo por su rostro.

—¿Recuerdas ese primer día? ¿Cuando Christian os trajo a ti y a Edith a nuestro alojamiento?

—Sí, lo recuerdo. Parecía que hubieras visto un fantasma.

—Pensé que lo había visto. —Me mira con tanta desesperación que por un momento fugaz casi siento lástima por ella—. Me recordabas tanto a ella.

—¿Ella?

—Sí, ella. Mi hija, Sophie —Grita el nombre—. *¡Claudia !* Mi hija. Claudia, mi Claudia. —Se lleva las manos a la cabeza, repitiendo el nombre una y otra vez—. Mi hija. Claudia. Pero tú estabas ciega a ello. Le dabas todo tu amor a tu hermana. Te traté bien, ¿recuerdas? Porque... porque...

—¿Por qué, Frau Franck?

—Porque te *quería* , maldita sea. Tú y Claudia teníais la misma edad. Ambas tocabais la viola. Incluso os parecíais. Pero te negaste a ser mi hija, así que... pensé que si enviaba a Edith lejos, nos uniríamos, tú y yo. No esperaba realmente que *fueras* mi hija, pero pensé que podríamos... —Agita las manos en el aire, incapaz de encontrar la palabra.

—¿Acercarnos?

Asiente repetidamente. —Sí, eso es, acercarnos.

—Pero yo te odiaba, incluso antes de que mataras a mi hermana. Debiste haberlo sabido.

—No, no, por favor no digas eso; sabes que no es cierto. —Está jadeando por aire—. N-no digas eso. Oh Dios, no puedo respirar.

—¿Qué le pasó a tu hija?

—No puedo hablar. —Está empapada en sudor—. ¿Dónde está mi...? —Sus manos buscan debajo de la cama.

—¿Qué le pasó? —chillo.

Me mira, con los ojos inyectados en sangre ahora. —Se ahogó en un lago detrás de nuestra antigua casa. Tenía doce años. Y luego tú apareciste de la nada y la primera vez que te vi... Me dejó sin aliento... Oh, ¿dónde está? —Está jadeando, respiraciones cortas y entrecortadas.

Ahora recuerdo, siempre me trató mejor que a Edith. —Pensaste que era ella. Claudia.

—Sí. Sí, lo hice. Y una vez que el pensamiento estaba en mi cabeza, no pude deshacerme de él y cuanto más tiempo te quedabas, más veía de Claudia en ti. Era como si te hubieran enviado a mí. Oh diablos, no puedo respirar. ¿Dónde demonios está mi...?

—¿Es esto lo que buscas? —Levanto su bolso de piel de cocodrilo.

Sus ojos se ensanchan con pavor. —Por favor, Sophie, dámelo.

Lo balanceo con indiferencia.

—Por favor, Sophie —dice entre respiraciones entrecortadas—. Tú... tú sabes por qué lo necesito.

Desabrocho el cierre y meto la mano. Arrojo su polvera sobre la cama, seguida rápidamente por su lápiz labial, una pequeña libreta y una pluma estilográfica, un cepillo para el cabello y un peine con mechones de pelo enredados alrededor de sus dientes, un caramelo de goma aún en su envoltorio. Lo tengo. Levanto su inhalador.

Extiende un brazo tembloroso, suplicándome. Articula la palabra «por favor» con los labios, pero ya no puede hablar. Se ahoga violentamente, luchando por respirar. Su piel se está volviendo azul; el sudor le corre por todo el cuerpo.

—«Mi inhalador, niña estúpida». ¿No es eso lo que me dijiste aquella vez?

Sus manos están en su garganta, todavía ahogándose; un hilo de bilis le corre por la barbilla. Se está muriendo aquí, ahora mismo, frente a mí. Recuerdo tan bien aquella vez. Sé que si la hubiera dejado morir ese día, Edith aún estaría conmigo. Pero dejé vivir a esta mujer, y Edith no está conmigo, me la arrebataron, se la llevaron a ese campo, la «procesaron» y la asesinaron. Este es el momento con el que he soñado durante tanto tiempo. La venganza más dulce. Los ojos de Magda Franck se ponen en blanco. Su brazo extendido cae.

La voz de Edith susurra en mi oído: *Vive, Sophie. Por las dos.*

Esto es por ti, Edith; esto es por ti.

Séptimo Movimiento: El Último Acto de Guerra

1.

Agosto de 1970

La veo cruzar la plaza con su cabello rubio rizado justo por encima de los hombros, vistiendo su vestido blanco con lunares rosas. Se ve hermosa. Me ve, vacila por una fracción de segundo y me saluda despreocupadamente. Le devuelvo el saludo.

Dicen que uno nunca debe visitar el pasado. He querido hacerlo, he querido volver pero, hasta ahora, he resistido la tentación. Deja el pasado en el pasado; no tiene sentido revisitarlo.

El mes pasado, celebré mi quincuagésimo cumpleaños. Como regalo para mí mismo, compré un billete de tren.

De pie en un andén casi desierto, maleta en mano, observé mi entorno. La estación de tren parecía exactamente igual que la última vez. Yo, un hombre solitario parado en un andén de tren, maleta en mano, abrigo colgado del brazo, el sol brillando, absorbiendo el silencio de un lugar tranquilo, los pájaros cantando, las ramas susurrando. La última vez, la última vez que estuve aquí en 1948, puede que fuera viejo para mi edad, pero aún era, esencialmente, un hombre joven, de solo veintiocho años. Un joven en busca de algo, algo tan grande que no podía ponerle nombre. Ese era yo entonces. Este soy yo ahora.

Hace veintidós años, este lugar había marcado una encrucijada en mi vida; un hito entre mi pasado y lo que entonces era mi futuro. Su lugar en mi memoria, dado que estuve aquí solo unos días, es prominente. Al haber estado aquí antes, tenía ciertas expectativas. Pero vaya, vaya, había cambiado más allá de lo reconocible. Sí, los altos edificios de estilo flamenco seguían siendo los mismos, pero en cuanto al resto... Tenía la sensación de vejez y tradición, pero sus numerosas tiendas, tantas de ellas, son todas tan brillantes y nuevas. Y los cafés, cafés y restaurantes por todas partes. Y tanta gente, en su mayoría jóvenes, vistiendo ropa chillona. Había asumido que el lugar seguía siendo un remanso olvidado, pero no, parecía haberse transformado en todo un punto de encuentro cosmopolita. ¿Realmente pensé que sería igual, como si estuviera atrapado en una cápsula del tiempo? Francamente, sí, eso es exactamente lo que esperaba.

Encontré mi hotel. Quería quedarme en el alojamiento en el que me había hospedado hace veintidós años, pero lo han convertido en un cine. Mi hotel, sin embargo, de dos estrellas, es más que adecuado. Incluso tiene baño privado y televisión. Me quedaré solo una noche. Después de

almorzar un poco en uno de los cafés, encuentro la plaza principal y paseo por ella. Las tiendas emiten música pop a todo volumen, un skater pasa zumbando. Y hay tanta vegetación en la plaza, árboles, plantas en macetas y arbustos. Todo tan cuidadosamente pensado; todo tan colorido y abundante. No es como lo recordaba, y lo adoro. Mis respetos al progreso; mis respetos a los años de paz sostenida; mis respetos al "milagro alemán".

Pienso en visitar el cementerio, pero decido hacerlo mañana, justo antes de irme. Oigo un grito; simplemente un hombre saludando y llamando a su esposa al otro lado de la plaza. Inmediatamente, mi mente retrocede veintidós años; un grito similar en el andén del tren.

2.

Agosto de 1948

Domingo

—¿Herr Klaus Hugenberg? —Me giro al oír que llaman mi nombre—. ¡Eh, Herr Hugenberg!

Usando mi sombrero para protegerme los ojos del sol, vi acercándose a mí, saludando con entusiasmo, a un hombre mayor vestido con una chaqueta de espiga, una flor amarilla en la solapa, pantalones bombachos y un sombrero de ala ancha.

—Buenos días, Herr Hugenberg —dijo, ofreciéndome su mano—. Mi nombre es...

—¿Schmitt? Sí, me dijeron que lo esperara.

—Excelente, excelente. Confío en que su viaje haya sido lo suficientemente agradable.

—Gracias.

—Bien, bien. Ven, te mostraré tu alojamiento.

Caminaba rápidamente para ser un hombre mayor y estaba más lejos de lo que había anticipado. El pueblo, como cualquier pueblo en Alemania en 1948, aún mostraba señales de los daños de la guerra. El lugar era como un vasto sitio de construcción: bulldozers y grúas estacionados, listos para el inicio de la semana laboral al día siguiente, un par de palomas posadas en una excavadora. Pasé por encima de un desagüe dañado que rebosaba de agua sucia; noté las paredes marcadas con agujeros de bala. Pero la gente se esforzaba: prácticamente cada casa, cada alféizar, estaba decorado con macetas de coloridos geranios. Una mujer me observaba desde un balcón del primer piso mientras fumaba un cigarrillo. Pasamos junto a un hombre en silla de ruedas, otro sin un brazo. La guerra nos ha convertido en una generación lisiada.

—Así que, ¿he oído que estás aquí como nuestro nuevo bibliotecario? —gritó por encima de su hombro.

—No exactamente —dije, consciente de que jadeaba—. Es solo por una semana.

—Oh —exclamó—. Ahora que lo pienso, sí lo sabía. Solo mientras el viejo Matthias se hace una lobotomía.

—Bueno, no, no es...

Se detuvo, casi doblado de la risa. —Solo bromeaba, Hugenberg, le están extirpando el apéndice.

—Sí —dije, aliviado por el descanso y forzando una pequeña risa—. Lo sé. Es un amigo mío.

—Bueno, aquí estamos —dijo—. Tu alojamiento. Puedes encontrar tu camino adentro. Adiós, señor.

—Sí, gracias por... por... —pero ya se había ido, caminando a grandes zancadas, abanicándose con su sombrero— recibirme.

3.

Lunes

Armado con las indicaciones del hotelero y la llave, compré un lote de periódicos y encontré la biblioteca alejada de la parte principal del pueblo, anidada bajo las ramas de un olmo. Un edificio pequeño, gris y poco llamativo, no era el tipo de lugar que alguien notaría. Abrí la puerta principal y entré en el fresco interior. Me encontré en la biblioteca más pequeña conocida por el hombre. Tenía ese distintivo olor a biblioteca vieja, mohoso, ligeramente húmedo, un toque de decadencia y aun así reconfortantemente familiar. El tictac del reloj era el único sonido que rompía el absoluto silencio. Matthias, en su carta, dijo que podía abrir y cerrar como quisiera. No hay mejor momento que el presente, así que abrí las puertas de par en par y esperé la estampida. Dos horas después, tuve mi primera visitante, una anciana que devolvía un libro sobre brujería. Los libros eran, casi sin excepción, de antes de la guerra; habrían sido completamente aprobados por nuestros amos nacionalsocialistas: ni un solo escritor judío o algo remotamente decadente en estos estantes. Pero, igualmente, para mi alivio, los estantes habían sido despojados de todas las biografías del Führer y las tonterías adulatoras nazis.

Pasó otra hora. Tuve un par de usuarios más, hombres mayores que vinieron a sentarse y leer los periódicos, pero no se intercambió ni una sola palabra. Fue entonces, en ese momento, cuando ella apareció. —Buenos días —dijo con un ronroneo, trayendo consigo la frescura del exterior—.

Usted debe ser Hugenberg. —Era rubia, con el cabello rizado justo por encima de los hombros, sus ojos de un verde brillante con un toque de amarillo y hermosas pestañas largas.

—S-sí, señora —balbuceé, asombrado por esta repentina aparición de un poco de feminidad en este lugar gris y húmedo.

—Encantada de conocerlo —dijo, ofreciendo su mano—. Soy la señora von Donnersmarck. —Estreché su delicada mano, notando su anillo de bodas—. ¿Y cómo se está adaptando?

—Oh, bien, gracias. No es que haya estado muy ocupado.

Ella soltó una carcajada. —No, no pensé que lo estaría. —Llevaba un hermoso vestido blanco con algunos puntos rosados; un cinturón rojo acentuaba su cintura—. Dígame, ¿lee usted? Supongo que como bibliotecario debe hacerlo. —Tenía el aire de alguien bastante joven, pero no era tan joven, las finas líneas alrededor de sus ojos la delataban.

—En realidad no soy bibliotecario, si he de ser sincero; solo le estoy haciendo un favor a un amigo.

—Ah sí, la operación de apéndice.

—Pero sí, leo.

—Me alegra oírlo, señor Hugenberg. Ahora, esto es terriblemente atrevido de mi parte, pero me gustaría invitarlo a tomar el té.

—Sería un honor.

—¡Excelente! ¿Qué tal mañana por la mañana, digamos a las once? Conocerás a mi marido, pero ten cuidado, querrá interrogarte sobre tus hábitos de lectura. Y te advierto desde ahora, será bastante implacable en su línea de preguntas.

—Suena un poco intimidante.

Ella se llevó la mano al lado de la boca como si susurrara un secreto.

—Lo será. Bueno, encantada de conocerte. Espero que disfrutes tu estancia aquí, por breve que sea. ¡Hasta luego!

Y con una pequeña reverencia, giró sobre sí misma y se fue, dejando tras de sí un ligero aroma a perfume.

—Es la esposa del terrateniente —dijo una voz áspera desde el rincón de la biblioteca. Era uno de los ancianos, su rostro oscurecido por la sombra que proyectaba el ala de su sombrero—. Es así con todo el mundo, así que no vayas a pensar que eres algo especial.

—¡No! No, por supuesto que no. —Me sentí como si me hubieran pillado de alguna manera, culpable de haber coqueteado con una mujer atractiva. Bastante absurdamente, me encontré agradeciendo al viejo cascarrabias.

4.

Martes

Mis zapatos crujían contra la grava. A ambos lados, un césped que mostraba el desgaste del duro sol del verano, sauces llorones meciéndose con la brisa, un majestuoso roble. Un elegante Daimler de color verde estacionado frente a la casa, junto a una fuente en forma de delfín. Subí los escalones de piedra y llamé con una aldaba en forma de león. Un hombre con camisa a cuadros abrió la puerta.

—¿Herr Hugenberg? El señor y la señora von Donnersmarck lo están esperando, pase. Cuidado con el escalón —dijo, mientras yo tropezaba con el escalón—. Me llamo Stefan. Soy su manitas, por así decirlo. ¿Cómo está usted? —Me ofreció su mano.

—¿Cuál es su acento, si no le importa que le pregunte?

—No, todo el mundo lo hace. Soy polaco. Venga, le acompaño.

Stefan me llevó al salón, donde había varios tapices grandes colgados en las paredes que representaban escenas de caza tradicionales germánicas, y todas las demás paredes cubiertas de estanterías. La puerta doble se abrió.

—Ah, ¿Herr Hugenberg? —dijo, supuse, el señor von Donnersmarck, un hombre alto y cadavérico con traje negro y zapatos que chirriaban. Nos estrechamos las manos. Invitándome a tomar asiento en un sillón, me preguntó por mi salud, mi alojamiento, si me estaba adaptando—. Clara bajará en un minuto. Está "arreglándose la cara", como ella dice. ¿Té? —Tocó una campanilla y apareció la criada—. Tres té, por favor, Frau Abel, y quizás una porción para cada uno de su exquisito pastel de limón.

La puerta se abrió.

—Ah, aquí está.

La señora von Donnersmarck se había aplicado, en efecto, un poco de maquillaje; su cabello captaba la luz, resaltando un tono rubio fresa. Me levanté.

—Herr Hugenberg.

—Meine Frau.

—Oh, qué formales somos todos —dijo el señor von Donnersmarck—. Ahora, por favor, deben llamarnos por nuestros nombres de pila: Clara y Julius.

Todos nos sentamos en un semicírculo de sillones. Nuestras voces sonaban casi apagadas, rodeados como estábamos por tantos libros. Me fijé en la rosa de escayola del techo. También noté las fotos enmarcadas sobre la chimenea. Julius vio que las miraba. Una era de Julius y Clara el día de su boda. La otra era de una atractiva joven y un chico de unos catorce años con el uniforme de las Juventudes Hitlerianas. —Nuestros hijos —dijo Julius—. Marion. Tenía unos dieciocho años ahí. Recientemente se casó con un inútil llamado Paul y vive en Berlín. Y ese es Robert. Guapo chico, ¿no crees? Se parece a su madre.

—Eso lo dice siempre —dijo Clara.

—Bueno, dime, ¿de dónde eres, Klaus?

Se lo conté, le hablé de mi crianza y mis padres. Pero no había mucho que pudiera decir y él lo entendió. Todos lo entendimos. La guerra había terminado hacía solo tres años; para la mayoría de nosotros, cualquier cosa entre 1933 y 1945 no era algo de lo que habláramos. En su lugar, me contó sobre la biblioteca y su historia, mientras, por el rabillo del ojo, podía ver a Clara enrollando un mechón de pelo alrededor de su dedo. Me estaba evaluando, tratando de averiguar, supuse, qué tipo de hombre era: si había sido un partidario activo del régimen, si había luchado en su ejército.

Frau Abel entró apresuradamente con una bandeja de té y pastel. —¿Hago yo los honores? —preguntó Julius. Clara hizo una mueca.

—¿Esperan que su hijo vuelva pronto a casa?

Las mejillas de Clara se sonrojaron y supe que había metido la pata.

—¿Robert? —dijo Julius, mirando fijamente su té—. No, Robert no volverá a casa pronto.

—Oh, yo... lo siento, no sabía...

Clara me salvó. —No importa; no podías saberlo. Robert ya no está con nosotros. Murió.

—Sí, murió —dijo Julius, juntando los dedos—. Murió durante los últimos días de la guerra. —Tres años después y el dolor aún se reflejaba en sus rostros—. Lo mató un...

—Julius —dijo Clara, inclinándose hacia él—. Por favor. No creo que Klaus necesite saberlo. Después de todo —añadió, fingiendo una risa aguda—, acabamos de conocernos.

—Sí, sí, por supuesto —dijo Julius, tirando de su cuello—. Mi esposa tiene razón. Como siempre. Siempre tiene razón. —Sus palabras se desvanecieron en un susurro—. Nunca se equivoca. —Luego, inesperadamente alzando la voz, bramó—: ¿Verdad, querida? Nunca te equivocas.

Clara ocultó su rostro tras su mano. —No seas tonto, Julius.

—Bueno, dime, Klaus, ¿qué libros has leído últimamente?

No pude evitar lanzar una mirada a Clara. Me guiñó un ojo como diciendo "te lo dije". Y tenía razón: sí parecía un interrogatorio. Enumeré los libros que había leído, habiendo intentado recordarlos la noche anterior, y Julius von Donnersmarck comentó sobre cada uno de ellos. Parecía haberlos leído todos. Clara se sentó impasible, ocasionalmente golpeando el pie, quitando migas de pastel de su vestido. Julius entonces me habló de los libros que había leído, cosas de las que nunca había oído hablar. Clara rellenó mi té. Finalmente, interrumpió: —Julius, por favor...

—¿Qué? ¿Te estoy aburriendo?

—No, para nada —chillé.

—Francamente, sí —dijo ella, poniéndose de pie—. Herr Hugenberg —añadió, volviendo al saludo más formal. Julius y yo nos levantamos—. Debo despedirme. Gracias por su visita. Sin duda nuestros caminos se cruzarán de nuevo.

—Sí, por supuesto, eso espero.

Hizo una pausa, como si estuviera ligeramente desconcertada por mi excesivo entusiasmo. —Sí, bueno. Adiós.

Me incliné muy levemente. Cuando la puerta se cerró, Julius y yo nos sentamos. —Bueno, ¿en qué estábamos? —preguntó Julius.

—En sus libros.

—Oh, eso no importa. Klaus, creo que te debo una explicación.

Intenté levantar la mano. Ignorándola, continuó. —La muerte de un hijo siempre es difícil, naturalmente, pero lo es especialmente para la madre. Estoy seguro de que lo puedes entender.

—Sí, por supuesto.

—Bueno, Klaus, ha sido un placer conocerte.

Y ese fue el final de mi entrevista.

5.

Estaba hojeando las páginas de una vieja novela del siglo XIX de un inglés del que nunca había oído hablar cuando escuché pasos que venían del vestíbulo de la biblioteca. Momentos después, el manitas polaco de los Donnersmarck, Stefan, apareció ante mí. —¿Cómo estás? —preguntó alegremente.

Miró alrededor. —¿No hay nadie aquí? Así que, ¿solo estás aquí por una semana? Qué lástima, pareces un tipo decente.

—Gracias.

—No, en serio, lo digo de verdad. No sé si has tenido la oportunidad de hablar con muchos de los lugareños, pero... mi consejo... —Se tocó el lado de la nariz—. No te molestes; evítalos a toda costa.

—Suenan dramático. Tus empleadores parecían bastante agradables.

Me miró de reojo como si acabara de decir la cosa más ridícula.

—¿Bastante agradables? Por supuesto, se habrían comportado de la mejor manera contigo siendo un recién llegado y todo eso, pero te aseguro que son los más jodidos de todos. ¿Te contaron sobre su hijo?

—Robert, sí.

—Sí, no es ningún secreto, se lo cuentan a todo el mundo. Es comprensible, supongo, era algo así como un héroe. Pobre chico.

—Me dijeron que lo mataron al final de la guerra. ¿Estabas aquí?

Me miró durante unos momentos. —¿Algún libro nuevo interesante? —preguntó.

—No realmente. Ciertamente nada en polaco.

—No importa. De todos modos, no leo mucho, excepto libros de jardinería. Estoy tratando de aprender, tratando... —Adoptó una voz alemana refinada—. De hacerme indispensable para mis

empleadores. —Examinó las estanterías, pasando la vista por los lomos de los libros—. Entonces, ¿dónde estabas tú? —preguntó, inclinado sobre un libro.

Me sorprendió la pregunta. Sabía exactamente lo que me estaba preguntando y era algo que rara vez nos preguntábamos entre nosotros. Quizás dándose cuenta de esto, me dijo que había luchado con los partisanos en Polonia. —¿Y tú? —preguntó, hojeando un libro sobre fauna.

—Francia y Rusia.

Me miró. —Rusia —dijo en voz baja—. Fuiste a Rusia y volviste de una pieza.

—Sí, volví de una pieza. Al menos en cuerpo. No estoy tan seguro sobre la mente. —La imagen de la pequeña cabaña de madera vino a mi mente.

—Sí, bueno. No hay un solo hombre, mujer o niño que no lleve las cicatrices de una forma u otra. ¿Estás bien? ¿Dije algo que te ofendiera?

—Solo un recuerdo. Ya sabes cómo es.

Un destello de sonrisa. —Sí, sé cómo es.

6.

Miércoles

Una llovizna ligera sopló desde los campos, penetrando mi chaqueta y haciéndome apresurar. Pasé por la iglesia y decidí aventurarme dentro. Para un pueblo tan pequeño, era una iglesia bastante grandiosa. Las campanas de la iglesia marcaron la hora justo cuando me acercaba. Empujé la puerta para abrirla. Un gran vitral detrás del altar dominaba el extremo lejano de la iglesia, representando a un Cristo bastante apuesto de pie en un campo de flores amarillas, vestido con una túnica blanca y sosteniendo una rama de laurel. Me miraba desde arriba, sus ojos casi siguiéndome mientras deambulaba por un pasillo lateral siguiendo las catorce pequeñas pinturas que representaban las Estaciones de la Cruz. El lugar olía a cera de abeja. Escuché en algún lugar un arrastre de pies, una tos. Era ella, Clara, inconsciente, creo, de que no estaba sola. Aclaré mi garganta.

—Ay, Dios mío —dijo, con la mano en el pecho—. Me has asustado.

—Me disculpo.

—Solo estaba limpiando un poco el polvo. Me gusta... No sé... Me mantiene ocupada.

Te mantiene lejos de tu marido, pensé. Me deslicé en un banco y la observé mientras pulía vigorosamente la barandilla del altar. Me miró de reojo. —Siento como si estuviera actuando.

—Lo siento, quizás...

—No, quédate sentado. Me uniré a ti.

Y así nos sentamos, lado a lado,

No hablamos, solo nos quedamos allí sentados, un profundo silencio entre nosotros, conscientes el uno del otro mientras contemplábamos al maravilloso Jesús, el laurel en su mano. No había hecho esto durante muchos años: sentarme y simplemente contemplar a Cristo. Un escalofrío recorrió mi columna; de alguna manera me sentía incómodo. Con su mano extendida, parecía estar haciéndome señas, diciéndome que era bienvenido a regresar. No quería volver. Tenía toda la necesidad de volver, pero no quería, no lo merecía. Había visto demasiado; había hecho demasiado. No estaba listo y parte de mí sabía que nunca lo estaría. Me había entregado voluntariamente al diablo, obedecido al falso profeta, me había postrado felizmente y besado sus pies. Había cometido atrocidades en su nombre, feliz de hacer su voluntad. Me avergonzaba eternamente. Mi corazón se aceleró mientras una cascada de imágenes oscuras atravesaba mi mente. Rostros, personas que había odiado, personas a las que había atormentado e intimidado. Más rostros, amigos, personas que había conocido, todos desaparecidos, todos dispersos por los confines del mundo. Me consolaba la presencia de la mujer a mi lado, por el vago calor de su brazo presionado contra la manga de mi chaqueta. Miré sus manos, sus dedos entrelazados, el rastro aún de esmalte de uñas, la pizca de polvo en un dedo, y supe lo que pasaba por su mente. Apenas la había conocido y, sin embargo, la había conocido mil veces antes. Dondequiera que iba, me encontraba con una Clara, mujeres que habían sobrevivido y vivían, pero solo por fuera. Todos habíamos sobrevivido y en su mayor parte, eso traía poca alegría.

—¿Siempre has vivido aquí?

Había venido, me dijo, solo desde el pueblo vecino cuando en 1922, a los veintiún años, se casó con Julius. Su madre estaba encantada; se había casado con dinero; ahora tenía un "von" en su nombre. Marion llegó dentro del año; Robert seis años después.

—¿Te gusta aquí?

—No particularmente.

Su honestidad me silenció. En su lugar, señalando el vitral, dije: —Es un milagro que sobreviviera a los bombardeos.

—¿La ventana? Sí, lo es. No sobrevivió mucho más, pero de alguna manera la iglesia lo hizo.

—Debe haber sido...

—No, no lo digas. Sé lo que vas a decir, pero no hace falta. Todos lo piensan, creen que su supervivencia se debió a alguna intervención divina, pero no fue así. Sobrevivió porque...

—¿Sí?

—Porque tuvo suerte.

—¿Y eso fue todo? ¿Simplemente fue suerte?

—Sí.

—¿Crees eso?

Se volvió hacia mí; sus ojos enfocándose en los míos. —Sí. Lo hago.

7.

—¿Puedes colgar este cartel? —dijo Stefan.

—Claro. ¿Para qué es?

—Fiesta del pueblo. Este sábado. La tenemos todos los años; siempre el primer sábado de agosto.

Eché un vistazo a la lista de actividades: habría un concurso de tira y afloja, muchos puestos, comida y bebida, una carrera de perros y un recital de violín a cargo de Clara von Donnersmarck.
—¿Qué es esto? —pregunté—. ¿La señora von Donnersmarck toca el violín?

—Oh, sí. ¿No lo sabías? Lo toca muy bien.

Tomó el cartel de mi mano. —¿Tienes un par de chinchetas? —Vio la pequeña bandeja de madera en el mostrador y tomó un puñado de ellas—. Lo pondré aquí —dijo, acercándose al tablón de anuncios bastante vacío—. Aunque no hay mucha necesidad de anunciarlo; todos estarán allí, puedes estar seguro de eso.

—¿Cómo acabaste aquí?

—Vaya que haces muchas preguntas.

—Tú preguntaste primero, ¿recuerdas? Rusia.

Miró el cartel como si lo viera por primera vez. —Estaba en un campo en el este. Los alemanes nos estaban llevando hacia el oeste, lejos de los rusos. Habíamos estado en el camino durante días, semanas, no lo recuerdo, y estábamos cayendo como moscas. Así que, un día, yo y un par más vimos una oportunidad y escapamos. Otro judío polaco, como yo, y uno alemán. El alemán se lastimó, se torció el tobillo o algo así. El polaco se quedó atrás para cuidarlo, el muy idiota. —Clavó el cartel, una chincheta en cada esquina—. Ahí está —dijo, retrocediendo como si admirara una obra de arte.

—¿Qué les pasó?

—Ni idea —dijo alegremente—. Pero podemos adivinar. Y mientras tanto, yo acabé aquí. Me escondí en un granero, presencié el último acto de la guerra, luego, justo cuando estaba tratando de averiguar qué hacer, aparecieron los americanos. Dios bendiga a los americanos, ¿eh?

—¿Así de simple?

—Sí, así de simple.

—¿Cuánto tiempo estuviste en el campo? —Lo vi encogerse de alguna manera—. Lo siento, estoy haciendo demasiadas preguntas.

—Está bien. Te mostraré mis dibujos.

—¿Dibujos?

—Del campo.

8.

Esa noche, acostado en mi cama en mi alojamiento, me quedé dormido como siempre recordando la choza. Tenía suficientes recuerdos oscuros para llenar una biblioteca. Pasé un par de años luchando en Rusia. Tenía imágenes grabadas en mi memoria, imágenes que trataba de controlar por miedo a que me despertaran en medio de la noche, con el cuerpo cubierto de sudor. Así que me concentré en la choza. Podía lidiar con la choza...

La cabaña se encontraba en medio de un campo de rastros surcados. No había nada más alrededor, simplemente esta interminable estepa rusa hasta donde alcanzaba la vista; un día nublado, a media mañana, con ocasionales rayos de sol, el trigo meciéndose con la fresca brisa más allá. Bausch y yo teníamos nuestras órdenes: revisar la cabaña; asegurarnos de que no

hubiera partisanos escondidos dentro. Küng, nuestro sargento, a menudo nos enviaba a Bausch y a mí por delante en estas pequeñas misiones. Bausch, que antes trabajaba como alfarero, sabía cómo crear cosas hermosas con sus manos. Tamb n sabía cómo matar. Un tipo de pelo oscuro, mandíbula cuadrada, hombros fuertes y anchos. Nunca me había acostumbrado realmente a él y nunca me sentía del todo cómodo en su compañía. Nos acercamos a la cabaña en silencio, lentamente; con los rifles listos, los dedos en el gatillo, a unos metros de distancia, nuestros ojos enfocados en la pequeña estructura de madera, atentos al más mínimo movimiento. Aunque pequeña y en medio de la nada, era robusta: vigas de madera fuertes, marcos de ventanas pintados de verde, ahora descoloridos, un techo de chapa ondulada, un cobertizo detrás. Parecía desierta, pero teníamos que asegurarnos. Un atisbo de sol de media mañana se reflejaba en sus ventanas. Detrás de nosotros, nuestro pelotón esperaba en una zanja al lado de un camino polvoriento, felices de descansar, felices de vernos a Bausch y a mí revisar la solitaria cabaña. Paso a paso, con cautela, nos acercamos. Pis  una ramita, mi bota parti ndola por la mitad. Sent  que Bausch se tensaba. Ahora estábamos en la puerta; el silencio era opresivo. Conocíamos el procedimiento. Poniéndose tenso, Bausch asintió. Estaba listo. Con una fuerte patada, derribó la puerta, que se abrió sin resistencia. Bausch saltó dentro, su rifle a la cadera, listo para disparar. Lo seguí, todos mis sentidos en alerta máxima. Me sorprendió lo que encontramos dentro: una pareja de ancianos sentados a la mesa almorzando. Los cuatro nos miramos fijamente, Bausch y yo, con nuestros rifles apunt ndoles, rígidos como estatuas. Finalmente, el anciano dijo algo en ruso, su voz suave y tranquilizadora. Con la mano, parecía estar invitándonos a unirnos a ellos en la mesa. Bajamos nuestros rifles pero, por si acaso, los mantuvimos agarrados. La pareja estaba sentada en bancos uno frente al otro. La mesa, combada en el centro, parecía tan vieja como ellos. La mujer llevaba un pañuelo en la cabeza y nos sonrió con una sonrisa desdentada, su barbilla sobresaliendo como la de una bruja. Se puso de pie. Bausch levant  su rifle. La observamos mientras cojeaba hacia la estufa, encontraba dos cuencos de madera y, de una gran olla color cobre, servía dos porciones de sopa. — *Spasiba* —dijo el hombre. Bausch y yo arqueamos las cejas, como diciendo, " por qué no?". Apoyando nuestros rifles contra la mesa, tomamos nuestros lugares en los bancos, yo junto al hombre, Bausch junto al lugar de la mujer. Nunca había visto piel tan curtida por el clima como la de esta pareja, sus rostros oscuros se asemejaban a la corteza de un árbol antiguo. La mujer, entregándonos nuestra sopa, se sentó. Nos pasó a cada uno una servilleta y dijo algo que traduje como "sírvanse". La sopa era aguada e insípida, pero siendo los chicos bien educados que éramos, hicimos los ruidos apropiados y les agradecimos varias veces. El tiempo pasó en un silencio cordial. Las paredes de madera, not , estaban desnudas salvo por un par de iconos. —Vamos —dijo Bausch, limpiándose los labios con la servilleta—. Será mejor que nos vayamos. Küng se estar  preguntando qué nos ha pasado. Con cierta renuencia, nos pusimos de pie, tomamos nuestros rifles, nos quitamos las servilletas y las colocamos cuidadosamente sobre la mesa. La anciana sonrió. Todos nos inclinamos mientras Bausch y yo agradecimos nuevamente y salimos con gracia. Cerrando suavemente la puerta detrás de mí, esper  no haber dañado demasiado sus bisagras.

Con pasos lentos, nuestras botas crujendo el camino de barro seco, regresamos por el rastrojo hacia nuestros camaradas que descansaban en su zanja. Podíamos ver a Küng mirándonos con expresión perpleja, su mano protegiendo sus ojos del sol. " Por qué tardaron tanto?", parecía estar diciendo. Bausch se detuvo. —Espera aquí —dijo, con la mandíbula tensa de determinación. Con eso, se dio la vuelta, con el rifle listo, y march  rápidamente de vuelta a la

cabaña. Empujando la puerta para abrirla, entró. Un momento de silencio. Luego un disparo, el sonido amortiguado por su impacto, luego un segundo. Un par de grajillas que tomaban el sol en el techo de la cabaña echaron a volar, graznando. Bausch volvió a emerger, colgó su rifle sobre su hombro y se reunió conmigo. Juntos, caminamos de vuelta a través del campo de trigo. Yo entendía. Küng habría cuestionado por qué habíamos tardado tanto; nos habría mirado con sospecha y habría ido a ver por sí mismo. Los habría matado y luego nos habría hecho fusilar por incumplimiento del deber. No teníamos elección. Yo no tenía elección.

9.

Jueves

El café de la plaza estaba invariablemente vacío, pero había hecho el hábito de detenerme a tomar un café y un pastel de camino a la biblioteca. Me atendía el dueño, un hombre rechoncho y sin afeitar llamado Otto, generalmente con medio cigarrillo detrás de la oreja.

Mientras sorb a mi café, divis  a Clara, encantadora con su vestido blanco de verano y su sombrero de paja, una cesta de compras en el pliegue del brazo. Intent  imaginar dónde estaría dentro de cinco o diez años.  Realmente quería quedarse en este pueblo donde no pasaba nada y vivir una existencia monótona como la esposa del terrateniente? Todos los que pasaban la saludaban con un alegre hola. Algunos se detenían a charlar. Tal vez eso era suficiente para ella.  No anhelaba el amor, alguien que le dijera que era especial? Todos buscamos seguridad en nuestras vidas, especialmente ahora. Su vida aquí era sencilla. Tenía seguridad financiera, un lugar donde esconderse.  Qu  alternativa tenía? Caminando rápidamente por la plaza del mercado, me vio, vacil  por una fracción de segundo y me salud  despreocupadamente con la mano. Le devolv  el saludo.

Luego, como si cambiara de opinión, vino y se unió a mí. Julius, dijo, debía regresar en cualquier momento de una reunión de negocios en el pueblo vecino.

—Pareces muy relajado aquí, Klaus —dijo, después de haber pedido su café.

—Lo estoy.

—Tu amigo Matthias dijo que eras un tipo agradable, pero nunca nos cont  nada sobre ti.

—Eso es porque no hay mucho que decir. Vivo en Berlín y trabajo en una oficina de arquitectos porque es prácticamente el único trabajo disponible en este momento. Y hay mucho de eso.

— Est s casado?

—No, no estoy casado.

—Su café, señora —dijo Otto, rascándose el pecho.

Nos sentamos en silencio, observando a la gente pasar, escuchando a los estorninos cantar en los árboles, sorbiendo nuestros cafés y disfrutando del sol. Me ofreció un cigarrillo. Lo rechacé. Encendiendo el suyo, dijo: —Un soldado que no fuma.

—Dicen que es malo para la salud.

—¿Y ser soldado no lo es?

—Ni de lejos tan malo.

Ella se rio. —Una vez pillé a Robert fumando. Le eché la bronca. Sin embargo, tenía dieciséis años, edad suficiente para fumar si quería. Pero, ¿sabes?, estaba tratando de engañarme a mí misma pensando que todavía era un niño; intentando fingir que era demasiado joven para el Volkssturm.

—Ja, nadie era demasiado joven para el Volkssturm. Ni demasiado viejo.

—Sí. Trágico cuando lo piensas. Un ejército de ancianos y niños pequeños. Los bastardos. Lo siento...

—No, está bien, no te disculpes. Lo entiendo.

Mirando su taza de café, suspiró. —Curiosamente, el Volkssturm, que aceptaba a cualquiera, rechazó a Robert. Tenía una afección cardíaca. Estaba encantada; pensé que esta discapacidad que había empañado su infancia en realidad le había salvado la vida. Y sin embargo... —Dio una calada a su cigarrillo y observó la columna de humo mientras se elevaba hacia el cielo—. Aun así murió. Oh, ahí viene Julius.

Observamos cómo el Daimler de Julius se detenía frente al café. Salió pero se quedó junto al coche. Levantándose las gafas de sol, miró fijamente a su esposa por encima del techo del coche. —Pensé que estabas de compras.

—Lo estoy, pero por ahora estoy disfrutando de un café con nuestro amable bibliotecario.

Me miró como si nunca nos hubiéramos conocido. —Ya veo.

—¿Cómo fue la reunión?

Se frotó las gafas de sol contra la manga de su chaqueta. —Una pérdida de tiempo.

—Te dije que no estabas ofreciendo lo suficiente.

Me encogí ante la intensidad de su reacción. Noté que las manos de Clara agarraban con fuerza su taza de café. Sabía que si yo no hubiera estado allí, su respuesta podría haber sido mucho más severa. En su lugar, visiblemente tratando de contenerse, gruñó: —Sí, gracias, Clara, por tu perspicacia. —Con eso, se puso las gafas de sol, se metió en su coche y, con un fuerte rugido del motor, se alejó dejando una nube de polvo a su paso.

—Stefan dice que tocas el violín —dije.

—Será mejor que me vaya —dijo, apagando su cigarrillo.

10.

—No están mal.

Se rio, complacido con mi reacción. —Son un poco oscuros.

Estaba sentado en una pequeña silla de mimbre en la habitación de Stefan, hojeando una gran carpeta con sus dibujos a carboncillo que representaban el campo en el que había estado encarcelado.

—¿Quiénes son las chicas?

—¿Mmm? Ah, solo un par de chicas judías.

De alguna manera, había capturado ese descaro adolescente, su alegría de vivir. —Es un dibujo precioso, este.

Stefan se sentó en la cama. Su habitación, en la parte superior de la casa, tenía un techo inclinado, era pequeña pero acogedora, con una cama individual, una alfombra roja sobre el suelo de madera, un robusto armario. Tenía una estantería en la que había varios libros: libros sobre vida silvestre y fauna, y, inesperadamente para un hombre que decía no leer, un libro de poesía de Rilke.

—Así que, dime —dijo—, ¿a qué te dedicabas? Ya sabes, antes de...

—Solía trabajar como gerente de fábrica. Zapatillas deportivas.

—¿En serio? Puede que haya comprado un par de tus zapatillas. Solía correr. Soñaba con hacerlo profesionalmente. De niño, quería ser Jesse Owens.

—¿Eras bueno?

—Podría haberlo sido. Entrenaba todos los días. Cien metros, doscientos y relevos. Era rápido, toma nota. Como un galgo, solía decir mi padre.

—Y entonces la guerra se interpuso en el camino. —No respondió; no necesitaba hacerlo—. Un artista y un corredor. Un hombre de muchos talentos. Deberías haber mostrado tus bocetos a las autoridades aliadas, podrían haberlos usado en sus juicios.

—¿Te refieres como evidencia?

—Absolutamente. Son muy vívidos. Y tú estuviste allí; fuiste una víctima.

—No, no podría haberlo enfrentado. De todos modos, ¿cuánta más evidencia necesitan? Tienen montañas de ella.

—Justo después de la guerra, los británicos me hicieron rellenar uno de esos cuestionarios.

Entrecerró los ojos. —Te refieres a un cuestionario nazi.

—Había páginas y páginas. Si alguna vez fui miembro; si había albergado alguna admiración por Hitler; si aún la tenía.

—¿Y?

—Llegaron a la conclusión de que no era Himmler disfrazado y que no era una amenaza para el futuro de Alemania.

—Pero, ¿lo habías sido? Nazi, quiero decir.

Contemplé la vista desde su ventana, una hermosa vista desde esta altura: campos, casi amarillos por el exceso de sol, uno de ellos poblado por un rebaño de vacas lecheras, un bosque que se extendía por kilómetros. Vi a Clara en el patio justo debajo de mí, con un cubo en el hueco del brazo, esparciendo comida para gallinas en el suelo, haciendo graciosos ruiditos de cloqueo. Efectivamente, de la nada, aparecieron de repente docenas de gallinas en una nube de polvo y plumas suaves. Llevaba un delantal rojo con pequeños corazones blancos, y el pelo recogido y sujeto por una diadema igual de roja y brillante. Supuse que era su atuendo cotidiano, de estar en casa, y aun así no se veía menos divina por ello. Fue en ese momento, espiándola desde las alturas, cuando me di cuenta de que me estaba enamorando de ella.

Stefan se unió a mí en la ventana. —Es encantadora, ¿verdad? Encantadora pero profundamente infeliz. —La vimos desaparecer en un cobertizo para reaparecer unos momentos después con una escoba—. Siempre estaré agradecido con ella y con el señor von Donnersmarck. La forma en que

me acogieron y me dieron refugio. La guerra había terminado. Prometí que pronto estaría de camino a casa.

—¿Y aún así sigues aquí?

Se dio la vuelta y se tiró en la cama, recostándose con las manos detrás de la cabeza. Observé a Clara barriendo el patio.

—De vez en cuando recibo una carta de mi hermano. Me dice que estoy mejor aquí; Polonia está siendo invadida por comunistas. Cree que podrían tomar el poder en cualquier momento. Así que me quedo aquí y trabajo duro para ellos. Ordeño las vacas, reparo las cercas, corto las zarzas, hago lo que sea para ser útil.

—¿Y está funcionando?

—Yo diría que sí.

Clara levantó la vista y me miró directamente. Casi retrocedí, avergonzado de que me hubiera pillado observándola. En su lugar, la saludé con la mano. Ella negó con la cabeza, riendo, y se alejó bruscamente con la escoba en la mano.

—Entonces, ¿lo eras? —dijo Stefan desde detrás de mí.

—¿Era qué?

—Un nazi.

—Sí —dije, observando a las vacas masticando la hierba, con una nube de moscas revoloteando sobre ellas—. Sí, fui un nazi.

11.

Viernes

Estaba hojeando las páginas de *El retrato de Dorian Gray* de Oscar Wilde cuando me percaté de dos chicos parados frente a mí, sin haber escuchado cómo se deslizaban dentro de la biblioteca. Me observaban como preguntándose qué hacía yo allí. —Estamos buscando un libro —dijo el más alto, un chico pecoso con el pelo color paja.

Contuve una risa. —Pues han venido al lugar correcto; tenemos abundancia de libros. Aunque quizás no tantos para su edad.

—Yo tengo once y él diez —dijo el más alto, dando un codazo a su amigo (¿o sería su hermano?) con gafas.

—Bueno, veamos, creo que tenemos algunas historias de aventuras, y...

—¿Quieren callarse de una vez? —gritó alguien desde el rincón de la biblioteca donde los ancianos estaban sentados con sus periódicos—. Estamos intentando leer aquí. —El hombre, con los ojos ocultos bajo la visera de su gorra, agitó su periódico. Los demás murmuraron su aprobación.

—¿O hay algo en particular que quieran? —pregunté en un susurro.

—Venga, díselo tú —dijo el chico más bajo, con las gafas reflejando la luz de las bombillas.

—Cállate, Hans, dilo tú, tú lo quieres.

Hans me miró. —¿Tiene un libro llamado *Mein Kampf*, por favor?

—¿*Mein Kampf*?

—Es el libro de Hitler —dijo el chico más alto.

—No hace falta que me lo digas —vociferé—. Sé lo que es. —Los chicos retrocedieron un paso.

El hombre con la gorra bajó su periódico. —Disculpe...

—Cállese —le grité—. ¿Por qué querías *Mein Kampf*? Nadie quiere eso ahora. —Estaba gritando a los pobres muchachos, incapaz de contenerme.

—Mi... mi padre me dijo que debería leerlo.

—¿Por qué haría eso?

—No lo sé.

—Pues no puedes. No lo tenemos y nunca lo tendremos.

El chico mayor lo intentó. —Pero su padre...

—No me importa su padre. Ahora, fuera. Vamos, los dos, largo de aquí.

Dudaron. Salí de detrás del mostrador de la biblioteca. Fue suficiente para asustarlos. Como dos personajes de dibujos animados, juntaron las piernas y salieron disparados de la biblioteca, dejando que la puerta se cerrara tras ellos. Los viejos caballeros me miraron con expresiones de

asombro. No les hice caso. Apoyándome en el mostrador, coloqué mi mano sobre el pecho, tratando de calmarme. Pobres chicos; no merecían que les gritaran así. Es solo que... Me tomó por sorpresa. Hace muchos años, había leído *Mein Kampf* y, como tantos jóvenes impresionables, había envenenado mi mente. Pero, ¿por qué la había tomado con ellos? Solo eran niños. Intentando recuperar el aliento, me pregunté si estaba completamente cuerdo o si, como a veces temía, estaba al borde de la locura.

12.

Sábado

Los habitantes del pueblo habían erigido numerosas tiendas y carpas, formando un gran cuadrado en medio de un campo, la tela blanca reflejando el sol abrasador. El campo, a unos cuatrocientos metros del pueblo, había perdido su verdor, la hierba color paja estaba quebradiza, y el suelo se desmoronaba bajo los pies. Los niños corrían gritando, con varios perros sobreexcitados tras ellos. Divisé a Stefan a lo lejos, agarrando una jarra de cerveza, de pie junto a Otto, el dueño del café, bajo la sombra de la entrada de la carpa de cerveza. Había puestos que vendían kuchen, wurst y bratwurst. Me detuve en un puesto que vendía juguetes hechos de paja trenzada y charlé con una mujer que atendía una mesa llena de sus joyas hechas a mano, luego en un puesto que vendía mermeladas y encurtidos. —Todo casero y de cosecha propia —dijo un hombre con un brazo faltante, la manga suelta prendida a su chaqueta. Un hombre con un megáfono anunció que los boletos de la rifa ya estaban a la venta. Me compré un helado y lo saboreé sentado en una bala de paja. Oí que alguien gritaba mi nombre. Stefan me hizo señas para que me acercara a la carpa de cerveza. Dentro, un grupo de chicas servían cerveza, todas vestidas con dirndls de colores brillantes, con blusas escotadas y mangas abullonadas. —Eh, Klaus —dijo Stefan, levantando su vaso—. He oído que te vas mañana.

—Sí. Tomaré el tren del mediodía.

—Una lástima. Me dará pena verte partir, amigo.

La voz retumbante del maestro de ceremonias interrumpió nuestra conversación, una voz que reconocí. Era el señor Schmitt, el hombre que me recibió en la estación a mi llegada, aún luciendo su chaqueta de espiguilla, una flor amarilla en la solapa, sus bombachos. Pidiéndonos un caluroso aplauso, Schmitt presentó la exhibición gimnástica de los escolares. La gente se reunió alrededor y observó mientras la música comenzaba y los niños correteaban por el campo ejecutando varias volteretas y ruedas, terminando con una pirámide decididamente inestable. Aplaudimos. Vi a Clara y Julius estrechando las manos de una pareja, Julius hablando animadamente. Clara, sosteniendo un par de gafas de sol y su sombrero de paja, me vio. Nuestras miradas se cruzaron momentáneamente antes de que ella se volviera, adoptando una sonrisa

mientras su acompañante la involucraba en una conversación. Stefan vio esto. —Ni lo pienses —dijo.

—No soy tan estúpido.

—Aunque no te culparía. Es una mujer hermosa. Está desperdiciada aquí.

Sí, era sin duda una mujer muy hermosa.

Volviendo a entrar en la carpa de cerveza y esquivando varios grupos de hombres y su bulliciosa charla, me compré una jarra de cerveza. De vuelta afuera, Clara se me acercó, sorbiendo una bebida fría con una pajita. —Estoy deseando escuchar tu recital —dijo.

—No esperes demasiado. Aunque es un violín bonito. Precioso, de hecho. Mi abuelo lo fabricó en 1871. —Bajó la voz y se inclinó hacia mí—. Dicen que está maldito —dijo con un guiño.

—¿El violín?

—Mmm. ¿Puedes creer algo así? Te echaré de menos, ¿sabes?

—¿De verdad?

Bajó la mirada. —Sabes que sí.

—Yo...

—¡Clara! —La voz de Julius cortó el bullicio—. Me di la vuelta para hablarte y habías desaparecido. Qué vergüenza. —Olfateó el aire con desaprobación, oliendo la cerveza. Luego, al notarme, aunque difícilmente podría no haberlo hecho ya, dijo—: Oh, hola, Hugenberg. He oído que te vas mañana. Ha sido un placer conocerte. Pero si nos disculpas, Clara tiene que prepararse.

—Mi gran momento me llama —dijo ella por encima del hombro mientras Julius la alejaba.

Paseé por ahí con mi cerveza y compré un par de boletos de rifa con un premio de mermelada casera de grosella. Me topé con el niño pequeño al que le grité en la biblioteca, Hans. —¡Eh, señor! —gritó—. Siento lo de ayer.

Me disculpé por mi comportamiento. Nos dimos la mano y nos despedimos en los mejores términos, y me sentí extrañamente eufórico por el encuentro.

La voz del Herr Schmitt resonó de nuevo por el campo. —Bien, amigos, por favor reúnanse frente a la carpa de pasteles para el recital de violín de hoy a cargo de la encantadora Frau von Donnersmarck. Después, aceptaremos donaciones. Todos los ingresos son para la iglesia, así que metan la mano en sus bolsillos, por favor.

Me apresuré hacia la carpa y me uní a un grupo decepcionantemente pequeño sentado en balas de paja en semicírculo. Julius, Stefan y Otto rondaban en la entrada de la carpa. Aplaudimos educadamente cuando Clara apareció con su violín y tomó su lugar frente a nosotros. Con una pequeña reverencia, comenzó a tocar. Oh, vaya, tocaba maravillosamente. Reconocí una pieza de Bach, otra de Mozart y una hermosa y triste pieza que no conocía. La observé fascinado mientras se balanceaba al ritmo de la música, con los ojos cerrados, perdida en el momento. Me dolía el corazón al pensar que nunca la volvería a ver.

Clara terminó. La multitud aplaudió con un entusiasmo tibio. Las conversaciones se reanudaron. Stefan se movía alrededor con una caja de colecta. Fue entonces cuando oí la voz de una mujer gritando: —¡Eres tú! —chilló—. Que Dios nos ampare, eres tú. —La gente a su alrededor guardó silencio mientras ella emergía de la multitud, con el brazo extendido, señalando. Mi corazón se aceleró; ¿me estaba señalando a mí? Sentí el impulso de correr. ¿Había regresado mi pasado, había sido ella alguien que yo...

—Te conozco. Eres tú, el kapo, eres tú. —Llevando un pañuelo negro en la cabeza, su rostro bronceado y muy arrugado mostraba una expresión de angustia. Detrás de ella había dos niñas pequeñas, quizás sus hijas, sus caritas grabadas con preocupación. Su dedo, me di cuenta, no me señalaba a mí sino a Stefan, y el alivio me invadió—. ¡Kapo! —le gritó—. ¡Kapo!

El rostro de Stefan, aún brillante de sudor, se puso blanco. —No, no, yo no —murmuró.

—¿Qué es todo esto? —gritó Julius, interponiéndose en el camino de la mujer, con Otto detrás de él.

—Es él —chilló, tomando las manos de sus hijas—. Lo conozco del campo; el bastardo era un kapo.

—¿Un qué?

La multitud parecía cerrarse sobre nosotros. Stefan, con pánico en los ojos, parecía un animal acorralado.

La mujer intentó abalanzarse sobre él; Julius logró detenerla. —¡Bastardo, bastardo! —Llorando ahora, intentó esquivar a Julius, pero él bloqueó su avance—. ¡Asesino, kapo!

Stefan estaba de pie, temblando. De repente parecía diferente. —No, ese no soy yo. —Entonces, sorprendiéndonos a todos, echó a correr. Abriéndose paso entre la multitud, huyó.

—¡Tras él! —gritó Otto. Lo perseguimos, alrededor de media docena de nosotros, con los gritos de la mujer resonando en nuestros oídos—. ¡Kapo, asesino, bastardo asesino!

Zigzagueando entre la gente, Stefan se dirigió de vuelta hacia el pueblo mientras la gente dejaba de hacer lo que estaba haciendo para mirar. Otto no era buen corredor y pronto se detuvo, con las

manos en las rodillas, tratando de recuperar el aliento. Stefan era rápido. Recordé que me había contado sobre su pasado como velocista. Otros, incluido yo, intentamos seguirle el paso. Llegamos al pueblo, pero no se le veía por ninguna parte. Stefan había desaparecido.

En silencio, regresamos arrastrando los pies a la feria. Encontré a la mujer del pañuelo siendo consolada por Clara. Ambas estaban sentadas en una bala de paja, las dos niñas cerca, sin saber qué hacer. Julius se había ido; la multitud, habiendo perdido el interés, se había dispersado.

—¿Lo atraparon? —preguntó Clara.

—No. Era demasiado rápido para nosotros.

—Pero, Sonia, aunque lo atrapemos —dijo Clara, con voz suave y tranquilizadora, y la mano apoyada en la espalda de la mujer—, no hay nada que podamos hacer.

—Entregar al cerdo a las autoridades. Eso podrían hacer.

Clara negó con la cabeza.

—La señora von Donnersmarck tiene razón, ¿sabes? —dije—. Si solo era un kapo, no les interesará; está demasiado abajo en la jerarquía.

—No es justo, ¿verdad? —exclamó—. El hombre era un monstruo; merece ser castigado.

—¿Así que estuviste allí? —preguntó Clara.

La mujer llamada Sonia retorció un trozo de paja entre sus dedos. Sus hijos se habían escabullido. Concentrándose en sus manos, habló—: Estuve en un campo. Él también estaba allí, era un prisionero político. Las SS lo usaban como kapo, un supervisor. Supervisaba a los trabajadores forzados.

—Pero, Sonia, ¿acaso él...? —Levantó la mirada hacia mí como si necesitara mi aprobación para hacer la pregunta—. ¿Tenía elección?

—Eso es lo que dicen. Pero obtenía privilegios, ¿no? Cigarrillos, comida extra, trabajó en la casa del Comandante por un tiempo, durmiendo en una cama para él solo. Se llamaba Lipiński. Supongo que ahora no se llama así. Luego volvió al campo y era peor que cualquiera de las SS. Nos hizo la vida un infierno. Le quitaba el pan de las manos a un moribundo. Podría haberlo matado directamente. Todavía le doy gracias al Señor por haber nacido fea. Recuerdo a una chica llamada Daisy, una amiga mía. Una chica bonita, tan joven. Se podía ver, incluso bajo las capas de suciedad, que era realmente guapa. Se la llevó, a ella y a otras, y las usaba, el bastardo, y luego...

—Vale, vale, Sonia, no te alteres ahora. —Clara le frotaba la espalda mientras Sonia se mordía el puño.

—Nunca las volvíamos a ver. Nunca volví a ver a Daisy. Nunca pensé que me toparía con él en un lugar como este.

—No te preocupes; no lo volverás a ver; me aseguraré de ello.

Sonia se puso de pie, miró al cielo—. Hace mucho calor hoy. Quiero irme a casa; ya he tenido suficiente de este lugar. ¿Dónde están las niñas?

Sonia se alejó caminando, ligeramente inestable sobre sus pies, gritando los nombres de sus hijas.

Clara permaneció sentada en la bala de paja, abanicándose con su sombrero.

—¿Estás bien? —le pregunté. Oímos a Julius llamándola.

Suspiró, se puso de pie y se colocó el sombrero y las gafas de sol—. Dios, odio estar aquí —dijo.

La vi marcharse, observé el balanceo de sus caderas, saludando sin entusiasmo a su marido—. Entonces vete —me dije a mí mismo—. Ven conmigo y vete. Eso es todo lo que tienes que hacer. Simplemente vete.

Otto apareció frente a mí, con un vaso de cerveza en la mano y una línea de espuma en el bigote—. ¿No lo atrapaste entonces?

—No, fue demasiado rápido para nosotros.

—Ya lo encontraremos. Y entonces nos ocuparemos de él. No puedo creer que haya estado viviendo entre nosotros. Un lobo con piel de cordero.

—¿Y qué hiciste *tú* durante la guerra, eh, Otto? ¿Tienes las manos tan limpias como para juzgar a los demás?

Visiblemente retrocedió ante el ataque de mis palabras, derramando algo de su cerveza—. Eh, granuja, no hay necesidad de eso. —Sus ojos se entrecerraron—. Ten cuidado con lo que haces, amigo, no queremos que ocurran accidentes, ¿verdad?

Clara regresó. Con una breve reverencia, Otto se marchó, sacudiendo la cabeza.

—Ya has logrado escapar de tu marido —dije alegremente.

—Ven —dijo en voz baja—, camina conmigo.

Ella guió el camino a través del campo, alejándonos de la feria, de vuelta hacia el pueblo. Miró hacia atrás, como si se asegurara de que nadie nos seguía. Caminamos rápidamente por la plaza

del pueblo. En un abrir y cerrar de ojos, llegamos a la iglesia. Una suave brisa agitaba las hojas de los árboles sobre nuestras cabezas. Siguió el camino bien transitado alrededor de la iglesia hacia el cementerio detrás, las lápidas reluciendo bajo el resplandor del sol. Zigzagueamos entre las tumbas, nuestros zapatos crujendo sobre la grava, y entonces ella se detuvo. Debajo de nosotros había un bloque rectangular de granito, el césped que lo rodeaba cuidadosamente recortado, con una placa de bronce manchada de líquenes. Leí la inscripción: *Robert von Donnersmarck - 28 de junio de 1928 - 20 de abril de 1945*. Nada más. Frente a la piedra, un jarrón de cristal con dalias y caléndulas.

Quitándose las gafas de sol, se inclinó, acomodando las flores. —Vengo aquí todos los días, solo para saludar, para decirle que no lo he olvidado.

—Solo tenía dieciséis años.

—Casi diecisiete —dijo, enderezándose y sacudiéndose un polvo inexistente de la falda.

—Apenas un niño. Lo siento; debe ser duro para ti.

Ella asintió.

—¿Es lo que te mantiene aquí?

—Sí.

—¿Y si...

—¿Sí? Dilo.

—¿Y si... si él no estuviera aquí?

Fijó su mirada, sus ojos parpadeantes, en la lápida, y supe que era una pregunta que se había hecho muchas veces antes sin encontrar nunca una respuesta. No se movió ni un centímetro y, sin embargo, parecía tambalearse y temí no tener derecho a hacerle tal pregunta. Pero antes de que pudiera hablar, antes de que pudiera corregir mi metedura de pata, su voz me llegó en un tono uniforme, casi sin emoción, reprimiendo lo que había en su interior. —Para responder a tu pregunta... —Me miró directamente a los ojos y fue todo lo que pude hacer para no tropezar hacia atrás—. Para responder a tu pregunta, no lo sé. —Miró hacia el cielo de la tarde—. Honestamente, no lo sé.

Caminamos hacia la entrada de la iglesia; rocé con mi mano un ramo de hortensias. Al entrar en la iglesia, me tomó unos segundos acostumbrarme a la oscuridad fresca del interior. Juntos, nos sentamos en el penúltimo banco. La iglesia estaba vacía. Clara tenía su sombrero y gafas de sol en el regazo. Miró hacia Jesús y negó con la cabeza. —Mi mundo es tan pequeño, Klaus. Pero siento como si no tuviera otra opción más que soportarlo. —No me miró, simplemente miró hacia adelante.

—Algunas personas lo prefieren así —aventuré—. Esa sensación de seguridad, de conocer su lugar.

—Los británicos bombardearon el pueblo a mediados de febrero de 1945 —dijo—. En ese momento, vivíamos fuera del pueblo, así que nos libramos de lo peor. La tormenta de fuego fue intensa; todo el lado oeste del pueblo era una masa de incendios humeantes. No quedó un solo edificio en pie excepto la iglesia. Su techo había desaparecido y algunas de sus ventanas, pero por lo demás... Nuestro alcalde, el señor Müller, lo vio como un milagro, una señal de que la lucha no estaba perdida, que prevalecerían. Sobrevivimos como pudimos. Desde finales de marzo, corrían rumores de que los estadounidenses llegarían cualquier día. Todos esperábamos y rezábamos. Habría significado el fin de la guerra. Cómo rezamos. Y entonces llegó el día: 20 de abril, un viernes...

—El cumpleaños de Hitler.

—Sí, su último, gracias a Dios.

—Eres tú, ¿verdad? Todo es obra tuya.

Robert entró impetuosamente en la casa, dejando caer su bolsa en el suelo. —¿Qué? He estado con mis amigos.

Marion, la hija de Clara, dijo: —Están por todas partes, mamá. Carteles por todos lados. "Sálvate: no te resistas. Muerte a los asesinos nazis".

—Sé que eres tú, Robert —dijo Clara—. Tú los pusiste.

Ella lo siguió hasta la cocina. Él abrió el grifo y al no encontrar agua, lo golpeó. —Maldita sea.

—¡No me ignores! —gritó ella.

Él se giró para enfrentarla, con los ojos ardiendo de furia. —Vale, fui yo. ¿Y qué?

—¿Y... y qué?

—Estás loca —dijo Marion.

—Te matarán —dijo Clara—. Sabes que lo harán; te colgarán, y probablemente nos maten a mí y a tu hermana también.

—Vamos a morir de todos modos si no hacemos algo; ¿lo sabes, verdad? Sabes lo que estos bombarderos americanos pueden hacer. Será un infierno, Mutti, un infierno. Tenemos que hacer

algo.

—¿Y está funcionando? Tus carteles. No veo multitudes golpeando la puerta del ayuntamiento. ¿Cómo los imprimiste, de todos modos? No, pensándolo bien, no quiero saberlo; cuanto menos sepa, mejor.

Pasó junto a ella furioso, bajó al sótano. Ella podía oírlo rebuscando, buscando algo. Reapareció un minuto después, con una mirada decidida en el rostro.

Su estómago se revolvió; sabía que estaba tramando algo de nuevo. —Robert, ¿q-qué estás haciendo?

—Tengo que salir.

—¿Qué tienes detrás de la espalda? —preguntó Marion.

—Robert, para, solo para. Dime, ¿qué tienes detrás de la espalda?

Se dirigió a la puerta principal, evitándola. Rápidamente, ella se adelantó, deteniéndose en la puerta, bloqueando su camino.

—Mutti, por favor.

—Tienes las tijeras de podar. Dios mío, ¿qué estás planeando ahora?

—Mutti, quítate de mi camino.

—No, no vas a salir. Te lo prohíbo.

Él se rio con ganas, no pudo evitarlo. —¿Me lo prohíbes? El Führer me quiere en su ejército pero le diré que no, lo siento, Herr Hitler, mi madre dice que hoy no puedo salir.

—No vas a salir —dijo ella, consciente de lo asustada que sonaba—. Por favor, Robert, no con tu corazón.

—Madre, escúchame. —La agarró por ambos brazos y fijó su mirada en ella. Ella se estremeció. Su hijo, de dieciséis años, aún tenía el rostro y la piel de un niño de doce; demonios, ni siquiera había empezado a afeitarse, pero por Dios que tenía los ojos de un anciano, un anciano amargado—. Los yanquis están a solo un par de kilómetros de aquí. Podrían llegar en cualquier momento. Ellos no son el enemigo; el alcalde y sus chupasangres nazis son el enemigo. Opondrán resistencia, y será inútil, y los yanquis nos destruirán.

—Exacto, no tenemos soldados así que tenemos que rendirnos —dijo Marion.

—Tu hermana tiene razón y el alcalde Müller lo sabrá.

—¡No! —Ahora estaba gritando, sacudiéndola—. Hay una pequeña y maltrecha compañía de la Wehrmacht a unos kilómetros al este. Müller seguramente los llamará para luchar contra los yanquis, pero no tendrán ninguna oportunidad y todos seremos aniquilados. Tenemos que hacer algo para detener esta locura.

La empujó a un lado, ella trató de detenerlo, intentó agarrarle un brazo, la manga. —No, no, no puedes. Robert, te matarán. —Él echó el brazo hacia atrás, soltándose de su agarre. Ella intentó agarrarlo de nuevo, pero demasiado rápido, su hijo había abierto la puerta de un empujón y se había ido.

Clara y Marion se miraron, clavadas en el sitio. —Iré a seguirlo —dijo Marion.

Clara se desplomó contra la pared y se deslizó hacia abajo, con el corazón latiendo fuertemente. Acurrucada en el suelo, hizo algo que no había hecho desde... desde antes de que pudiera recordar: rezó. Con lágrimas corriendo por su rostro, rezó por su hijo, su único hijo.

Pasó una hora, tal vez dos. Clara se había encerrado en la casa, caminando de un lado a otro, llorando, incapaz de pensar, esperando que Robert regresara. Mordiéndose las uñas, trató de imaginar qué podría estar planeando con unas tijeras de podar. ¿Adónde podría haber ido? Robert siempre había sido un niño tan obediente. Su nacimiento había sido fácil y había sido un niño pequeño muy tranquilo. Dormía mucho y le faltaba energía. Lo llevaron a los médicos, ligeramente preocupados pero no demasiado. Robert tenía cuatro años. Entonces llegó la noticia: su hijo tenía un corazón frágil. La noticia los impactó, tanto a ella como a Julius. Desde ese momento, lo cuidaron como si fuera un jarrón delicado. Ella se preocupaba constantemente por si jugaba demasiado al fútbol, por si sus amigos eran demasiado bulliciosos. A medida que crecía, se fue frustrando por su incapacidad para seguir el ritmo de sus compañeros, molesto por sus burlas insensibles, enfadado por tener que perderse la educación física en la escuela. Logró unirse a las Juventudes Hitlerianas, pero incluso eso era demasiado. Asistía a las clases y a las colectas benéficas, pero se perdía todas las partes divertidas: las excursiones nocturnas, acampar bajo las estrellas. Se fue aislando cada vez más; sus "amigos", a falta de una palabra mejor, simplemente no lo entendían. Lo consideraban débil. Bueno, lo era, pero no por su culpa. Llegó la guerra y Robert quedó fascinado. Con un mapa y un conjunto de alfileres de colores, escuchaba atentamente la radio y trazaba el avance de los ejércitos y armadas alemanas. Mantuvo su fe en la causa hasta la primavera de 1943, cuando conoció al hermano mayor de un amigo que había regresado destrozado de Stalingrado. De la noche a la mañana, Robert se dio cuenta de que la guerra no era una aventura, sino algo bárbaro en su crueldad. Luego, en el otoño de 1944, llegó la noticia de que Hitler pretendía formar un ejército popular, el Volkssturm, con jóvenes de dieciséis años en adelante y ancianos de hasta sesenta. Julius, en ese momento, aún en sus treinta, estaba estacionado en Italia. Este nuevo ejército aceptaba a cualquiera, a cualquiera excepto a Robert con su delicado corazón. Clara había llorado de alegría. Pero ahora, en esta cálida mañana de viernes de abril, su corazón latía con preocupación.

Finalmente, fue demasiado; tenía que encontrarlo. Agarrando su impermeable, salió de la casa.

Por todas partes había gente corriendo en todas direcciones como si escaparan de un fuerte chaparrón. Oyó a la gente susurrar: los yanquis vienen; liberación, el fin de la guerra para nosotros. Luego más comentarios, más fuertes, desafiantes... vamos a luchar contra ellos hasta el último hombre, si creen que nos han vencido... Caminando rápidamente, se dirigió hacia el parque y vio todos los obstáculos antitanque colocados a intervalos regulares. Sacudió la cabeza ante la locura. ¿Realmente creía el alcalde que estas patéticas barricadas hechas de vigas de madera, troncos de árboles y viejos trozos de maquinaria agrícola iban a detener los tanques americanos? Buscó a Robert por los alrededores, incluso preguntó a un par de personas si lo habían visto... "Un chico pálido con un abrigo verde". No, nadie lo había visto. Incapaz de pensar dónde más podría estar, marchó hacia el ayuntamiento.

Fue entonces cuando vio a su hija. Marion se acercó tambaleándose, tropezando, con los ojos hinchados de llorar.

—Mutti, Mutti, lo han arrestado, han arrestado a Robert.

El estómago de Clara se hundió.

—Oh, Dios mío, no —dijo en voz alta. Empujó a la gente, corriendo con zapatos no hechos para correr, hasta que, sin aliento, redujo el paso a una caminata rápida. Marion la seguía.

La escena que se desarrollaba frente a ella al doblar la esquina hacia el ayuntamiento hizo que sus rodillas cedieran. Había algunos policías, el alcalde, un par de sus adjuntos, mucho griterío y arengas, y, en medio de todo, su hijo. Su corazón se hizo añicos dentro de su pecho.

—Nooo.

Desesperada por alcanzarlo, corrió hacia él, gritando su nombre. Él la escuchó.

—¡Mutti! —gritó, sus manos estaban atadas a la espalda—. ¡Mutti...!

Vio a un policía desenrollando una cuerda. Oyó una voz cerca, a su lado, diciéndole que se detuviera. Luego, de repente, un dolor desgarrador en el abdomen y estaba en el suelo mientras su hijo chillaba su nombre. Agarrándose el estómago, gritó por Robert, intentó levantarse. Vio a Marion siendo derribada, gritando, pataleando. Se sintió levantada; muchos pares de manos fuertes, parecía, alzándola por los brazos. Oyó la voz enojada del alcalde, la voz de Müller, gritando: "Llévatela; deshazte de ella" mientras el grito desesperado de su hijo destruía su mundo.

—¡Mutti, ayúdame, Mutti...!

Intentó quitárselos de encima, les dio patadas, trató de liberarse. Pero sus manos estaban firmemente agarradas alrededor de sus brazos. Se sintió arrastrada, sus zapatos raspando el pavimento. De nuevo, pateó y, por un momento, pensó que había escapado. Pero un impacto de dolor en su boca hizo que se echara hacia atrás, que tambaleara. En un instante, estaban sobre

ella de nuevo. Alcanzó a ver a su hijo, una última mirada, su rostro manchado de lágrimas y de un rojo brillante, marcado por un miedo visceral.

—¡Robert, Robert...! —gritó, escupiendo la sangre de su boca. Y entonces, como un interruptor de luz apagándose, llegó la oscuridad.

—¿Estás bien, Clara? —pregunté, consciente de lo estúpida que era la pregunta.

A pesar de seguir dentro de la iglesia, Clara se puso de nuevo las gafas de sol. Sin dejar de mirar al frente, continuó:

—Al parecer, habían pillado a Robert cortando el cable telefónico del ayuntamiento para que Müller no pudiera pedir refuerzos. Las tijeras de podar. Unos chicos de las Juventudes Hitlerianas lo vieron y uno de ellos se lo contó a su padre, quien a su vez se lo dijo al alcalde. Müller estaba furioso. La policía arrestó a Robert y lo arrastró a la oficina del alcalde. Müller y dos de sus ayudantes celebraron una especie de juicio. Me enteré después de que este supuesto juicio duró solo dos minutos y cuando Robert intentó hablar, lo hicieron callar a gritos. Müller declaró culpable a Robert y ordenó su ejecución inmediata. Me dijeron que el propio Müller le puso la soga al cuello a mi hijo. Golpearon a Robert para debilitarlo y luego lo izaron. Y entonces lo ahorcaron, Klaus; ahorcaron a mi hijo. Y luego, cuando todo quedó en silencio, se pudo oír a lo lejos un ruido, un estruendo. Eran los tanques. Los estadounidenses habían llegado. Müller y sus secuaces corrieron hacia su jeep, pero no arrancaba. Así que cogieron sus bicicletas y pedalearon tan rápido como pudieron. Y esa fue la última vez que los vimos. Volví en mí, tirada en el suelo de casa. Salí y por todas partes había banderas blancas hechas con sábanas y fundas de almohada, cualquier cosa que tuvieran a mano. Nos habíamos rendido; nuestra guerra había terminado. Al parecer, lo primero que hizo el capitán estadounidense, mientras fumaba un Lucky Strike, fue bajar a mi hijo.

—Ahora tendría diecinueve años. Un joven abriéndose camino en este mundo. Realmente creo que hemos salido del abismo y que nada podría ser tan malo otra vez. Los jóvenes inteligentes y valientes, como Robert, van a hacer de este mundo un lugar mejor y me duele tanto que él no esté aquí, formando parte de ello, ayudando a enmendar lo que hicimos.

Tomé su mano y la apreté suavemente. Nos quedamos sentados unos minutos, cogidos de la mano, dejando que el silencio se asentara.

—Tú eras uno de ellos, ¿verdad?

—Sí.

—Oh, Klaus.

—Lo sé.

—Julius también lo era. Supongo que yo también lo fui por un tiempo.

—Todos lo éramos, la mayoría de nosotros. El mundo nos odia y tiene todo el derecho a hacerlo.

La puerta de la iglesia se abrió. Una mujer mayor con un pañuelo en la cabeza entró, nos saludó, se santiguó y se dirigió a la sacristía.

—Una de las señoras de la limpieza —dijo Clara—. Oh, Dios mío, mira la hora. —Como para confirmar su temor, oímos el reloj de la iglesia dar las cinco en punto. Sacudiendo la cabeza para alejar el recuerdo, intentando volver al presente, se puso de pie—. Debo irme; Julius estará furioso. No le gusta cuando desaparezco.

—¿Dónde estaba tu marido durante todo esto?

—Deportando judíos de la Toscana. ¿Has estado allí? En la Toscana, quiero decir.

—No.

—Deberías ir. Es un lugar hermoso. Aunque no hay muchos judíos. —Reajustó los pliegues de su vestido y suspiró—. Julius era bueno en su trabajo. Gracias, Klaus, por escucharme.

Extendí la mano hacia ella. La tomó; nuestros dedos húmedos se conectaron momentáneamente antes de que ella la retirara rápidamente. Con un atisbo de sonrisa, se inclinó y me besó en la mejilla, luego giró sobre sus talones y se fue. Escuché sus pasos rápidos sobre las losas, oí la puerta de la iglesia abrirse y oí cómo se cerraba de golpe.

Solo, absorbí el silencio y miré hacia Cristo en la vidriera sobre el altar. Cerré los ojos con fuerza, sin querer que me mirara desde su posición elevada, como un proveedor de todas nuestras fechorías. «¿Qué hago?», me encontré preguntando en voz alta. «¿Qué demonios hago?»

—Te la llevas contigo mañana; eso es lo que haces.

—Stefan, eres tú.

—Hola, Klaus.

Había aparecido como una visión fantasmal desde la sacristía, deslizándose por el pasillo.

—Debería haber adivinado que estabas aquí.

—El rector me dio santuario. —Se deslizó en el banco—. No es que lo merezca.

—Dijiste que eras rápido.

—He aprendido a serlo. He estado huyendo durante años. Sabía que nunca duraría; sabía que algún día me descubrirían.

—¿Y vas a huir de nuevo?

Él también contempló a Cristo mirándonos desde arriba. —Sí. ¿Qué otra opción tengo?

—¿Cómo?

—Me escabulliré de vuelta a la casa esta noche y reuniré lo que necesite. Pasaporte, una botella de agua, ropa, ese tipo de cosas.

—¿Tienes dinero?

—Sí, me pagaban bien y no tenía en qué gastarlo. Gracias.

—No te lo estaba ofreciendo.

Me miró. —Gracias de todos modos. Todo lo demás tendré que dejarlo atrás. No es gran cosa; lo he hecho antes. —Suspiró—. Luego, caminaré hasta la estación, dormiré a la intemperie y tomaré el primer tren que salga de aquí.

—¿Hacia dónde?

—Munich, quizás. Creo que estaré más seguro en una ciudad. Pensé que estaría más seguro en un pueblo. Pero me equivoqué. No hay escapatoria dondequiera que vaya. Eso lo sé.

—No.

Nos sentamos en silencio por un rato, Stefan golpeando con un dedo sobre su rodilla. —Podrías quedarte con mi trabajo —dijo—. Así podrías verla todos los días.

—No. Buena idea, pero...

—Sí, lo sé. Escucha, lo que dijo esa mujer...

—No tienes que decírmelo.

—Fui un kapo, lo admito, pero ¿qué podía hacer? No tenía elección. La gente no me cree ahora, pero... Klaus, tú sabes que es verdad. Me escogieron como prisionero político y me dieron mis instrucciones. Me dejaron claro que si fallaba, me entregarían de vuelta a ellos. —Se pasó los dedos por el pelo—. Y ellos, los judíos, me habrían golpeado hasta matarme. ¿Y cómo te mantienes del lado de las SS? Siendo más SS que las SS. Así es como se hace. —Volvió a tamborilear con los dedos—. Así es como se hace. Trabajé en la casa del Comandante por un

tiempo, hacía tareas para su esposa. De alguna manera adoptaron a estas dos niñas judías. ¿Recuerdas ese dibujo que te mostré? Resultó que una de ellas le recordaba a la esposa del Comandante a su hija que se había ahogado años atrás. Pero no la otra, así que un día la esposa me ordenó llevarla de vuelta al campo.

—¿Qué le pasó?

Un encogimiento de hombros. —¿Qué crees? Gaseada, por supuesto.

—Por supuesto. —Después de un rato, pregunté—: ¿La recuerdas, a la mujer de hoy? Sonia.

—No, no la recuerdo.

—No pensé que lo harías. ¿Recuerdas a Daisy?

Una mirada rápida, un momentáneo fruncimiento de cejas. —Sí. Recuerdo a Daisy. —Suspiró—. Era un hombre diferente entonces, Klaus. Me habían corrompido. Nos habían corrompido a todos.

Sí, tenía razón. Era como si todos hubiéramos bebido de una copa de veneno; ciertamente nos había corrompido.

Otro lapso de silencio. Los momentos pasaban.

Finalmente, Stefan habló. —Todo lo que tienes que hacer es preguntarle, ¿sabes? Está desesperada por irse. Una casa hermosa, un marido rico, un hermoso campo... no compensa lo que falta aquí dentro —dijo, golpeándose el pecho—. Podrías salvarla.

—No creo que quiera ser salvada.

—Todos queremos ser salvados, Klaus.

Oímos voces que venían de afuera. Stefan se puso de pie. —Mierda, será mejor que me vaya. Ha sido un placer conocerte —. Puso su mano en mi hombro y sonrió—. Buena suerte, amigo —. Y con eso, se escabulló por el pasillo, de vuelta hacia la sacristía, desapareciendo justo cuando la puerta de la iglesia crujió al abrirse.

—Sí, igualmente, Stefan —dije en voz baja.

—Hola, Klaus —dijo Otto con entusiasmo, acercándose por detrás de mí—. ¿Has visto a nuestro fugitivo? —Un par de personas lo seguían. Los tres se reunieron al final de mi banco.

—No, lo siento.

Miró alrededor como si asegurara que realmente estaba solo. —De acuerdo. Pero escucha, si lo

ves, nos avisas, ¿verdad?

—Claro.

Me miró fijamente. Me di la vuelta, pero aún podía sentir sus ojos taladrándome. Podía sentir el odio.

Otto y sus secuaces se fueron y me di cuenta de que había estado conteniendo la respiración. Me enfadé conmigo mismo. Después de la guerra, me prometí que nunca dejaría que otra persona me intimidara. Pero este hombre, este pequeño matón, acababa de hacer exactamente eso. No importaba, me dije a mí mismo. En el gran esquema de las cosas, realmente no importaba.

Me puse de pie y me quedé al final del pasillo, mirando a Cristo una última vez. Luego, con un movimiento de cabeza, me di la vuelta y me fui.

13.

Domingo

Ya había comprado mi billete, habiendo adquirido uno de ida y vuelta en Berlín. Hoy, el día que me iba, el tiempo había cambiado. Caía una llovizna constante, la tierra reseca parecía absorberla. Me senté en la sala de espera de la estación de tren, yo y una anciana con un pañuelo de lunares azules que se sentaba firmemente con las manos en el regazo. La habitación rectangular, pintada de verde hasta la moldura, presumía de una estufa de buen aspecto, sin encender, suelos de madera polvorientos y un mapa enmarcado de Alemania. Colgué mi chaqueta en el perchero y me senté en ángulo recto con respecto a la mujer, mi maleta a mis pies, el billete en la mano. La habitación olía a humo rancio y hortensias. El gran reloj octogonal marcaba las doce menos tres minutos. El tren llegaba en cinco minutos. Cerré los ojos y sentí una tristeza infinita porque mi semana como bibliotecario temporal había llegado a su fin. Sabía que había venido aquí como un medio para escapar, pero descubrí que no era posible. Para los Stefans y para mí, para aquellos de nosotros manchados por la historia, no había escapatoria. Nunca la habría. Lo sabía ahora. Puedes correr todo lo que quieras, pero nunca puedes escapar de lo que hay en tu corazón. Esperaba, a pesar de todo, que Stefan hubiera alcanzado su tren. Sabía que nunca lo olvidaría.

Un anuncio de la estación nos informó que el tren de las 12:03 a Berlín estaba llegando a la estación. La mujer recogió su maletín y, abrochándose el abrigo, salió al andén. La seguí. Algunas otras personas, refugiándose de la lluvia, también esperaban la llegada del tren. Podíamos oír el rugido de su motor acercándose por la curva, una densa columna de humo negro anunciando su llegada. El guardia de la estación apareció en el andén, con una bandera verde bajo el brazo. Intercambió cortesías con la mujer del quiosco de periódicos y le ofreció un

cigarrillo. Ella lo tomó y lo guardó en el bolsillo de su blusa. Recordando que había dejado mi abrigo en la sala de espera, corrí a recuperarlo. Descolgando mi abrigo del perchero, me di la vuelta y choqué directamente con alguien. —Lo siento... Dios mío, Clara... No te oí... —De repente parecía tan pequeña, tan frágil, vestida con un impermeable, un sombrero de fieltro de ala ancha sobre su cabeza.

—Hola, Klaus. Parece que hubieras visto un fantasma.

—Creo que lo he visto. ¿Qué te trae...?

—Quería venir a despedirme —. Me di cuenta de que estaba llorando.

—Yo... Bueno...

Basta de hablar. Dejé que mi maleta se deslizara de mis dedos y como si fuera a cámara lenta, la rodeé con mis brazos. Besé su mejilla, saqué la sal de sus lágrimas contra mis labios, besé sus ojos. Ella pasó sus dedos por mi cabello. Su cuerpo temblaba mientras las lágrimas fluían. Nos besamos, nuestros labios entrelazados. El amor se desbordó a través de mí, llegando hasta las puntas de mis dedos, pulsando a través de mi corazón. La oscuridad que me había envuelto y definido durante tanto tiempo se disipó y flotó, flotó lejos. —Klaus, alguien podría venir.

—Que vengan.

—Tu tren, Klaus —Afuera, el tren se detuvo con un chirrido, anunciando su llegada con un agudo silbido—. Oh, Klaus, querido mío, sé que tienes que irte, pero desearía que no fuera así.

Podíamos oír las puertas abriéndose, al guardia de la estación instando a la gente a subir, el silbido del vapor.

—Ven conmigo entonces.

—¿Ahora? No puedo; no tengo equipaje, ni dinero, ni...

—Clara, no importa; nada de eso importa. Escucha lo que te dice tu corazón y sabrás que tengo razón —Con movimientos rápidos, recogí mi maleta, tomé su mano y la llevé afuera. Las puertas se estaban cerrando ahora; el guardia tenía el silbato entre sus labios—. Clara, te lo ruego. Tu vida aún está por delante. Ya no hay nada aquí para ti. Ven conmigo. Por favor...

—Klaus, soy diez años mayor que tú, seguramente...

—¿Acaso importa? ¿De verdad?

Miró a izquierda y derecha, preocupada por si alguien que conocía pudiera verla. El guardia me abrió la puerta de un vagón. —Vamos, señor, suba ya, el tren no le esperará.

Intenté tirar de ella, pero, manteniéndose firme, sacudiendo la cabeza, con el rostro mojado por las lágrimas, se resistió. Nuestros brazos se estiraron, nuestros dedos aún se tocaban hasta que, como un hilo estirado demasiado, el contacto se rompió. Todo su cuerpo temblaba ahora de llanto y supe que había fracasado. Subí los cuatro escalones del vagón, aún con la esperanza de que se uniera a mí. El guardia me cerró la puerta de golpe y, soplando su silbato, agitó su bandera. Bajando la ventanilla, lo intenté una última vez. —Clara, no vuelvas; ven conmigo. Podemos hacerlo.

—Te equivocas, Klaus —dijo ella, las palabras saliendo atropelladamente entre sollozos—. Cuando dices que no hay nada aquí para mí, te equivocas. —El tren se estremeció, soltó una bocanada de humo y avanzó lentamente.

—No, Clara, no.

Caminando por el andén, mantuvo el paso con el tren. — *Sí* hay algo aquí para mí.

—¿Pero qué? ¿Qué? —Casi estaba gritando ahora.

Tuvo que trotar para mantener el ritmo. Y entonces, de repente, se detuvo. Cuatro palabras. Cuatro palabras perdidas bajo el ruido de las ruedas del tren ganando velocidad sobre los rieles, la ráfaga de viento que pasaba junto a mí, pero las escuché mientras el tren me alejaba de ella para siempre. A través de sus lágrimas, las oí resonando en mi mente una y otra vez, y supe que las escucharía por el resto de mi vida.

—Mi hijo está aquí.

14.

Agosto 1970

Anoche, cené en el hotel, sentado solo, disfrutando de una suntuosa comida de cordero y papas fritas, acompañada de una copa de vino tinto de cosecha media. De postre, tomé algo llamado Knickerbocker Glory. Me gusta vivir peligrosamente. Esta mañana, después de ducharme, desayuné y disfruté de mi croissant y café mientras escuchaba la emisora de radio que tocaba música disco.

Vuelvo a mi habitación y hago la maleta. No tardo mucho. Mi tren sale en cuatro horas. Tiempo de sobra. Pago mi cuenta, agradezco al personal y me dirijo de vuelta al centro. Es un hermoso y caluroso día de agosto, solo un par de nubes inofensivas en el cielo, un poco de brisa. Encuentro el camino hacia la biblioteca. Al menos donde solía estar la biblioteca. En su lugar, hay un bloque de apartamentos de unos cinco pisos. Perdí el contacto con Matthias, no tengo idea de qué

fue de él. Esperaba que siguiera viviendo aquí, trabajando en su biblioteca, aguantando a los viejos gruñones y sus periódicos. Y me he preguntado muchas veces a lo largo de los años qué pasó con Stefan. ¿Cuánto tiempo tuvo que huir? ¿Terminó volviendo a Polonia? Nunca lo sabré.

Desde donde solía estar la biblioteca, deambulo de vuelta a la plaza principal. Tomo un café y un pastel muy jugoso en un café de colores brillantes con vista a la plaza del pueblo y observo el mundo pasar. Sigo esperando verla, cruzando la plaza con su vestido blanco de lunares rosados. Se ve hermosa. Me ve, vacila por una fracción de segundo y me saluda alegremente con la mano. Le devuelvo el saludo.

Termino mi café y me queda un ligero dolor de cabeza, tal es su fuerza. Doblo mi servilleta cuidadosamente y la dejo sobre la mesa. — *Spasiba* —me digo a mí mismo.

Al cruzar la plaza, me siento un poco cohibido, consciente de que estaba a punto de hacer algo que había esperado años, décadas, para hacer. Desde aquella calurosa semana de agosto de 1948. Sentía como si detrás de cada cortina, cada persiana, alguien me estuviera mirando mientras caminaba decididamente por las calles laterales y atravesaba un pequeño parque hacia la iglesia. Entro, me santiguo frente al altar y luego me siento en el penúltimo banco desde atrás, disfrutando del frescor. Me alegra ver que la misma vidriera sigue allí. Cristo me guiña un ojo, me da la bienvenida. "Ha pasado mucho tiempo", parece decir. Un par de mujeres mayores arreglan ramos de flores, conversaciones y pasos amortiguados sobre las losas. Un coadjutor hojea un himnario, tarareando para sí mismo. Siento su presencia a mi lado, su sombrero de paja y gafas de sol en su regazo. Extiendo la mano y tomo la suya, apretando suavemente sus dedos. Pienso en su hijo y sus acciones valientes pero inútiles y sacudo la cabeza ante la lástima de todo ello. Sus palabras vuelven a mí... *Tendría diecinueve años ahora. Un joven abriéndose camino en este mundo.* Tendría cuarenta y un años ahora, si hubiera vivido.

Tengo tiempo para una cosa más, la más importante de todas. Salgo de la iglesia y, volviendo al calor del día, me dirijo al cementerio. Mi memoria me lleva directamente allí. Los árboles proyectan sus largas sombras sobre las lápidas. Habiendo encontrado el camino, tengo dificultades para encontrar la piedra real. Pero entonces la veo; las hierbas crecidas casi han ocultado el pequeño bloque de granito, el liquen se ha extendido. Sin flores. Su nombre sigue allí... *Robert von Donnersmarck. 28 de junio de 1928 - 20 de abril de 1945*. Pero ahora, debajo, hay más. Aparto la hierba a un lado y el nombre salta a la vista... *Julius von Donnersmarck. 2 de febrero de 1908 - 7 de mayo de 1969*. No hay nada más. Arranco lo peor de la hierba, tirando de ella, parte de la cual sale con las raíces. Y al hacerlo, revelo una segunda placa de latón, esta en el frente de la piedra, casi desapareciendo en la tierra. Mi viejo corazón late un poco más rápido mientras leo la inscripción...

Clara von Donnersmarck.

Murió por su propia mano, a los 47 años.

Agosto de 1948.

Octavo Movimiento: La Última Fotografía

1.

Berlín Este, domingo 13 de agosto de 1961

Thomas Schwarz, de diez años, se despertó temprano la mañana del domingo 13 de agosto de 1961 después de haber tenido el sueño más extraño. Lo dejó con una inquietante sensación de temor. Algo se sentía mal, pero aún no sabía qué era. Bajó a desayunar y encontró a su padre en la mesa leyendo el periódico de ayer con una taza de café a su lado, y a su madre untando mantequilla en una tostada. Bueno, esto está bien, pensó, hasta ahora, todo normal.

—Hola, mi apuesto soldadito —dijo su madre.

—Mamá —Ya era demasiado mayor para tales cariños.

Su padre le sonrió. Él entendía.

—¿Estás listo? —preguntó.

—Sí.

—Bien, vámonos entonces.

Thomas se bebió de un trago su vaso de leche, eructó, por lo que fue reprendido por su madre, y estuvo listo. Su padre tenía la bolsa a mano: el bañador, las gafas y una toalla. Aparte de su abrigo, era todo lo que Thomas necesitaba.

—Diviértete —dijo su madre.

Deseaba que no dijera eso; no iba a la piscina para divertirse; iba allí para entrenar. Tenía su carrera en diez días, y necesitaba estar en óptimas condiciones.

—Date prisa, Thomas.

Afuera, ya hacía calor, las nubes tempranas se estaban disipando. Thomas vaciló un momento.

—¿Qué pasa? —preguntó su padre.

—Nada.

—Lo que significa que algo pasa. Vamos, llegaremos tarde.

Así que esta era la rutina dominical; Paul y su hijo tomaban el tranvía desde casa hasta la piscina a tres manzanas de distancia. Pero esta mañana de domingo, algo se sentía diferente. Incluso Paul, generalmente inmune a tales cosas, parecía desconcertado por algo. Mirando por la sucia ventana del tranvía, Paul comentó sobre la inusual cantidad de tráfico para un domingo.

—¿Por qué hay tantos camiones? —preguntó.

—¿Y tantos Vopos? —preguntó Thomas, refiriéndose a la *Volkspolizei*, la policía de Alemania Oriental.

El tranvía se detuvo de repente e inesperadamente. El conductor se levantó de su asiento y se dirigió a sus pasajeros.

—Lo siento, amigos, hasta aquí puedo llegar hoy. Han arrancado las vías.

Los pasajeros respondieron con un colectivo "¿qué?" y "¿quién?"

Thomas se bajó corriendo del tranvía.

—Sabía que algo andaba mal.

Su padre lo siguió. Lo que vieron, lo que todos vieron esa mañana de domingo en el centro de Berlín, fue una imagen que nunca olvidarían. Rollos de alambre de púas se extendían hasta donde alcanzaba la vista, árboles cortados, vías de tranvía desenterradas. Cientos de trabajadores de la construcción trabajaban afanosamente, extendiendo el alambre de púas, erigiendo vallas de alambre, cavando zanjas y clavando postes de hormigón en el suelo. Mientras tanto, los Vopos ayudaban, aconsejaban o daban instrucciones y mantenían a raya al creciente número de curiosos.

—¿Qué están haciendo, papá?

—Exactamente lo que todos hemos temido.

Alguien empujó a Thomas a un lado.

—Están construyendo un muro, ¿verdad?

—Sí, eso parece.

Una voz áspera ladró desde un altavoz, repitiendo el mismo mensaje una y otra vez: "Berlineses del Este, ahora tienen prohibido cruzar a Berlín Occidental. Los disidentes serán fusilados. Por su seguridad, no se acerquen a menos de cien metros de la barricada antifascista. Repito, berlineses del Este, ahora tienen prohibido..."

La gente abucheaba y silbaba.

La multitud se intensificaba por minutos, personas con las mismas expresiones perplejas y sorprendidas. Thomas escuchó fragmentos de conversación mientras su padre lo arrastraba entre la muchedumbre. —Nunca pensé que llegarían a esto.

—Todo es culpa de los soviéticos.

—Tenemos que llegar al Oeste antes de que sea demasiado tarde.

Y el altavoz seguía gritándoles: —Se les prohíbe... serán disparados... barricada antifascista. Llegaron más Vopos, una motocicleta con sidecar pasó zumbando.

—Vamos a buscar a tu tía Hilda —dijo Paul.

—¿Por qué?

—Porque tendrá una vista privilegiada desde su apartamento.

Paul y Thomas corrieron hacia una calle lateral para encontrarse con la visión de grúas golpeando enormes bolas de concreto contra las casas, mientras sus inquilinos, familias enteras, con sus escasas posesiones a sus pies, permanecían impotentes y aturdidos viendo cómo sus hogares eran destruidos ante sus propios ojos. Las excavadoras se movían para retirar los escombros. Paul y Thomas dieron media vuelta. Al girar hacia Bernauerstrasse, fueron obligados a retroceder por varios Vopos armados con rifles. —Esta calle está en el Sector Francés —dijeron—. Se les prohíbe avanzar más.

—Pero la hermana de mi esposa vive en ese bloque.

—No es mi problema, ahora lárguense.

Paul alejó a Thomas. —Intentaremos por la parte de atrás —dijo.

Caminando por Ackerstrasse, finalmente encontraron una entrada al bloque de apartamentos, solo para encontrar a un Vopo custodiando la escalera, un chico con uniforme de hombre y mejillas destrozadas por cicatrices de acné. —Oye, yo conocía a tu padre.

El chico pareció sorprendido.

—¿Cómo está estos días?

—Eh, está bien, supongo. —Se rascó la mejilla—. Gracias —añadió, como si recordara sus modales.

—Escucha, dile que George Kinski le manda saludos, ¿quieres? Tu viejo y yo nos conocemos desde hace mucho. ¿Podemos subir a visitar a alguien en el tercer piso, por favor? —preguntó Paul—. Cinco minutos. —Presionó un billete en la mano del chico.

El chico miró por encima del hombro de Paul. —Cinco minutos. No los he visto.

Rápidamente, subieron por la escalera hasta el tercer piso, Paul decidió que los ascensores eran demasiado poco fiables para arriesgarse. Llamó a la puerta de la tía de Thomas. Sin respuesta. —La puerta está abierta —dijo Paul—. ¿Por qué habría...?

Suavemente, abrió la puerta, con Thomas detrás de él. —¿Hola? ¿Hilda? ¿Hola?

—Papá, mira, hay una nota y su llave.

Paul agarró el trozo de papel con su nombre, doblado por la mitad. —Dios mío, ya se ha ido.

—¿A dónde?

—Al Oeste. Eso es todo lo que dice. Es decir, eso podría significar al otro lado de la calle. Además, nos aconseja que hagamos lo mismo tan pronto como podamos. Nos dice que la única forma de escapar es por la ventana.

—¿La ventana?

Paul se rio. —Dios, tiene razón. Este bloque está en el este; la calle de allá está en el oeste. Todo lo que tenemos que hacer es salir por la puerta principal.

—Si los Vopos no la estuvieran custodiando.

—Exactamente. Por eso está sugiriendo la ventana.

Thomas miró por la ventana y admiró las majestuosas líneas de la cercana Iglesia de la Reconciliación. —Papá, ¿por qué le diste un nombre falso a ese Vopo?

—Nunca des tu nombre real, hijo.

—¿De verdad conocías a su padre?

—No, claro que no. Pero verás, el Partido insiste en emplear a tantos chicos en sus filas porque es más barato, lo cual me parece bien porque los chicos son más... ¿cómo lo diría?, abiertos a la razón. Vamos, tenemos cosas que hacer.

—¿Y mi natación?

Su padre se rio. —Oh, Tommy, me temo que vas a tener que perdértela hoy.

Cerraron con llave el apartamento de la tía Hilda.

De vuelta en casa, Thomas se sentó en el sillón mientras sus padres caminaban de un lado a otro discutiendo. —Tenemos que irnos —dijo su madre.

—¿Y qué pasa con la natación de Thomas y sus clases de violín?

—Sí —dijo Thomas—, ¿y mi competencia de natación? Tengo que...

—Por favor, Thomas, ahora no —dijo su madre.

—¿Estás segura de esto, Marion? ¿De verdad quieres dejar todo esto atrás?

Los ojos de la madre de Thomas recorrieron el apartamento. —Pronto será insoportable aquí, lo sabes. Imagina la libertad que tendremos en el Oeste; no más Vopos diciéndonos qué hacer cada cinco minutos. —Se volvió hacia Thomas—. Lo siento, Thomas, sé lo importantes que son para ti el violín y la natación.

—Está bien. De todos modos, el violín no me importa tanto. Seguro que podremos encontrar otro club de natación en el oeste.

Su madre lo miró por un momento. —Sí, es cierto. Eso es exactamente lo que haremos. Oh, Thomas, ven aquí.

Su madre lo abrazó tan fuerte que podía sentir los latidos de su corazón. —Nos iremos esta noche —dijo.

—No, mañana —dijo Paul—. Primero tengo que limpiar mi escritorio en el trabajo. Y conseguir algo de dinero. Lo necesitaremos.

—De acuerdo —dijo Marion—. Mañana. —Tomó la mano de Thomas—. Mañana, Tommy, el primer día del resto de nuestras vidas.

A la mañana siguiente, Paul, Marion y Thomas se abrieron paso entre el caos de la construcción y los Vopos hasta el apartamento de la tía Hilda en Bernauerstrasse. Una vez más, un chico Vopo, uno diferente, les bloqueó el paso. —Oye —dijo Paul—, solía conocer a tu padre... —El

chico miró con sospecha sus tres maletas. Esta vez, debido a las maletas, le costó a Paul mucho más.

Thomas y sus padres se pararon frente a la ventana abierta. —¿Entonces dices que todas las salidas están bloqueadas? —preguntó Marion.

—Sí. Te lo digo, la única salida es por esta ventana.

Thomas miró hacia afuera. La calle estaba muy abajo. No había manera de que fuera a saltar desde tan alto. La gente corría arriba y abajo de la calle gritando a los residentes, diciéndoles que saltaran. Su madre le agarró el brazo. —Mira, Tommy, así es como lo hacemos.

Observaron asombrados cómo hombres de los bomberos de Berlín Occidental extendían una enorme red entre ellos e instaban a una mujer en el segundo piso a saltar. La mujer arrojó su maleta y luego, después de otro minuto más o menos, saltó. Aterrizó a salvo en la red ante una fuerte ronda de aplausos. Mientras los vítores se apagaban, Thomas pudo escuchar golpes y gritos en el pasillo. Su padre fue a ver. Volvió agitado. —Mierda, los Vopos están en el segundo piso y están echando a todos.

Thomas podía oír los gritos de una mujer que venían del piso de abajo, el llanto de un niño y los gritos de los Vopos.

Paul cerró la puerta con llave. —Si vamos a hacer esto, tenemos que hacerlo ahora.

—Bueno, estoy lista —dijo Marion.

—Está muy alto, mamá.

—Pero, cariño, esa mujer acaba de hacerlo.

—¡Estaba un piso más abajo! —gritó, consciente de que nunca en su vida había alzado la voz a su madre.

Ella puso sus manos en los hombros de él y se inclinó, tocando su frente con la suya. —Tenemos que hacerlo.

—Tengo miedo.

—Nos atraparán, ya verás, y antes de que te des cuenta, estaremos libres y a salvo para siempre.

Él negó con la cabeza y la apartó.

—Vamos, Tommy —dijo su padre—. Tu madre tiene razón. No podemos seguir viviendo aquí. Es como una prisión y solo va a empeorar.

—Escucha, Tommy, yo saltaré primero y tu papá al final, así estarás seguro en el medio, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —dijo él—. De acuerdo.

Los golpes en las puertas los hicieron saltar a todos. Los Vopos estaban ahora en el tercer piso. —Abran, abran. —Oyeron el sonido de la madera astillándose, de una puerta haciéndose añicos, los gritos agudos.

Paul empujó la ventana para abrirla más. —¡Eh, eh! —gritó hacia abajo.

Un montón de gente en la calle vitoreó al verlo. Los hombres de la brigada de bomberos se movieron. Paul colgó sus tres maletas sobre el alféizar de la ventana. —¿Están listos? —gritó hacia abajo.

—Adelante —llegó la respuesta.

Una por una, arrojó las maletas. Thomas observó cómo caían en la red extendida, rebotando arriba y abajo antes de asentarse.

Los gritos y los alaridos en el pasillo se intensificaron. Marion abrazó a Thomas con todas sus fuerzas. —Te prometo, cariño, que todo saldrá bien. Te amo. Recuerda eso. Te amo y siempre lo haré.

Thomas temblaba tanto que no pudo responder. Observó cómo su madre se acomodaba en el alféizar de la ventana y balanceaba las piernas hacia afuera. Paul, acercándose por detrás, la besó en la cabeza. —Nos vemos abajo, mi amor.

El bombero de abajo le gritó. —Muy bien, cariño, hazlo, te atraparemos.

—Libertad, allá voy. —Se santiguó.

Thomas no podía soportar mirar; deseaba desesperadamente cerrar los ojos y gritar hasta que todo desapareciera. Sus ojos se nublaron con lágrimas mientras su madre se impulsaba desde el alféizar de la ventana con ambas manos y saltaba. Un segundo después, estaba rebotando alto en la red, medio gritando, medio riendo. Un par de bomberos la calmaron, luego bajaron la red y la ayudaron a salir. Ella miró hacia Thomas. Parecía estar tan lejos allá abajo. —Es divertido, Tommy, de verdad —le gritó. Pero Thomas no pudo evitar escuchar el temblor en su voz.

Paul le dio una palmada en el hombro. —Date prisa, Thomas. Los Vopos están en la puerta de al lado.

Thomas podía oír sus voces. —Aléjense de esa ventana o dispararemos. —Oyó a una mujer sollozando, un forcejeo, el lanzamiento de muebles. Thomas no podía dejar de temblar. Sus

extremidades estaban tan pesadas, como si no le pertenecieran. Sus piernas cedieron cuando intentó subirse al alféizar de la ventana.

—Vamos, Thomas, tú puedes hacerlo —gritó su madre desde muy, muy abajo.

—Estaré justo detrás de ti —dijo su padre.

Thomas levantó su pierna izquierda sobre el alféizar de la ventana. Miró hacia abajo, vio a su madre, con un pañuelo en la mano, y vio a tantas otras personas mirándolo hacia arriba con expresiones ansiosas. Thomas era perfectamente capaz de saltar cinco metros desde un trampolín al agua, se sentía seguro allí, sabía lo que estaba haciendo y qué esperar, pero esto era diferente. Esto daba miedo. Un enorme golpe en la puerta del apartamento atravesó su cerebro. —Abran. Policía. Abran.

—Thomas, por favor, tiene que ser ahora.

Y cuanto más miraba hacia abajo a la gente, a su madre y a los bomberos, más pequeños parecían hacerse; la red que, minutos antes, parecía tan grande, ahora no lucía más grande que un sello postal. La puerta se astilló. Mirando por encima del hombro, vio el destello metálico de un hacha destrozando la madera. Si tan solo pudiera dejar de temblar.

—Thomas, estaré justo detrás de ti.

Thomas negó con la cabeza. Sabía que ninguna fuerza en la Tierra podría hacer que levantara su pierna derecha sobre el alféizar de la ventana. —No puedo. No puedo. No puedo.

Su padre estaba casi llorando ahora mientras la cerradura amenazaba con ceder. —Thomas, por favor.

Podía escuchar la voz de su madre afuera, elevándose por encima de todas las demás voces, gritando su nombre. Su cabeza se sintió increíblemente pesada de repente, su visión se nubló. Su cuerpo se desplomó y cayó... cayó de vuelta a la habitación. Aterrizó con un golpe seco en la alfombra justo en el momento en que la puerta se abrió de golpe y una avalancha de hombres uniformados irrumpió en el apartamento.

2.

Cinco años después.

Alemania Oriental, julio de 1966

El agua está fría, demasiado fría para el ser humano promedio, pero no para Thomas Schwarz de quince años, pues Thomas está acostumbrado, se ha endurecido a ella con los años. De todos modos, el frío nunca dura mucho. Mientras te esfuerces y avances con fuerza, apenas lo notarás después de un rato, el calor de tus músculos hace el trabajo. La quietud cristalina del lago se extiende en la distancia; aún es temprano por la mañana, los confines lejanos del lago están envueltos en niebla. El sol se asoma detrás de una nube blanca y diáfana. Una bandada de gansos pasa volando. El único otro sonido es el de la respiración de Thomas y su cuerpo surcando el agua. Esto es perfecto. No hay nadie más alrededor; rara vez lo hay, ocasionalmente un pescador o dos. Es como le gusta; no necesita a otras personas, especialmente hoy. Hoy, él y su padre habían recibido una carta de su madre. Ella aún vivía en Berlín Occidental, apenas a un kilómetro del antiguo apartamento. *Mis queridos niños*, decía. Su padre la leyó primero. Después de terminar, se sentó a la mesa de la cocina mirando por la ventana.

—¿Qué pasa?

—Toma —dijo Paul, empujando la carta a través de la mesa—. Léela tú.

Su madre había intentado mantenerse optimista, pero no había forma de disimular la angustia detrás de las palabras. Las primeras sesiones de radioterapia no habían ido tan bien.

—Eso lo decide —dijo su padre—. Tenemos que ir con ella.

Thomas aumenta la velocidad, sus brazos girando sobre su cabeza, atravesando el agua. Habían pasado cinco años desde la última vez que vio a su madre, y aún la extrañaba con un anhelo que, en ocasiones, le quitaba el aliento. A veces, le resultaba difícil perdonarla. Lo había dejado aquella mañana de agosto hace cinco años. Lo había abandonado. Y todo lo que tenía para recordarla era una sola fotografía que había enmarcado y colgado en la pared de su habitación. Era de los tres juntos, madre, padre e hijo, tomada en un parque en un cálido día de verano, el año antes de que Madre se fuera. Padre le había pedido a un transeúnte que tomara la foto, y se sentaron en un banco, Thomas de nueve años en el medio, y sonrieron para la cámara. A menudo, Thomas se acostaba en su cama y miraba la foto, la última fotografía, recordándola, perdiéndose en esa sonrisa, tratando de recordar su voz hasta que el anhelo y el dolor se volvían demasiado.

Después de aquel día hace cinco años, la Stasi, la policía secreta del estado, interrogó a su padre extensamente. De alguna manera, Thomas emergió como un héroe. La historia, según lo relatado por su padre, era que él, Paul, estaba a punto de saltar, pero su hijo, devoto del estado de Alemania Oriental, lo había impedido a la fuerza. Así, Thomas era demasiado héroe para ser enviado a un orfanato, por lo que tanto el padre como el hijo fueron liberados sin cargos. El precio, sin embargo, fue el exilio. A Paul no se le permitió vivir en Berlín durante cuatro años. Por lo tanto, en septiembre de 1961, se mudaron a un pequeño apartamento en un pueblo en el extremo noreste de Alemania. Paul consiguió un trabajo en una granja mientras Thomas asistía a la escuela y se unía, como se esperaba de él, a los Jóvenes Pioneros. También revocaron la membresía de su padre en el partido comunista. Sin ella, las posibilidades de ascenso de Paul

desaparecieron. El período de exilio había expirado, pero, un año después, habiéndose adaptado a la vida del pueblo, aún seguían allí.

Thomas a menudo imaginaba volver a ver a su madre, creando varios escenarios de su reunión, la alegría, la pura felicidad de todo ello. Le daba fuerza en los días en que a veces apenas podía molestarse en continuar con la vida, que todo era demasiado difícil, demasiado esfuerzo. Pero el pensamiento de ella, la imagen de verla de nuevo, lo impulsaba. Un día, pensaba, un día sucederá.

No había nadie que enseñara violín en este pueblo, así que Thomas ocasionalmente practicaba por su cuenta, pero era la natación lo que más le preocupaba. No había piscinas en el pueblo, pero había un lago de trece kilómetros de largo en medio de un bosque vecino. Le venía bien; no quería que ninguno de sus profesores supiera que podía nadar mejor que cualquiera de su edad. Hacía todo lo posible por ocultar su ahora considerable físico, resultado de tanto nadar día tras día. Estaba en su último mes de escuela. Su padre le había conseguido un trabajo en la granja. No era una perspectiva que le emocionara, pero aquí en el campo, no había mucho más.

Thomas nunca había tenido novia. Ciertamente no le faltaban admiradoras con su cuerpo de Charles Atlas, pero no podía hablar con las chicas, nunca había querido. ¿Y si se enamoraba y confiaba su corazón a alguien que podría abandonarlo? No podría soportarlo. Sabía que nunca más se entregaría a nadie. El riesgo era demasiado grande.

Sumerge la cabeza bajo el agua y se impulsa, aguantando la respiración el mayor tiempo posible. Una vez, recientemente, en la escuela, impresionó a sus compañeros ganando el concurso de aguantar la respiración. Había sido la única vez que había ganado algún reconocimiento en la escuela.

La comunicación con su madre era esporádica, por decir lo menos. Pero sabían que estaba enferma. Un cáncer. Ella no decía de qué tipo y Thomas sospechaba que estaba restando importancia a su gravedad. Había conseguido trabajo en la cocina de una escuela primaria, pero la enfermedad se había vuelto demasiado para ella y se había visto obligada a dejarlo.

A veces, a menudo, Thomas sentía que podía nadar para siempre. Aquí, en el agua, sus preocupaciones se desvanecían. La constante vigilancia de la Stasi, las interminables instrucciones sobre qué música se debía escuchar, qué libros leer, qué historia aprender, agotaban a una persona. El agua, este lago, le ofrecía libertad, lejos del estado, lejos de la escuela, sus profesores, su padre, e incluso de preocuparse por su madre. El agua tenía esa capacidad: eliminar sus preocupaciones, aunque fuera solo por una hora o dos. Se mueve con gran precisión y, al mismo tiempo, con fina fluidez. El agua es su amiga.

Pero incluso aquí, lejos de todos, con el agua abrazándolo y el sol calentando el paisaje, las palabras de su padre de ese día lo atormentan. *Eso lo decide; tenemos que ir con ella*. Eso solo podía significar una cosa, y el pensamiento lo llena de absoluto pavor.

3.

Alemania Oriental, 30 de julio de 1966

Los primeros rayos de luz asomaban por el horizonte de la ciudad. Thomas había tenido una noche agitada, con sueños extraños. Ahora, al amanecer, trataba de aferrarse a ellos, sin querer soltarlos, cualquier cosa menos enfrentar el día que tenía por delante. Entró tambaleándose a la cocina, donde encontró a su padre y a su abuelo Julius ya despiertos, cada uno con una taza de té. Su abuelo le preguntó por qué estaba despierto tan temprano; su padre no lo hizo; él sabía por qué. Pero no podían decírselo; cuanto menos supiera, mejor, porque seguramente lo interrogarían después, exigiéndole que les contara todo lo que sabía. Y él no sabía nada, de hecho, en este momento, ni siquiera sabía que no sabía nada. Su padre parecía demacrado; había envejecido de la noche a la mañana. Thomas intentó concentrarse en dónde podrían estar a esta hora mañana; cuando el día que tenían por delante ya estuviera detrás de ellos, ya fuera parte de su historia. Pero no podía; parecía demasiado lejano.

Paul y Thomas habían regresado a la capital hacía solo un par de días. En ese tiempo, Thomas no había hecho nada excepto mirar la ciudad y todos sus ángulos y formas, y hablar con su abuelo, el padre de su madre. Paul, mientras tanto, había salido bajo la lluvia ambas noches durante horas. Al final del segundo día, la noche anterior, regresó y simplemente dijo: —Todo listo. Nos vamos mañana.

Las palabras golpearon a Thomas como un martillo. Lo había estado esperando, pero eso no redujo el impacto.

Su padre no dijo nada más. Thomas no sabía a qué hora, qué debía empacar ni nada. Supuso que no necesitaba saberlo; su padre se lo haría saber cuando fuera el momento adecuado. Todo lo que sabía, todo lo que podía sentir, era el peso plomizo de su corazón.

La espera resultó ser la peor parte. El silencio del apartamento de su abuelo, el tictac del reloj, el latido de su corazón, el ronroneo del gato. El abuelo salió a hacer la compra; Paul leía un periódico viejo mientras Thomas miraba la ciudad, incapaz de concentrarse, de pensar en nada. Envidiaba a la gente en las calles, en los bloques de apartamentos distantes, en sus coches y en los tranvías, personas viviendo un día normal, sin la carga de esta piedra de profunda inquietud que se había asentado en la boca de su estómago. Se pellizcaba las cutículas mientras un músculo se contraía involuntariamente en la comisura de su ojo izquierdo. ¿Cuánto tiempo más? Su abuelo regresó. Intentó comer, como le instaba su padre, pero no pudo. Todo lo que quería era volver a la cama, esconderse y perderse en sus sueños.

Poco después de las tres de la tarde, Paul declaró que era hora. Se despidieron del abuelo con un beso y Paul le dijo que volvían al campo pero que no necesitaban sus cosas; que pasaría pronto a recogerlas. Todo lo que llevaban eran sus documentos de identidad y una pequeña cantidad de

dinero en efectivo. A Paul no parecía importarle mucho, pero Thomas odiaba la idea de marcharse sin nada excepto la ropa que llevaban puesta. Pero sí sacó la fotografía de la familia de su marco, la besó una última vez y la deslizó en el bolsillo interior de su chaqueta.

Así, sin el peso del equipaje, Thomas y su padre se sentaron en la línea U2 del U-Bahn mientras retumbaba por las afueras del norte de la ciudad. Al principio, en el punto donde subieron, el vagón estaba lleno, pero ahora, quince minutos después, solo quedaban una pareja joven al final y Thomas y su padre. Nadie más. Eran casi las cuatro cuando se acercaban a la estación de Pankow al final de la línea. —Son casi las tres ahora en Inglaterra —dijo Paul.

—¿Y qué?

—Es el mejor momento para hacer esto.

—¿Por qué?

—La final de la Copa del Mundo comienza a las tres en Londres, Alemania Occidental contra Inglaterra.

Thomas no tenía idea. —¿A quién se supone que debemos apoyar? —preguntó.

—Bah, se supone que debemos apoyar a Inglaterra, pero en el fondo todos apoyarán a nuestros primos alemanes. De todos modos, lo principal es que los guardias estarán pegados a sus pequeños transistores y ni siquiera nos notarán. Ya llegamos.

Paul tomó la delantera. Las calles estaban casi vacías. Unos pocos Trabants pasaban lentamente, algunas mujeres regresaban del mercado, un hombre pasó en bicicleta con un perrito en una cesta atada al manillar.

—Al menos ha dejado de llover. Deja de mirar todo a tu alrededor, Thomas. Llamarás la atención.

—Me siento mal, papá.

—Lo sé, hijo. Escucha, en una hora, podríamos estar con tu madre. Aférrate a eso.

—¿Adónde vamos?

—Al cementerio.

Thomas siguió a su padre, poniendo un pie delante del otro, sintiendo todo el tiempo como si caminara con los zapatos de otra persona, como si él mismo flotara lejos, muy lejos de este lugar, de este momento. Paul forzó la puerta del cementerio; se abrió con un chirrido anunciador. Entraron al cementerio, avanzando por la avenida principal entre las docenas de lápidas que se erguían en ángulos inclinados. Un viento inesperadamente frío soplaba entre las piedras. Thomas

siguió a su padre cuando giró a la izquierda por una avenida más estrecha. —Aquí es donde enterraron a Hans Litten —dijo Paul—. El abogado que obligó a Hitler a comparecer como testigo a principios de los años treinta. Fue un hombre muy valiente, Thomas.

—Sí.

Paul no dijo más, no tenía necesidad; Thomas captó el mensaje: ahora era su turno de ser valiente.

Thomas podía ver el muro y parecía tan alto. No tenía las tuberías en la parte superior como en el centro de Berlín, lo cual era algo. Más lejos, una torre de vigilancia se alzaba imponente, sus ventanas reflejando el sol. La vista le hizo temblar. Había una casa al otro lado, su piso superior y su techo claramente visibles por encima del Muro, una casa en Berlín Occidental, en Alemania Occidental, la tierra, a solo unos metros de distancia, donde los hombres podían vivir libres.

Su padre le apretó la mano. —El partido ya habrá comenzado. La libertad está a solo unos pasos, Thomas.

—Pero cómo...

—Calla. Ahora, quédate aquí y haz una reverencia ante la tumba de Litten. No te muevas ni me busques hasta que me oigas silbar, entonces ven hacia mí a paso tranquilo, Thomas. No corras. ¿Lo has entendido?

—Sí, papá.

Papá . Lo había llamado "papá". No lo llamaba así desde que era un niño pequeño.

En una hora, podríamos estar con tu madre . Se aferraba a eso, tal como su padre le había dicho, y sí, estaba funcionando: le daba fuerzas de alguna manera, la idea de verla de nuevo después de todo este tiempo, de escuchar su voz, de respirar su aroma.

Ahora temblaba, le castañeteaban los dientes, mientras miraba la tumba de Litten. Fallecido el 5 de febrero de 1938. Sabía lo que les esperaba: un muro de tres metros de altura, una carrera de ochenta metros o más a través de lo que la gente llamaba la franja de la muerte, con una hilera de obstáculos entrecruzados en el medio, luego un segundo muro, igual de alto. Y todo bajo la mirada de la torre de vigilancia a unos doscientos metros de distancia, quizás menos. Thomas solo esperaba que su padre tuviera razón y que el fútbol mantuviera distraídos a los guardias. Al menos aquí, tan lejos, no era tan intimidante como en el centro de la ciudad. Pero aun así.

Junto a la tumba de Litten, había una con un nombre familiar: Schilling. ¿Schilling? Ese era el apellido de su abuela antes de casarse con el abuelo von Donnersmarck. Clara Schilling. El aire a su alrededor se enfrió. Su madre había sido una von Donnersmarck antes de casarse con su padre, Paul Schwarz. Schilling. Era un apellido bastante común. Tendría que preguntarle a su padre. Thomas se estremeció.

Las nubes se abrieron, revelando un cielo tan azul como puede ser. Una bandada de estorninos pasó volando. Tuvo que resistir el impulso de mirar la foto en su bolsillo. *En una hora...* Podía verla, rebotando en esa red de bomberos, siendo guiada fuera, mirándolo desde la ventana de su tía Hilda. Se santiguó como ella lo había hecho ese día. *Libertad, allá voy* . Recordó la expresión en su rostro, suplicándole que saltara, la mano de su padre en su hombro. *Puedes hacerlo, Thomas* . Bueno, el momento había llegado de nuevo, y esta vez... esta vez...

Y entonces lo oyó, el silbido de su padre.

Su padre había colocado una escalera de acero contra el muro interior, con unas pesadas tijeras de alambre en la mano. Thomas caminó hacia él, con el corazón en los pies y la boca seca. Vio un cobertizo junto al muro del cementerio, su puerta abierta, su candado en la hierba. Entendió; su padre, durante las noches anteriores, había escondido la escalera y las tijeras en el cobertizo. Oyó un vítores a lo lejos. Alguien debía haber marcado un gol.

Su padre colocó su bota en el peldaño inferior. Se volvió hacia su hijo pero no dijo nada. *Quiero irme a casa. Todavía no puedo hacer esto*. Pero Thomas guardó silencio; no podía defraudar a su padre, otra vez. Paso a paso, Paul subió la escalera hasta el muro de tres metros. Con un sobresalto, Thomas pudo ver que la escalera apenas era lo suficientemente larga. Tendrían que arrastrarse el último medio metro más o menos. Pero, para empeorar las cosas, el peso de su padre empujaba la escalera hacia el suelo, aún húmedo por la lluvia del día anterior. Su padre estaba ahora en la cima del Muro, tumbado sobre su estómago. Chasqueó los dedos a su hijo. Thomas comenzó a subir. *Tengo que hacer esto, puedo hacerlo*. Pero la escalera seguía hundiéndose más en el suelo. —Vamos, Thomas.

Y entonces llegó. El grito. —¡Alto! ¡Deténganse!

El mundo dejó de girar. Thomas había llegado a la cima de la escalera, sus ojos nublados por el pánico, pero la distancia hasta la cima del muro era demasiado grande. —Papá... —Su padre extendió un brazo. Su mano agarró el brazo de Thomas, intentó subirlo.

—Nos han visto —gritó Thomas.

—Ya lo sé.

—¡Alto!

—Papá...

—Date prisa, por el amor de Dios, Thomas.

—Alto ahí, malditos bastardos.

—Todavía queda demasiado, papá, no podemos...

—¡Alto o disparo!

—Tú puedes, Tommy. Tú puedes...

Un disparo resonó en el aire; un segundo silbó sobre sus cabezas.

Thomas oyó a los guardias corriendo hacia ellos.

Paul sujetaba a Thomas por el brazo, pero Thomas perdió el equilibrio en la escalera. En su pánico, intentando agarrarse, la apartó de una patada. —Vamos, Tommy. Por el amor de Dios.

Un tercer disparo impactó en el Muro a dos metros a su izquierda. Una pequeña nube de polvo de mortero. Mierda, estos ya no eran disparos de advertencia. Thomas gritó. Una ráfaga de disparos, fuego de ametralladora. Un impacto sordo. Un pequeño gruñido. Los dedos de Paul se aflojaron. Thomas cayó, aterrizando pesadamente, torciéndose el tobillo. Su padre se deslizó del Muro, cayendo al otro lado. —¿Papá? ¡Papá! ¡Papá, papá, papááá!

Los guardias, con sus rifles en ristre, estaban casi sobre él ahora. Arrodillado al pie del Muro, levantó las manos. —No disparen, no disparen. Los guardias fronterizos lo agarraron bruscamente, lo pusieron de pie, lo giraron y le retorcieron los brazos a la espalda. —¿Mi padre? ¿Qué le ha pasado a mi padre?

—¿Tu padre traidor? —dijo el primero—. ¿Crees que nos importa una mierda?

—Con suerte, muerto, colega —dijo el segundo, cerrando las esposas de golpe.

—No, no, por favor. Necesito saberlo. Necesito...

La rodilla del hombre se estrelló contra los testículos de Thomas, dejándolo sin aliento. Thomas se inclinó hacia adelante luchando por respirar, casi llorando por el dolor en su entrepierna, con las manos a la espalda. El segundo guardia le propinó una fuerte patada en la mandíbula, haciéndolo girar. Una tercera patada en el estómago lo dejó sin aliento, una cuarta patada, una quinta, y estaba perdiendo el conocimiento. Finalmente se detuvieron. Thomas yacía en el suelo, luchando por respirar, con sangre brotando de su boca, todo su cuerpo temblando. Oyó otro vitoreo proveniente de algún lugar.

—Eso debe ser dos a uno para nosotros —dijo el primer guardia.

Thomas escupió un diente ensangrentado. —Papá, papá, papá...

Cinco años después.

Alemania Oriental, agosto de 1971

Acababan de dar las nueve de la noche a finales de agosto en Boltenhagen, en la costa báltica, el balneario más occidental de Alemania Oriental. Los últimos rescoldos del día se habían desvanecido más allá del horizonte. Thomas había pasado cuatro noches en Boltenhagen, alojándose en un pequeño bed and breakfast y gastando hasta el último céntimo. Ya no le quedaba nada, ni empleo, ni ayuda del estado, nada. Durante esas cuatro noches, había salido a la playa y observado. Sabía que una vez por hora, en punto, los guardias fronterizos apagaban su reflector durante unos cinco minutos, probablemente para dejarlo enfriar. Se acercaban las nueve en punto. Una iglesia cercana daría la hora. Escondido detrás de una roca en la playa, se quitó la ropa, quedándose en bañador. Se puso las aletas y se colocó el gorro de natación, y luego esperó, observando el reflector mientras barría el agua, la playa y el camino adyacente, haciendo que cualquier cosa bajo su haz brillara como si fuera de día.

Al llegar por primera vez a la costa, Thomas entró en una farmacia y compró un bote de vaselina. Mientras la dependienta le atendía, Thomas dijo con indiferencia: —Ah, que sean dos botes, por favor. Es sorprendentemente difícil tratar de encontrar quince farmacias diferentes. Tuvo que tomar un autobús a los pueblos vecinos y volver a las farmacias anteriores, esperando que le atendiera alguien diferente. Y cada vez decía: —Ah, que sean dos botes, por favor. Ahora, estaba de pie en la playa, su cuerpo untado con treinta botes de vaselina. Sabía que la necesitaría si quería sobrevivir en el agua a dieciocho grados Celsius durante hasta seis horas.

Más temprano esa noche, había salido a comer a un restaurante local, devorando no uno sino dos pollos fritos y toda la cantidad de arroz y agua que pudo tragar. No estaba mal, pensó, para una última cena. Ciertamente impresionó a su camarera.

El reloj de la iglesia dio las nueve. En cualquier momento. Efectivamente, el reflector se apagó; dando al mundo la apariencia de una oscuridad total, tal era la brusquedad del paso de la luz artificial a la oscuridad, cuando, en realidad, aún quedaba un atisbo del crepúsculo veraniego.

Era el momento. A la tercera va la vencida. Y esta vez, quería hacerlo; esta vez estaba preparado. Entró en el agua, se adentró vadeando, sin sentir el frío, y se deslizó, entregándose al abrazo acuático del mar. Nadó rápidamente mar adentro. A veinticinco kilómetros al oeste de Boltenhagen se encontraba la Bahía de Lübeck, parte de Alemania Occidental, y allí yacía la libertad. Llegaría sin nada. Ni siquiera la fotografía de su madre y su padre que había guardado todos estos años. Se la había llevado a la pensión y la noche anterior la había mirado fijamente durante lo que pareció horas. Conocía cada centímetro de ella, la sonrisa en el rostro de su madre, sus mejillas con hoyuelos, la ceja levantada de su padre, el pequeño niño en el medio sonriendo a la cámara. Una instantánea de felicidad, de absoluta inocencia y deleite. ¿Cómo podían haber salido las cosas tan mal? Finalmente, con un dolor en el estómago, Thomas tomó

una cerilla y encendió la esquina de la foto. La pequeña llama se apoderó, el papel brillante se burbujeó. Observó cómo las imágenes de su madre, su padre y su yo más joven se difuminaban, burbujeaban y se disolvían en fragmentos de papel ennegrecidos. La última fotografía ya no existía.

El reflector volvió a encenderse. Ahora, esto, lo sabía, era la parte más peligrosa. Tenía que nadar bajo el agua hasta estar seguro de estar fuera del alcance de la luz. Tomando una gran bocanada de aire, se sumergió bajo las olas. Intentó imaginarse como aquel colegial, animado por sus amigos y ganando el concurso de aguantar la respiración. Tenía quince años entonces, ahora tenía veinte. Solo cinco años. No hacía tanto tiempo, pero parecía toda una vida.

Aguantó, aguantó, hasta que pensó que sus pulmones estallarían. Sacó la cabeza del agua justo detrás del barrido del haz y tomó un bocado de aire. Cuando necesitó hacerlo de nuevo, ya había nadado más allá del alcance del reflector. Sí, había completado la primera parte, el pensamiento le dio un nuevo ímpetu y siguió adelante a través de las olas, su mente dando vueltas con optimismo.

Sabía que mientras siguiera nadando hacia el oeste, estaría bien. Conocía las estrellas lo suficientemente bien como para saber qué dirección era el oeste. Todo lo que tenía que hacer ahora era mantener un ojo en las estrellas, seguir adelante y mantener el ritmo. La libertad lo llamaba.

Mantuvo sus ojos en las estrellas pero se estaba cansando. Llevaba en el agua unas tres, cuatro, quizás cinco horas. El tiempo había perdido significado. Pero tenía que seguir, seguir. Vio algo flotando más adelante. Al acercarse, se dio cuenta de que era una boya. La alcanzó y la agarró con ambas manos, feliz de detenerse un momento, de recuperar el aliento. Quizás, pensó, se detendría aquí por un rato, esperaría hasta la mañana y a que el sol lo calentara, y luego seguiría. Se subió a la boya y se sentó, con las piernas cruzadas para mantenerlas fuera del agua fría. Estaría a tres cuartos del camino ahora, estaba seguro de ello.

Se quitó las aletas y el gorro de natación y miró hacia el mar que se desvanecía en el oscuro horizonte y escuchó el chapoteo de las olas, el agua golpeando la boya. El agua siempre había sido su amiga cuando era niño, su salvadora, ahora lo era de nuevo. A menudo, viviendo en el pueblo y nadando en el lago, había experimentado el silencio, pero nada como esto. Este era un silencio total, inquietante. Sintiendo un repentino impulso de hacer ruido, Thomas gritó. —No lo suficientemente fuerte —dijo en voz alta. Así que gritó de nuevo, tan fuerte como pudo, gritando en la noche. Un momento alegre y liberador. No había alzado la voz desde aquel día en que gritó por su padre. Nadie grita de alegría en el paraíso de los trabajadores de la República Democrática Alemana. Nadie.

Su padre fue llevado al hospital de Pankow donde, dos días después, murió a causa de sus heridas de bala. La Stasi obligó a Thomas a firmar una declaración, que lo obligaba a no hablar con nadie sobre la muerte de su padre. La Stasi le dio el certificado de defunción de su padre y cremó a Paul. A Thomas no se le permitió asistir a la ceremonia porque para entonces estaba

comenzando una condena de cuatro años, que cumplió, día por día, en la prisión de Hohenschönhausen en Berlín Oriental.

Al ser liberado en 1970, Thomas tuvo dificultades para encontrar trabajo. La Stasi se había asegurado de ello. Se quedó con su abuelo hasta su muerte en 1969. La Stasi lo sacó y lo colocó en un albergue. Y fue entonces cuando decidió que no tenía otra opción más que intentarlo de nuevo. Pero primero, reunió el coraje y pidió ver a la Stasi.

El sargento calvo de la Stasi se sentó detrás de un escritorio y encendió un cigarrillo. Tenía frente a él tres archivos, los nombres claramente mecanografiados en mayúsculas en cada portada: PAUL SCHWARZ, MARION SCHWARZ y THOMAS SCHWARZ.

—¿Y bien?

—Señor, me gustaría visitar la tumba de mi padre.

—¿La qué? —El sargento estalló en carcajadas, una risa horrible digna de un villano—. ¿Estás bromeando, verdad? Los traidores no tienen tumbas. Sus cenizas habrán sido arrojadas por el inodoro.

Thomas se aferró a los costados de su silla.

Casi un año después, Thomas recibió un aviso de dos semanas de que sería reclutado en el Ejército Popular Nacional por un período de dieciocho meses. De ninguna manera iba a servir al régimen que había alejado a su madre y asesinado a su padre. Y fue entonces cuando supo que tenía que irse sin demora. Compró un billete de tren a Boltenhagen. Un billete de ida solo habría levantado sospechas, así que compró uno de ida y vuelta sabiendo que la única forma en que volvería a Berlín sería en una caja.

Thomas se despertó sobresaltado y se estremeció. Parpadeó. El amanecer estaba rompiendo y un barco se dirigía hacia él, un enorme contorno negro de un barco que se cernía ante él. ¿Y si era de Alemania Oriental? Tenía que ponerse las aletas de nuevo. Sin ellas, podría no lograrlo. Pero en su pánico, con los dedos hinchados por el frío, no podía manipular las malditas cosas.

Una voz lo llamó en la oscuridad.

—¡Eh, tú! ¿Estás bien ahí?

Thomas temblaba demasiado para responder. Y fue entonces cuando lo vio, la bandera colgando flácidamente en la popa del barco, el negro, rojo y amarillo. Pero, ¿era un barco de Alemania Oriental o de Alemania Occidental? ¿Tenía la bandera el escudo de armas de Alemania Oriental en el centro? Forzó la vista, tratando de ver a través de la niebla matutina. No podía ver. Pensó en volver a sumergirse en el agua, pero sabía que sin sus aletas no llegaría lejos. Una brisa repentina se levantó, la bandera ondeó, desplegándose momentáneamente. No, no tenía el temido

escudo de armas; ¡maldita sea, no lo tenía! Eran simplemente los tres colores verticales, ¡la bandera de la República Federal de Alemania, Alemania Occidental!

5.

Berlín Occidental, octubre de 1971

Thomas revisó el trozo de papel por centésima vez y, asomándose bajo su paraguas, miró hacia el bloque de apartamentos. Comprobó la lista de nombres junto a la entrada principal. Sí, era esto, esta era la dirección correcta. A diez minutos a pie del U-Bahn. Estaba a punto de pulsar el timbre, pero se detuvo, con el dedo suspendido sobre el botón. No, pensó, aún no, tenía que componerse. Había esperado este momento durante diez años, otros diez minutos no harían ninguna diferencia. La lluvia había cesado. Cruzó la calle hacia un parque y, en el centro, un quiosco de música donde se refugió. Se sentó en el banco húmedo y respiró profundamente. Alguien había dejado un balón de fútbol dentro del quiosco y en el suelo, una copia húmeda de *Die Welt*, cuya portada cubría la guerra de Vietnam y la muerte de Gene Vincent.

Así que, este domingo por la mañana, Thomas Schwarz estaba de vuelta en Berlín después de todo, y no en una caja. Pero eso estaba bien, porque este maravilloso lugar bajo la lluvia de octubre era *Berlín Occidental*.

El barco pesquero lo había recogido a solo cinco kilómetros de la Bahía de Lübeck. Había nadado veinte kilómetros. La tripulación se amontonó a su alrededor, intrigada por este hombre que podía nadar como un pez. Lo envolvieron con una manta y le dieron enormes cantidades de espaguetis a la boloñesa que Thomas devoró. El barco lo llevó al puerto de Travemünde y Thomas bajó del barco al muelle y tuvo que agarrarse a un miembro de la tripulación.

—¿Qué te pasa? —preguntó el hombre.

Thomas luchó por formar las palabras.

—Esto... esto es libertad, ¿verdad?

El hombre se rio.

—Sí lo es, amigo mío —le dio una palmada en la espalda—. ¡Bienvenido a la libertad!

Las autoridades de Alemania Occidental lo trataron como un ser humano. Todavía no se había acostumbrado realmente a esa sensación. Acogieron a un hombre que no poseía nada más que un bañador y en un mes lo habían instalado en Hannover, a doscientos ochenta kilómetros al oeste de Berlín. Los periódicos llamaron a su puerta, intrigados por su escape. El *Bild* ofrecía 10.000

marcos alemanes por su historia, una fortuna absoluta para un hombre que nunca había tenido nada. La entrevista se realizaría a su regreso a Hannover. Le dieron un trabajo en una fábrica de zapatos. Aunque estaba agradecido, inmediatamente solicitó un puesto como instructor de natación y, dadas sus hazañas acuáticas, lo contrataron.

Un grupo de cinco chicos se acercó corriendo al quiosco de música. Uno de ellos saludó rápidamente y tomó el balón de fútbol, pateándolo hacia sus amigos en el parque.

—Oye —dijo Thomas—. ¿Quién era Gene Vincent?

El chico lo miró de reojo.

—Rock and roll. Como The Beatles.

—Ah sí, por supuesto.

Thomas los observó un rato mientras pateaban el balón entre ellos antes de recogerlo y salir corriendo con él. Al menos había oído hablar de The Beatles.

Desde Hannover esa mañana, Thomas había tomado un vuelo temprano a Berlín Occidental. Desde el aeropuerto, se había dirigido hasta aquí, esta calle justo en el centro de la mitad occidental de la ciudad, lo suficientemente lejos del Muro como para no tener que verlo. Había sido un corto viaje a Berlín Occidental, pero le había llevado una década completarlo.

Miró su reloj. Las once en punto. Era hora.

Se dirigió de vuelta al bloque de apartamentos. Un atisbo de sol se asomaba entre las nubes de octubre. Una madre con un pañuelo en la cabeza y un niño pequeño estaban saliendo justo cuando él se acercaba. Ella le sostuvo la puerta abierta. Él corrió hacia ella y le dio las gracias.

Tomó el ascensor hasta el tercer piso, por el pasillo hasta el apartamento número treinta y uno.

Hizo una pausa, contuvo la respiración y cerró los ojos. Diez años, dos meses. 3.711 días.

Llamó. Una mujer respondió, falda roja estampada con flores naranjas, blusa amarillo pálido. Su madre.

Abrió la boca para decir hola, pero la palabra murió en sus labios. Se quedó de pie, paralizada, mirándolo, sin comprender. Luego, la realización pareció golpearla. Sin decir una palabra, dio un paso hacia él, con los brazos extendidos. Él la atrapó y tuvo que sostenerla mientras las lágrimas explotaban de ella.

La madre de Thomas revoloteaba por el apartamento, incapaz de contenerse. Thomas entró lentamente, preparándose para ver el mundo de su madre. El olor a carne cocinándose flotaba en el aire. Encontró a un hombre y dos niños pequeños. El hombre, bajo, con gafas redondas, se adelantó, ofreciendo su mano.

—Dieter —dijo—. Encantado de conocerte, Thomas.

Los niños, de unos cinco y siete años, estaban haciendo aviones de papel.

—Oh, Thomas, mi querido niño. —Su madre lo abrazó de nuevo, plantando varios besos húmedos en su mejilla—. Apenas has cambiado, pensó. Los diez años habían sido amables con ella. Fuera lo que fuera que le pasaba, obviamente había pasado—. He esperado este día durante tanto tiempo. Oh, Thomas, Thomas. Te ves tan bien, tan... tan grande.

Thomas observó la sala de estar: la alfombra anaranjada-marrón, la mesa de cristal con un ramo de flores secas, los muebles de plástico, los colores brillantes, el televisor, el papel tapiz chillón de forma octogonal, el olor a frescura artificial.

—¿No se ve bien, Dieter? Niños, saluden a Thomas. —Apretó su bíceps izquierdo—. Vaya, ¿estos son realmente tus músculos, Tommy? ¿Estás bien, mi amor? No has dicho una palabra. ¿Es demasiado para ti?

—No. Sí. Lo siento.

—No seas tonto. Toma, dame tu abrigo. No puedo creer que estés aquí, realmente aquí, mi apuesto soldado. Déjame prepararte un café, y luego nos sentaremos a hablar. Tenemos diez años que recuperar, ¿verdad? Necesitas conocer a tu familia. ¿Te gustaría eso? Dieter, sé un amor y échame una mano.

Thomas asintió, pero en realidad no estaba seguro. Las palmas de sus manos se humedecieron. Ya quería irse, dejarla con su nueva familia. Se sentó, posado en el borde de un sillón de plástico con ruedas y miró a los dos chicos doblando sus hojas de papel, haciendo más aviones de papel. Le sonrieron a medias, avergonzados por su presencia.

Podía ver un poco de sí mismo en ellos. Intentó tragar su decepción. El chico mayor habría nacido antes de la muerte de su padre. ¿Cómo sabía ella que Paul no volvería? ¿Cómo pudo casarse con este hombre y tener hijos mientras su esposo, su *verdadero* esposo, y él seguían vivos, a solo unos kilómetros al otro lado del Muro? ¿Realmente los había descartado tan fácilmente, tan rápido? Siempre se había imaginado que ella lo esperaba, que lo añoraba, como él la añoraba a ella. Pero no, en su lugar tenía una nueva familia, dos chicos a los que prodigar su amor, mientras él, Thomas, se estancaba en el este y lentamente se deslizaba de su memoria, relegado a su pasado. ¿Había significado tan poco para ella, después de todo este tiempo?

La silla de plástico chilló cuando se levantó. Los chicos lo miraron desconcertados mientras tomaba su abrigo y paraguas del perchero y se deslizaba fuera del apartamento, cerrando la puerta silenciosamente tras él.

Se quedó de pie en la calle, con la respiración agitada. Diez años de anhelo, de esperanza, de deseo, y se habían esfumado en un instante. Cerró los ojos con fuerza, decidido a no llorar, no aquí, no ahora, al menos no en la calle con gente pasando.

Caminó. Hacia dónde exactamente, no lo sabía, solo vagamente en la dirección de la que había venido. Simplemente tenía que apartar la imagen del apartamento, del hombre y esos chicos. La lluvia había cesado, dejando la ciudad cubierta bajo un cielo gris plomizo.

Había imaginado este momento, este reencuentro, durante tanto tiempo. Lo había soñado, inventando numerosos escenarios de una feliz reunión. A menudo, era lo único que lo mantenía en pie durante esos largos años de oscuridad y soledad. Nunca, ni por un momento, consideró que ella simplemente empezaría de nuevo, nunca por un momento pensó que podría ser reemplazado tan fácilmente. Habría corrido, pero apenas podía poner un pie delante del otro, era como si su fuerza vital se estuviera drenando. Tenía que caminar, escapar. Toda su vida había querido escapar. Nada había cambiado después de todo. Era como un bumerán. Había llegado al punto más lejano y, habiendo llegado allí, estaba regresando rápidamente de él.

Se encontró en Kurfürstendamm; vio los parterres en el medio separando los carriles de tráfico. Aún no se había acostumbrado al ajetreo y bullicio de la vida callejera en el Oeste, las multitudes, las tiendas, los coches, los autobuses. Y tanto ruido. No era así en casa. *Casa*. La palabra lo golpeó, lo detuvo abruptamente. *Casa*. Y ese era el problema. ¿Dónde estaba *casa*? Casa era un pequeño apartamento al este del Muro en el que vivía con su madre y su padre. Un hogar impregnado de amor. Había venido todo este camino, luchado durante tanto tiempo, ¿y para qué? Un vacío profundo en su estómago, una sensación continua de anhelo, de búsqueda. La búsqueda que debería haber terminado hoy, ahora, en ese apartamento.

Recorrió toda la longitud de Kurfürstendamm, ciego a lo que lo rodeaba, sordo a cada sonido. Pasó junto a una iglesia, la Iglesia Memorial Kaiser Wilhelm, vio a mucha gente saliendo de ella, vestida con sus mejores galas dominicales. Había oído hablar de Jesús, al igual que había oído hablar de Los Beatles, pero no pensaba que la gente realmente le prestara atención. Un autobús se detuvo afuera, una horda de turistas japoneses descendió, charlando emocionados. Se detuvo frente a ella y el impulso de entrar tiró de él. Nunca había estado en una iglesia antes. Tal vez le daría la respuesta a lo que aún estaba buscando. Una joven vestida con un vestido morado, llevando una diadema, le llamó la atención. Ella le sonrió. Vio a través de su amabilidad. Thomas aceleró el paso y se alejó.

¿Acaso no pensaba en su padre, en cómo había intentado llegar a ella? ¿Y dónde estaba él ahora? Ni siquiera una piedra o una simple placa para marcar el hecho de que una vez existió en este mundo. *Los traidores no tienen tumbas. Sus cenizas habrían sido arrojadas por el inodoro*.

Se sentó en un banco y se preguntó cómo diablos iba a regresar al aeropuerto. Vio a un hombre en el banco de al lado leyendo un periódico, un hombre con patillas largas que se parecía un poco a su padre. Se le revolvió el estómago. —Lo siento, papá —susurró, con la cabeza gacha—. Lo siento.

Echó un vistazo a todos los coches, autobuses y camiones que pasaban zumbando. Se le ocurrió la idea. ¿Por qué no?, pensó. ¿Por qué no? No tenía nada, nada de valor, ni amigos, ni familia, nadie. Ya ni siquiera tenía la foto, la última fotografía. La libertad era una experiencia devastadoramente solitaria y ya no quería vivirla más. Se levantó y se acercó al borde de la acera. El asfalto retumbaba con el rugido de un camión articulado que se aproximaba. Podía ver sus enormes espejos retrovisores, el parachoques plateado como dientes, con *Pepsi* grabado en su costado. —Puedo hacerlo —dijo en voz alta, haciendo eco a la frase de su padre—. Puedo hacerlo. Sería tan fácil, mucho más fácil que todas las cosas que había tenido que soportar hasta ahora. Terminaría en un segundo. La libertad lo llamaba. La *verdadera* libertad, no este falso amanecer. Y esta vez, no la defraudaría. El rugido del camión se intensificó. Contuvo la respiración, se tensó. Podía hacerlo.

7.

Negro, nada más que negro.

Al principio, no había nada, simplemente un vacío tan profundo que era inimaginable. Pero poco a poco, como si estuviera bajo el agua, Thomas pudo oír voces distantes. Aguzó el oído, intentando distinguir las palabras, pero no, los sonidos eran demasiado amortiguados, demasiado indistintos. Sin embargo, después de un rato, pudo reconocer vagamente la voz de su madre. Oía varios pitidos y timbres. Intentó moverse, levantar un brazo, pero incluso eso estaba más allá de sus posibilidades; su cuerpo se sentía terriblemente pesado. Finalmente logró abrir los ojos, pero una luz blanca cegadora lo hizo parpadear y cerrar los párpados de golpe. Se dio cuenta de que estaba en un hospital. Tragó saliva y por el bulto en la garganta, supo que le habían puesto un tubo. Su madre debía de estar hablando con un médico o una enfermera. Le latía la cabeza. Las imágenes volvieron a él, borrosas al principio, solo mucha gente pasando en rápida sucesión, personas sin rostro con la cabeza gacha, apresurándose, apresurándose. El ruido de Kurfürstendamm, la iglesia, la chica de morado. Ella le tiende la mano, intenta hacerle señas. El camión. Puede oír el profundo rugido del camión, acercándose rápidamente, con *Pepsi* grabado en su costado. Saliendo a la carretera, el chirrido de los frenos, el sonido ensordecedor de la bocina. El destello plateado. Gritos. La sensación de volar. El dolor abrasador. El profundo pozo de la nada.

Sintió que le aplicaban algo, que le envolvían el brazo superior, la presión de ello apretándose. Intentó abrir los ojos de nuevo, pero otra vez el esfuerzo lo venció. La presión en su brazo se aflojó.

Sentía como si pudiera dormir durante mil años. Podía sentirse cayendo como a través de una trampilla, cayendo cada vez más profundo en el abismo de su subconsciente, una oscuridad como nunca antes había experimentado. Y un silencio, tan profundo, que era como si estuviera al final del tiempo. Esperaba estar asustado, pero el miedo no tenía cabida aquí. No había dolor, ni arrepentimiento. Si esto era la muerte, entonces la acogía con gusto.

8.

El olor a limpieza antiséptica. La primera persona que Thomas vio fue una enfermera negra, con la mano en su muñeca, mirando su reloj al revés. Estaba en una habitación para él solo, paredes color mostaza, una tarjeta en la mesita de noche, un libro de bolsillo de *El lobo estepario*, una ventana tan alta que no podía ver nada más que las nubes grises arremolinadas, pero abierta para que pudiera oír la vida en la calle, el tráfico y los tranvías, una ciudad viva y respirando debajo de él. La puerta también estaba abierta, y Thomas vio pasar a un hombre con bata blanca, empujando a un anciano en silla de ruedas, otro empujando un carrito con una rueda torcida. La enfermera lo miró y vio que Thomas tenía los ojos abiertos. —Vaya, así que estás despierto. — Una segunda enfermera más atrás lo oyó y se fue corriendo.

Abrió la boca para hablar pero descubrió que no podía.

—Bienvenido de vuelta... —Echó un vistazo a la pared sobre su cabeza—. Thomas Schwarz. Toma, bebe un poco de agua. —Le pasó un vaso. Lo bebió de un trago y sus entrañas burbujearon con la sensación del agua fría y fresca.

—¿No es eso mejor? Ah, el médico está aquí para verte. Sé un buen chico para él, ¿me oyes?

El médico entró apresuradamente, con la segunda enfermera un paso detrás de él.

—Enfermera, pida a un ordenanza que traiga a su madre. Creo que está en la cafetería.

—No —dijo Thomas—. No quiero...

El doctor no lo escuchó. Nadie lo escuchó. Intentó hablar de nuevo, pero la enfermera negra le colocó un termómetro bajo la lengua mientras el doctor, oliendo a una costosa loción para después del afeitado, lo examinaba, revisaba las máquinas y le hablaba constantemente como si Thomas no estuviera allí. El hombre, con su intenso bronceado y cabello peinado hacia atrás, hablaba alto y rápido, emanando un sentido de urgencia como si fuera electricidad; sus manos, sorprendentemente suaves, tocaban y palpaban varias partes de la anatomía de Thomas. Todo su cuerpo se sentía como si estuviera cargado de pesas, pero por fin se sentía arropado y seguro. Si tan solo no tuviera que ver a su madre; no quería, no quería que ella lo obligara a "conocer a su

familia", su nuevo marido y sus nuevos hijos y su nueva vida, la vida que había construido con tanto éxito sin él, sin su padre.

Al levantar la manta, vio el yeso en la mitad inferior de su pierna izquierda, que le habían cortado la mitad inferior del pantalón del pijama, los dedos de su mano izquierda vendados juntos. —No te preocupes —dijo el doctor con un guiño—. Nada que no se pueda arreglar. Finalmente, el doctor dio un paso atrás y sonrió, revelando una dentadura imposiblemente blanca. —Creo que podemos decir con seguridad que vivirás. —Garabateó algo en un papel sujeto a un portapapeles y luego, con una breve despedida, salió de la habitación.

Escuchó vagamente el clic-clac de zapatos en el pasillo exterior, zapatos de mujer. No les prestó atención hasta que se acercaron, más fuertes, ralentizándose con cada paso. Y entonces entraron en la habitación de Thomas. La enfermera se disculpó. —Los dejaré solos para que se saluden —dijo en voz baja, cerrando la puerta tras ella.

Mirando desde su cama, Thomas vio los zapatos, un par de zapatos de caimán. Lentamente, levantó la mirada, observó la falda roja estampada con flores naranjas, la blusa amarillo pálido.

—¿Thomas? —dijo ella, su voz entrecortada por la angustia.

Se obligó a mirarla. —¿Mamá?

—Entiendo por qué te escapaste. De verdad que sí. —Suavemente, extendió la mano para tomar la suya.

Fingió no darse cuenta, apartó su mano y la colocó debajo de su mano vendada. Giró la cabeza lejos de ella y miró por la ventana, a las nubes cambiantes. Podía oír el rugido del camión de nuevo, acercándose rápidamente. Intentó ignorarla, intentó prepararse. El camión pasó zumbando, la palabra Pepsi destellando al pasar. Gritó en su cabeza. ¡Mierda! Dios, ni siquiera podía hacer esto bien.

—¿Thomas? Por favor, no me alejes, por favor, Thomas, vuelve a mí. —Habló como si su voz estuviera hecha de cristal astillado—. He vivido sin ti durante diez años, hijo mío. No puedo vivir sin ti ni un segundo más... Por favor, Thomas.

—No, ya no tiene sentido. —En su cabeza, le estaba gritando, pero en realidad salió poco más que un susurro—. Tú... tú tienes tu propia familia ahora, tu nueva familia...

Sus ojos se estrecharon por un momento. —¿Te refieres a Dieter? ¿Los chicos? —Exhaló como si fuera un alivio—. Oh, Thomas, pensaste... Oh, Thomas, no, no. Oh, mi precioso niño, no...

Su madre colocó su dedo contra su mejilla, girando suavemente su cabeza y obligándolo a mirarla. —Thomas —lloró—. Thomas, esos chicos no son mis hijos; son mis sobrinos. Dieter es mi cuñado, el marido de tu tía Hilda.

Todo su cuerpo se desplomó. —¿Qué? ¿Quieres decir...?

—¡Sí! Oh, tontorrón. Tú eres mi hijo, mi único hijo, el único hijo que he necesitado jamás.

No quería llorar, estaba decidido a no hacerlo, pero mirando a su madre, viendo el amor en sus ojos vidriosos era demasiado; no pudo evitarlo. Y ahora que había empezado, no podía parar. Diez años de lágrimas, de vivir en el limbo, lo golpearon como una bola de demolición.

—Lo siento, mamá. Oh Dios, pensé... Lo siento...

—Tuve un hermano una vez. Robert. Me recuerdas tanto a él, Thomas. Un día te contaré todo sobre él. Lo vi morir, con solo dieciséis años. Asesinado por los nazis por intentar salvar a la gente. Fue como el último acto de la guerra. Perdí a mi hermano, no voy a perderte a ti, mi querido, querido niño. —Se inclinó, extendiendo sus brazos hacia él—. Thomas, oh, Thomas, mi apuesto soldadito, ven aquí, solo... ven aquí.

9.

Después de recibir el alta del hospital, Thomas pasó una semana con su madre en su apartamento. Hablaron, salieron a caminar, ella lo llevó a un restaurante, a cafés y bibliotecas, llevó a su hijo al cine a ver *Dos hombres y un destino* con subtítulos en alemán. Thomas nunca había visto nada parecido, no sabía que la gente pudiera hacer películas así. Escuchó música, desde Shostakovich y Kurt Weill hasta Led Zeppelin y los Rolling Stones, y, por supuesto, The Beatles. Vieron televisión y se rieron con las comedias y vitorearon cuando Alemania Occidental venció a Polonia tres a uno en fútbol, con Gerd Müller anotando dos veces. Thomas oyó, vio y aprendió más en esa semana que en el resto de su vida combinada. Pero lo que más le asombró, más que cualquier otra cosa, fueron las noticias, ya fueran en la televisión, la radio o en los periódicos. Aquí, en Alemania Occidental, no se centraban en cifras de producción, logros deportivos y en lo maravilloso que era su país, sus líderes, el legado de Stalin y la URSS, ni en lo malvado y corrupto que era el Occidente capitalista e imperialista. En su lugar, simplemente ofrecían noticias sobre lo que estaba sucediendo en el mundo. Finalmente entendió lo que estaba pasando en Vietnam y quién era exactamente Gene Vincent. Sí, pensó, esto realmente era libertad.

Su madre era tan hermosa y cariñosa como la recordaba, como había esperado durante tanto tiempo. Ella le contó cómo se adaptó al Occidente, cómo encontró trabajo e hizo amigos y construyó una nueva vida, una vida que tenía esperanza, un futuro, algo más allá de las vidas de aquellos que vivían atrapados detrás de una cortina, un muro. Hablaron de su enfermedad y de cómo se recuperó y cómo ahora apreciaba cada día. Hablaron del padre de Thomas, de cómo él y Marion se conocieron, de su amor mutuo, de lo felices que fueron cuando nació Thomas. Ella le

preguntó a Thomas cómo había muerto Paul y lloró mientras Thomas relataba aquel terrible día, el día de la final de la Copa del Mundo en Inglaterra.

Una noche, Thomas le recordó a su madre que pronto tendría que irse y volver a Hanover. Se había conseguido un nuevo trabajo, le recordó, como instructor de natación; tenía que hacer una entrevista para un periódico. Ella quería que se quedara, que se quedara con ella para siempre y encontrara un trabajo en Berlín. Pero él dijo que no, que vendría a visitarla a menudo, pero que ya tenía veinte años, era hora de dejar el nido. Ella lo entendió.

Esa noche, mientras su madre preparaba la cena, Thomas estaba acostado en su cama, leyendo las primeras páginas de la novela *El lobo estepario*. Vio algo por el rabillo del ojo, algo encima del armario de su habitación que no había notado antes. Extendió la mano y bajó un estuche de violín. Al abrirlo, vio, acurrucado en una cama de terciopelo rojo, el violín más elegante que jamás había visto, con un barniz tan limpio que reflejaba las luces del techo. Y dentro, una etiqueta con una fecha y el nombre Leopold Schilling. Schilling: ese era el apellido de soltera de su abuela.

Lo llevó a la cocina. —¿Siempre has tenido esto? —preguntó.

—Oh, no. —Su madre, que estaba cortando una cebolla, se detuvo—. Mi padre me lo envió justo antes de morir.

—Entonces, ¿quién era Leopold Schilling?

Marion hizo una mueca. —Creo que mi bisabuelo. Mi padre me lo envió porque sabía que yo no tocaba y me dijo que lo vendiera. Lo llamaban el violín dorado.

—¿Dorado? —Thomas miró el violín—. ¿Puedo tocarlo? Hace años que no toco.

Marion dio un paso adelante, extendiendo la mano hacia el violín. —No, no, no puedes, Thomas.

—¿Por qué no?

—Yo... Sé que suena raro, pero... —Se pasó los dedos por el pelo—. Mi padre dijo que estaba maldito de alguna manera.

—¿Maldito? ¿Un violín?

—Por cien años. No sé por qué.

—¿Cien años?

—Desde la fecha en la etiqueta del interior. Por favor, Thomas, sé que es una tontería, pero te lo pido, no lo toques.

—Si tú lo dices.

Ella le puso la mano en la muñeca. —Por favor, Thomas.

—De acuerdo. No lo tocaré.

Antes de apagar la luz esa noche, Thomas volvió a mirar el violín. Pasó sus dedos por cada cuerda. Solía amar tocar el violín. De niño, era su pasatiempo principal hasta el día en que descubrió la natación. Le encantaría tocar este, se notaba que sonaría maravillosamente, pero le había prometido a su madre que no lo haría. También se podía notar que tenía historia; se preguntaba qué habría visto en su vida, dónde habría estado, quién habría sostenido este instrumento, quién lo habría tocado. Imaginaba que cada persona tendría una historia que contar, de dónde habían tocado esta cosa y frente a quién. ¿Habría engalanado las salas de conciertos de Europa o se habría limitado a las salas de estar de familias provincianas por toda Alemania? Volvió a mirar la fecha en el interior, 12 de octubre de 1871. Pero eso era hace cien años exactamente. Su madre había dicho que la maldición, fuera lo que fuera, duraría cien años. Así que eso significaba... ¿había terminado; se había acabado la maldición?

Thomas se quedó dormido pensando en el violín. Le había conmovido por alguna razón, había despertado algo en su interior. Y todavía estaba tratando de entenderlo cuando el sueño se apoderó de él. Se hundió más y más en el sueño y empezó a soñar. E incluso mientras soñaba, sabía que estaba soñando. Lentamente, una melodía se deslizó en su mente, emergiendo de algún lugar lejano, una melodía lenta y cadenciosa tocada por un violín solista, una melodía capaz de romper corazones, una melodía que se extendía cien años en el pasado. Era, simplemente, la pieza musical más inquietante y hermosa que jamás había escuchado. Giraba y se elevaba; se filtraba en su corazón, amenazando con romperlo, dejándolo sin aliento. Nada más importaba; solo esta melodía contaba para algo. Y mientras la música sonaba, varias imágenes se filtraron en su conciencia, los rostros de personas desconocidas, personas que hacía mucho que se habían ido. Un joven de pie en un puente de la ciudad un día de Navidad, temblando, vestido con una camisa blanca, mirando fijamente el feroz río que fluía debajo de él. Una mujer apresurándose por un camino de sirga junto a un canal, chocando con un extraño en la oscuridad, sabiendo que él le haría daño. Un soldado de la Primera Guerra Mundial de pie en el precipicio de una trinchera, con los brazos extendidos, como Cristo en la cruz, sabiendo muy bien que su fin había llegado. Un joven judío con un mechón gris en el pelo, asesinado en un lugar oscuro por haberse atrevido a amar a la hija del nazi, sabiendo que el sacerdote que amaba a su madre nunca lo salvaría. La mujer de mediana edad jadeando por aire, sabiendo que iba a morir por los pecados cometidos como esposa de un Kommandant. Una mujer cuyo hijo murió tratando de desafiar a los nazis, incapaz de lidiar con el dolor interminable, incapaz, reacia, a vivir sin su muchacho. Los rostros se desvanecieron poco a poco, la melodía llegó a su fin, sus notas finales revoloteando. Y en lo profundo de su subconsciente, Thomas supo...

—Ya casi es hora de irse, Thomas. No debes llegar tarde ahora...

—¿Qué hora es, mamá?

—Las ocho y media. Vamos, dormilón. Levántate. Voy a calentar tu avena.

La respiración de Thomas se volvió rápida y profunda, apenas podía recuperar el aliento. Se sentía como si acabara de nadar veinte kilómetros a través del Mar Báltico. Se sentó. Sabía que había tenido el más extraño de los sueños, pero no podía atraparlo; se había ido. Todo. Se dejó caer de nuevo sobre su almohada y cerró los ojos con fuerza, tratando de recordar, tratando de traerlo de vuelta. Vio un atisbo de algo, una pista, pero cuanto más se aferraba a ella, más se desvanecía hasta que también desapareció y no quedó nada.

Oyó a su madre llamándolo para desayunar.

Ya casi era hora de irse; Thomas tenía que tomar un tren, comenzar una nueva vida de libertad en Hannover, una vida que siempre incluiría a su madre.

—¿Tienes todo, cariño?

—Sí. Pero... —Un anhelo lo golpeó, algo que sabía que tenía que hacer—. Espera un momento, mamá.

Corrió de vuelta a su habitación, bajó el estuche del violín de la parte superior del armario y lo abrió. Sostuvo el violín. Sí, la escritura estaba desvanecida. Pero ahora, a la luz del día, podía distinguirla apenas. Sonrió.

Regresó a la sala de estar para encontrar a su madre de pie exactamente donde la había dejado. Ella vio el violín en la mano de su hijo.

—No, Thomas. No lo toques, recuerda lo que te dije.

—Tranquila, mamá. Está bien ahora.

Ella iba a hablar, pero él levantó la mano para silenciarla.

Levantó el violín y lo colocó en el espacio entre su mandíbula y su hombro. Tomó el arco y lo acarició suavemente sobre las cuerdas. Sorprendentemente, aún estaba afinado. Y así, comenzó a tocar sin saber qué quería interpretar. Sin embargo, cuando surgió la melodía, le resultó familiar. No sabía que *podía* tocarla, ni conocía su nombre.

Marion se sentó y lo observó, intentando sonreír, pero con una sonrisa que se tambaleaba hacia una mueca.

Mientras Thomas tocaba la melodía aparentemente surgida del recuerdo de nada más que un sueño, recordó a las personas que aparecieron brevemente en ese sueño. Volvieron a él una por una, y a medida que la melodía subía y bajaba, podía sentir su carga, su sufrimiento, percibir su tristeza. Los cubría a cada uno como una manta invisible; una melancolía profundamente arraigada que emanaba de ellos. Todas estas personas; todas habían tocado el violín, este mismo violín, y, como Cristo, habían sufrido y muerto. Y ahora, podía ver otro rostro, no, dos, una pareja, un hombre y una mujer. Estaban tomados de la mano. Cuando la melodía llegaba a su fin, Thomas supo quiénes eran, quién era *él*, el hombre; todo tenía sentido. El hombre con su pequeño sombrero puntiagudo con una pluma, era él; cien años atrás; *él era* el lutier.

Thomas dejó de tocar, bajó el instrumento, exhausto, agotado.

Durante un tiempo, ninguno dijo una palabra. El eco de la música se desvaneció. Thomas inclinó la cabeza.

Finalmente, con los ojos humedecidos por las lágrimas, Marion habló. —¿Qué era eso? — preguntó en un susurro.

Thomas pensó por un momento. —La Canción de Tristeza.

—Es tan... tan hermosa. ¿Tú... tú la escribiste, Thomas?

—No. No, yo no. Se escribió a lo largo del último siglo, día a día, nota a nota.

—Pero, Thomas, la maldición...

—Está bien. Sé sobre la maldición. Como dijiste, mamá, cien años desde la fecha en que se fabricó este violín.

Se acercó a ella, sosteniendo el violín hacia ella. Ella retrocedió uno o dos centímetros. —Está bien —dijo de nuevo—. Mira la fecha en el interior, justo debajo del nombre Leopold Schilling, tu bisabuelo. Apenas se puede distinguir. Mira, mamá, el 12 de octubre de 1871.

—Oh, pero eso fue ayer; hace cien años ayer.

—Sí, mamá, la maldición ya no existe. —Le tomó la mano—. Ya no existe; ha terminado. Somos libres. Siempre seremos libres.

11.

Dieciocho años después.

Berlín, viernes 10 de noviembre de 1989

El hijo de Thomas Schwarz, Leopold, se encuentra en la acera frente a un muro y afina su violín. Jóvenes con chándales de colores brillantes van y vienen, mujeres con grandes permanentes, hombres de aspecto duro con chaquetas y pantalones vaqueros se detienen a mirar. Un par de Vopos, con las manos a la espalda, observan impasibles. Thomas toma su lugar entre ellos, su madre y su nuevo esposo a un lado; su esposa, Elisabeth, al otro, con una cámara colgada al cuello. Elisabeth sostiene la mano de Clara, su hija de siete años.

Coches y camiones pasan por la calle, tocando sus bocinas. Un par de Trabants avanzan lentamente. La gente vitorea; ríen y se dan palmadas en la espalda. No han dejado de vitorear ni de reír durante doce horas. El día está nublado pero nadie lo ha notado, pues es el día más feliz de sus vidas. ¡Después de veintiocho largos años, el Muro de Berlín ha caído por fin!

Thomas, Elisabeth, Leopold y Clara, como miles de otros, acaban de llegar. Tan pronto como escucharon la noticia, se subieron a su Audi y condujeron los doscientos ochenta kilómetros durante la noche desde Hannover hasta la capital. Y aquí están, viernes, 10 de noviembre de 1989.

El tramo de muro detrás de Leo, en el lado occidental, está cubierto de grafitis, un dibujo del Pato Lucas con su sonrisa picuda, las palabras *Bienvenidos a Berlín Este* pintadas en grandes letras rojas, aunque alguien acababa de pintar una gruesa línea sobre la palabra *Este*. A la izquierda del Pato Lucas, una caricatura del ya fallecido líder soviético, Leonid Brezhnev con sus enormes cejas negras, y junto a él, un gran símbolo azul de la CND.

Una multitud de unas doscientas personas se reúne alrededor de Leopold. Thomas puede notar por su vestimenta que la mayoría son del Este. No tiene idea de qué piensa tocar su hijo. Leopold coloca el violín 'dorado' bajo su barbilla y pasa el arco. Thomas contiene la respiración. La multitud guarda silencio cuando Leopold comienza a tocar la pieza musical más conmovedora que jamás habían escuchado. Quizás, pensó Thomas, esperaban algo alegre en este día trascendental, algo animado. Pero no, su hijo toca una melodía que llega al corazón de las personas, que habla de su sufrimiento, de los años pasados detrás de un muro, privados de libertad, privados de dignidad. Varios están llorando. La melodía trae consigo su propia quietud; como si el mundo hubiera dejado de girar. Thomas puede sentirlos, los fantasmas del pasado, los hombres y mujeres atrapados por la maldición. Percibe su presencia; todos están aquí.

Thomas cruza la mirada con su madre. Ella le sonríe. Elisabeth toma la mano de Thomas y la aprieta. Son los padres más orgullosos. Leopold, de dieciséis años, es un violinista mucho mejor de lo que él nunca fue. La gente toma fotografías. Un hombre se arrodilla en la acera apuntando un micrófono de pértiga verde y esponjoso en dirección a Leopold. Una mujer con una chaqueta de cuello de piel filma todo con una cámara de cine.

Leopold termina su pieza. La multitud permanece en silencio durante unos segundos como si necesitara tiempo para absorber lo que acaban de escuchar y presenciar. Luego, como uno solo,

estallan en aplausos y vítores. Thomas se siente diez pies más alto mientras su hijo hace una serie de reverencias.

Elisabeth se seca las lágrimas.

Clara tira de la mano de Thomas.

—Papi, papi.

—¿Mmm? ¿Qué? ¿Qué pasa, mi amor?

—¿Cómo se llama esa canción triste? ¿Podemos llamarla la Canción de Leopold?

Thomas se ríe.

—Oye, no es mala idea. En realidad se llama "Canción de Tristeza". Pero sabes, cariño, creo que tienes razón. Sí, a partir de ahora, a partir de ahora... —Mira hacia el cielo, a las nubes oscuras, escucha a la ciudad regocijándose en este su primer día de libertad, el primer día de su futuro, de su futuro, del futuro de todos ellos. No más tristeza. No más maldición. Mira a su hijo aferrando ese violín, de pie frente al infame muro, que ahora, como si se hubiera apagado un interruptor, ha quedado impotente, y siente tal oleada de amor por Leopold, su hijo, que lo deja momentáneamente mareado. Mira a su madre y aprieta la mano de su hija—. Sí —dice—. A partir de ahora, la llamaremos la Canción de Leopold.

El viaje había llegado a su fin. La "Canción de Tristeza" había terminado; ya no existía.

FIN

Notas históricas

Cuarto movimiento: El cuco en el nido

Mientras luchan en las trincheras del Frente Occidental durante la Primera Guerra Mundial, Max y Anton se encuentran con un mensajero. Anton recuerda mal su nombre como Hissler. Por supuesto, se refiere a Hitler. Aparte de un par de períodos recuperándose de lesiones, Adolf Hitler, nacido en Austria, sirvió como mensajero para el Ejército Imperial Alemán durante toda la duración de la guerra.

Quinto movimiento: Confesión

El padre Franz relata cómo prometió dedicar su vida a Dios a cambio de salvarlo de ahogarse. Basé esto en la historia de Yusuf Islam (Cat Stevens). En 1976, Stevens se convirtió al Islam cuando él, también, casi se ahoga y prometió servir a Dios si Dios lo salvaba.

Sexto movimiento: La esposa del comandante

Sophie relata su arresto y el viaje en tren desde su ciudad natal hasta el campo de exterminio. Esto está basado en las memorias *Sobreviviente: Auschwitz, la marcha de la muerte y mi lucha por la libertad* de Sam Pivnik (1926 - 2017).

En la sección de la posguerra, Sophie y Oskar presencian una actuación que incluye la música de Józef Koffler. Nacido en 1896, Koffler fue un compositor polaco, en gran parte desconocido fuera de su Polonia natal, que fue asesinado en algún momento de 1944 por los *Einsatzgruppen*, los escuadrones de la muerte alemanes itinerantes.

Séptimo movimiento: El último acto de guerra

En esta historia, Clara relata cómo su hijo, Robert, intentó evitar que los líderes nazis del pueblo presentaran una lucha inútil durante los últimos días de la guerra, y es ahorcado como resultado. Esto está basado en un incidente real que ocurrió el 18 de abril de 1945 a Robert Limpert, de diecinueve años, en la ciudad bávara de Ansbach.

Octavo movimiento: La última fotografía

La nadada de veinte kilómetros de Thomas hacia la libertad está basada en la historia de Axel Mitbauer, quien, en agosto de 1969, realizó el mismo viaje, nadando a través del Mar Báltico.

En la escena final de la novela, Leopold, el hijo de Thomas, toca el violín frente al Muro de Berlín, el día después de su caída. Esto está basado en Mstislav Rostropovich (1927 - 2007), quien famosamente tocó su violonchelo junto al Muro el 11 de noviembre de 1989.

Una Nota del Autor

Gracias por comprar y leer *Canción de Tristeza* . Espero que lo hayas disfrutado. Si es así, por favor considera dejar una reseña en Amazon. ¡Muchas gracias!

[*La Hija Perdida*](#) está disponible en Amazon en formato de tapa blanda y está disponible para preordenar en Kindle. Pasa la página para leer el primer capítulo. Si hay suficiente interés en España, traduciré el resto de mis libros.

No dudes en contactarme por correo electrónico: rupert@rupertcolley.com.

La serie *Amor y Guerra* se compone de novelas independientes, pero están agrupadas porque todas tienen lugar en el siglo XX. Puedes leerlas en cualquier orden, pero aquí está la lista completa de todas mis novelas en inglés:

The Love and War Series

Set in WW2 Germany:

The Lost Daughter
Song of Sorrow
The Mist Before Our Eyes
My Brother the Enemy

Set in WW2 France:

The White Venus
The Woman on the Train
The Darkness We Leave Behind

Set elsewhere:

The Black Maria (Soviet Union)
Anastasia (Hungary)
Elena (Italy)

The Searight Saga

Set in England:

This Time Tomorrow (WW1)
The Unforgiving Sea (WW2)
The Red Oak (2002)

rupertcolley.com